

# MI INFIERNO EN EL SEÑALAME

(Ansias de Libertad)



CEIBO  
ediciones

*Crónica y Memoria*

Édison Llanos



# MI INFIERNO EN EL SENAME

*(Ansias de Libertad)*

*Édison Llanos*

Memorias

Ceibo Ediciones

Abril 2017

© Édison Llanos

© *Edición en Castellano, Ceibo Producciones S.A.*

Ceibo Ediciones

[www.ceiboproducciones.cl](http://www.ceiboproducciones.cl)

Producción editorial: Italo Retamal

Edición: Sandra Lidid

Diseño portada y diagramación: Alejandro Chávez ISBN: 978-956-359-066-1

Santiago, Chile, abril 2017

Impreso por Copygraph

## ***Agradecimientos y Dedicatoria***

*Gracias al apoyo de personas que lograron sembrar en mí la decisión de nunca detenerme, logré tener la fuerza para terminar esta historia fragmentada e intercalada con las de algunos*

*compañeros y hacerla una sola. Es por ello que quiero agradecer desde lo más profundo de mí a cada una de ellas.*

*A Erika Llanos, que siempre ha sonreído a la adversidad. Ella es la hermana perfecta, capaz de lograr unión donde hay desunión.*

*A Nevenka Araya, mujer de empuje y esfuerzo, madre de 3 hermosos diablillos que adoro. Ese cúmulo de sonrisas llamado sobrinos cambiaron nuestras vidas. Estoy dichoso de que nuestra historia no se repita en ellos.*

*A Patricio Araya, que fue mi ángel protector en nuestros años de internos y que, a pesar de un pensamiento alocado, siempre ha mantenido la chispa en sus ojos. Habiendo tenido una vida llena de obstáculos, él logró cruzarlos cual Ave Fénix. Padre de una rubiecita coqueta que también es mi sobrina, a quien quiero con el alma.*

*A Cristian Gallardo. No siempre estamos de acuerdo, no siempre nos vemos, pero a veces, su capacidad de ser indiferente al dolor hace que lo admire, porque ello es lo que lo ha mantenido en línea recta, trabajando y luchando por su felicidad.*

5

*A Johana Gallardo, madre de Ginett. Una mujer de espíritu volátil y libre, que aunque creció conociendo muy poco del amor hoy le da la espalda al sufrimiento rodeada de felicidad y paz.*

*A Laura Llanos. La mujer más aguerrida que yo haya conocido. A pesar de haber tenido una vida de dulce y agraz, supo mantener la esperanza y cambiar el destino de quienes la seguían. Una mujer que no teniendo motivos para ser feliz, siempre ha vivido sonriente poniéndole escudos al alma para defenderse de los disparos de crueldad, que muchas veces venían desde su propia sangre.*

*Laura, una mujer simple y compleja, sencilla y amable, permitió que yo estuviera acá y me enseñó a mirar los problemas desde la solución y a vivir en paz conmigo mismo.*

*A Laura Llanos, que se volvió fuerte por nosotros.*

*A mi madre.*

*Este libro está dedicado a una hormiguita que llamo ardillita de mi alma, esa que cada día logra levantarme sonriendo al descubrir que estoy a su lado; una pequeña que siendo diminuta ya sabe lo que es luchar contra un mundo adverso y que con un brillo en sus ojos transforma mis penas en esperanzas. Este angelito de pañal enrollado que se siente segura en mis brazos, es la prueba más viva de que nuestras estrellas pueden cambiarse, que nada es para siempre, que el dolor algún día desaparece, que cada lluvia puede volverse tormenta, solo si uno así lo decide.*

*Con amor a mi hija Valentina.*

*Agradezco en especial a una persona que ha sido parte de mis últimos 12 años de vida. Un hombre que sin tener obligación, fue su motivación cambiar mi destino, un amigo, un hermano; un partner al que, cuando le solicité ayuda, no dudó en decir que sí; que, sin yo saber nada, me enseñó.*

*Un ser humano sencillo, humilde, noble, generoso y soñador.*

*A Rolando Vio González.*

*A Gabriela Gallardo, quien decidió tomar la difícil tarea de caminar conmigo esta aventura llamada vida. Sin tener yo nada que ofrecerle sino 6*



*un mar de reproches, ella los evadió dándome la oportunidad de vivir acompañando de amor y verdad, y supo esperar a que mi corazón sanase sin dejarme solo ni siquiera un instante. Gabriela, esa mujer de brillo en sus ojos, trabajadora y bondadosa, suave y furiosa, capaz de discutirle al mundo por defenderme, me llenó de esperanzas de amor y de fe.*

7

## **Palabras preliminares**

Cada niño, niña y adolescente que ingresa a las dependencias del Servicio Nacional de Menores, ya sea directamente o de forma

ambulatoria, deja de ser un niño y, para el Estado de Chile, se convierte en un número más en las estadísticas de infancia. Estos niños y niñas, que parecen no importar a nadie, merecen y requieren ser tomados en cuenta.

Para un niño que vive en la pobreza, existe el infierno, y éste fue creado por el propio Estado de Chile, al que bautizó Sename o, de modo engañoso, Servicio Nacional de Menores.

*Édison Llanos*

9

## **Prólogo**

La escena, una cancha cementada donde el calor aumentaba al reflejarse en el grueso pastelón. Al retorcer mi mirada, notaba aquel dibujo submarino que los internos habíamos construido en un alocado intento de hacernos viajar en el olvido y esconder la rabia y el dolor que nos provocaba vivir en aquel lugar que ellos, nuestros cuidadores, llamaban “casa”, pero que sin duda, cubierta por rejas, debía haberse llamado *cárcel*.

A ese lugar llegué por un “descuido” de un sistema institucional del Estado que, supuestamente, fue creado para proteger el bien superior de los menores. Esta institución, que hace loas a la Declaración Universal de los Derechos del Niño, en realidad los lesiona, los ultraja sin un ápice de miramientos o remordimientos.

Cuando me sucedió pensé: ¿qué será de mí ahora? Había llegado a un centro penitenciario, supuestamente por un equívoco o, mejor dicho, una *vendetta* provocada por una rabia contra mí, sin tener yo conciencia del hecho. Aun así, sin preguntarme por qué llegaba a ese lugar, a mis cortos años asumí que esa sería mi realidad desde ese entonces en adelante.

Cada tarde caminaba al montículo de arena que había descubierto, sentándome, mirando hacia la costa. Desde allí veía casi todo el

lado sur de la ciudad de Coquimbo, la playa La Herradura, los cerros gigantes de fierro molido que formaban los cargamentos de la minera en el puerto, 11

las aves... Pero lo que más llamaba mi atención era la carretera, donde a lo lejos se veía mucho tránsito vehicular.

Con mi mirada atenta esperaba el paso de buses. Sí, buses, esos gigantes metálicos que llevaban gente hacia otro destino. Me preguntaba, ¿a dónde irán? Allí soñaba, allí comenzó mi juego y mi lucha, que crearon mis ansias de libertad, como aquella película de Morgan Freeman y Tim Robins, donde su protagonista deseaba fugarse al saber que era inocente y pagaba una condena injusta. Duprey, era su nombre. Así me sentía yo, todo un Duprey pagando una condena de una sociedad sin compromisos, de una sociedad que sonreía a las cámaras y cuyas autoridades me abrazaban durante una nota de prensa presentándome como un ejemplo a destacar. Pero era solo para ese reportaje. Jamás tomarían mi mano y me arrancarían de aquel infierno, como mi nube de sueños lo imaginaba; jamás notarían que yo no pertenecía a ese lugar; jamás inclinarían sus rodillas tiernamente y me mirarían a los ojos y con voz suave me dirían que yo había nacido para estar con una familia, en una cama para mí solo, con buenas ropas y no harapos; que al menos una tarde tendría un pan entero para mí y no tendría que pelear por él o regalarlo para así pagar protección. Yo me percataba que una cosa sí era cierta y que ellos, los funcionarios del Estado, parecían ignorar: en dicho lugar existía el infierno... y ellos habían sido sus creadores.

Al cruzar las rejas jamás imaginé que mi primera noche sería la más larga de toda mi vida. Dormíamos casi cincuenta internos en una misma ala, los dormitorios eran cerrados con candados. Agradezco que jamás hubo catástrofe alguna o derechamente habríamos muerto en el lugar. Mi inocencia me hacía creer que estos compañeros eran amigos de juego, como en el internado anterior, pero me equivoqué. Bastó con acostarme para que empezaran. Nunca olvidaré el nombre de mi primer agresor, Nelson: delgado,

alto, piel morena, pero en vez de su nombre lo llamaban Perkin. “¡Ya Perkin, enséñale al nuevo! -refiriéndose a mí-

¡A obedecer!” Y así fue como Nelson se levanta y comienza a golpear fuertemente mis costillas. Yo, debilucho, flaco y mucho más bajo, no tenía forma de ganar esa pelea. Me dejé golpear hasta que se cansara. La golpiza duró al menos veinte minutos que, entre puñetazos y patadas, tenía que asumir que por esta puta vez no tenía ni una posibilidad de evitar lo que me estaba pasando. Ya eran casi las dos de la madrugada.

El dolor en mis costillas apenas me permitía respirar y, junto al miedo, 12

me impedía dormir. Temía que algo más ocurriera esa noche, por lo que sufrí de un insomnio obligado. Fue cuando comienzo a escuchar pasos y era Elizalde, el más grande de todos. Él se encontraba allí por haber violado a su hermana y haberle dado muerte sin piedad. El cuerpo de la pequeña había sido hallado en un barranco, estrangulada y sin su ropita interior.

Entre mis frazadas había hecho un hueco que me permitía ver con claridad la deplorable escena. Había dos ventanas cuadradas sin vidrios que solo tenían protecciones metálicas, una en cada extremo de la larga habitación por donde se colaba la luz de la luna. Esa noche, que nunca olvidaré, había luna creciente, por lo que no hacía falta encender las ampolletas. Elizalde se acercó a la cama de Julio, aledaña a la mía, un joven callado, muy delgado y menudo. Abrió sus tapas y le dijo,

- ¡Ya, págame la protección! ¡No te va a doler, si no te dejas voh sabí lo que te pasará!

El pobre Julio se quejaba del dolor que la situación -que no quiero describir directamente- le estaba ocasionando. Así, pasé callado y silencioso mi primera noche.

Bastaron tres semanas para darme cuenta que a ese lugar no pertenecían mi diminuto cuerpo ni mi estado mental. Esas primeras tres semanas, que fueron el inicio de los próximos años en que mi vida le perteneció al Servicio Nacional de Menores y que describiré según me ayuden los recuerdos, como también muchas historias que han sido contadas por los adultos, sin embargo trataré de comenzar desde el día de mi nacimiento.

Como decía, las primeras tres semanas conocí el infierno en la tierra, tres semanas en las que mi mente descubrió cómo arrancar del espacio presente, anidando en mi espíritu las ansias de libertad. Así, fui llamado a la enfermería y allí me quedé por casi tres días. Estas son las experiencias que quiero describir en este libro, experiencias vividas que jamás he compartido con alguien, experiencias de las que nadie me puede decir esto es imposible porque fueron muy reales, tan reales que mi mente solo recién se está reconciliando con ese pasado; no para renegar de él, sino para reconocer que todo lo que viví ha hecho que mi vida sea lo que es.

13

Este libro revelará la verdad de cómo la decisión de unos pocos puede salvar o arruinar el futuro de muchos. Las malas decisiones de un servicio de menores -que funcionaba, no a medias, sino que realmente no funcionaba, al menos para mí y cientos de niños como yo a los que el sistema trató con gritos y descalificaciones sociales- tienen consecuencias que hemos tenido que enfrentar día a día para auto-superarnos. Superarnos solos, porque el Estado sencillamente nos olvidó, olvidó su compromiso, olvidó su labor como ente protector.

Advierto que las palabras serán duras, serán declaraciones fuertes; leerán episodios que pensarán son inverosímiles solo porque ustedes no los vivieron. Pero, créanme, cada palabra de este libro representa hechos que fueron reales, vividos y soportados por un niño al que un sistema le fracasó. Si hoy contara esto en mi círculo de amigos, nadie creería, por mi actual apariencia, que conocí el hambre, el frío, el dolor; que con tan solo ocho años estuve

semanas con una pierna quebrada y no fui atendido, y que aun así fui sacado a palos de una cama para ir al colegio. Esa es mi historia, la de un niño que, con solo 5 años, ya ansiaba la libertad, pero de esa libertad física y de alma, porque la mental ya la tenía en aquel montículo donde era vigía de mi reducido universo. Mi mente ya volaba al futuro. Un futuro que ahora vivo intensamente.

Quiero dedicar este libro a mi madre Ruby quien, con su trato suave y su cariño, me regaló la lealtad del sentimiento con la que desarrollé el amor hacia mis hermanos Fernanda, Ruby, Domingo y Joaquín. Ellos hoy hacen de mí uno de los suyos. A mi padre, quien es y ha sido un pilar fundamental en mi desarrollo, no solo social, sino mental, espiritual y sentimental; quien, sin tener obligación alguna, se dio a sí mismo la tarea de educar, dejándome crecer en su núcleo, abriendo su corazón con la esperanza de lograr para mí lo mejor. Con él me he mimetizado, en mis gestos y fisionomía. El es mi partner, mi amigo, mi hermano mayor; es quien puso en mí alas y me enseñó la libertad de volar, es gracias a él que he forjado mi carácter y fuerza.

A pesar de ser yo hijo del rigor, esa rigidez, con temporales constantes, cambió mi vida dándome las herramientas para ser también libre de alma.

Agradezco a mi mujer, quien ha hecho de mis ansias sus ansias, de mis enojos sus desafíos, de mi vida su enseñanza, de mi amor su

14

amor; quien le dio horizontes a mis sueños y a mi corazón. Ella se tomó el tiempo de descubrir que con su paciencia podría aplacar mi ira contra el mundo y la sociedad, una sociedad discriminatoria y clasista, que se niega a dar oportunidades, pero se colma la conciencia con ayuda social de esa que hace de lejos. Mi mujer me enseñó la esencia de vivir y con ella ahora soy capaz de disfrutar a nuestro primer hijo. Esa libertad que conocí solamente a través de mis ansias que carcomían cada tarde de mi vida, sentado en ese montículo que aún existe. Imagino que hoy alguien está sentado allí tal como yo lo estuve, mirando hacia su anhelada y lejana libertad.

## I. El rechazo

Julio del año 2009. Una tarde que debería ser invernal era todo lo contrario. Nos dirigíamos con mi mujer hacia el norte, rumbo a la ciudad de La Serena a visitar a la Señora Carmen. Mientras manejaba recordé los años y las decisiones que tomé por buscar un rumbo distinto al que tendría si mantenía mis pies en la “Cuarta Región”. Me trasladaron a la capital, una verdadera metrópolis donde tristemente se podía confiar en pocos, o casi en nadie; más aún si provenías de una provincia donde todo el mundo se conocía y la calma junto con la paciencia habían hecho de ti un alma tranquila.

Yo era lo más cercano a ser “un hombre con el don de la paciencia”

en este gran Santiago en donde todos chocan con todos. Los pies acelerados transitaban a tu costado, ojos sorprendidos e inquietantes te observaban extrañados por ir disfrutando como una Carmela la ciudad con sus grandes construcciones; rostros apesadumbrados y ceños fruncidos. Es lo que mi mente iba recordando al haber llegado años atrás, con solo \$50.000 pesos en mis bolsillos, y en donde debía caminar de un lado a otro y largas distancias que me llevaban entre el lugar donde pernoctaba y donde quería trabajar. Después de haber dormido en una estación de metro por tres largos días, sin haberle informado a nadie mi paradero, hoy me pregunto ¿yo hice eso? ¿Dejé a dos familias en la incertidumbre de dónde estaría, o qué ocurría con mi existencia?

Proceso al que en algún momento en estas líneas se explicará, como también aquello que me obligó a llegar a esta gran selva cimentada.

Las líneas contiguas del pavimento pasaban rápidamente a mi lado, también lo hacían otros vehículos que me adelantaban. Yo manejaba atento, pero sentía mis ojos cristalizados por querer

derramar unas gotas de aquellas lágrimas guardadas por tantos años. Mi mujer iba jugando con la música, esa que me gusta poner al conducir grandes distancias, esos clásicos que no sé por qué sentía que me identificaban de una u otra forma. Quizás sea porque la encuentro melancólica y una parte de mí están apegados al pasado. Mi mente, realizaba su propio viaje preguntándose, ¿por qué estaba dispuesto a madrugar y conducir un trayecto de 465 kilómetros, que normalmente toma seis horas de viaje, hacia un hogar frío, en donde la mayor parte de las veces era recibido con una rabia expresada, sin entender yo el motivo hasta ese entonces? Me acusaban por reconocer que no sabía a qué mundo pertenecía: si al mundo donde nada falta, lleno de privilegios que el dinero puede comprar; o al otro mundo donde constantemente te cortan la luz o el agua, en donde la vestimenta más cara es aquella que te ofrecen los supermercados asociados al *retail*. Según ellos yo era el cuico, el agrandado de la familia; y según yo, aunque soy rechazado por ese odio o rabia infundada, siempre me tendrán si lo necesitan.

Cosas curiosas que solo provoca la sangre. Con el tiempo descubrí que, obviamente, mi actitud no era la de un ser humilde y sencillo, algo en mí había cambiado. Efectivamente yo no lo quería ver así, pues ellos me mostraban en lo que me había convertido de la noche a la mañana: un arrogante, engreído dispuesto a todo por avanzar en la vida, me había alejado por un tiempo de ciertos valores que, gracias a Dios, he recuperado.

Así, conforme avanzaba, y cada minuto era una distancia, mi mente comenzó a volar hacia el recuerdo e imaginar el día 10 de diciembre del año 1977, comienzo de la época estival. Desconozco cómo era la época de ese entonces. Tan solo tres días antes, la señora Carmen, con 9 meses de gestación, había sido golpeada brutalmente.

Aún así, Marcos Maluenda, el marido, la había golpeado por negarse a subir veinticinco peldaños con dos recipientes llenos de agua atados a un madero para que el hombre de la casa pudiera bañarse. Así es, tal cual lo describo. No tenían duchas, el baño era

la famosa letrina, una construcción de madera empotrada en el piso, cubierta con una especie de caseta de madera para que el resto no viera en donde los desechos caían, en un agujero profundo, por lo que no vomitar antes de evacuar tu cuerpo era imposible. Se puede decir que tus mascotas 18

más cercanas en esa pobreza extrema eran las moscas que te seguían a todos lados. Así, la señora Carmen, por temor a volver a ser golpeada, cumplió lo que eran parte de sus obligaciones impuestas. Subió y en uno de esos escalones se tropezó golpeando su panza que casi reventaba.

En principio no sintió dolor, se levantó con la rodilla raspada y siguió.

Marcos Maluenda, al ver uno de los baldes casi a la mitad, la toma del cabello fuerte y la trata de incompetente, que nada sabía hacer, golpeándola con su mano empuñada y lanzándole una patada que llegó en el centro del ombligo. La señora Carmen de rodillas en el piso, logra pararse pero rápidamente los dolores comenzaron a atacar su diminuto cuerpo. Cabe destacar que ella era una mujer de contextura delgada, baja, cabello negro y largo que llegaba casi a la cintura, ojos cafés, labios delgados, dentadura perfecta; piel quebrada por el maltrato y la tierra del piso, que su efecto en ella ya habían hecho. Sin embargo, y pese a ello, siempre anduvo impecablemente limpia dentro de las posibilidades que tenía, ello porque su pasado había sido opulento. La madre de Carmen de nombre Inelia, era una dama de la alta sociedad, quien después de haber enviudado se casó con un hombre corriente que se aprovechó de su inocencia. Una vez fallecida, este señor echó a la calle a las hijas del primer matrimonio, una de ellas era Carmen. Muchos años más tarde, la conciencia o la necesidad lo acercaría a ellas.

Marcos Maluenda, era un hombre delgado que medía 1,90

metros, a diferencia del 1,60 que medía Carmen. Moreno, cabello corto y negro; de muy buen léxico, cosa que le servía para tratar de engatusar a cuanta mujer se le cruzara en su camino. Era un

bebedor y fumador compulsivo, amante de la vida nocturna. Vicios que el año 2014 terminó con su vida con tan solo 65 años.

Un hombre del que tristemente nada bueno podría escribir, pero lo resumo con estas palabras. En mis 38 años he buscado incesantemente un instante, un minuto, un segundo, alguna razón para aplacar la rabia, la ira, la desilusión, la frustración, el odio en su contra; pero ni mi mente, ni mi alma; ni siquiera las personas externas, testigos de todo lo vivido, logran darme respuesta. Siempre pregunto, ¿en algún momento nos trató con amor? Siempre me dicen, ¡no, jamás! Desgraciadamente no existe instante que yo recuerde en el que nos haya otorgado algo de alegría o felicidad.

Fue así como el maltrato sufrido por Carmen produjo actividad en el feto, lo que le causó un repentino estado de contracciones.

19

Estando así, Marcos Maluenda toma la cartera de Carmen, saca todo el dinero que ella había guardado para el nacimiento de su hijo y le pasa unas míseras monedas diciéndole que se fuera rápido al hospital. Entre insultos, la toma fuerte de su brazo y la arroja a la calle, un vehículo se detuvo, subió a Carmen y la llevó velozmente al hospital San Pablo.

Carmen venía con síntomas de pérdida ya a los 9 meses; al bebé no se le sentían sus latidos. Al llegar al hospital, una enfermera decide calmar el estado ansioso y desesperado de la madre, logrando de esa manera sentir los latidos del pequeño. Le dice que ya había pasado el peligro y que podía tranquilamente volver a casa, a lo que Carmen llora, le suplica y le explica que si vuelve a casa será golpeada y su bebé correría peligro de morir. La enfermera, conmovida, toma esta situación como algo personal y le dice a Carmen que se tranquilice, que su bebé iba a nacer sí o sí. Enfermera de una innegable belleza, tez blanca, cabello negro, ojos color miel, voz suave, medía alrededor de 1.70. Su nombre, Aída Lillo.

Después de dos días más de fuertes contracciones, siendo las 16

horas, Carmen da a luz un varón. Fue un trabajo de parto duro, costó que saliera. No se recuerdan peso ni medidas, solo que todas las partes del cuerpo tenían movimiento, pero había un detalle muy importante.

Al momento de nacer, los doctores se miraron, así también lo hicieron las enfermeras. El bebé apenas respiraba, tanto así que su color era violeta, lo que provocó inmediata reacción del equipo médico. No fue presentado a su madre, sino que fue derivado directamente a una caja transparente que tal vez podía salvarlo o no, ya dependía de Dios y de las ganas que el lactante tuviera de luchar por su vida. Carmen estaba sorprendida, algo raro notó e inmediatamente empezó a hacer preguntas, hasta que una aguja calmó su angustia haciéndola despertar al día siguiente. Cuando abrió los ojos había un doctor, cuyo nombre sería recordado en la historia de este bebé. Un médico que fue bautizado como “*el manos de ángel*”, estaba con un colega y la enfermera Aída.

Ellos calmaron a Carmen, pero tenían que explicarle el detalle del nacimiento de su pequeño.

Todo marchaba bien, hasta que llegaron a la palabra “malformación congénita”. El doctor manos de ángel, de apellido Monasterio, explicó que uno de cada setecientos bebés nacía con esta falla labial; que no era su culpa, que estuviera tranquila, que el niño iba a crecer igual que todos los niños; solo que éste tendría una marca en su rostro que con el 20

tiempo iría desapareciendo. Carmen no entendía a qué se refería, hasta que comienza a hablar el otro médico, conocido como el doctor Gantz, quien en la actualidad mantiene una Fundación dedicada a ayudar a niños con esta malformación conocida como labio leporino o niños con fisura labial.

Carmen, dentro de sus conocimientos médicos que no pasaban de la pastilla de carbón y cambuchos de papel de diario con “mentolato”

para combatir el resfrío, trataba de comprender lo que ambos doctores decían, pero le era casi imposible. En eso la enfermera Aída le habla de una fundación de religiosas, en dónde su hermana era una novicia, que recibía a niños en riesgo social o maltratados y ellas estarían felices de recibir al suyo. Aun después de todo eso Carmen grita, diciendo que por favor se detuvieran, gritando, « ¡quiero ver a mi hijo! ». Fue cuando llega otra enfermera de la cual nadie recuerda el nombre, y lleva en brazos un niño. Carmen al verlo grita que ese no era su hijo, que por qué se lo habían cambiado. Se levanta angustiada, dobla sus rodillas, llorando a gritos, con sus manos apretaba a las enfermeras en un estado de catarsis incontrolable, « ¡este no es mi hijo! », repetía una y otra vez, y sus lágrimas empapaban el piso. « ¡Me matarán por culpa de ustedes, él me golpeará, dirá que es culpa mía, llévenselo, sáquenlo de aquí!

¡Este no es mi hijo! », repetía una y otra vez dejando a los espectadores pasmados con esta reacción. Carmen mira a la ventana haciendo un intento para subirla cuando una aguja nuevamente detiene su alocado estado de histeria.

Nuevamente, al despertar, había en el lugar una asistente social junto a la enfermera Aída y el doctor Gantz. Todos hablaban con Carmen, que aún estaba renegando de su hijo. Sencillamente, le era imposible entender que su hijo hubiera nacido sin nariz y labio. Ese día nuevamente se lo llevaron. Laura trató de tomarlo en brazos pues el bebé necesitaba mamar. Ya había superado en tan solo 24 horas la capacidad de respiración, motivo por el cual se lo llevaron a la madre el día anterior. Carmen temblaba con el lactante en sus brazos, los doctores se percataron que Carmen no había recibido una alimentación como correspondía por lo que sus mamas no producían leche. Algo había que hacer con el bebé. Fue entonces cuando Aída da a conocer que en el piso inferior había una madre cuyo bebé, a causa de un extraño virus, había fallecido. Un virus que en la actualidad se conoce como HTLV

1 y HTLV 2, que afecta a los linfocitos T de la sangre. Fue así como el 21

bebé de Carmen fue amamantado durante cinco días por dicha mujer de la que actualmente no existe registro alguno. Solo la historia de los involucrados que la situaron en el lugar.

Cinco días demoró Carmen en asumir su realidad, pero ahora venía lo peor: ¿cómo lo alimentaría? ¿cómo lo sacaría del hospital, si no tenía los medios? No tenía pañales ni ropa. En su estado de locura pasajera, ella había tomado la decisión de entregar al bebé en adopción.

El día siguiente era el día crucial en que un grupo de mujeres iría por el pequeño. Carmen con su corazón hecho pedazos lo miró llorando, arrepentida de haberlo rechazado, sin asumir que su bebé era diferente, lo tomó, lo besó y le dijo que de ahora en adelante ella velará por él y por su felicidad, nadie ni nada la separaría de él. Esa era su promesa. Toma tres pares de sábanas que roba del hospital; roba pañales de género del bolso de un visitante, envuelve al pequeño, se pone una bata blanca, ubica al bebé en una cuna con ruedas, le pone un tarjetero médico y baja con él por los ascensores. Carmen, llena de amor se estaba robando a su propio hijo. Al llegar al primer piso toma al bebé y comienza a caminar rápidamente hasta que de pronto un guardia de la puerta de acceso la llama: « ¿Señora? ¿Qué hace? » Carmen solo lo mira con ojos llorosos. El guardia la mira de pies a cabeza bajando después la mirada.

Mira al bebé y le abre la puerta diciéndole, «¡Dios va con usted!». Así, Carmen y el bebé se pierden en la fría mañana.

Al salir a la esquina del hospital, mira hacia su izquierda y ve a Marcos Maluenda, quien estaba de la mano con otra mujer muy bien vestida. Ambos se miran y desvían la mirada. Entonces Carmen se dirige a su domicilio. Al llegar a casa, todos estaban expectantes por el nuevo integrante de la familia. Ella, temerosamente, lo exhibe a la madre de Juan, la abuela, quien le grita que Dios la había castigado

con ese engendro por ser mala mujer, por no atender a su hijo como él se lo merecía; que no se atreviera a sacarlo a la calle, que con ese rostro deforme estaban seguros que el niño sería mongólico, un término muy usado por la gente que trata de hacer entender que uno padece un trastorno mental. Sin embargo hoy se sabe que las personas mongolas vienen de un país llamado Mongolia, donde eran excelentes luchadores y muy estrategas. Su fisionomía es de ojos grandes y cuerpos gruesos.

Los ignorantes asocian dicho aspecto a las personas que padecen el Síndrome de Down, personas con discapacidad, pero que nacen, en mi opinión, solo dispuestas a amar.

22

Fue cuando decidieron encerrarla bajo llave. Carmen, con la leche que había robado, alimentaría en la oscuridad a su bebé por los próximos seis días, saliendo solo a hacer sus necesidades y a lavar los pañales de su hijo. Seis largos días que se terminarían con la llegada de quienes fueron los ángeles de ella y del niño.

## I.1 Guachos y solos

Los rayos de sol se colaban por los vidrios del automóvil, vislumbraba las nubes sin saber si retrocedían o me acompañaban en aquella travesía. Cuando era pequeño creía que esa unión de gases era un pomposo cuerpo algodonado al que más tarde que temprano podría saltar y huir de la que era mi existencia martirizada por el castigo humano. Ese castigo que no tenía justificación alguna. Tanto renegaba de mí mismo que en más de una ocasión me lamentaba preguntándome,

¿por qué estoy vivo? En uno de esos momentos, creo era a los cinco años y medio de vida para ser exacto, le hice esta pregunta a una religiosa llamada Soledad, quien era funcionaria del internado - para la que parecía que el hábito era más bien una vía de escape, ya que su comportamiento decía todo lo contrario a lo que el público ajeno a nosotros creía que era. Podría describirla como un demonio hecho mujer con vestimentas santas-. Como dije, se me ocurrió preguntarle

¿por qué estaba en ese hogar? ¿Por qué yo no tenía papás? Tenía esa mirada fría y una varilla de mimbre en sus manos. Yo, de rodillas limpiando una mancha que era obvio jamás saldría, pero para que ella se sintiera ama y señora del lugar nos la hacía limpiar en son de castigo.

Con un cepillo en nuestras manos restregando sin agua y sin comida, estando allí todo un día bajo su mirada inquisidora y sin miramientos, de pronto agarra mi mentón con esa varilla de membrillo que había cortado para darnos azotes cuando andaba enojada, y me dice

-¡Porque los hijos de las perras son como tú, guachos y solos!

De pronto, a lo lejos, siento una y otra vez una voz, «¡mi chanchito, mi amor, qué piensa, va llorando!», solo atiné a decir... «Nada». Mis

pensamientos habían viajado hacia mi interior, hacia un rincón de alguna parte de mi cerebro que había abierto sus puertas. Mientras más avanzaba en la ruta, más lejos de mi presente me iba. Aún recuerdo que la canción de fondo era 'Sarah Mclachlan: *Un Ángel Enamorado*'.

23

La voz era de mi mujer, que había notado que conducía en silencio y que una que otra lágrima bajaba por mis mejillas. Tomó mi mano y nos detuvimos en una zona de descanso cerca de la ciudad de Los Vilos.

Llevábamos apenas dos horas de viaje y yo me preguntaba, si esto me estaba ocurriendo en tan solo dos horas de viaje, ¿adónde me llevarán mis pensamientos en las próximas cuatro horas restantes? Fue cuando entendí que mis recuerdos han estado, no solo presentes como si los viviera continuamente, sino que el peso de las vivencias estaba atado a mi cuerpo como una gruesa cadena de amarguras, con un ancla de dolor sujetando mi ser y empujándome hacia abajo. El mismo peso que a muchos de mis compañeros indujo al debacle.

Muchos compañeros con las mismas vivencias más y las mismas oportunidades terminaron en nada. Ernesto Cerda, a quien yo mismo, solo por defenderme, arruiné su cuerpo. Richard Manzano, conocido por nosotros como "Richard Coronta", terminó asesinado con la punta de una albacora que atravesó su corazón, murió con tan solo 22 años de edad. El hijo de la *pata de lana*, así le decíamos porque su madre usaba vestidos y medias deportivas; no entendíamos que ellos eran tan pobres como nosotros y nos burlábamos. Su historia contiene un prontuario tan amplio que los mismos oficiales de Carabineros se sorprendían al leerlo: robo a mano armada, tráfico de drogas, homicidio, consumidor de pasta base, entre otras cosas. No tengo muy claro su presente, solo sé que hace un año estaba pagando una condena por un delito de secuestro.

Marcos Saldías, que una vez egresado fue abusado físicamente por su padre, terminó estacionando vehículos afuera de un puesto en la zona costera de la región, con su rostro pálido, huesos que se salen de su estructura ósea; de su hermana casi nada se sabe, pero ansío que sea parte de aquella minoría en la que me encuentro yo, en una buena vida.

Camila Ramírez se casó con un pescador de mala vida que la golpeaba hasta cansarse. Trataron de salvarla pero sus palabras fueron que ella lo merecía y que sus golpes no son nada comparados con los que recibió en el internado, lo último que supe fue que ha aprendido a trabajar con sus manos y ahora es una micro empresaria; no gana dinero a montones, pero al menos le alcanza para vivir dignamente, ella es otra mujer que luchó en contra del cruel destino.

El que más hondo caló en mí fue el *guatón* Ossandón. Andrés, un gigante que tenía por armas sus casi 2 metros de alto, una personalidad fuerte y mirada intimidante. Padecía una deficiencia leve moderada, 24

por lo que nadie se atrevía a molestarlo. Ese obeso de corazón noble fue juzgado por su apariencia. Me recuerda mucho la película La Milla Verde.

Un día, una niña que estaba jugando con él, le prestó su pelota, de pronto llegaron las amigas de esta niña, María Mancilla creo que se llamaba, y comenzaron a burlarse de él. La niña, inducida por sus amigas le quita la pelota y comienza a apretarle sus brazos. En una reacción propia y legítima, Andrés levanta sus brazos para zafarse y la niña cae al piso golpeándose la cabeza en una piedra. Tres días después la menor pierde su vida en el hospital a causa de un TEC cerrado. Andrés es perseguido, las amigas de la niña mintieron en sus declaraciones y, por su parte, el magistrado no tomó en consideración el estado psicológico de Andrés y lo envió a la cárcel de menores. Solo tenía 15 años de edad y estaría con nosotros hasta que cumpliera la mayoría de edad cuando sería trasladado a un hospital psiquiátrico para presos peligrosos. Andrés, que de

peligroso nada tenía. En ese hospital solo experimentaron con él, lo golpearon hasta dejarlo prácticamente inválido, le pusieron electroshock para ver cómo reaccionaba su cerebro, lo que no solo quemó parte de su cuero cabelludo, sino que su estado empeoró. Hoy vaga por las calles de Coquimbo todo sucio, su mirada perdida, babea, sin dientes y con un saco a sus espaldas. Una vez cuando ya habían transcurrido los años, nos cruzamos. Yo caminaba por el centro de La Serena y sentí que alguien corría hacia mí desde la acera de enfrente.

En un principio me asusté. La gente de alrededor me gritaba, «cuidado es peligroso, cuidado con el loco», pero Andrés suavemente tomó mi cara, la acarició con delicadeza y me abrazó y solo me dijo «aggell aggell». Fueron sus palabras y con sus dedo y balbuceando decía «maro, maro». Sus manos apuntaban a mi rodilla y hacía posición inclinada, señalándome su espalda. Allí rememoré inmediatamente.

-¡Andrés Ossandón! -dije con una voz sin aliento.

Un nudo se atravesó en mi garganta, comencé a llorar al verlo, preguntándole una y otra vez quién le había hecho eso. Recuerdo que cuando yo tenía 11 años, me reventé una ampolla que me había salido en los pies a consecuencias de un castigo. Me habían hecho caminar durante 8 horas alrededor de una cancha, sin descansar, lo que provocó la ampolla. Me la reventé con un clip que había sacado de mis pruebas escolares. Bastaron tres días para que ésta se infectara y me impidiera caminar. A los seis días una grave infección estaba a punto de convertirse en gangrena. Como estaba preso y no tenía derechos, 25

Andrés me montaba en su espalda y desde La Pampilla de Coquimbo, donde quedaba esta cárcel de menores, me llevaba hasta el hospital San Pablo; un recorrido de media hora ida y media hora vuelta a pie, sin bajarme de su lomo, como si el cansancio por ayudarme lo alentase.

Ese mismo Andrés que ahora era un hombre vagabundo y rechazado por un Estado que en vez de salvarlo lo mató, lo alejó de la realidad. Por una investigación mal hecha pagó el precio de la discriminación social, de la idiosincrasia *chilensis*, el costo del estigma de ser diferente. Este estigma, que padecí durante toda mi estancia en los internados.

- ¿Amor, a usted le ocurre algo?

Volví a despertar con la voz dulce que solo mi mujer tiene. No dejaba de preocuparse. Yo me sentía un malvado ocultándole todo lo que me estaba ocasionando el ir después de años a visitar a la señora Carmen. La tranquilicé con un beso como suelo hacerlo. Nos subimos al auto y continuamos nuestro viaje: *Please forgive me*, sonaba en la radio la voz de un artista que me fascina, llamado Bryan Adams. Se me cruza un perrito callejero cuando entramos a una gasolinera, miro a mi mujer, quien comprende mi mirada y me dice, «está bien, vaya».

Como un niño al que le das un dulce entré corriendo al hipermercado que estaba en el lugar, compré 3 sándwiches y los repartí, partí a la mitad las bandejas y les eché agua. Desde aquel día en que la monja me dijo que había nacido de una perra me identifiqué con los animales abandonados, me sentía uno de la manada. Comprendí que nosotros, los seres humanos, tenemos familia y necesitamos de ella, la buscamos.

En cambio ellos, esos ángeles con cola llamados perros, acogen y sin saber nada nos convierten en su manada. Siempre supe que cuando a Dios se le terminaron las alas para los ángeles, le puso cola a los perros.

En más de una ocasión creí que a mí me saldría una.

Cuando salimos de aquella zona de descanso ya había caído la noche. En ciertos lugares del camino ya no hay luz, por lo que solo la del vehículo nos guiaba en esa noche pesada. Al menos teníamos la luz interior del auto y la de la carretera. Pensaba en Carmen, que

cuando estuvo encerrada seis días no tenía ni una vela; entonces, ¿cómo logró soportar esa oscuridad? Presa por aquellos que de familia se volvieron captores. Allí logré descifrar que la pobre mujer padecía miedo con temor. Yo sabía que el miedo es una respuesta emocional a una situación desconocida. Pero una vez que conoces la fuente del miedo, tu cuerpo 26

logra calmarse. Pero el temor, el temor es mucho más profundo. El temor es interno, es aquello que te paraliza. Es tener la conciencia de que si no cumples serás golpeada, maltratada o ultrajada, como estaba ella sometida constantemente. Eso le impedía actuar, rebelarse, su autoestima estaba dañada, hecha pedazos, así como su mente. Solo le quedaba la fe en Dios. Esa certeza de lo que se espera, con la convicción de que no se ve, pero que tácitamente existe. Confiaba que ese Dios al que oraba a diario, la llevaría o la sacaría de dicho lugar.

El día 19 de diciembre del año 1977 una religiosa, la enfermera Aída y una asistente social se acercan al mesón del hospital y preguntan por Carmen Álvarez. Les indican el número de la habitación. Grande fue la sorpresa cuando se dan cuenta que la paciente había huido con su hijo, nadie la había visto, nadie supo cómo logró fugarse. Dicha situación quedó en la memoria de los involucrados. Nunca se formuló investigación alguna. La única prueba de ello es una deuda al hospital, que data de ese entonces y que figura con el nombre de Carmen Álvarez.

**I.2 Solo el tiempo y el destino lo dirán** Ya se estaba haciendo tarde. Las luces de los pasillos estaban encendiéndose y nadie daba respuesta positiva de cómo logró salir Carmen Álvarez. La histeria se apoderaba de los presentes, los doctores estaban estupefactos, era primera vez en la historia del Hospital San Pablo que un hecho así ocurría. La hora ya apremiaba, la monja de nombre Alicia Castillo, hermana de la enfermera Aída; la asistente social, de nombre Jacqueline, no recuerdo su apellido, y el doctor, se despedían y se disculpaban mutuamente por la bochornosa situación.

Aída y Alicia se subieron a un furgón Toyota de color azul que en su carrocería tenía dibujos de niños tomados de las manos y que en letras grandes decía, *Hogar Niños del Cielo*.

Aída explicaba una y otra vez la situación de Carmen a su hermana misionera, pero para Alicia Castillo los hechos hablaban por sí solos, Carmen quería a su hijo. Fue así como Aída habló de su malformación.

-Pero... ¿Es enfermito? -preguntó Alicia.

Desde ese instante Aída decide hacerse cargo del niño, sólo le pedía a Alicia que por favor la acompañara. El furgón toma otra ruta  
27

y se dirige rumbo a la casa de la encargada de cobranzas del hospital, que era vecina de Aída. Como antiguamente las personas se llevaban trabajo a sus hogares, esta empleada pública también lo hacía y en una máquina de escribir redactaba cartas de cobranzas, siempre y cuando éstas se pudieran enviar. Con el compromiso de conservar el silencio, de no revelar antecedentes y datos de ningún tipo la empleada entrega los datos que Carmen le había dado. Una dirección apuntada en una hoja decía "Lourdes 34". Alicia se asusta advirtiéndole a su hermana que estaba yendo demasiado lejos, que esa zona era un suburbio peligroso.

Aída llorando le suplica, por el amor de Dios, que por favor fueran en su rescate o ese pequeño no sobrevivirá. Le comentó que el padre era un alcohólico, golpeador, y "juerguero"; que el pobre niño, si no recibía atención médica moriría; o quizás en un ataque de histeria su propio padre lo mataría, ya que para ellos su malformación congénita era un castigo y si el niño era enfermo mental era obvio que sería golpeado y tratado como un esclavo. Si es que tenía suerte lo enviarían a pedir, exhibiendo su labio públicamente, y si lo enviaban al colegio sería una suerte divina, pero que la educación no estaba en los planes de esa familia. Así Alicia, una monja que sí merecía su hábito, lloraba por aquello que

estaba escuchando y no lo dudó más y cuando ya era casi medianoche, se dirigieron al lugar.

Cuando llegaron pensaron que hallarían una casa, en lugar de ello había una bajada estrecha como un pasillo con un montón de escalones.

Aída grita «¡¡jaló!!», una y otra vez mientras que una jauría de perros mal cuidados, rascándose mientras ladraban con furia y fuerte, salían a su encuentro.

-¡Cállense! ¿Qué quieren? ¿Quiénes son ustedes? -Sonaba una voz raspada y grave.

Esa voz pertenecía a Rosa Llanos, una mujer de unos 65 años de apariencia acabada, prácticamente una anciana. Su cabello blanco canoso, la piel rasgada, pocos dientes, baja y encorvada, con un moño desordenado. Evitaba recibirlas negando la existencia de Carmen en ese lugar, cuando de pronto se escucha el llanto de un bebé que le rompe el corazón a Aída, quien se acelera y como corriendo, baja rápidamente los escalones. Dos de los canes se tiran a morderla, pero solo uno logró apretar su pantorrilla. La mujer de apariencia deplorable toma un hacha gritando

28

-¡Nadie viene acá, a entrar a mi propiedad, váyase o le pego con esto! -Levantando decididamente la herramienta que usaba para cortar la madera que le servía de combustión para cocinar.

-¡Señora! ¿Usted tiene como alimentar a ese niño? ¿Usted se hará cargo de su educación? ¡Piense, tiene una malformación, va a necesitar cuidados especiales! Déjeme llevarlo y podrá verlo cuando quiera -le responde la hermana Alicia.

La mujer creía que venían por otra cosa. Susurrando y bajando el hacha dice que creyó que venían por su hijo. La monja le comenta que no, que iban solo por un pequeño sin apellido ni nombre, solo

sabían que el nombre de la madre era Carmen. En tono burlesco, la anciana les dice que pueden ingresar, indicándoles con la mano la puerta donde tenían que golpear. Era en ese lugar que se encontraba la buena para nada con el engendro.

Golpean la puerta y abre una mujer que cubría su rostro con su cabello: era Carmen. Al entrar el golpe fue chocante para ambas mujeres.

La pobreza era extrema: tres cajones, de esos que se usaban para cargar tomates, eran una especie de sillones; una cocina a parafina, de un plato, cumplía labor de calentador y cocina en ese espacio reducido; montones de ropa en un rincón, el olor era *parafinezco*. Una mesa chica de juguete que había encontrado Carmen tirada en la calle servía como mesa de comedor; sobre la mesa, unas bolsas de té, un pan a medio comer, una tasa manchada por la infusión, una mitad de pan de mantequilla era saboreados por insectos y todo estaba lleno de hormigas; hasta el azúcar estaba esparcida. Al entrar al dormitorio la imagen era más deprimente: dos colchones en el suelo casi sin resistencia, era difícil creer que Carmen no sintiera dolores de espaldas ya que los colchones parecían ser parte de las tablas que componían el piso. El niño dormía plácidamente ignorando, como todo bebé, las circunstancias en las que había nacido. La hermana Alicia y Aída lloraban tratando de convencer a la madre que por favor les entregara al niño, a lo que Carmen se negaba.

No podía aceptar que la separaran de su hijo. Alicia le toma el rostro a Carmen quien se quejó como si algo le doliera. Al removerle el cabello, vieron que tenía ambos pómulos heridos, un ojo que apenas podía abrir, las comisuras de sus labios hinchadas. No se habían percatado que cojeaba de su pierna derecha.

29

El día anterior en un estado de borrachera, Marcos Maluenda le había encarado que ella era la culpable por el labio de su hijo.

Aunque ella le explicara una y otra vez que no era así, él la golpeó hasta dejarla inconsciente.

Cuando Aída tomó al niño y percibió un olor a parafina en sus ropas, así como también en las de la madre. Estupefactas quedaron cuando Carmen les cuenta que Marcos, mientras ella estaba inconsciente, les había rociado ese combustible con claras intenciones de quemarlos a ambos para así liberarlos del castigo. No tengo datos del porqué no lo hizo, pero esta situación fue comentada una vez por la hermana de Juan y, desde que tengo uso de razón hasta el día de hoy, mi mente no concibe ni quiere dar crédito a ello. Sin embargo, posteriormente la misma madre y el hermano de Juan confirmaron los hechos.

Eran pasadas las tres de la madrugada y Carmen todavía no se decidía. Solo quedaba una, o a lo mucho tres horas más, para que llegara Marcos y, de seguro, al ver gente hablando con ella la castigaría con una nueva paliza, de esas que Carmen, resignada, ya las había hecho parte de su vida. Carmen se arrodilla y desgarradamente llora gritándole a Dios por qué se había olvidado de ella, Alicia Castillo le toma la mano y le dice suavemente

-¡El Señor hoy te da la oportunidad de salvarlos, a tu hijo y a ti!

Pero él solo pone el camino... eres tú quien debe decidir recorrerlo!

Míralo, allí está. No tiene nariz, no tiene paladar, mira a tu alrededor, mira cómo te dejó ese hombre. ¿Crees que a tu hijo no le pasará?

Carmen se levanta, cojeando se retira de la casa pre fabricada en donde se encontraban y entra a un cuarto que cumplía función de cocina para el resto de las personas que habitaban ese lugar. Estas personas eran Rosa Maluenda, Carlos Maluenda, ambos hermanos de Marcos, y la abuela Rosa, madre de los tres. Aída toma al niño firmemente, lo cubre y salen detrás de Carmen. Al entrar al cuartucho no ven más que una olla que parecía sacada de película de cruzadas, negra y tiznada, que hervía a fuego lento. Una jauría compuesta por seis perros echados en su rededor componía la

escena. Carmen se dirige a un cajón fabricado por ellos, de pedazos de madera, para sacar un cuchillo grande. Ambas mujeres quedaron heladas y sin comprender la situación le preguntan a Carmen qué haría con eso. Ella les dice que cuando él llegue de seguro 30

esta noche querrá tomarla a la fuerza, como cientos de veces ya lo había hecho, pero esta vez ella estaría preparada: «Si no lo mato antes, él me matará en algún momento».

Y así, el niño en brazos de la enfermera Aída y la hermana misionera Alicia, se perdían en las sombras de la noche. Rosa lloraba inconsolablemente al verlas partir. Por su parte, la abuela gritaba que estuviera tranquila porque ya Dios las estaba liberando del castigo, aduciendo unos capítulos y versículos bíblicos, haciendo alarde de sus conocimientos como evangélica. Pese a ello Carmen no se resignaba y lloraba amargamente apretándose el vientre

-¡Mi hijo, Dios, ayúdalo! ¡No aguanto más!

Antes que las hermanas Castillo subieran los últimos 3 escalones, Carmen corre gritando que esperaran

-¿Por qué, qué pasaba? ¿Se había arrepentido? -preguntaba Alicia.

Carmen solo las mira, les toma la mano, y les dice llorando

-¡Díganle algún día, cuánto lo amé, díganle que su mamá siempre esperará por él!

Le besa su frente y ambas mujeres se suben al furgón encendiendo el motor parten raudamente, sin destino conocido hasta ese entonces.

Carmen, nerviosa por su futuro no calmaba su angustia.

Comienza a caminar y caminar deambulando como sonámbula por las calles de Coquimbo, sin importarle lo que pudiera ocurrir con ella, ignorando que esa fuerte decisión, sin duda podría ser la

decisión más importante y mejor tomada de toda su vida, pero ello, solo el tiempo y el destino lo dirían.

### **I.3 El niño no es suyo**

Intentando recuperar la cordura junto con apaciguar el dolor, Carmen se repetía una y otra vez, cual cinta cinematográfica, el rostro de su hijo en brazos de Aída y Alicia. No lo duda más y decide volver a casa a pesar de las consecuencias. Entra despacio, a plena luz de día.

31

Ninguno de los familiares se encontraba en pie... debe ser porque su costumbre era levantarse casi al mediodía. Carlos Maluenda, el hermano de Marcos, prácticamente era un *travagador*, por no decir vago sin oficio ni beneficio, que vivía de los pulmones de su madre. Su hermana, Rosa Maluenda, vivía de la subvención estatal que le había quedado por la muerte de su padre, un ex integrante de las fuerzas armadas. Carmen, junto a Marcos Maluenda, eran prácticamente las únicas personas que mantenían la casa. Marcos era un garzón experto, su perfeccionamiento lo llevó a trabajar en los mejores y más respetados locales nocturnos de la zona, ello hasta que se emborrachaba y mostraba a vista y paciencia de toda la gente su verdadera esencia.

Carmen se saca los zapatos, unas chancletas que le cubrían con suerte los dedos, y silenciosamente entra a lo que era su dormitorio matrimonial. La entrada no tenía más de cuarenta centímetros de ancho por lo que solo se podía pasar de costado. Había una muralla de madera que era la parte de la casa prefabricada donde había estado encerrada, y la muralla que componía la precaria cocina construida completamente de adobe, un compuesto de barro y paja con agua que al secarse era dura como piedra pero que con el tiempo se desarmaba poco a poco.

El resto del paisaje lo componía un pasadizo que tenía una especie de cortina, que más que cortina era una sábana con un manchón

amarillo que cualquiera hubiese adivinado que era orina. Esta sábana había sido traída por la abuela Rosa desde un basural donde ella solía recoger cosas que, a su criterio, eran rescatables. De hecho la mayor cantidad de adornos navideños eran juguetes sucios y quebrados: camioncitos plásticos sin ruedas, un ciervo sin cabeza, que la misma abuela juntaba en sus paseos dominicales al basural de Coquimbo, lugar dónde ahora hay un terminal de buses y un parque.

Si uno avanzaba unos dos metros por el estrecho pasillo se llegaba a un espacio cuadrado -no más grande que el actual baño de la casa de mi padre-, de murallas de adobe y piso de tierra donde al llover se estancaba el agua. Allí, en más de una ocasión, Carmen y su hijo tuvieron que arrinconarse en la cama para no mojarse. El dormitorio de Carmen sólo tenía la mitad del techo. Allí había una cocina a parafina, una silla con su respaldo quebrado, unos papeles de diario que hacían de papel mural, una vela gastada en una palmatoria oxidada y una cama de una plaza y media metálica.

32

Recuerdo que alguna vez la abuela me llevó a su paseo dominical o derechamente al basural. Fue su mejor día. La gente al verme con ella recogiendo basura le regaló dinero y ropas que jamás vestí. Después de la llegada desde el basural era el turno de ir a la feria, lugar al que por naturaleza, ahora en mi adultez, odio ir.

Como parte del ritual, al llegar del basural la abuela inmediatamente esconde el saco que traía como si lo recolectado fueran tesoros, agarra una bolsa y encamina rumbo a la feria de Lourdes. Yo habré tenido entre seis y siete años, no recuerdo con exactitud, pero ocurrió que comenzó a recoger cosas del suelo. Frutas y verduras, todas con algún tipo de picadura o pudrición. En una de esas salidas fui visto por una monja que se acerca, me toma bruscamente de la mano y me lleva donde la veterana. Ambas se enfrascaron en una discusión que terminó con la monja furiosa recriminándole:

-¡Recuerde, el niño no es suyo!

Yo solo lloraba por desconocer lo que ocurría. Rápidamente fui llevado al hogar. La monja, la ya mencionada Soledad, al llegar al hogar me baja los pantalones, me pone de cuclillas en un sillón y con una varilla me golpea tan fuerte las nalgas que aún lo recuerdo. Fueron entre diez a quince golpes efectuados como si yo la hubiera ofendido, con una furia descomunal que me provocó heridas que me mantuvieron en cama por casi dos semanas sin poder caminar del dolor. Dejaron marcas en mi trasero y en la planta de los pies, donde fueron cuatro varillazos que finalizaron con tres más en cada mano. Tengo en mi cabeza el eco de su voz, diciendo una y otra vez “¡nunca más debo pedir!”, “¡nunca más debo pedir!”. Desde ese día olvidé y saqué de mi léxico las palabras

“¿me das?”. Quizás por ello ahora nada pido y todo lo quiero pagar, hasta me cuesta pedir prestado. Pareciera ser que muchas acciones que son del común diario para muchos, a mí algo me recuerdan.

Silenciosamente, Carmen logra tomar una mochila para echar todo lo que componía su closet, que eran tres blusas, un chaleco grueso, dos faldas y un par de zapatos que conservaba semi nuevos. No los usaba por que le apretaban los dedos, eran una talla más chica. Jamás supe la historia de esos zapatos, solo recuerdo que gracias a ellos, en un trueque, Carmen obtuvo una falda mucho más decente que le permitió presentarse, sencillamente vestida pero hermosa, tiempo más tarde en el registro civil.

33

Con la mochila en sus manos, sale corriendo y en eso despierta Marcos. Carmen da vuelta la cabeza y ve a Marcos que con mirada profunda y atemorizante la apunta moviendo su índice hacia arriba y abajo levemente. Carmen sabía que estaba lejos y que si en algo él era inútil, era corriendo. Marcos comenzó a caminar suavemente para tratar de atraparla. Asustada tiritaba con solo imaginar lo que podría ocurrir, aún su rostro no terminaba de borrar los vestigios de la última paliza. Con movimiento casi sigiloso, se agachó tomando una piedra que sobrepasaba el tamaño de sus manos, pero la fuerza, la ansiedad, el nerviosismo y las ganas de defenderse le

permitían apretarla. Marcos bruscamente se mueve para atraparla y Carmen le lanza esta piedra que lo aturde, cayendo al suelo. Corre y corre sin detenerse recordando las palabras “Animas del Quisco” que había escuchado de la enfermera Aída cuando ésta le hablaba del hogar de menores Niños de Dios.

....

Habían transcurrido alrededor de dos horas de viaje. Esta vez la música estaba a cargo de mi mujer, quien ama el k-pop, por lo que lo único que podría decir es que *One More Time* de Kim Hiung Jong, sonaba. Se me ocurre preguntarle qué estaría dispuesta a hacer por un hijo. A lo que me dice, ¡primero tengamos el hijo y mi actitud lo dirá todo! Creo que esa parte del viaje fue la más alegre y la única vez que conversamos o cruzamos palabra, ya que mi mente seguía una y otra vez castigándome con aquello que muchos de mis compañeros habían decidido olvidar: el pasado.

A estas alturas de la vida yo ya lo tenía todo, al menos eso creía: una mujer maravillosa que me amaba y viceversa y unos suegros que cualquier persona desearía tener. La familia, Sandoval Piña me consideraba, y aún me considera, uno más de los suyos. Tengo hermanos maravillosos y un sobrino, retoño de mi hermana Feñita que reside en Uruguay; mi hermana Ruby, psicóloga, con quien me complemento a la perfección, es como la luz de mis ojos; Joaquín un gigante al que protegería como a todos ellos con mi vida; Domingo un trabajólico ingeniero comercial que siempre está creando algo; la mamá Ruby siempre presente y educándome con suavidad; y mi papá, uff, con ese carácter con el que me cuesta no ser respondón y sin embargo mi alma moriría si me faltase.

Con mi dos hermanas comparto a Julita, que es una actriz con una belleza y sonrisa que son capaces de cambiar el carácter de 34

cualquiera. Mi hermana Pastora Sandoval, periodista de profesión, es mi compañera de destino, ese que solo Dios te demarca antes de nacer; ella se ha vuelto mi partner, mi guía y es la única persona que conozco en este mundo, capaz de salir sonriendo en su cedula de

identidad. Así es ella, una mariposa por el aire. Si un día me llegase a faltar no sé qué haría en su ausencia terrenal, ella es mi guía en esta larga travesía por dar a conocer mi historia, el ángel que apareció después de muchos deseos pedidos a Dios. Puedo decir que si los lazos sanguíneos te vuelven pariente, el amor te hace familia. Este viaje me hacía sentir que mi alma y corazón los estaban traicionando.

¿Por qué tenía que visitar a otra familia? Creo que me estaba preparando para un reencuentro sin reproches. No como aquellos que hicieron muchos, que cuando conocieron a sus mamás las rechazaron y jamás quisieron saber sus motivaciones reales, y se hundieron en su amargura y desesperanza, se alejaron de amigos, familiares. Lo digo porque me he cruzado con muchas de esas personas que, sin mencionarles lo que ahora soy, se han mostrado como superiores. Yo decido dar la vuelta y seguir caminando. Pienso que si tan solo hubieran intentado hablar con su madre y entender el dolor... su actitud hacia la vida sería distinta. Pero cada uno tiene distintas formas de sanar y de digerir la propia historia. Agradezco a Dios que me privilegió con una capacidad de pensar y comprender. Descubrí que mi madre no tuvo opción. ¿Qué fue de ella? Con el tiempo lo descubriría.

Gabriela Gallardo, mi mujer, saca una fajita que había comprado en la última Estación de Servicio, nos orillamos para comer, pero cuando descubro que tiene repollo y cebolla mi corazón se apretó. No quise seguir comiendo. Mi mente me abandonó como un haz de luz y vi a la monja Soledad tomándome fuertemente del cabello, apretándome la nariz con un perro de madera de esos que se usaban para tender ropa, y golpeando fuertemente mi rostro con cachetadas que marcaban mis pómulos, gritando que comiera. Yo solo lloraba con ese agrio compuesto en mi boca, tratando de tragarlo. Sentía que no podía existir peor cosa en mi vida. Todos mis compañeros estaban asustados, la orden era que nadie se levantaba de mi mesa si yo no terminaba, ellos me miraban con pena. En su intento por solidarizar, Johnny López, comienza a comer de mi comida, se sumaron Olavia y Bairon, todos se metían

una cucharada a la boca. Cuando ya nada quedaba, la monja Soledad nos pilla. Era pleno invierno y, a eso de las diez de la noche, nos mete con ropa a la 35

ducha con agua helada, golpeándonos como una enferma. Media hora duró la tortura, esa media hora que fue eterna. Al momento de salir con las ropas mojadas, nos las hizo sacar, puso a los hombres calzones y nos hizo salir al patio dónde estaban todos los demás esperando formados para ir a la cama, las únicas vestidas fueron las niñas, todos nos miraban, y ella gritaba que eso les pasaría a si le desobedecían, que si creían que ella les iba aguantar mal comportamiento estaban equivocados.

Me pregunto, ¿con solo seis años y medio, qué mal comportamiento podrías tener? Así, caminamos descalzos y en calzones hasta los dormitorios que estaban en la sección de arriba por lo que debimos cruzar casi quinientos metros a la intemperie con un frío que calaba los huesos. Sin embargo y pese a los golpes y tortura recibidos, Johnny, Bairon, Olavia y yo caminamos de la mano. Olavia, siendo la mayor decía, “tranquilos, niños, si acá en la tierra se paga. Acá se hace y acá se paga”. Yo escuchaba y lloraba, no entendía esa frase. Años más tarde, al saber el futuro de Soledad, lo descubriría.

Mi corazón en ese instante solo deseaba saber dónde estaba mamá, mas las respuestas eran imposibles de encontrar. Así pasamos esa noche durmiendo adoloridos y yo al menos llorando, pero algo en mí sabía que las cosas tendrían que cambiar en mi vida.

-¡Amor, tengo la sensación de que te vas de acá... ya poh, escúcheme, le estoy hablando!

-¡Ah, sí amor, si sé! -contesté.

-¿Qué sabes? ¿Viste?, ¡ni siquiera me vas escuchando! -me recriminaba mi mujer.

La verdad es que tenía razón, mi corazón, mi mente y mi alma iban aterrados porque por primera vez en mi vida adulta no sabía a lo que iba o por qué iba.

Ya íbamos a la altura de Talinay y como siempre mi compa-

ñía era la música, *Total eclipse of the heart*, de una cantante llamada Bonnie Tyler. Me encanta su historia, al menos lo que sé de su historia, de hecho la comparo en parte con mi vida. Se dice que esta artista, gracias a un accidente de tránsito que le costó una traqueotomía, logró descubrir esa voz privilegiada y se dedicó a usar el don otorgado por una catástrofe. Ella tomó este suceso en su vida como un aliciente para 36

mejorar su condición. Desconozco la fuente de esta historia, ni siquiera tengo memoria de cómo y cuándo la escuché, pero me ha servido para cambiar mi estrella futura. Recuerdo que una de las lavanderas la cantaba en español cada vez que nosotros íbamos a la lavandería, por esa razón la conectaba con mi pasado. En español creo que se llama

“Eclipse Total del Amor”.

Nos encontrábamos a lo mucho a unos cincuenta minutos de la ciudad porteña, cuando un cortejo fúnebre nos da alcance y logra adelantarnos a alta velocidad. Me impactó bastante ya que llevaba un ataúd blanco y pequeño lo cual me produjo una profunda tristeza.

En ese tiempo el color blanco en un féretro era señal que quien había fallecido era un bebé, creo que a la fecha aún se usa esta costumbre.

Me recordó la primera vez que estuve frente a uno y me sobrecogió sobremanera el suceso.

...

Ya habían transcurrido un par de años y me había vuelto algo popular en el internado, ello fue porque empecé a tener uso de razón, lo que me permitió descubrir formas de aguantar las torturas de las monjas y, a veces, las de las mismas cuidadoras del recinto. Maltratos intensos a los que estábamos sometidos constantemente y que debíamos, de una u otra forma, soportar. Tristemente, en ese entonces, como decíamos, «cada uno mataba su propio toro»; la individualidad era algo intrínseco en nosotros, algo que nos había hecho rudos por querer ser el más popular ya que así lográbamos respeto entre nuestros pares. Sin embargo, y pese a ello, debo reconocer que también hubo momentos de alegría, momentos en que nos uníamos y cuando ello ocurría nuestros maltratadores temblaban porque sabían que nada bueno podría salir de dicha alianza. Es por esta razón que la mayor parte del tiempo nos mantenían separados.

Como habían llegado varios internos ya no me encontraba tan solo. Las hermanas Salas, Marcela y Paola; las hermanas Ramírez, Eva, Erik, Alejandro y Alejandra; las hermanas De La Barra, Johana, Jacqueline, Jazmín, Jipsy y Ernesto; los hermanos Tabilo, Marcela, Johnny y Sara; las hermanas Anabalón, Antonia, Viera; los hermanos Varela, Humberto y Paola; los hermanos Barahona, Gabriel y Jacqueline; los hermanos Ahumada, Cristián y Mauricio; los hermanos Pizarro, Antonio y Rodolfo; los hermanos Francisco y Andrés Rojas; 37

Margarita Castillo; Alicia Lara; Olavia; Andrea Moreira; muchos de los que recuerdo solo su nombre de pila, como Román, y otros que irán apareciendo a medida que la historia avance. Sin embargo debo aclarar que muchos nombres fueron cambiados ya que varios de los compañeros y compañeras que acá nombro no quieren saber de su pasado, les causa dolor solo recordar y por respeto a su privacidad es que solo su apellido aparece mencionado.

Los hermanos de la Barra llegaron casi por la misma situación mía. Su madre era maltratada física y psicológicamente, su padre era ausente y alcohólico, lo que hacía imposible mantenerles; pero su

madre, de nombre Carmen de la Barra, una mujer alta delgada cabello rubio, ojos como luceros penetrantes de color azul, fue una mujer abnegada hasta el fin; una mujer que a pesar de la adversidad jamás dejó de lado a sus hijos. Trabajadora aguerrida, una gran madre. Tanto así que apoyaba en nuestro cuidado y lo peor es que solo recién hace unos días descubrí, a través de su hija Johana Cerda, que durante todos los años que trabajó en el internado, que fueron cercanos a los diez, jamás cobró un solo peso con tal de estar cerca de sus hijas, eso me hizo llorar.

¿Por qué lo supe hace pocos días? Sencillamente porque a través de las redes sociales me encontró gente que estuvo compartiendo conmigo en el internado y, a medida que hemos estado hablando, se han ido destapando detalles muy sabrosos acerca del comportamiento de algunas misioneras, así como también secretos de los que fuimos testigos presenciales.

Con algunos de los mencionados tengo historias tragicómicas, como por ejemplo con Ernesto. Alto delgado, ojos claros, cabello rubio, era uno de los más grandes en edad. Ernesto era un fiel protector de los niños menores, tanto así que se enfurecía con la hermana Soledad cuando nos castigaba, sin embargo, su decencia le impedía enfrentarla a golpes, aunque a veces pienso que se lo merecía, a pesar de ello era uno más de nosotros. Cierta día, nos pusimos a pelear, obviamente no peleábamos a puñetazos, el desafío se solucionaba saltando desde el columpio. El que llegaba más lejos era nombrado como ganador por el resto de los compañeros y eso valía el respeto por un tiempo indeterminado, como si fueras un ser poderoso, hasta que a otro se le ocurriera desafiarte y te ganara. Gracias a este juego, “Mamá la chola”, que es el apodo que me tenían, había obtenido el respeto por un laaaargo periodo.

38

Un compañero llamado Roberto, era insultado por otro compañero llamado Andrés, quien sabiendo la situación de su madre le dijo,

“¡tu mamá está sola!”. Esto quedó grabado en mi inconsciente. Al ver como esto había afectado a Roberto, encontré mi insulto ideal. Como mi pronunciación no era buena, a todo aquel que me ofendía le gritaba

«¡tu mamá es la chola!», fue así como gané el apodo. Sin embargo, de haber sabido por qué esto afectaba a Roberto, jamás habría usado esa frase que marcó mi infancia. Roberto tenía una hermana llamada Lorena, hermosa, de facciones muy finas como su madre y llevaba el mismo nombre. Se decía entre los internos, que cierto día, estando en su hogar, Roberto escucha unos gritos. Al abrir la puerta descubre a su mamá con 3 sujetos completamente desnudos, esto le provocó tal shock que lo mantuvieron extraviado por cinco días y fue encontrado por una patrulla policial. Nunca he sabido como esta historia llego a ser conocida por nosotros, la fuente la desconozco hasta ahora, pero así como la conté es como era relatada. Una vez ingresado Roberto a nuestro hogar, su madre se dedicó al comercio sexual. Todos sabíamos que había caído en eso porque estaba sola con sus hijos, ya que había sido abandonada y solo escuchar la frase: “tu mamá está sola”, a Roberto le hacía recordar aquel amargo episodio que le provocaba ataques de locura y golpeaba lo que fuese. Muchos fueron víctimas de sus puños, lo que, debo reconocer, en alguna oportunidad futura usaría a mi favor.

En la actualidad no tengo antecedentes de qué es de Lorena y Roberto, pero sí hay muchas historias que convergen en una sola cosa.

Roberto, de trato suave y comportamiento fino, terminó volviéndose transformista. Como dije, desconozco la fuente de esa versión por lo que no me atreveré a confirmar la historia. De su hermana Lorena, es como si hasta hoy la tierra se la hubiese tragado.

Una vez durante el almuerzo me enfrasqué en una discusión con Ernesto Cerda quien todo alterado me amenazó con golpearme, y comenzó la pelea, pelea que, como dije anteriormente, no era a puñetazos, sino más bien era una forma ingeniosa de crear justicieros que nos defendieran, y si había empate, lo que era

decidido por el resto de los testigos de la afrenta, se decidía competir en los columpios.

-Si me pegas, ¡te echo a mi mamá!

-¿Qué mamá, si voh no tenis? -me contestó.

-Jajajaja, acusadito, lo que dijo -exclamaban mis compañeros.

39

-Entonces te echo al tío que me vino a ver ayer, que es carabinero

-le contesté.

-Le echo al Presidente, a ver cómo va a quedar -decía Ernesto.

-Ufffffffffff, le echo a Supermán.

-Le echo a Iroman.

-Le echo King Kong -repliqué.

-Le echo a Godzila.

-Le hecho a Hulck, poh y lo mata. Puntito rojo, nadie me lo quita, puntito negro nada lo deshace, infinito mundo, espacio sideral nadie lo repita -le repliqué dejándolo en silencio.

-Te jodió, te jodió, te jodió -exclamaban mis compañeros al unísono.

En eso, Ernesto culminó:

-Puntito blanco lo combina, ¡te jodí!

Con esa frase estaba obligado a crear un desafío y qué mejor que el desafío columpio, así que allí mismo Johnny, que se volvió mi partner, impuso el día y la hora.

Llegó el ansiado día del desafío columpio. Ya eran entradas las 20 horas, y puedo asegurarlo porque cada vez que había un desafío éste se concretaba después de las campanadas de la Iglesia El Calvario, lugar donde estábamos emplazados ya en ese entonces. Yo había descubierto una trampilla. Para saltar lejos había un espacio de como dos metros desde el columpio a la muralla -que era baja, nos llegaba hasta las rodillas-, de allí seguía un pasillo de cemento de más o menos 90

centímetros de ancho que terminaba con la muralla de los dormitorios.

La idea principal era traspasar el muro y caer de pie en el pasillo. Nadie lo había logrado porque se lanzaban cuando el columpio iba en retroceso por lo que esto les restaba distancia. Sin embargo, yo había descubierto que soltándome del columpio a alta velocidad y cuando éste iba en ascenso, ganaba un par de centímetros más. Mi turno fue primero, me lancé y caí de pie tal como lo había planeado. Reté a Ernesto en forma desafiante a que superara mi hazaña. Mi ignorancia me jugó una mala pasada ya que Ernesto tenía más fuerza que yo, era más alto, por lo que agarró un vuelo tan inimaginable que quedamos boquiabiertos. Se soltó y ni eso le sirvió ya que fue tanto el vuelo que tomó que su cuerpo, tal dibujo animado, quedó pegado a la muralla cayendo prácticamente de rebote al suelo con una lesión en su pómulo, labio roto, ojo dañado y lo 40

peor, se había dañado, con el golpe, sus genitales, hecho que lo derivó al hospital.

Después de estar casi 15 días hospitalizado, volvió al internado con un cuerpo no tan esbelto como lo era, con un rostro que reflejaba el dolor, sus pómulos marcados daban la impresión que no lo habían alimentado bien, y con una bolsa conectada a su vejiga. Eso fue un problema, ya que lo lógico es que Ernesto usara una silla de ruedas y, curiosamente, para nosotros no había, pero sí había cuando una monja enfermaba. Por ese motivo el pobre Ernesto debía pasar su

delicado estado de salud de pie y encorvado, debido a la sonda que tenía puesta en su zona pélvica, creo, porque realmente no sé dónde iba puesta.

Fue entonces cuando nos llamaron a todos y comenzaron a mirarnos.

Del grupo debían escoger a uno que fuera el chaperón o el cuidador de Ernesto, ya imaginarán a quien escogieron. Así es, efectivamente a mí, las cosas pasaron del siguiente modo. Se me acercó una monja llamada Dina, joven, tierna, muy alegre, consentidora, alocada, pero que sin duda nos quería. A mí me decía Angelito. Ella rompía todo parámetro de una religiosa común y silvestre. El asunto es que la monja Dina se encontraba a la hora del desafío de los columpios, según ella, orando en el sótano que tenía rejillas por las que uno podía observar al exterior, por ende supo todo lo que había ocurrido. Suavemente se me acerca y me dice, «Angelito, tu sabes lo que ocurrió, por lo tanto es tu responsabilidad cuidarlo». Desde ese día y hasta que le quitaran la sonda, yo debía ir a donde fuera Ernesto, gran cosa ya que tenía que privarme de jugar, de correr, ver televisión y todo a lo que ya estaba acostumbrado. Transcurrían los días y yo ya me sentía un poco abrumado, todos se reían de mí diciéndome “el porta pichi”. Ya estaba por reclamar mis derechos a divertirme cuando de pronto la situación cambió a mi favor. Estaba por comenzar un programa de televisión que nos hacían ver las monjas cuando se iban a apostar o a jugar canasta.

Encendían el único televisor que existía, que era blanco y negro, no recuerdo su marca, pero allí exhibían “Los Bochincheros”, programa que me fascinaba por sus canciones y enseñanzas. Yo ansiaba conocer al animador del programa. Cada vez que lo veía en la pantalla mis ojos se iluminaban y mi corazón rebosaba de alegría, tanto así que me sabía todas sus canciones y el peor castigo era que me prohibieran verlo.

Fue así como en una discusión con Ernesto le dije que quería ir a ver el programa, a lo que éste se negó y me pegó un coscorrón.

Esto me enojó tanto que no hallé nada mejor que lanzarle la bolsa de su sonda 41

al cuerpo. La bolsa estalló dejando a Ernesto completamente empapado en orina y retorcido en el piso. Quienes lo vieron estaban muertos de la risa. Yo estaba aterrado ya que Andrés decía que lo había matado.

Una de las cosas que más creíamos en el internado de monjas era que si dañabas a alguien en vida y éste moría, su espíritu vendría todas las noches a tu cama a tirarte de los pies. Por este motivo me pasé toda esa noche orando el Padre Nuestro, habrán sido unas 60 veces y todo por la vida de Ernesto y al mismo tiempo para que no me castigaran.

El asunto es que nadie dijo nada, mi castigo nunca llegó y como acto milagroso, Ernesto fue dado de alta cinco días después 42

## **II. Nadie**

Años más tarde de su egreso, Ernesto dedicó su vida a la artesanía, en Coquimbo. Usaba la punta de la albacora para hacer espadas que vendía a los turistas, no puedo comentar si bebía o se drogaba porque no me consta y hay muchas versiones dispares sobre su vida de aquel entonces. El asunto es que en una de esas ocasiones, Ernesto fue por su material de trabajo cuando de pronto, a un sujeto ajeno al terminal pesquero -lugar de donde mi compañero pedía esta parte sobrante del animal, más conocido como pez espada- no le gustó que a Ernesto le regalaran lo que él consideraba valioso. El sujeto comenzó a agredirlo, a lo que Ernesto respondió defendiéndose legítimamente. Sin embargo, en un descuido, el sujeto del cual se desconoce todo tipo de antecedentes por parte de la autoridad encargada de la investigación, toma la punta de una albacora y se la entierra a Ernesto. Ésta atravesó su corazón pereciendo minutos más tarde mientras era trasladado a un centro asistencial. Ernesto Cerda de la Barra solo tenía 20 años de edad.

Como de costumbre, nadie intervino, a pesar que todos conocían a Ernesto. Nadie declaró y su muerte quedó completamente impune sin un solo culpable. El caso se mantiene como uno más de los casos sin resolver que tiene el país a la fecha. Ya con los años uno se acostumbra a ser menos que un número más en las listas del Estado. Cuando se desconoce tu procedencia, de dónde vienes. Si además no tienes un apellido extranjero o de una pronunciación exagerada, o al menos una persona que pelee por ti. Lo que nos ocurriera a nadie le importaba.

45

Muchos años atrás, la hermana de Ernesto debía someterse a una operación debido a una displasia de cadera. Era una niña bella, piel blanca como la miel, así describe Gabriela Mistral el rostro bello de un príncipe en el cuento las tres hermanas y encuentro que es ideal para describir a Gipsy, conocida por nosotros como la Pipi. Ojos azules, cabello rubio y diminuta. Su edad, cinco años. Jugábamos constantemente, de hecho debo reconocer que fue el primer amor infantil que tuve, adoraba su compañía y jugar con ella. El asunto es que Pipi debía operarse de sus caderas, así que prontamente se despidió de nosotros para partir con la encargada rumbo a Santiago. Quince días teníamos que esperar por ella. Estábamos todos ansiosos por verla llegar porque era un complemento para nosotros. Era tal el fiato que teníamos, que el hecho que nos faltara lo notábamos. Los días transcurrían con total calma, hasta que de pronto una mañana nos avisan que llegó. Todos formados y bien vestidos partimos en el furgón rumbo a su encuentro, pero primero pasaríamos a rezar por ella. Entramos a la sala de catequesis de la parroquia San Pedro de Coquimbo, ubicada frente a la Plaza de Armas de la misma ciudad. Al entrar quedamos atónitos, pasmados; no sabíamos que pensar, ni decir, no sabíamos si llorar o reír, no teníamos capacidad para comprender lo que ocurría. Allí, frente a nosotros, yacía Pipi dentro de una urna pequeña y blanca. Mis pasos avanzaron temblorosos, mi corazón acelerado, mi alma no lo podía creer: la muñeca yacía inerte, sin vida. Mi mente comenzaba a maquinarse cientos de ideas pensando que quizás hasta era una

broma de mal gusto de la monja Soledad para desquitarse por lo que le habíamos hecho, pero no.

La realidad era esta, mi enamorada ya no estaría más con nosotros. Fue así como ese día estuve, por primera vez, frente a una urna de bebé y a su vez gané mi primer ángel en el cielo.

Años más tarde, se sabría que su fallecimiento se debió a una mala manipulación de la anestesia, que provocó una sobredosis de esta misma, acción que su diminuto cuerpo no resistió. Como de costumbre en este país, nadie reclamó por ella, nadie exigió justicia, jamás hubo un sumario sancionatorio para este ángel de Dios. El olvido y la memoria frágil hicieron lo suyo y en la más completa impunidad seguirá ejerciendo el infame que le arrebató la vida a Pipi. Así continuamos nuestra vida, acostumbrándonos a extrañar, sensación que al menos yo por primera vez experimentaba. No puedo describir el sentimiento de los demás, pero según las conversaciones que he mantenido con algunos de los que me han contactado, cada vez que hablamos de nuestros compañeros 46

aparece su nombre espontáneamente, lo que me da a entender que ella sigue presente en nosotros.

El tiempo avanzaba conforme íbamos creciendo, un detalle no menos importante es que la frecuencia de los castigos innecesarios había disminuido, así como también la crueldad de los mismos, a lo mejor a las maltratadoras se les estaba ablandando el corazón, quizás.

No podría dar una respuesta con exactitud a esa interrogante, pero vino una etapa de relajó para nosotros. Quiero imaginar que fue por la llegada de nuevas cuidadoras, al menos yo lo creía así porque estaba recién tomando conciencia y preocupándome de mí entorno. Llegó una nueva cocinera que nos cuidaba y protegía y a su vez también nos defendía. Su nombre era Carmen Álvarez. Sabíamos que era una mujer maltratada por su marido, un hombre alcohólico, golpeador, Marcos Maluenda se llamaba Yo no lo conocí, pero gracias a que cuando las monjas veían novelas o apostaban en las

cartas se ponían a conversar en voz alta, gran parte de los internos nos podíamos enterar hasta de la vida privada de los vecinos que vivían en el entorno del internado.

La tía Carmen era una mujer bajita, menuda, cabello negro y largo. Llevaba ya años trabajando para las monjas, casi el mismo periodo que llevaba yo allí; quizás por eso se había encariñado conmigo y varios más a los que protegía como propios. Contaba con un corazón gigante, cocinaba de maravillas. Pero sí, todos comentábamos que tenía su mirada triste, ya era secreto a voces que la tía Carmen había perdido a su hijo, un bebé que tenía fisura en su labio. Esa historia es con la que explicábamos su amor incomparable hacia nosotros. Puedo decir que la tía Carmen Álvarez era el ángel que habíamos ganado en la tierra.

El año 1982, no recuerdo el mes, pero yo tenía alrededor de cinco años y ya era todo un revoltoso. Ese día habían preparado un escenario gigante en el patio. Había compañeras nuevas: Hilda, Jéssica y Amalia.

Todos, hasta los más pequeños participaban. Hilda, que debió haber tenido ocho años, fue incluida creo que por su bella apariencia, no lo sé con exactitud. Era un ángel, ojos azules intensos, tez blanca como la leche, dentadura perfecta, nariz respingada, cabello rubio como el sol y muy flaquita. Amalia tenía la piel morena, ojos claros y cabello crespo; era como una belleza exótica que habrá tenido unos seis años, casi un año más que yo. La cosa es que todos teníamos que actuar para las visitas. En ese entonces yo cantaba y todos decían que tenía una 47

voz hermosa, por tanto hice mi actuación y me subí a mi banca, digo banca porque a un costado del escenario habían bancas numeradas y cada uno de los que actuábamos para las visitas, que al parecer eran muy importantes, debíamos subirnos a una banca numerada.

¿Por qué digo visitas importantes? Sencillamente porque nos hacían barrer, baldear, levantarnos temprano y vestir con ropas nuevas, que no puedo decir de donde salían, ya que supuestamente no teníamos

ni siquiera con qué vestirnos. Las visitas nos saludaban, acariciaban, jugaban con nosotros y nos interrogaban. Ese día fue la primera vez que vi a un cura, que no hace mucho ha aparecido en las noticias junto a compañeros de internado que he reconocido en reportajes televisivos, cuyos nombres no mencionaré por respeto a sus familias. El nombre del cura era Johanon (1).

Después del acto pasaron seis meses en los que una familia de origen australiano comenzó a visitar seguido el internado. Sacaban a pasear a Amalia. Cuando llegaba la tarde, Amalia nos mostraba los regalos y vestidos que le compraban y sus ojos brillaban. Una de las frases más hermosas que uno de los nuestros podía decir era, «¡parece que tendré mamá, ella quiere ser mi mamá!». Así transcurrió el tiempo hasta que llegó un día en que todos salimos de paseo, menos Amalia.

Ese día fuimos al parque Pedro de Valdivia de La Serena, un zoológico.

Lo pasamos como nunca, correteábamos cual animales libres devueltos a su hábitat. Corríamos de un lado a otro, quedando tan exhaustos que al llegar al internado nos dormimos sin escándalo alguno, hasta el día siguiente en que notamos la ausencia Amalia.

Hace un par de años me enteré que esta familia se la había llevado al extranjero, en donde ahora tiene un pasar maravilloso. Es así como lo lees, cada vez que había un show, nos subíamos a esos pisos y las familias podían escoger un número, no un niño o niña, un número.

Desconozco cómo eran los procedimientos, pero puedo asegurar que

-así como afirman muchos adultos con los que ahora converso- hubo muchas adopciones de niños que sí tenían padres, los que tiempo después llegaban llorando porque no sabían dónde estaban sus hijos.

Amalia fue una de esas niñas que desapareció sin dejar un mínimo  
1 “MÉDICOS AYUDARON A ENGAÑAR A LOS PADRES; los niños  
dados por muertos que el cura Gerardo Johanon entregó para  
adopción”. Gustavo Villarrubia en Reportajes de investigación,  
CIPER Chile, Publicado: 11.04.2014 CIPER

48

de rastro a sus familiares. Fui testigo de cuando llegaban las mamás  
preguntando por sus hijas; que al saber que ya no estaban, lloraban  
con tal desolación que eran tratadas como locas.

Esa fue la escena cientos de veces. Sé que al publicar esto podría  
ser tratado de mentiroso. Pero bastaría con que se dieran el tiempo  
y se atrevan a revisar los registros, se darán cuenta que muchos  
niños y niñas salieron del país sin retorno.

## II.1 Alimentando el desasosiego

Ya estábamos entrando a las fiestas navideñas del año 1982. Debo reconocer que desde Octubre en adelante disfrutábamos a concho ya que muchas empresas nos hacían regalos, entre ellas una empresa llamada *Compañía Minera del Indio*. Ellos nos regalaban buzos y zapatillas, todos uniformes. Pregúntenme si los usábamos. La respuesta es lógica: nunca.

Ello porque esa vestimenta servía “para ocasiones especiales”.

De estas fiestas puedo destacar el trato de quienes nos ponían en sus regazos. Nos daban embelecocos de todos los sabores, gaseosas a destajo; nos llevaban al “Delta 21”, un club de *flippers* que ya no existe, que se encontraba a pasos del reloj de empalme de Coquimbo, en donde aprendí a jugar Pacman. También recuerdo las fiestas de la Universidad Católica del Norte, en donde aprendí a jugar a la búsqueda del tesoro; las fiestas rotarias y de colegios privados. Al parecer todos, en esas fechas, querían una reconciliación con el cielo. Sin embargo, cuando iban con sus hijos pequeños para mostrarles otra realidad, yo sencillamente los envidiaba porque terminada la fiesta cruzaban el portón y todas esas personas que se comprometieron en volver, jamás lo hicieron, dejándonos esperanzados en que llegaría el día que nos habían prometido. Era tanta la ansiedad, que esperábamos parados en el portón, muchas veces sin siquiera querer comer. Cuando las monjas nos iban a buscar y nos decían que almorzáramos, nosotros nos negábamos ya que estábamos haciendo guardia para que las personas no pasaran de largo. ¡Había que esperarlos! Así, apenas se asomaran les gritaríamos que estábamos acá. Esa era la fantasía infantil que albergábamos en nuestro corazón: “¡Quizás se extravió! ¡Quizás no recuerda cómo llegar!”.

Con eso alimentábamos el desasosiego y la frustración de asumir que jamás llegarían y que jamás seríamos vueltos a visitar. Aprendimos que cada visita era como nosotros, un número más que quiere ponerse en la buena con Dios. A tanto llegó la desesperanza que después, cuando iban, ya ni siquiera dejábamos de jugar entre nosotros, por lo que ellos debían integrarse. A nosotros derechamente ya no nos importaba un trato tierno por minutos para después volver a la desolación.

Así llegó diciembre del año 1982. Recuerdo que apareció una mujer fina, elegante, bella, muy adinerada, su nombre era Dinka. Al parecer había intentado incansablemente tener hijos y no podía. Esa razón la llevó a este criadero de niños. Todos la llamábamos tía Dinka y, en ese entonces, era una mujer comprometida con los niños. Nos comenzó a llevar todos los días sábados a su hogar llamado Chacra Marianita, que aún existe en lo alto de Peñuelas en la ciudad de Coquimbo. Nos sacaba constantemente, nos dejaba ver películas en su televisor gigante, nos daba sándwiches raros y cientos de cosas más; hasta paseábamos en la plaza del cohete metálico en la localidad de El Llano, detrás del hospital de Coquimbo. Eran tardes fabulosas. Su presencia se mantuvo por un periodo de casi dos años, sin embargo, de la noche a la mañana desapareció. Años más tarde, ya en la década de los 90, cuando tenía unos 16 ó 17 años, tuve la idea de visitarla en su chacra. Al golpear su puerta su rostro se puso pálido, me preguntó qué hacía en su casa. Le dije quién era aunque ella se acordaba perfectamente de mí. Me volvió a preguntar y le dije que la visitaba para agradecerle todos los momentos lindos que nos había hecho vivir. En una reacción desmedida, con las llaves de su auto en mano, comienza a sacarse sus joyas y las esconde en una caja. Cierra la puerta y con un plátano en su mano y una manzana, se disculpa por no poder atenderme y se va caminando sin emitir palabra alguna, dejándome en la entrada. Le grita al guardia que nadie, pero nadie podía ingresar si ella no daba la autorización, que él no sabía si yo había entrado a robar o no, que él no conocía mi procedencia.

Entonces me pregunté, ¿por qué iba a visitarnos? ¿Acaso tenía una deuda con el de arriba? Su actitud era angelical en aquel entonces, y hoy se portaba como un demonio. La verdad es que pocas veces en mi vida me he sentido humillado como para recordarlo, esta fue una de esas ocasiones. ¿Qué diablos pasaba por mi cabeza al creer que todas las visitas que iban a vernos eran de corazón transparente y que sus acciones eran desinteresadas? Hace muy pocas semanas, mientras 50

escribía parte de esta historia, me contacté en una red social con Johana de la Barra. Hablando con ella, de nosotros y las cosas que hicimos, me acordé de este suceso y le pregunté por esta señora. Ella me aclaró lo de la famosa tía Dinka. Esta mujer, por el hecho de no poder tener hijos, iba en busca de sustituir su deseo de ser madre. En pocas palabras, en las salidas camuflaban, al igual que muchos que querían adoptar, a la niña o niño elegido. Para nosotros era la entretención, el pan y la televisión; y mientras nos distraíamos, se encargaban de engolosinar a su escogido con regalos, a vista y paciencia nuestra. Ella estaba interesada en la hermana de Johana, una flaquita de cachetes colorados, cabello castaño, sonrisa blanca, ojitos color pardo, muy delgada que muchas veces fue escogida como reina en su curso. Jacqueline era hija de Carmen de la Barra, la mujer que mencioné unas cuantas líneas atrás. Fue Carmen quien se negó a darla en adopción, a pesar de que la vilipendiaron y presionaron psicológicamente, casi torturándola, diciéndole que con su condición de mujer humilde jamás podría criarla como corresponde.

Gracias a Dios, la tía Carmen de la Barra tuvo la fortaleza suficiente, y con los medios que ella tenía logró sacar adelante a sus hijas. Esto frustró a la ya famosilla Dinka, provocando que jamás volviera por nosotros. Por ello me referí al criadero de niños, al parecer aquel era el concepto de esta dama con respecto a nosotros. ¿Qué culpa tenía yo?

Desde aquel día jamás volví a saber del famoso personaje.

Quedaban dos días para Nochebuena, una más de todas a las que estaba acostumbrado. Mis compañeros salían con sus familias y yo me quedaba en ese encierro viendo villancicos con una o dos cuidadoras y uno que otro interno. Ese año, sin embargo, todo cambiaría para mí y quien me trajo el regalo fue una hermana misionera, una por la cual

“me saco el sombrero”, como se dice. Su nombre era Daniela Lillo, más conocida como “Chivita”. Ella sí era preocupada, entregada, suave; jamás nos gritaba o retaba; ella sí merecía y merece ser llamada hija de Dios.

Jamás un castigo o un golpe. A tanto llegaba su entrega con nosotros, que cuando llegaba de sus estudios todos los internos nos arrojábamos a dormir a su cama. Cuando estábamos dormidos nos dejaba uno a uno en nuestras literas. Fue en una de esas tardes de Navidad, cuando ya me había visto la novena melodía de los *Niños Cantores de Viena*, que se me acerca sonriente la “Chivita”, se inclina y me dice que vaya a vestirme porque ese día tendría una cena en familia. Fruncí el ceño ya que pensé era una broma cruel como las de la monja Soledad, quien en varias ocasiones me dijo que venía mi mamá, que la habían encontrado 51

y que estaba en la cocina. Cuando llegaba solo estaba la tía que cocinaba y nadie más a lo que me decía “disculpa me equivoqué”. Por ende estaba tomando la broma con humor esta vez, hasta que ella sonriente me dice

-¡Ya pué hijito, vaya, que está esperando!

Detrás de ella aparece la tía Carmen Álvarez, quien me dijo:

-¡Esta noche pasarás Navidad conmigo!

Corrí a cambiarme de ropa y me puse un pantalón -con un parche al que se le veía la costura que cubría una rasgadura en el trasero- de color azul; unos bototos raspados que usaba para salir; unos calcetines que había robado del casillero de las niñas y tenían

*vuelitos* que corté con una tijera para que parecieran de hombre. Esa fue mi vestimenta esa noche. Todo iba yendo de maravilla hasta que llegó la noche y comenzamos a cenar. Había un árbol alicaído, pero natural, lleno de luces de colores, regalos por doquier que ya fantaseaba, eran míos.

En la mesa estaban otros hijos de la tía Carmen: Francisco, Enrique, Beatriz. Ellos y yo, todos, sonreíamos, hasta que de pronto todo cambió de color. Marcos Maluenda, en estado de ebriedad, comienza a insultar a Carmen Álvarez, quien esta vez no aguantaría. Nos miraba apenada y nerviosa. La mesa, para mí, era la mesa más bella que había visto jamás en mi vida y sin embargo este sujeto arrogante, déspota, ordinario, agresivo, mala clase y todos los insultos se puedan imaginar, arruinaba mi único momento familiar que quizás jamás se repetiría.

Este sujeto agarra los juguetes que Carmen con todo su esfuerzo había logrado comprarnos y los arroja sobre el techo de la vivienda. Entre tanto la insultaba y golpeaba, va hacia la mesa y bota absolutamente todo al piso, me apunta mirándome fijamente y Carmen le grita:

-¡Cállate, es tu culpa todo!

El mal nacido se da la vuelta y se va de la casa. Con Enrique nos tomamos de la mano y salimos, cruzamos una puerta de madera media desclavada y nos sentamos en un montículo de piedra sobre el cual comenzamos a contar autos para pasar la rabia. Ya casi llevábamos 70

cada uno cuando la tía Carmen nos llama, nos sirve chocolate, nos besa y nos dice entre lágrimas

52

-¡Feliz navidad, niños míos!

Cuando llegó la hora de irnos a dormir, Carmen nos acomodó en su cama de plaza y media y me percaté que al techo le faltaba la mitad, dejando entrever las estrellas. En esta pobreza extrema vería por primera vez estrellas, acostado en una cama que tenía que compartir, pero no por obligación sino por amor. Así, con Enrique comenzó nuestra fantasía de contar estrellas. Fue la noche más feliz de mi vida, a pesar del mal momento que Marcos Maluenda nos había hecho pasar.

Yo imaginaba que eso era parte de tener familia y así lo asumí hasta mi despertar. Lo importante es que desde ese instante yo estaba ya ganando ángeles en mi vida. Luego supe que la reacción de Marcos Maluenda fue porque Carmen había comprado los regalos a sus hijos y él quería hacerlo. Lo aberrante es que quería comprarlos con dinero de Carmen y no con el suyo. En fin, así son algunos lunáticos que solo vienen al mundo a lastimar y dañar a su propia sangre.

## II.2 Querubines

Había pasado un tiempo considerable desde aquella Navidad y cuando llegó una nueva monjita como responsable de nosotros.

Esta vez era el turno de la alocada hermana Dina. La explicación: la hermana Soledad había sufrido un ataque por presencias oscuras y esto le había provocado un shock y daño psicológico, por lo que había solicitado su dispensa a la Diócesis. Desde ese día teníamos prohibición de hablar de lo ocurrido. No negaré que dicha noticia nos provocó a todos una felicidad que irradiábamos por los poros, tanto así que ese día bailábamos como locos, la alegría era nuestra música, ya que no teníamos radio alguna.

En dicha casa gigante, de aspecto terrorífico, teníamos visitas de seres sobrenaturales, más conocidos como espíritus del más allá.

En cierta ocasión llegó a nosotros un hombre con aspecto de sacerdote, pero vestido de civil, un hombre que trasmitía mucha paz.

Era la primera vez que escuchábamos con atención las palabras de alguien dispuesto a enseñarnos, pero con suavidad. Su nombre no lo recuerdo, pero lo he visto en muchos programas de televisión, espero no estar equivocado y sea aquel viejo sabio con quien años más tarde, en la década del 2000, coincidiríamos cuando él era el candidato a la 53

Alcaldía de Coquimbo y yo fui colaborador. Su mirada se fijó sonriente en mí. Al ser un hombre de memoria creo que quizás me reconoció ya que mi rostro no ha sufrido muchas modificaciones con el pasar de los años.

El asunto es que comenzó a hablarnos de querubines. Decía que eran ángeles traviosos que normalmente no saben si murieron o no, ya que pudieron haber perecido en alguna actividad que al despertar

continuaron haciendo. La mayor parte de las veces estos querubines son niños que olvidan crecer y son los predilectos de Dios, de allí la frase, *“Dejad que los niños vengan a mí”* y, según contó, es la razón por la que cada vez que se realiza un responso a un angelito se debe decir esta frase para que su *neuma* -que en hebreo significa “alma”- pueda llegar a los brazos del Todopoderoso. Luego nos explicó sobre los espíritus chocarreros, almas transitorias que dejaron una tarea pendiente, pero no son dañinas, son hombres adultos con almas de niños; su máximo placer es mover cosas y ríen asustando, pero jamás dañarán a un ser vivo.

Estos espíritus quedaron pegados en la tierra por morir en accidentes trágicos y solo desean que alguien les ayude a descansar. Se dice que ni los querubines ni los chocarreros pasan por el gran purgatorio porque no tienen culpa de haber fallecido de la forma en que lo hicieron y no son culpables de no haber alcanzado a pedir perdón o arrepentirse por algún pecadillo. Finalmente están los espíritus de alma oscura, estos son seres que murieron con maldad en su alma, a los que sencillamente les tocó la hora; que en vida tuvieron oportunidad de arrepentirse y jamás lo hicieron, gente que obligadamente debe pasar por el purgatorio para cumplir su penitencia y hasta que alguien en vida los haya perdonado y orado por ellos, no se van. Muchas veces estos espíritus están tan cargados de odio y ha sido tanto el daño causado, que quedan atrapados en la realidad paralela del mundo oscuro y se dedican a lastimar y dañar. Estos sí son los peligrosos ya que de ser llamado por un ser susceptible a lo sobrenatural y emocionalmente dócil, pueden tomar su cuerpo y atacarlo en vida. A esto se le denomina posesión. Tanto es así, que su idea es dejar morir al cuerpo poseído y con eso ellos adquieren poder para ser respetados en el mundo oscuro, más conocido como el infierno. Nos explicaba también que existe una sub categoría dentro de estas tres clases conocidas de espíritus, llamada almas en pena, que son espíritus que por alguna razón murieron en el dolor, se volvieron locos y se niegan a abandonar este mundo. Estas almas fácilmente podrían vivir siglos entre nosotros, pero son incapaces de dañar ya que 54

solo repiten una y otra vez el suceso que los llevó a la locura. Incluso podrían pasar por tu lado, mirarte, a lo mucho asustarte, pero jamás, jamás te dañarán. Ellos expelen un frío tan fuerte que te paraliza el cuerpo, lo que te impide gritar y correr. Casos como estos que nosotros conocimos y de los cuales fuimos testigos, fueron “la llorona”, “la mujer de blanco”, y “la monja negra”.

Una vez por semana nosotros debíamos llevar mercadería desde la casa central, llamada Hogar Niños de Dios, en donde se encontraban los bebés, hasta la casa de nosotros, llamada Hogar Esperanza. La casa central llamada ronda, estaba situada casi al final, -entre requeríos en lo más alto de Coquimbo- del sector denominado como Ánimas del Quisco. Cierta vez nos tocó a Johnny y a mí llevar la mercadería y nos demoramos por querer ver un programa llamado Pipuripao.

Se nos vino la noche encima ya que nos fascinaba un dibujo de ese programa, en realidad todos, pero uno en especial llamado “El festival de los robots”. Habremos tenido unos seis años y medio, pero éramos muy autosuficientes, por lo que emprendimos camino por el cerro en donde una que otra luz iluminaba las calles empolvadas y rocosas. Era un trayecto que hacíamos a diario y que duraba aproximadamente una hora, se nos hacia completamente normal y ya no tan agitante, de hecho nos fascinaba hacerlo.

Cuando ya estábamos a medio camino, comenzamos a avanzar hacia el sector más oscuro que era un trayecto de alrededor de 10

minutos. Fue entonces cuando empezamos a sentir cadenas fuertes y comenzamos a tiritar. Johnny, más miedoso que yo, me mira con ojos gigantes, abiertos como si le faltara párpado, y un nudo en su garganta que le costaba respirar:

-¡La... la lloro, la llorona concha de tu madreeeee!

Yo solté una carcajada

-¿Adónde -le pregunté

Apunta con su mano tiritando, miré hacía donde se dirigía ésta y rápidamente me paralicé. Mis ojos vislumbraban una imagen blanca como con una capa reluciente y al parecer no caminaba, flotaba suavemente, nuestros oídos solo escuchaban, “¡mis hijos!”. Los más viejos del lugar, dado que éramos conocidos y queridos por muchos vecinos, nos habían contado que la leyenda dice que se trata de una mujer que 55

era adinerada, pero que su marido la atrapó en una infidelidad y huyó con sus hijos, dejándola atada en uno de los dormitorios con cadenas en sus manos. Cuando la descubrieron ya era tarde. La mujer había dejado de existir.

La escena fue terrorífica. Era primera vez que yo me encontraba de frente con algo así y mis ojos no me engañaban, teníamos ante nosotros una leyenda espectral. En eso, el reflejo de unos focos hicieron que la imagen desapareciera. Un vehículo se detuvo junto a nosotros. Era el tío Coti, apodo que recibía el chofer de las monjas, pero nos trasladaba a donde quisiéramos. Se baja y nos pregunta hacia dónde íbamos, nos subió y nos encaminó. Lo concreto es que la imagen de esta mujer se me quedó pegada en la cabeza y hasta ahora recién la comento.

Teníamos prohibido hablar de este tipo de sucesos y, de hacerlo, éramos severamente castigados y enviados a psicólogos. Lo sé porque a Andrés se le ocurrió mencionarlo una vez en su curso y estuvo meses en terapia, sin ir a clases.

Cierto día que estábamos cenando y estaba la hermana Soledad

-tiempo antes de retirarse de la congregación-, cantamos la bendición de alimentos (canción que aún recuerdo):

*Bendecido Señor*

*Bendecid esta mesa*

*Esta comida nuestra*

*Y también el pan*

*Como esos cinco panes y dos peces*

*De allá en el desierto.*

*Amén.*

Terminada la oración, nos aprestábamos a beber la leche cuando de pronto sentimos ruidos en el limpiapiés. Todos, de manera simultánea, dirigimos la mirada a un mugroso y roñoso tapiz que no dejaba de moverse, como si alguien quisiera entrar y se estuviese frotando sus zapatos. El silencio era sepulcral y por alguna razón que aún no me explico, esa vez no sentí frío, sino que todo lo contrario.

Había un olor dulce, como parecido al almíbar y un aire tibio. En eso, la monja Soledad nos hace rezar, pero lo dice solo con gestos, pues al parecer lo que estábamos presenciando le habían secado la voz. Todos 56

comenzamos a orar una y otra vez, el Padre Nuestro y el Ave María y mientras más fuerte lo hacíamos, más molestia generaba en aquella presencia. La silla de cabecera comenzó a moverse rápidamente, cuando de pronto como un acto de ira, la silla se arroja a la muralla y se quiebra en pedazos, tal como en las películas. El ruido fue como un estallido ensordecedor. Desde ese día, en dicho lugar, se puso un puesto más y las molestias astrales disminuyeron. Esta fue una de tantas de las que fuimos testigos y como era costumbre, estaba prohibido hablar de dichos eventos, por lo que no lo mencionábamos por temor a las consecuencias. Sé que al leer esto a muchos de mis compañeros se les vendrá el momento a la memoria, otros quizás hasta lo bloquearon, pero fui testigo presencial de aquel hecho paranormal.

A los días después de ocurrido esto, mencionamos a la monja Soledad que dicho puesto era de Pipi, quien nos había dejado años

atrás en las circunstancias ya contadas. No pasó ni una semana y muchas cosas cambiaron.

Una vez que Johnny hurtó una colación en el colegio, se encontró una moneda antigua. Con la mentalidad de un niño, Johnny y yo, que ya éramos casi inseparables, nos dirigimos a un negocio y con esta moneda antigua compramos pan y cecinas. Salimos corriendo del local y el dueño, percatándose que la moneda no tenía valor, fue tras de nosotros.

Creíamos que la habíamos hecho de oro, pero una señora que circulaba en el lugar vio todo y se acerca al dueño del local indicándonos de donde éramos. Era nuestra vecina, una mujer amargada que al parecer nos odiaba ya que siempre parafraseaba que cómo se había permitido un internado de futuros delincuentes en su vecindario, a lo que nosotros siempre le respondíamos a gritos e insultos de *vieja loca*, entre otras cosas, por lo que no le quedaba otra que cerrar su boca.

Fue así que ese día, sí o sí, el castigo fue desmedido. La monja nos encerró en la despensa sin ropa durante dos días, en los cuales Johnny y yo nos comimos el queso, el yogurt, la fruta y nos tomamos los jugos, cosas que nunca veíamos en nuestra merienda y que efectivamente sí existían.

Ese castigo cambiaría todo en adelante. Esparcimos unas le-  
gumbres, que se encontraban allí, moviéndolas a un lado para usar las repisas como cama (al menos esa vez la monja Soledad nos entregó una 57

frazada para taparnos). Por gracia divina también teníamos la opción de golpear la puerta si queríamos ir al baño. Afuera mis compañeros eran golpeados, no puedo describir de qué forma, ya que solo vi las marcas en sus manos pies y espaldas. Como el baño se encontraba fuera de la casa, había que cruzar al menos unos 4 a 5 metros para llegar a él.

Por dentro era similar a los baños de colegio: un urinario en son de cascada, 6 o 7 duchas más una grande que estaba al cruzar una puerta, 6 tazas de inodoros similares a baño de Estadio, todo muy abierto por lo que hacía muchísimo frío. Además todo enlozado, solo contemplarlo provocaba hipotermia. Allí la monja nos metía bajo el agua helada en pleno invierno. A su vez, el pasillo daba a un huerto gigante que cubría casi toda la parte trasera del patio, donde había dos higueras gigantes y frutales de todo tipo: guindos, naranjos, manzanos, frutillas, limones etc. Era imposible ir al baño y no voltear al huerto, que no contaba con ningún tipo de iluminación, así que ya sabrán lo lúgubre que era y el espanto que provocaba en las noches cuando había que levantarse, y más aún, cuando había luna llena o creciente, sencillamente era una fotografía al más puro estilo Barnabás Collins.

Cierto día la monja Soledad se disponía a ducharse y mientras realizaba la danza de la vestimenta -la doblaba, la ponía en una banca de madera que estaba situada al interior de las duchas-, comienza a abrir la llave para que salga agua caliente. Si mal no recuerdo esperó unos 10

a 15 minutos y el agua no salió. En eso, se corta la luz. Nosotros, con la luz apagada en el comedor, que tenía visión al baño, observábamos todo. La monja sale envuelta en una toalla y gritaba “¡niños!”, mas nadie respondía. En eso, volteó su mirada hacia la higuera y la impresión de su rostro fue impagable, tiritó de puro espanto. Su hábito estaba colgado en las ramas bajas de la higuera junto a la figura de un pequeño al que solo se le distinguía el contorno del cuerpo. Se puso a gritar de manera desgarradora y al ver que el bidón de gas estaba en la esquina del baño se puso peor, ¡esa era la razón por la que no pudo ducharse con agua caliente! Más fuerte golpeaba la puerta pidiendo auxilio, pero nadie la atendía. La monja cayó de rodillas, juntó sus manos y comenzó a rezar con desesperación. Debo confesar que el espectáculo fue maravilloso e incluso milagroso, verla por primera vez de rodillas orando y pidiendo perdón, aunque no fuera a nosotros directamente.

Habían transcurrido como dos horas y la monja seguía allí.

Román, que había llegado un año atrás y era el más grande, me dice que 58

vaya a abrir la puerta una vez que se acostaran. Hice lo solicitado. Al abrir dije, con sorpresa fingida:

*-¡Tíaaaa Soolee! ¡Está blanca! ¿Qué le pasó?*

Ella solo me abrazó y me besó la frente. En mi interior, lo único que yo pensaba era, *“así te quería ver, vieja de mierda”*.

Fue por esa razón que llegó el señor que ya mencioné para darnos la charla de los espíritus. Lo que él ignoraba es que la hermana Soledad había sido víctima del odio que ella misma generó en nosotros.

Cristián Yañez fue quien tomó su hábito y lo colgó en la higuera; Johnny y yo fuimos quienes, con ropa de niña, vestimos al espantapájaros y lo pusimos detrás de las ramas para que se viera como una sombra; Andrés y su hermano Francisco fueron quienes tomaron el bidón de gas y lo dejaron a un costado del baño; y Marcos Rodríguez fue quien cortó la luz.

Al día siguiente la monja no se levantó. Habíamos comenzado a librarnos por fin del demonio con hábito.

59

**III. Descubriendo espíritus** Poco después de lo sucedido, llega un sacerdote de aspecto inofensivo, bajo, crespo y canoso, de piel muy arrugada, muy alegre y risueño; su nombre, padre Briones. Llegó un momento en que íbamos tan seguido a la misa que él presidía, que se encariño con nosotros y pasamos a ser sus asistentes en la misma. ¡Cómo olvidar aquellos días!

Debo reconocer que eran días de alegría y descubrimos muchas cosillas secretas dentro de la misma iglesia.

El padre Briones era tierno, casi un abuelito, muy de piel, pero su debilidad era el vino eucarístico. A tanta llegó la confianza hacia nosotros, que nos dejaba llegar una hora antes, ello porque él fue testigo de muchos chuletaos que nos daba la monja Soledad y sabía que llegar una hora antes era una gran distracción.

Me gusta recordar esta parte de mi vida. Ocurrió que por un tiempo bastante largo, el vino de la sacristía desaparecía misteriosamente. Lo más curioso era que en la misa de las 8 de la noche el padre Briones siempre tenía hálito alcohólico. A veces, para que no se notara, nosotros lo afirmábamos y le movíamos disimuladamente las manos. Yo hasta le recitaba la consagración de los alimentos debido a lo embriagado que se encontraba. Entonces nos aprovechamos de esta situación y comenzamos a pasar nosotros las bolsitas de las ofrendas por las bancas. Lo genial era contarlas ya que nos dejaban solos y era una moneda para adentro (nosotros) y otra moneda para la Iglesia.

61

Salíamos con nuestros bolsillos llenos, hasta que a un señor de aspecto andrajoso se le ocurrió instalarse en la entrada y en una ocasión en que voy caminando apresurado escucha las monedas y me pide una, a lo que le hago un gesto con las manos.

-¡Shshshshshs! -decía- ¿Por qué tienes dinero tú si eres muy chico?  
¿Tú eres el acólito?

Como no entendía y me sentía expuesto, no encontré nada mejor que agarrar el tarrito con el que pedía y comencé a jugar. El pobre anciano gritaba que le devolviera su tarro, yo no se lo entregaba y se unieron mis compañeros a la fiesta. Cuando llegaba a uno le lanzaba el tarro al otro y así sucesivamente, pero algo me pasaba al mirar su rostro.

No puedo describir qué cosa. Un día la asistente del padre Briones lo llamó por su nombre, y él a mí me dijo “*niñito*”.

Este simple hecho marcó un antes y un después en mi vida. Me di cuenta de que el pobre hombre era un despojado de sus bienes y familia, y que quien era realmente indigente, era yo, y todos mis compañeros. Así es, éramos indigentes de nombre, de apellido, de ropas y de posición. Desde aquel día, todas las ganancias que obtenía del conteo de las ofrendas, las compartía con el Lito, así lo llamaba yo, no tengo memoria del porqué le puse Lito. Pero él sabía mi secreto.

Llevábamos tiempo disfrutando los beneficios de ser acólitos hasta que llegó un supuesto investigador de la Diócesis, ya que les habían llegado rumores que el vino desaparecía y las ofrendas habían bajado de pronto. Todos coincidían en una sola cosa, la Iglesia estaba siendo afectada por seres paranormales. Así se explicaba todo, sin embargo, un día domingo, en una jornada de scout unos *akelas* (2) que dirigían a un grupo de lobatos divisaron a Lito salir por una ventana pequeña, con una botella en sus manos; al seguirlo se percataron que le entregaba su botín a un señor en un vehículo pequeño, y hasta allí llegó la investigación. Años más tarde, Lito perdió la vida en la misma puerta de la iglesia víctima del frío que congeló su corazón. Lito era un hermano escondido del padre Briones.

Aquello me dejó afectado y desistí de mi idea de seguir como acólito.

2 Tomado del libro de Rudyard Kipling, *El Libro de la Selva*. Es el jefe de los lobos. En algunas asociaciones scouts, Akela es el líder de manada de lobatos.

62

Semanas después, el padre Briones llegó a bendecir las dependencias por lo ocurrido con la monja Soledad. En esa época supimos que la casa había sido un manicomio en donde perdieron la

vida muchos enfermos y después de eso fue una casa de ancianos. Con ello explicaban la presencia de los visitantes espectrales.

Una vez nos encontrábamos en el jardín seis internos y el padre Briones, que nos explicaba la importancia de la fe, cuando extrañamente el Padre comienza hacer gestos con sus dedos, yo lo miro fijamente y el apuntaba a sus genitales disimuladamente, dicha actitud me asustó mucho y no comprendía, él insistía en esa gesticulación cuando de pronto noté el espantapájaros y me percaté de que le habíamos dejado un par de calzoncillos puestos. Tal como lo leen, dentro de la inocencia que teníamos vestimos al espantapájaros con calzoncillos porque creíamos que si no, no nos serviría. Disimuladamente el padre se agachó, lo cortó, lo arrugó y se lo llevó en sus bolsillos.

Johnny y yo pensábamos que él nos delataría, pero fue más que un apoyo. Se acercó a la monja Nidia -que estaba provisoriamente y que resultó ser más demonio que la monja Soledad-, le entrega los calzoncillos cortados y le dice

-¡Hermana, acá la presencia es muy fuerte, gente que sufrió mucho, y mire esto, de seguro es vestigio de ese pasado cruel en este hogar!

Eso fue un alivio, nuevamente habíamos pasado en silencio nuestra proeza, si aquello se hubiera sabido, de seguro habríamos pagado un precio muy alto.

Terminado el periodo de transición de la hermana Nidia –que duró mucho tiempo para mi gusto-, fue reemplazada por la hermana Dina, de quien ya habíamos probado su carácter alocado.

Un día, a eso de las ocho de la noche, las presencias volvieron hacer lo suyo. Comenzamos a sentir gritos fuertes que nos asustaban, a tanto llegó el miedo que ya ni queríamos salir a jugar. Los únicos que deambulaban en el exterior a esa hora eran los jóvenes del grupo juvenil que hacía catequesis con la hermana Dina.

La hermana Dina era una monja delgada, muy bien contorneada, ojos claros y facciones perfectas; una belleza de monja, llamaba la atención donde fuera. Fue así que los bramidos de mujer adolorida que provenían del sótano duraron semanas, hasta que llegó diciembre, mes de las fiestas, y el grupo juvenil había organizado una, lo normal es que la monja Dina arremetiera con su advertencia: “¡Nadie va, si yo no los acompaño!”. Así fue como ella con las internas llegaron a la famosa fiesta.

Conforme avanzaban las horas, a nosotros nos volvió la valentía y salimos a las ocho de la noche a jugar, estábamos dichosos ya que no oíamos nada de nada. Había transcurrido un lapso prudente y comienzan a llegar las internas, una a una, Andrea, Paola, Margarita, Violeta, Yasna, Alicia y todas las demás. Cuando nos aprestábamos a entrar a dormir, vemos que entra la monja Dina, a estas alturas ya eran casi las diez y media de la noche, detrás de ella ingresa Toño, uno de los alumnos del grupo juvenil de catequesis. No avanzaron ni seis pasos cuando vemos que Toño toma a la monja Dina de la cintura y comienza a comérsela a besos, con las compañeras solo nos mirábamos como preguntándonos.

- ¿Qué era eso?

No entendíamos cómo podía estar sucediendo aquello. En eso, sin más retardo, abren la puerta del sótano y comienzan a aumentar el nivel de sus caricias y nosotros observando todo por el descuido de dejar la puerta abierta; en eso Toño levanta el hábito a la altura de la cintura de la monja y él baja sus pantalones. Lo sucedido posterior a esas acciones no lo describiré, pero los internos asistentes allí estábamos siendo testigos de los gritos que venían del más allá; estábamos en presencia del espíritu que nos asustaba, que más que un espíritu era la monja Dina que estaba teniendo una verdadera experiencia religiosa y ello es lo que provocaba una posesión interna, simbólicamente hablando. Ese fue un secretillo que nos ayudó más adelante a conseguir todo lo que deseábamos.

Hoy, la ex monja Dina se encuentra casada con el mismo hombre que conoció mientras era monja, y a la fecha tiene ya 3 hijos.

64

### **III.1 La lavandería**

Esos fueron algunos de los espíritus que tenían nombre, apellido y hasta cuerpos de carne y hueso. Pero allí no termina la historia de seres paranormales.

Recuerdo que muchas de las cuidadoras que lavaban nuestras ropas hablaban de una voz que asustaba en la lavandería, un edificio a medio construir en la sede Niños de Dios, un lugar tenebroso.

Compuesto solo por Hormigón, luces de tubo fluorescente, una o dos encendidas y las otras en mal estado que titilaban al prenderlas, daba la idea de que se estaba en una especie de psiquiátrico antiguo y provocaba miedo jugar allí, sobre todo ya bien entrada la tarde.

Todos nos burlábamos de las cuidadoras que se asustaban con la voz del más allá que escuchaban cada tarde mientras lavaban, en especial Joshua a quien le decíamos el cara manchada. Joshua había nacido con un lunar en una de sus mejillas, un lunar que le cubría casi un tercio de su rostro. Reconozco que fuimos crueles con él, pero eso no le impedía ser feliz.

Ya casi nadie quería lavar las ropas. Es más, las mismas monjas daban crédito al hecho y accedían a usar otra lavandería, todo, por temor a ser atacadas por estos seres paranormales. Esto provocó que comenzaran a usar la lavandería antigua, en donde pasé uno de los sustos de mi vida.

La lavandería antigua carecía de todos los medios de seguridad, en especial, de instalaciones eléctricas de calidad. Cierta día con una compañera de internado de nombre Carolina, nos pusimos a jugar

en su interior. Estábamos en lo mejor hasta que se enojó conmigo. Furioso por su reacción, no hallé mejor cosa que desquitarme de muy mala forma, al menos ahora sé que es mala forma, pero en ese tiempo ignoraba las consecuencias que conllevaban mis actos.

Tomé unos cables, que siempre se encontraban doblados hacia arriba con sus puntas descubiertas, y los puse en el suelo. Abrí la llave de una de las tinajas hasta que esta rebalsara y llamé a Carolina, para obligarla a entrar, tomé un chaleco de ella y lo lancé al agua. Carolina, en su intento por rescatar su chaleco ingresa y yo subo el *switch*, Carolina 65

quedó pegada como momia, y como un costal cae al piso, el corte de luz fue gigantesco y yo rápidamente bajé el switch.

Corrí a buscar a la hermana a cargo, que en ese entonces era Naomi, una monjita recién llegada, de voz muy suave que solía cantarnos. Desesperada llama a la enfermera a gritos, quien llega al instante. Carolina respiraba con dificultad, todos me miraban para ver si decía algo. Yo había enmudecido, tiritaba sin saber por qué. De pronto una de las cuidadoras de nombre Rashel grita desesperada

-¡Está muerta! ¡Está muerta, oh Dios! ¿Qué haremos? ¡Sus papás nuevos! ¿Qué haremos?

Gritaba una y otra vez, hasta que la hermana Naomi la hace callar con un grito.

Llegó una ambulancia y Carolina fue trasladada de urgencia.

Esa tarde fue larguísima. Todos me preguntaban, ¿que había hecho? Yo solo lloraba y sujetaba mis manos, fuerte. Hasta que una psicóloga grita que por favor me dejen en paz, que si no entendían que yo estaba en shock. Esa frase sin duda calmó los ánimos y bajó la tensión. Sin embargo, no tardaron en pasar los días y volvieron los interrogatorios. Entonces me acordé de la voz y dije

-¡La Voz, espíritus, yo los vi!

En ese instante todos se convencieron de que en dicha casa había espíritus. Esto significó que nuevamente el hogar se llenara de sacerdotes y extenuantes jornadas de oración para sacarlos del lugar, sin duda era mejor eso que un castigo corporal.

Así fueron pasando los meses y lo ocurrido pasó a segundo plano. Carolina ya había sido dada de alta y gracias a la divinidad no recordaba nada de lo sucedido, hasta que llegó el día de visitas del extranjero. Carolina como de costumbre participó declamando y se subió a su respectiva banca numerada, obviamente la número 6. Yo tenía designado el número 5. Después de 5 meses de ese acto, Carolina se fue a vivir a Europa. Hasta el día de hoy no tengo antecedentes de cómo va su vida.

66

Sin dudas que me había salvado jabonosamente de un castigo, que habría sido el peor de todos.

Entre los asuntos extraños y ruidos raros que ocurrían al interior de esta casa, estaban el extraño extravío de fruta y mercadería de las bodegas; los gritos de ultratumba de la lavandería y los gemidos que provenían del último baño a donde nadie se atrevía a ir.

La hermana Elena nos decía que si cruzábamos la línea roja que ella había dibujado, Satanás haría presa de nosotros. Lo extraño era que ella sí podía cruzarla y nada le ocurría.

En cierta oportunidad, en que iría de visita un gran cantante llamado Salo Reyes, que era muy famoso y a quien yo veía cuando podía en el programa de televisión Sábados Gigantes, animado por un señor llamado Don Francisco.

Todos los sábados las hermanas salían de libre y nos quedábamos con cuidadoras aficionadas a ese programa. Fue así que, por apuro, me fui a vestir al baño al cual no podíamos entrar yo y ninguno de

mis compañeros. Y una vez más, quien me acompañó fue Johnny. Lo que hayamos allí fue pavoroso, al menos en ese entonces: un legajo gigante atado por un cíngulo, cinturón que usábamos cuando éramos acólitos para sujetar el alba.

El legajo estaba compuesto de puras revistas pornográficas, quedamos asustados. Primera vez que veíamos mujeres sin nada mostrando toda su anatomía, y otras fotografías que me cuesta describir con exactitud, será porque estoy escribiendo en horario de tarde y no adultos. Pero ya se imaginarán al tipo de imágenes a las que me refiero.

Con Johnny nos guardamos el secreto del tesoro. Lo que había que averiguar ahora era a quien pertenecían. Muchas de las revistas eran de mujeres explorándose entre sí.

Ese día transcurrió sin obstáculos, el cantante Salo Reyes cantó maravillosamente. En una de sus canciones, llamada “Con una Lágrima en la Garganta” yo lo acompañe. Él muy alegre, humilde, tierno, me abrazo y me encontró divino, un ángel. Desde ese día jamás lo volví a ver.

67

La monja Elena había sido trasladada a nuestra casa. Era como de tres cuerpos, gigante, gorda y estaba a cargo de la mercadería. Sin duda otra más del clan de malas personas. Esta monja nos obligaba a que la acompañáramos a buscar las verduras, y en vez de buscarlas, nos increpaba e insistía que si no pedíamos, no comeríamos. Nos hacía un recorrido por las parcelas de la zona, que comenzaba en la Pampa Serenense hasta llegar a Coquimbo. Antes de subirnos al furgón con el que hacíamos el recorrido, nos decía que nos pusiéramos ojotas y short porque nos íbamos a ensuciar. No nos dejaba cerrar los vidrios del furgón, le gustaba que sintiéramos el frío que se introducía al interior, nosotros casi congelados. Y si cerrábamos una sola ventana, detenía el vehículo a un costado, nos *chuleteaba*, con las mismas ojotas, nos pegaba en la cara y en la cabeza.

Nosotros ya sabíamos que debíamos juntarnos y así nos traspasábamos algo de calor. Cuando bajábamos a las parcelas la monja comenzaba hacer ruidos con su boca, como grgrgrgr y esas cosas, esto provocaba a los perros guardianes que nos seguían ladrando con el instinto cazador. Solo una vez uno alcanzo a Cristian Ahumada, lo que no pasó a mayores, por suerte, aunque le quedó una fea cicatriz.

Una vez más nadie se enteraría de este tipo de maltrato, ya que para el Sename éramos, como nos dijeron una vez, los guachos hechos un cacho del sistema.

Sin embargo, eso no era lo peor ya que después las cosas se complicaban cuando, al correr hacia donde estaba ella estacionada, esta monja del diablo encendía el motor y comenzaba su carrera. Todo para que nosotros corriéramos detrás asustados, mientras la monja se alejaba cada vez más. La escena era la siguiente: el perro detrás de nosotros gritando -al ritmo del fuerte trote- que por favor parara el auto, y ella riendo a carcajadas.

Ya habíamos vuelto al hogar y con Johnny nos encontrábamos jugando a la payaya, más conocido como juego de piñucas -que se juega con 5 piedras haciendo malabares con estas, completando un numero de 14 pruebas en total- cuando en eso comenzamos a sentir quejidos que venían del baño que nos tenían prohibido y donde encontramos las revistas pornográficas. Nos asustamos, pero la lógica nos ayudó a tranquilizar los temores. “¿Qué espíritu lee revistas cochinas?”.

68

Silenciosamente nos acercamos a la ventana que daba al patio y que colindaba con el techo de los dormitorios traseros; nos encaramamos cuidadosamente y la escena si fue chocante, pues nada sabíamos en esa época de lo que estábamos siendo testigos. La hermana Elena con otra monja llamada Olga toqueteándose en sus partes íntimas, mientras se besaban alocadamente. Nosotros,

por nuestra edad, nos reímos. Eso provocó ruido por lo que nos bajamos raudamente y nos escondimos.

Al día siguiente tomamos una revista y la escondimos en nuestro cuerpo. La monja Elena estaba en su oficina preparando las varillas de azotes con las que nos golpeaba. Johnny y yo ingresamos rápidamente y le dijimos:

-¡Tía, tía, le tenemos un regalo! ¿Se lo entregamos ahora, o cuando llegue la Madre Superiora?

La Madre era a su vez quien fundó la Congregación, por ende todos le temían. Ella era un amor de monja, protectora, cuidadosa, pero gruñona. Nosotros hasta ese entonces solo conocíamos el exterior, es decir, que nos había protegido; no teníamos razón para creer lo contrario o dudar de sus buenas intenciones, como lo hacemos ahora que hemos ido descubriendo y destapando entre nosotros las motivaciones reales.

Como venía diciendo, le hablamos del regalo y sacamos la revista de nuestras ropas. La monja queda fría, estupefacta, helada, congelada, por lo que dedujo enseguida que nosotros las habíamos visto, solo balbuceó:

-¡Ustedes fueron!

Desde ese día la monja no nos dirigió la palabra y como resultado no hubo castigo; tampoco volvió a solicitar nuestra ayuda y la de ninguno de los internos. Johnny y yo sabíamos la verdad del espíritu del baño, pero obviamente era nuestro secreto y no nos íbamos a arriesgar a confesarlo. Aquello era la única garantía de que no nos tocarían por cualquier cosa, que no nos castigarían por mero capricho; esto nos mantuvo a resguardo durante años, hasta mi egreso, y recién ahora cuento lo que descubrí; pero sin duda muchos ya saben, ya que otros la pillaron tiempo más tarde, cuando yo ya no pertenecía a dicho internado.

Después vendría el descubrimiento del *espíritu de la lavandería*,  
¡ese sí que fue trágico!

Lo que relato a continuación le sucedió a la nueva cuidadora de nombre Estrella. Era una mujer de carácter que no le temía a nada, que había tenido una vida muy esforzada y eso la había convertido en una mujer sin temores.

Era habitual escucharla vociferar lo siguiente: “que si no se iba con Dios, el diablo temblaría y si no quedaba a cargo del infierno, en este no se quedaría”.

Estrella estaba lavando las sábanas, la luz era muy tenue lo que le daba más aspecto aterrador a la lavandería, más si apenas se podía ver, cuando en eso, de la nada, se levanta una sábana y con sonidos guturales, espantosos, le dijo que ese sería su día. Estrella, por el espanto, toma un palo de escoba y le empieza a dar al fantasma. Grande fue su sorpresa cuando la voz del más allá comienza a cambiar a una voz del más acá pidiendo que no le siguieran pegando, por favor.

Los golpes contundentes y frecuentes le provocaron cuatro puntos y un ojo moreteado al fantasma. Sin embargo esto no terminaría, ya que Joshua no aguantó acusarnos, sobre todo a mí. Que asustar a las cuidadoras era mi idea, y que era él quien lo venía haciendo desde hacía un año. Esto me costó un castigo, casi un mes sin salir a la calle o a la casa de la Tía Carmen.

Estoy seguro que el castigo no era por haber inventado espíritus, sino por haberles dado en su orgullo y haber avergonzado sus conocimientos acerca del exorcismo, que a esa altura quedaba claro que hicieron el ridículo, y les avergonzaba solo imaginar lo que comentarían los sacerdotes que se habían tomado el tiempo de ir y bendecir el lugar. Si supieran que todo era una farsa de un puñado de niños que no superaban los 9 años, seguro serían el hazme reír de la ciudad. Hasta el día de hoy me río de dichos exorcismos.

La monja Elena fue sacada de la congregación por maltratos reiterados a los internos, según tengo entendido por palabras de una hermana que visité hace no más de dos años y que seguía siendo parte de la misma congregación. La ex hermana Elena demandó a la comunidad 70

religiosa, y según tengo entendido aún están en un pleito legal que a la fecha no se resuelve. Dicen que la monja vaga por las calles de la ciudad de Ovalle, aún con el hábito puesto pidiendo limosna. La monja Olga aún forma parte de la institución.

Joshua se fue a convivir con una mujer 20 años mayor que él, la que en un ataque de celos lo apuñaló mientras dormía, falleciendo en su cama de anemia aguda producto de la tardanza de la ambulancia. Con el tiempo se supo que era hijo de la cuidadora Estrella.

71

**IV. Inocencia en la maldad** Esta etapa de mi vida me cuesta describirla, por ello trato de buscar una forma de acomodar este periodo. Como cuando uno realiza aquel trabajo de historia y geografía donde te piden dibujar una línea de tiempo, acomodamos la Prehistoria, la Historia, la Edad Media, Edad Contemporánea y la Edad Moderna, destacando sus respectivas diferencias. Sin embargo, trataré de relatar según mis recuerdos.

Hubo un periodo en el que según las normas de esa época, para todos los internos existía una etapa de pre egreso. Yo estaba por abandono, por ende lo más seguro era que mi egreso fuera a los 18 años, cuando ya tuviera uso completo de mis facultades mentales. Pero existió este periodo, algo extenuante solo recordarlo.

En el pre egreso, uno podía salir los fines de semana con alguien que quisiera compartir contigo; ya sea tus futuros padres o sencillamente alguien que quisiera regalarte un día de felicidad. Y así fue, yo salía casi todos los fines de semana a la casa de la tía Carmen Álvarez. Me llevaba un año de diferencia con su hijo

Enrique, éramos similares, así que compartíamos ciertas cosillas de niños.

Cierto día, estábamos en el internado, todos jugando, cuando de pronto comienzan a ingresar personas estrafalariamente vestidas.

Solo mirarlos nos daba risa, la situación era algo incómoda, un par de ellos con taparrabo; uno traía látigo, le gritaban hombre látigo; otro era 73

espantoso, era prácticamente una momia. Pero había uno que llamó la atención de dos cuidadoras y una monja. Lo más chistoso es que la monja, en un descuido agarró por delante a un tal *Mister Chile*, un hombre fornido gigante, musculoso. Yo estaba en la cocina cuando la monja entró toda contenta que había tocado el paquete grandísimo.

-¿Qué es paquete?- Pregunté

La monja de un grito me dijo:

-¡Ándate afuera!

Después me llama y me dice:

-Paquete es la cabeza. Acariciar el cabello, es mi costumbre para decir, "*estoy contenta de su visita*".

Al día siguiente, encienden la televisión y todos esos señores vestidos y hasta la momia, estaban en la pantalla, se hacían llamar los titanes del ring. Hoy estos personajes son idolatrados y normalmente les brindan homenaje por haber marcado una gran época en el país.

Desde aquella visita era frecuente verlos en TV todos los días Domingo y yo me empecé a creer *Míster Chile*.

Llegó la época invernal y con ella el fin de semana, día de salida.

La Tía Carmen Álvarez me fue a buscar y me volví a reencontrar con Enrique. Un día fuimos a un cumpleaños y lo pasamos genial, yo le toqué el cabello a todos en la fiesta acariciándoles suavemente. Luego, cuando en el colegio tuve que comentar nuestro fin de semana, agarré fuerza, tomé aire y comencé:

¡Mi fin de semana, fue fantástico. Primera vez que asisto a una fiesta de cumpleaños. Todos me sonreían y trataban bien, hasta me dijeron que yo era muy tierno, en son de agradecimiento. Yo a todos los asistentes les agarre el paquete!

La profesora, nunca olvidare su mirada, me llama después de terminada la clase y me pidió que le explicara, pero no supe hacerlo, así que nervioso me callé.

Solo por su expresión entendí que algo en mi cuento no le había agradado, pero no sabía qué. Al llegar al internado, la profesora ya había llamado informando mi declaración, por lo que las monjas - unas 4 en 74

total- sentadas como en semicírculo comienzan a interrogarme, entre ellas Nidia (la monja del paquete) y me preguntan: ¿qué había hecho?,

¿alguien había intentado abusar de mí? Todas atacaban a la tía Carmen, decían que ellas sabían que con ella no podía salir, que cómo se les fue, y en eso digo: “¡Pero si la tía Nidia me dijo que hacer cariño en la cabeza era agarrar el paquete y que ella agarraba paquetes siempre para agradecer!”.

Todas se largaron a reír y Nidia estaba con una cara de trágame tierra, así que mis miedos eran infundados, nadie me pegaría; pero el asunto es que nadie me explicó que agarrar paquetes era genital y no tenía que ver con hacer cariño en el cabello.

El fin de semana siguiente volvimos a salir. Con Henrique ya éramos inseparables, ni siquiera necesitábamos hablar para comprendernos.

...

Ya la tía Carmen se había trasladado a vivir en otra casa con su hijo y, cada fin de semana, cuando estábamos jugando con Enrique, pasaba un auto a toda velocidad y nos llenaba de polvo, este infeliz chofer, que también nos dejaba empapados cuando estaba mojado, no tenía ni un poco de respeto por dos niños que solo jugaban.

En una ocasión íbamos subiendo un camino de tierra hacia la casa que quedaba en Arturo Godoy, a los pies del cerro La Virgen, donde construyeron una cruz gigante llamada la Cruz del Tercer Milenio. La subida era un camino de casi una hora, solo pendiente, la calle completamente polvorienta. A los pies del camino se detiene este señor del auto, que al parecer era un taxi, se detiene un poco más adelante de nosotros y bajando un vidrio nos hace señas con la mano, cuando ya nos estábamos acercando el muy infeliz acelera el vehículo dejándonos como empolvado del polvo que levantó y se fue sonriendo.

Profiriendo insultos varios en contra del sujeto, llegamos a casa y nos olvidamos del asunto, hasta que al salir a jugar a la calle, como jugarreta, orinamos en una bolsa y la cargamos con nosotros. Íbamos en dirección a la casa de Carolina Olvidares, que era tía de Enrique.

Para llegar teníamos que pasar por una muralla alta sobre un cerrito y bajo éste había una vivienda, miramos hacia abajo y grande fue nuestra sonrisa cuando vimos al sujeto odiado, el que nos echaba polvo, que 75

nos hizo correr, que nos mojaba; estaba terminando de limpiar su taxi.

Enrique me miró. Yo le moví una ceja en son de asentimiento, agarré la bolsa, Enrique, agarra un puñado de tierra, más que tierra era barro, y lanzamos todo gritando.

-¡Fuuuuueeeera abajooooo!

El tipo miró hacia arriba torciendo su cabeza, y le hice un gesto mostrándole mi dedo medio. Ya imaginarán que gesto. Y salimos corriendo. Desde ese día el sujeto pasaba por nuestro lado a velocidad disminuida.

Por comentarios posteriores de la tía de Enrique, que tenía solo dos años más que nosotros, supimos que al sujeto le saltó orina y alguien le rayó el auto, él sospechaba quién era, pero no estaba seguro, eso nos alivió el susto.

Recuerdo que un día nos invitaron a una jornada de scout, una especie de excursión, pero antes teníamos que ir a confesarnos. El sol pegaba como nunca, en eso me encontré quince pesos y más allá había un candado gigante, abierto. No habíamos avanzado ni tres cuerdas cuando Enrique divisa un letrero, en él se leía: “*Se venden helados de jugo a diez pesos*”. Como todo niño, decidimos golpear y preguntamos si podían vendernos dos helados, por quince pesos. La señora en respuesta nos ofende y nos cierra la puerta en las narices. Sin decir palabra alguna con Enrique nos miramos y dirigimos nuestra vista a la puerta que tenía una aldaba metálica gruesa. Enrique cruza la aldaba y yo pongo el candado cerrándolo, Enrique golpea la puerta y al tratar de abrir, la mujer no podía y gritaba «¡Cabros de mierda, qué hicieron!».

Salimos corriendo, pero no del susto, sino riéndonos, llegamos a la iglesia con el pecho agitado, nos confesamos, pero de cosas pequeñas.

*“Por haber mentido, por haber mentido y por haber mentido”.*

Para nosotros no había otro pecado.

Al regresar por la tarde vemos la puerta destrozada, al parecer la mujer no pudo abrirla en todo el día, ello porque su casa quedaba en una avenida y su exterior estaba compuesto por una sola ventana: la que más encima contaba con protecciones metálicas. No sé si nos habrá 76

distinguido bien de rostro. Pero nosotros, con la inocencia, pasamos muy campantes por el lugar.

En otra de las ocasiones, con Enrique y un amigo suyo de nombre Juanito, bajamos a la Pampilla Coquimbana después de un festejo de Fiestas Patrias, nuestro objetivo era ir al rebusque. Juanito llevaba un carretón y nosotros solo bolsas plásticas. Ese día nos levantamos de madrugada, tipo cinco treinta, y comenzamos a recoger cartones, en aquella época, nadie compraba cartones. Juanito comenzó a recoger botellas, el vidrio sí era muy bien comprado, estábamos completamente enojados, Juanito tendría sin duda más dinero que nosotros. En eso nuevamente lo mismo, nos miramos y nos acercamos a Juanito. Lo convencí de que las botellas estaban muy sucias y que con suerte le darían cinco pesos por cada una. Algo desconfiado, se puso alegar con nosotros y comenzamos a quebrarle algunas botellas, solo por envidiosos. Juanito comenzó a llorar y lo tomamos, lo atamos a los cartones y lo dejamos sentado en el lugar. Nos fuimos con las botellas, las vendimos y volvimos por él, obviamente advirtiéndole que si nos acusaba le pegaríamos. Sin embargo a esta advertencia Juanito hizo caso omiso, y la tía Carmen nos castigó el resto de los días feriados sin salir a ninguna parte.

Lo más curioso es que al parecer, Juanito no tenía amigos ya que fue a casa, a buscarnos. Nos pidió disculpas y nos preguntó por las botellas y no hallamos nada mejor que decirle que no nos dieron nada por ellas; aunque más envidia nos dio, porque a él le pagaron más por los cartones que a nosotros por las botellas. Entonces, Para no sentirnos humillados, le pegamos nuevamente, pero en nuestro terreno y le pedimos disculpas después.

#### **IV.1 Hazañas con mis compañeros**

Esas eran algunas de las travesuras que, sin duda, nos sacaban del entorno acostumbrado. Siento que esas eran las únicas veces en que nos olvidábamos que yo era un casi un huérfano, y ambos éramos pobres extremos, indigentes carentes de todo lo que a otros les sobraba.

Sin duda, eran esos momentos los que me hacían sentir parte de algo o de alguien, ya que yo estaba siendo parte de él y él parte de mí.

77

En otra ocasión, para una fiesta de aniversario, recuerdo haber llegado al colegio con unos jeans llamados por muchos “*nevados*” . Mis compañeros y profesores estaban sorprendidos ya que era la primera vez que yo llegaba con estilo. Al no contar con televisión, yo estaba muy alejado del conocimiento de la moda, quizás por eso se preguntaban,

“¿de dónde los habrá sacado?”. Era secreto a voces que no tenía recursos económicos para costear una prenda que, según ellos, era carísima. Lo cómico de esta historia es que esos jeans me los habían regalado unas visitas que un fin de semana se fijaron en mí porque era el único niño que se encontraba en el internado, el resto habían salido con sus papás o padrinos. Al enterarse que tenía fiesta y no tenía ropa con que asistir, me llevaron a una tienda y me vistieron de pies a cabeza.

El asunto es que, un día antes de la fiesta, las encargadas de ropería le pusieron mi ropa a otro compañero que iría de paseo con padrinos adoptivos, su nombre era Eduardo. Este niño, se paseaba frente a mí riendo de mi desgracia, esto me encolerizó y para evitar una pelea me fui al patio delantero. Allí había un *resfalín* de seguridad para casos de emergencia, nosotros lo usábamos para jugar y lanzarnos por él. Hasta allá llegó Eduardo, nuevamente alardeando de su tenida nueva. Yo le advertí que por favor no me molestara y él me dijo que no me la devolvería. Mi enojo aumentó y fui a la lavandería, tomé dos envases de cloro, fui hacia el *resfalín* donde se encontraba burlándose a risotadas de mí, cuando llegó abajo rocié el *resfalín* con una botella de cloro.

Antes de que huyera, cual garra mecánica como las que usaba moho-jo-jo de las chicas súper poderosas, lo agarré del cabello y a patadas lo obligué a subir al *resfalín*, le rocié cloro en su cabeza y lo

hice lanzarse, el pantalón quedó completamente manchado, con trozos blancos. Comenzó a llorar a gritos porque le había caído cloro a los ojos, llegaron las cuidadoras y la monja Nora, quien me castigó y me condenó a usar el pantalón para mi fiesta.

Lo que me hizo feliz, fue que Eduardo ese día no pudo salir y pasó toda la noche en enfermería. Yo no le temía al ridículo, me habían obligado a usar calzones de niña, calcetas con vuelitos; me habían llevado a una misa con una bermuda de mujer gorda, donde cabían como tres yo, atada con una cuerda... ¿y me iba a apoplejar por andar con pantalones manchados? ¡Naaaaaaaaaaaaa!. Así que me los puse y feliz me fui a mi fiesta. Ese día fui la sensación del curso.

78

Tengo muchas historias como estas. Podría decir que fui alegre, que en parte viví una aventura en la que con mis compañeros compartíamos hazañas, de esas que, estoy seguro, cualquier muchacho desearía tener para contar. Esto también fue parte de estar en un encierro, que al menos para mí, duró 13 años.

Recuerdo unas competencias deportivas en las que competíamos con internos de otros hogares, allí nos encontrábamos con las niñas de la otra casa, unas del internado llamado *Cema Chile*. La actividad era bajo un espacio techado del Complejo Deportivo "*Fortín Mota*", que queda a un costado de la Cárcel de Menores, ubicada en la "*Pampilla de Coquimbo*"

El caso es que mientras se efectuaban las competencias, los cuidadores se distraían y nosotros lográbamos escabullirnos a la Pampilla. En una ocasión, en estas escapadas, nos encontramos con un grupo de un colegio llamado *Gabriela Mistral*. Eran niñas y niños de buen pasar y educación, los que comenzaron a burlarse de nosotros por vestir todos iguales, esto nos enfureció parejamente a todos que si mal no recuerdo éramos como 10 y ellos eran 5. Apenas nos dieron la espalda comenzamos a tirarles piedras. Estábamos en eso cuando aparece su profesor, salimos corriendo, pero ya nos había visto.

En la competencia se encontraban el Director General del Sename, el Intendente de Coquimbo, el Alcalde y el Comandante de Carabineros, lo que significó un castigo severo. Pero sé que ese grupo jamás nos olvidó, ya que por molestarnos se vieron en la obligación de organizarnos una fiesta. Era muy chistoso ver a dos de ellos con un rosón en la cabeza, o sea, un pequeño nudo de algodón que ponen los médicos cuando -en esos tiempos- suturaban la cabeza por algún corte profundo o rompimiento como se decía antiguamente, ello, producto de los pedrazos que les propinamos.

Una vez, poco antes de las Fiestas Patrias, nos encontrábamos en la casa a los pies de la Cruz del Tercer Milenio. Habíamos subido a elevar volantines, el mío se había enredado y estaba en la delicada tarea de desenredarlo para poder elevarlo cuando vemos conejos en una casa, a los pies del cerro. Desde arriba se tenía una visión privilegiada y había muchas casas de precaria construcción con pircas de piedra que las protegían por si caían peñascos desde la palma. Nos miramos 79

y encontramos más divertido comenzar a lanzar piedras hacia abajo, cuando, vemos una roca de gran tamaño, que se nos vuelve un desafío.

Comenzamos a lanzarle piedras, mas esta no se movía, cambiamos la táctica y empezamos a lanzarle patadas voladoras y tampoco. Ya habíamos perdido la esperanza de moverla cuando, de pronto, nos animamos a no bajar del cerro hasta que esta cediera, después de todo, estaban las pircas, que de seguro la detendrían. Mas esto fue solo una especulación porque cuando Enrique y yo saltamos al unísono golpeándola, se provocó un desprendimiento en la base. La rocota se tambaleó y comenzó a rodar, se detiene en la pirca, pero la resistencia no sirvió pues la arrasó y siguió, y siguió, y siguió rodando; tal como a veces muestran los dibujos animados. El alma se nos salió del cuerpo, la roca arrasó con una letrina y se estancó en una casa.

Debo comentar que esta roca, era más grande que un hombre de 1.80 de altura, gigante, al menos para nosotros.

Asustados, pero a la vez riéndonos, huimos del lugar cual correcominos. Como decía Enrique, *¡patitas mías, para qué las quiero!*

Cuando Llegamos a la casa de la tía Carmen nos ocultamos bajo la cama, como si alguien nos fuera a ver, todo sin parar de reírnos.

Eso había ocurrido un día viernes feriado, al otro día Enrique tenía que ir a arreglar sus zapatos y no había mejor zapatero que el señor Juan Toledo. Nosotros, no queríamos ir, nos negábamos rotundamente.

Obviamente, lo que ignoraba la tía Carmen era que la casa a donde había ido a dar la roca, era la del zapatero Juan Toledo. Por lo que la tía Carmen fue a dejar los zapatos. Al entrar, don Juan Toledo estaba claveteando en su dormitorio, pues una roca de gran tamaño había destrozado parte de su media agua, justo el rincón donde dormía su hijo, Juan Pedro Toledo. Al que conocería con el tiempo como *Manzana*.

La tía Carmen, sorprendida, lo llenó de preguntas, a las que el Sr.

Toledo sólo contestó que había sospechas de dos cabros de moledera.

Eso despertó la suspicacia de la tía Carmen e inmediatamente sospechó que esos dos cabros de moledera éramos Enrique y yo.

Así terminó el fin de semana. Me tocaba volver a la correccional, en donde al primer compañero que encuentro es al *Manzana*, quien tenía un gran machucón en su frente. Al preguntarle el cómo se lo había ocasionado, me cuenta una historia que parecía sacada de una revista 80

de ciencia ficción: una supuesta piedra gigante había interrumpido su siesta y casi lo mata.

Todos quienes oyeron la historia, se lanzaron a reír tildándolo de fantasioso; más yo, nervioso le pregunto si sabía quién había sido. Su respuesta fue un alivio a mis temores: no habían visto a nadie, pero no descansarían hasta saber quién fue. Y eso fue lo preocupante, ya que el historial violento del *Manzana* era de temer.

Así fueron pasando los días y nada se sabía de los autores de tamaña fechoría. Transcurrieron los meses y a ello se le sumaron años, el *Manzana* egresó de la correccional a la edad de 14 años. Para el Sistema, según sus estatutos, había cumplido con él.

El *Manzana* desertó de los estudios. Huía constantemente de cuanta casa de acogida lo asistiera. En la actualidad poco y nada se sabe de él, solo algunas especulaciones sobre su vida. Yo recibí parte de su historia en una ocasión en que el destino cruzó nuestros caminos.

Tal como él me lo dijo, escogió caminar en el sentido contrario a la justicia. Después de la muerte de su padre, a los meses parte su madre y quedó en la más completa orfandad con una hermana pequeña de nombre Clara Rosa. No había pariente que los ayudara, el Estado, ni decir; algo debía hacer el *Manzana* para sacar a su hermana adelante.

El Sistema, que debía hacerle seguimiento y control, lo aisló, pues su comportamiento -entre hurtos, robos con fuerza, droga y cuanto hecho se le acumuló- no se ajustaba a los edictos que ellos querían imponer.

La desidia inexplicable del Gobierno para con sus niños y una amnesia social conveniente, los impulsa a luchar más por un beneficio propio que por el bien común y social de quienes lo necesitan. Este sistema de internación ha fallado desde su creación, no servía en esos años y no sirve en la actualidad.

Se dice que el *Manzana* hoy paga una condena por un delito de secuestro, hecho que no me consta y, de ser cierto, me duele solo imaginar cómo es que un niño, que crece en mí mismo entorno, desvía su camino, abandonando todo sentido de humanidad, dañando a otros con el mismo dolor que lo dañaron a él.

81

## IV.2 Lucía de Pinochet

En cierta ocasión, durante la dictadura militar, nos vistieron a todos con nuestras mejores prendas. Algo interesante ocurriría.

Todos expectantes por saber quién sería la magnánima visita que tendríamos, cuando en eso comenzaron a llegar camiones militares, jeeps y un cúmulo de soldados que rodearon nuestra casa. Temerosos observábamos con estupor lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor.

¿Qué había pasado? Creímos que podría ser el padre adoptivo de Andrés Irarrázaval, que era un funcionario con un alto rango en la Policía de Investigaciones, algo prepotente y déspota con nosotros que cuando iba a buscar a Andrés nunca saludaba, eso le costó un rayón con un clavo en su vehículo y le rompimos la antena.

Pero no, no eran detectives, eran militares por cientos, todos armados. De pronto, unos entraron a nuestra casa empujando el portón, revisaron nuestros dormitorios, patio, cocina, todo, y en eso nos llaman a formar, uno de ellos toma su radio y dice: *“todo limpio, el encargo puede entrar”*.

Una fila de personas de traje comienza a hacer ingreso a nuestro patio. Entre ellos, una señora de cabello crespo muy sonriente nos saluda uno a uno, pero como siempre, solo a la primera fila. Me tocó leer un poema, todos me aplaudieron, me acerqué a la señora bien vestida, a la que todos los hombres del lugar le rendían pleitesía y los militares saludaban como tomándose la visera, llevando su mano a la sien. Yo no recordaba haber sido visitados por alguien de tanta

importancia, en donde militares corrieran a la voz, menos a la de una mujer. Con el tiempo supe que su nombre era María Lucía Hiriart Rodríguez, era la esposa de quien estaba al mando del país en ese entonces.

Una hora duró el acto, donde se cantó desde el himno nacional hasta historias varias y hubo discursos aburridos que solo entendían ellos. Todos nos mezclamos con militares de distinto rango, rasos y encorbatados, en una especie de convivencia. Uno de estos personajes uniformados toma mi mano y me pide que le muestre los juegos, tenía tantas medallas que me era difícil descifrar su rango; para mí, era jefe, general, capitán, mayor, hasta *power rangers*. Amablemente tomo su mano accediendo a su petición y comienzo a relatarle con detalle como transcurrían nuestros días en dicho encierro, cuando en eso a este 82

militar se le ocurre la muy mala idea de preguntarme si existía algo que me gustaría ser cuando grande.

Mis ojos se encendieron y atine a decir

-¡Siiiiii, abogado!

-¿Y por qué?- me pregunta este carismático personaje Algo me atemorizaba para responder, pero ignorante en parte de lo que significaba realmente la dictadura, decidí responder mirándolo a los ojos

-¡Porque me gustaría salvar a las personas que ustedes hacen pasar por alambres de púas y mantienen escondidas!

El gentil hombre me pregunta de dónde había sacado eso, y no supe responder. El hombre se agacha y me insiste sacando un billete de su bolsillo, me pregunta con suavidad

-Dígale al tío, ¿de dónde sacó eso?

-¡Lo escuché!

El tío se levanta, se guarda su billete. Yo abro mis ojos y lo apunto con el dedo diciéndole:

-¡Me mintió, es un mentiroso, me voy!

El tío me mira con una sonrisa retorcida y me deja solo en los columpios. En cosa de segundos hubo un barrido tan rápido que me recordó a mi personaje favorito de cómicas, Flash. Todos desaparecieron de la casa y llegó un camión con un batallón buscando a la hermana Dina. Todos nos mirábamos estupefactos por lo que estaba sucediendo.

Era extraño a mi parecer, ya que hacía un momento estaban felices y nos daban abrazos y ahora con mucha agresividad y apuntándonos con sus armas venían en busca de la monja Dina.

La pobre monja, que estaba con licencia médica y apenas lograba caminar, con su rostro sorprendido intentaba encontrar una explicación a lo que le estaba ocurriendo. Fue subida al camión y llevada lejos del establecimiento donde nos encontrábamos. Ese día nos quedamos completamente solos, pero como nunca primera vez que nada se nos ocurría.

83

A eso de las ocho de la noche, volvió la monja con una que otra marca en sus manos, pero cargada de cajones de frutas y verduras para nosotros; media hora después nos reunió en el comedor y nos pidió entre lágrimas que no comentáramos nada de lo ocurrido.

De hecho, es la primera vez que comento este episodio y relato el motivo real -ya que imagino que hasta el día de hoy existe la interrogante- de qué fue lo que causó el cambio tan repentino. Muchas cosas he hecho en mi vida de las cuales no me siento orgulloso y esta es una de esas acciones. Desearía por un día saber qué fue lo que le ocurrió a la monja y temo que al oírlo mi conciencia me castigue.

El general que fue capaz de tomar los comentarios de un niño como una afrenta hacia su gobierno, era nada más y nada menos que quien fue recluido por haber dirigido una serie de actividades de represión política, entre las que se saben: tortura, secuestro y asesinato; todo ello en contra de los opositores al régimen. Por dichas violaciones a los Derechos Humanos, fue condenado a cadena perpetua, su nombre: Manuel Contreras Sepúlveda, más conocido como el Mamo o general Contreras.

Hoy, a veces me torturan los pensamientos al imaginar que hubiera sido de mí si este señor me hubiese llevado consigo. La monja, tres meses después de este episodio, fue cambiada y ya la veíamos a lo lejos. Quedamos a cargo de la enfermera Aída.

Antes de este suceso, recuerdo que se acercaban las efemérides del Mes del Mar y habría una actividad en donde irían los máximos representantes de la autoridad. Como me habían escogido para leer un poema, me preparé con semanas de anticipación, pero nada lograba quedar plasmado en mi memoria. Entonces, en mi desesperación, se me acerca Ángel Barahona y me convence de que el poema que habían escogido para mí no era el correcto, que no les interesaría a las autoridades y que de hecho ni siquiera me recordarían, la idea era declamar y no leer. El poema debía ser perfecto, que penetrara en sus corazones, que los dejara boquiabiertos y que una vez concluida mi actuación, ellos quisieran por si mismos buscarme una familia.

No me quedó opción. Basado en esos argumentos, le hice caso a su consejo y me grabé su corto poema que estaba preparado para el día de la actuación.

84

Fue así como se acercó la fecha y me tocaba salir a escena. Estaban el Intendente de la época, don Renán Fuentealba Moena; Don Jorge Auger Torres, Alcalde; una comitiva del gobierno y otros personajes que no recuerdo; y Elena Torres Alhucema, la directora, una mujer de carácter y una voz fuerte que asustaba.

Todos actuaban y eran aplaudidos, hasta que escuché mi nombre y me paré en el escenario con soltura, pensando en mí. Este sería mi día.

Tomé el micrófono y recité mi poema. Una vez terminado, me percaté que al parecer Ángel Barahona tenía razón, ya que estaban todos boquiabiertos con mi actuación, nadie aplaudía, mis compañeros se apretaban el estómago de tanto reírse. En eso me llaman de un costado del escenario, todos estaban sorprendidos y me dicen

- ¿Cómo se te ocurre recitar eso?

Solo atiné a preguntar por lo aplausos. No pasó ni media hora y veo acercarse a la monja Dina. De una oreja me tomó y me subió al furgón.

Todo el colegio me vio salir de una chuleta, me sentía avergonzado. Pero muy, muy extrañado, realmente no sabía que ocurría. ¿Es que acaso mi poema no gustó? Si lo recité con tanta vehemencia para encantar y nadie me había aplaudido, solo mi compañero y mejor amigo de básica, Julio Orrego, me levantó el pulgar riéndose.

Al llegar al internado, la monja comienza a retarme y me manda al dormitorio con prohibición que me levantara, pero no me decía qué ocurría por lo que tomo el papel y leo y releo el poema para ver si hallaba algo malo, este decía así

*Era un 21 de mayo,*

*La Esmeralda ya se hundía,*

*Los peces se reían,*

*De los huevones que caían,*

*Llegó el Sargento Aldea,*

*Le mandaron un balazo en la cuea,*

*Y se terminó la pelea.*

Dieron las 6 de la tarde y comenzaron a llegar mis compañeros, uno a uno riéndose y felicitándome, cuando en eso ingresó la monja Dina con una varilla en la mano, preguntando quién me había pedido 85

leer semejante poema. Ángel estaba a punto de confesar, pero yo me adelanto y di un paso al frente, le dije que nadie y que solo a mí se me había ocurrido. La monja furiosa me agarra del cabello, lo que me provocó un dolor inmenso, por inercia me afirmé de su brazo con ambas manos porque me estaba arrastrando hacia la despensa para encerrarme y logré, entre el arrastre, ponerme de pie con una fuerza que ni yo pensé que tenía y pisé su pie derecho, con tal fuerza que su dedo mayor se reventó; esto la hizo gritar y logré zafarme. Me escondí en el carrito de Don Pedro, un cuidador al que para poder vivir le habían cedido un carrito de tren ya que nosotros habíamos desarmado su hogar. Pasaron las horas, llegó la ambulancia y se llevaron a la monja.

Fue por eso que cuando recibió la visita de la esposa del jefe de Estado, andaba coja. Solo entonces salí. Por suerte mis compañeros guardaron silencio y nadie contó lo que había sucedido.

Don Pedro, un marino jubilado que nos cuidaba, era un viejo inofensivo y su defecto, el trago. Cumplía una que otra gestión de arreglos varios, pero nada más. Siempre lo ayudábamos a entrar a su casa cuando notábamos que venía ebrio. Golpeaba el portón gigante, metálico, y sabíamos era No Pedro, como le decíamos nosotros. Entre varios lo arrastrábamos a su carrito, creo que era por la mala conciencia que nos provocaba haber sido causantes de parte de su desgracia. Las monjas en apoyo a nosotros le cedieron el carrito de tren.

Toda esta historia se remonta a cuando nos encontrábamos en la casa que comprendía la obra social de Hogar Niños de Dios. La casa recibía el nombre de *“Amor y Paz”* y estaba ubicada en el

sector alto, denominado Shangrilá. Allí había una casa de adobe que era del cuidador.

Cierto día Johnny comenzó a molestarme, íbamos pasando por la casa de Don Pedro, que quedaba al interior del hogar, cerca de donde estaba el gallinero gigante y las higueras. La casita era de barro y paja, un material denominado *adobe*, que al contacto con el cuerpo y a velocidad, se deshace por el impacto. Esto no lo sabía hasta que tomé un pedazo de adobe, al que llamamos terrones, y se deshizo al contacto con la espalda de Johnny que me sigue el juego y me lanza otro y así comenzó todo: en cosa de meses todos armábamos la guerra de terrones.

Era tanto lo que nos entreteníamos que no nos dimos cuenta que a los 8

meses le habíamos desarmado más de la mitad de las murallas. Cuando 86

tomamos conciencia de ello, ya era demasiado tarde. Ño Pedro vivía prácticamente a la intemperie por culpa nuestra.

Sin embargo él conocía las palizas que nos propinaban cuando hacíamos algo que no les parecía a las cuidadoras, por lo que guardó silencio y decidió irse. En la desesperación, la hermana Cicarelli le otorga un espacio que tenía en la otra casa, donde nosotros vivíamos el calvario.

Fue así como Ño Pedro se aloja en un carrito de tren que fue su hogar por muchos años, y con el cual en más de una ocasión compartíamos un té o un chocolate. Un hombre viejo, tierno, pero bueno para el vino aunque inofensivo; un hombre solo, digo solo porque ignorábamos si tenía familia, hijos, para nosotros era parte de nuestras vidas. Después, hace muy pocos años atrás, una monja, de las buenas, me comenta que Don Pedro era un hombre perseguido por sus vínculos con el Partido Comunista y prácticamente el internado era su escondite perfecto.

## V. ¿Principio o final?

Ya habíamos llegado a la ciudad de La Serena y cuando nos encontrábamos a pocos kilómetros de la casa sentí que mi corazón era muy grande para mi pecho y latía de forma descontrolada, con rapidez y mucha fuerza.

Como fue la tónica del viaje, la música era mi mejor aliado. La canción "*Color Esperanza*", de Diego Torres, provocó en mi un cambio, ese cambio que me llevó a vivir a la capital y a querer cambiar mi estrella, una estrella que se estaba opacando y cayendo como si fuera un meteorito, siempre en silencio, a vista y paciencia de todos, pero invisible a la vez. Era como mirarse en el espejo de la vida y el reflejo era un esperpento de mi alma, con un futuro desastroso, no superior, ni mejor que aquel futuro que tuvieron muchos de mis compañeros.

Recuerdo una historia que alguna vez leí y me dejó muy dubitativo, porque lo que leía entraba en mí y los hechos se iban acomodando hasta llegar a lo que hoy soy:

Charles Plumb era piloto de un bombardero en la guerra de Vietnam. Después de muchas misiones de combate, su avión fue derribado por un misil. Plumb se lanzó en paracaídas, fue capturado y pasó seis años en prisión.

A su regreso a Estados Unidos, daba conferencias relatando su odisea y sus experiencias en el lugar de detención.

Un día Charles Plumb estaba en un restaurante y un hombre lo saludó:

-Hola, usted es Charles Plumb, ex piloto en Vietnam y fue derribado por un misil?

-Y usted, ¿cómo sabe eso? -le preguntó Plumb.

-Porque yo doblaba y empacaba los paracaídas de su división, y parece que el suyo funcionó bien.

Plumb, emocionado y con mucha gratitud le respondió:

-Claro que funcionó, si no hubiera funcionado, hoy yo no estaría aquí.

Aquella noche, Plumb no podía conciliar el sueño. Se preguntaba cuántas veces había visto en el portaaviones a aquel hombre y nunca le había dirigido un saludo. Se dio cuenta de que había sido una persona arrogante y orgullosa frente a este humilde y servicial marinero.

Pensó también en todo el tiempo que aquel marinero pasó en el barco enrollando los hilos de seda de cada paracaídas, teniendo en sus manos la vida de personas que quizás no conocía.

Desde aquel día, Plumb comienza sus conferencias preguntando a su audiencia: *¿Quién empacó hoy tu paracaídas?*

Todos tenemos a alguien cuyo trabajo es importante para que nosotros podamos salir adelante. Uno necesita muchos paracaídas en el día: uno físico, uno emocional, uno mental y uno espiritual.

Siento que todas las etapas de mi vida fueron cruciales. Hasta el día de hoy me cuesta definir si comenzó todo o terminó todo. Si bien terminaron los años de maltratos también comenzaron con etapas de supervivencia, tanto física como espiritual. También es impreciso reconocer en esos años el concepto de felicidad o alegría, dado que me comparo con un ave o una especie de canario; si este nace tras las rejas y lo sueltas una vez adulto, el canario volverá a su jaula. Pero si nace libre y lo encierras, una vez que lo sueltes difícilmente volverá a la jaula.

Muchos me han preguntado si fui feliz. Y les respondo, que no lo sé, ya que era mi entorno, mi vida. De una u otra manera tenía que crecer 90

y después sobrevivir; no había elección, mi fe se había quebrantado, mi alma estaba temerosa y asustada. Pero incluso allí, en ese fango, una gota de agua o una cuerda sucia, podría ser tu salvación.

Un día mi padre, mientras preparaba una minuta para una audiencia, me hace llegar un correo. Al abrirlo, su texto era emocionante y así explico esta parte:

Un pajarito cantaba en una rama de un árbol dura y firme, de pronto este pajarito creyó que su canto podría llegar a más pajaritos, y de un aleteo subió a la rama más alta. Ya en la punta del árbol el pajarito siguió su canto, en eso la rama no resistió el peso y cayó al suelo. El día era frío, la pobre ave se estaba prácticamente entumeciendo cuando aparece una vaca y defeca encima de él. El ave no podía más, pero, la plasta de la vaca estaba tan calentita que el pajarito comenzó a sentir calor nuevamente y esto lo hace volver a cantar. Entre medio de este asqueroso complemento estaba tan abrigado, que su canto era hermoso y fuerte. Un zorro que se paseaba por el lugar buscando que comer al escucharlo va y lo saca, el ave estaba feliz fuera de la plasta. Pero no contó con que este zorro lo engullera de un instante a otro.

Si comparo este cuento con mi vida, el cambio sufrido para mí fue como la plasta de la vaca en salvación. Gracias a Dios en mi caso, el zorro fue el hogar que me había engullido antes. Y después esa vida me tiró mierda, como se dice, pero en esa mierda logré cosas que hoy puedo decir con orgullo, yo lo logré.

La moraleja es sencilla, si vas a subir a un árbol, preocúpate de hacerlo todo a su tiempo. Deja que las ramas maduren para que resistan tu peso. Si subes a una débil, te caerás. Y si te caes, te tiraran mierda encima, pero es allí donde debes aprender a ver la diferencia. No todo aquel que te caga encima es tu enemigo y no

todo aquel que te saca de la mierda tu amigo, a duros golpes entendería esta lección.

## **V.1 ¡Toca, toca, toca!**

Como era la tónica ineludible de este viaje, mi memoria traicionera ya acostumbrada a la remembranza, comienza a hacerme revocar una vida que jamás hubiese querido fuese la mía, pero tristemente, yo no 91

contaba con un D'elorian (auto mítico en el cine que puede viajar al pasado o al futuro) y de una u otra forma debía vivir en este presente acosado por el pasado. Tenía que, si o si, ser el actor principal que diera el puntapié inicial, acá, no servían los dobles, y el único disponible, era este conductor cicatrizado por los pensamientos.

Y entre los recuerdos apareció una escena en la que estábamos todos los internos, no recuerdo el año. Habíamos practicado la danza del niño Dios, que decía algo así: "A la huachi, huachi, chuachitorito, niño del portalito". Nuestra vestimenta era una burda imitación del traje chilote, eso lo supe recién este año, cuando tuve el privilegio de viajar a Puerto Natales con mi familia.

Fue una foto instantánea, un recuerdo inevitable que logró sacarme una sonrisa y ese comentario burlesco de mi yo interno, "¿De dónde sacaron que los chilotes vestían con pantalones negros de seda y chaquetilla?".

Obviamente me refería a las cuidadoras y monjas, que nos habían vestido así para hacer la gracia del día, bailarles a los trabajadores de la Compañía Minera El Indio.

Todos estaban ansiosos, pero yo estaba ocupado en lo mío. Sí, en lo mío, el piano. Entre todo lo que me enseñaron, desde hablar, modular y música, a mí me interesó este hermoso instrumento. Mientras mis compañeros estudiaban guitarra, otros flauta dulce, yo era el privilegiado que gracias a mi condición pude escoger tan

maravillosa obra de arte, *un piano de cola*. ¿Cómo llegó a ser parte de nosotros este piano? Lo desconozco, pero según la historia, a la madre superiora le gustaba el juego de naipes, Carioca o algo así como el Póker, y durante un juego el piano fue la apuesta que ella ganó. Nunca nadie me ha confirmado esta versión, ni sé de dónde provino el primer comentario, pero desde cuidadoras a novicias, todas comentaban lo mismo, sin un ápice de tergiversación en la historia, y aquí prevalece el dicho: *“si el río suena, es porque piedras trae”*.

Y dicho de una manera sencilla, el internado era de muy escasos recursos. Nosotros pedíamos verduras a feriantes en parcelas.

Vivíamos de la caridad de las personas más adineradas de la Cuarta Región. Algunos de mis compañeros fueron vendidos, perdón, digo 92

dados en adopción; otros sufrimos el flagelo de la discriminación, o sea ayuda a regañadientes para comprar algún sitio en el cielo, creyendo que dándonos un pan, ellos ya compraban a Dios.

¿Cómo me consta lo que diré? Puedo asegurar que, en más de una ocasión, sí compraban el perdón y no por poca plata.

Como decía, todos ensayan sus pasos de baile y su salida a escenario. Yo ni siquiera me preocupaba por terminar de vestirme, sentado en el piano intentaba tocar Romeo y Julieta, me la había enseñado un par de meses atrás un profesor de apellido Galloso, un voluntario que peleó por mi tiempo después y se le prohibió la entrada al internado desde ese entonces.

Era un día de locos, para algunos era el día de grandes oportunidades, esperanzados en encontrar una familia, cual perrito abandonado, que quisiera darles hogar o una cobija digna, ya que para muchos el tiempo no transcurría en vano y la madurez hacia lo suyo. Ni siquiera importaba si éramos amados, solo queríamos vivir en libertad, tener amigos, disfrutar lo que el tiempo ya nos había arrebatado, la infancia.

De cierta manera, yo me sentía como una serie animada llamada *Marcos*, y hasta lo envidiaba, pues él era un poco mayor, pero por lo que captaba, no era más inteligente que yo. A *Marcos* le pasaban cosas por ser muy crédulo. Yo, estaba seguro, sería más cauto. Mi envidia se sustentaba solamente en que él era libre, viajaba con un mono que yo adoraba. De hecho, con un par de calcetines me fabriqué una especie de mono con el cual poder hablar, o mejor dicho en el cual poder confiar. El mono lo defendía y esa era la única parte que yo detestaba de "*monotin*", mi mono calcetín, que cuando éramos golpeados, él nada podía hacer, pues solo tenía vida en mi mente y yo era el único que lo escuchaba. Él sabía de los deseos profundos de encontrar a papá y a mamá y preguntarles, ¿por qué me habían dejado a merced de gente que nos trataba como cualquier cosa, menos como personas? Así transcurría mi vida, en sueños, encerrado en mí mismo, queriendo ser adoptado pronto; más todos se iban y yo me quedaba. Quizás en este día de la gran fiesta a la Compañía Minera alguien entraría al salón y vería mi talento en el piano, con tan solo 6 años, y se le llenarían los ojos de lágrimas y diría

93

-¡Yo lo quiero en mi hogar!

Y así, yo me diferenciaría de Marcos y no tendría que recorrer el mundo entero buscando a mamá. Me olvidaría de ella y amaría a los papás nuevos. Pero nada de eso pasó, al contrario, lo que sucedió marcó mi vida, y dejó muchos de mis miedos que hasta el día de hoy se hacen presentes.

Todos me gritaban:

-¡Vamos Ángel, vamos!

Mas yo hacía caso omiso. Ya habían salido los niños cantores, los guitarristas. Cuando estaba a punto de terminar el retablo, que era la historia que anualmente repetíamos una y otra vez, con los

mismos personajes, en la que me había aprendido hasta el dialogo, algo cambió.

A mí me tocaba ser el burrito y por culpa del piano no salí, porque el piano era mi pasión. En eso estaba cuando se acercó una cuidadora en silencio, por detrás, y me agarró del cabello dándome una fuerte cachetada. Yo me afirmé de la patas del piano, ella me dio una fuerte patada mas no me zafé; en eso, me agarra fuerte del cabello, me sienta frente al piano y me dice

-¿Quieres tocar?, ¡toca, toca, vamos toca!

Con cada frase de toca, venia un mechoneo. Yo tiritaba y comencé a tocar, en eso el mundo se me cierra y el dolor hace presa de mí, un dolor tan fuerte que mi grito y llanto alertaron a todos los presentes, todos corrieron a verme. Dicen que la imagen era impactante, del piano corría sangre, ¿cómo?, no sé, pues yo no sentía mis dedos.

La auxiliar había cerrado el piano con fuerza descomunal, así es, tal como lees, me cerró el piano en las manos; lo que me provocó fracturas en mis dedos y me llevó a usar fierros y sesiones de terapia por casi 9 meses después de lo ocurrido. La auxiliar fue trasladada a otra casa de niños, pero siguió trabajando para ellas.

Las visitas quedaron congeladas y esto provocó que nunca más volvieran a hacernos una fiesta, tampoco regalos, obviamente. Para más de una hermana la culpa había sido mía, por mi tozudez de tocar el piano y no participar como todos.

94

Yo estaba con mis dedos quebrados y el comentario que grabé entre los dolores, fue, *¡Ángel como siempre dando la nota alta!*

Desde ese día hasta hoy, jamás he vuelto a tocar una tecla de piano alguno. Una vez, hace un par de años retomé clases con un profesor de La Reina. Mi padre me había enviado desde La Serena

un órgano profesional para ensayar y estaba avanzando. Era fantástico, pero cuando me tocó ensayar en el piano de cola, mis manos transpiraron y la imagen de mis dedos atrapados y fracturados fue más fuerte.

Ya habían transcurrido unos 6 meses desde la agresión -que los adultos del lugar decidieron llamar “*accidente*”-, cuando el Sename se hizo presente.

Por la versión que ellos tenían, un compañero me había golpeado con un elemento contundente. Así al menos lo escuché en una de las visitas del personal de Sename, que más que inspección parecía una reunión de amigos. Los atendían con manjares, de esos que estábamos lejos de probar nosotros: chocolate caliente, tortas de diversos sabores y una que otra caminata por el internado, mostrándonos dientes cínicamente risueños. Eran realmente unos castrados mentales.

Minutos antes de que llegaran a la habitación donde yo estaba

-que era inmensa porque más de 50 niños, mezclados entre niños y niñas, dormíamos allí- se me acerca una cuidadora moviendo su mano abierta y con tono amenazante me dice que me cuidara de sacar las manos de debajo de las sabanas, o me iban a llegar unos buenos palmazos. Mi mirada de odio no demoró en llegar respondiendo a la cuidadora, la que sin advertencia me deja caer una cachetada con su pesada mano, vociferando que jamás la volviera a mirar así, adjuntando a ellas palabras como: “*desclasado social, huacho, acá tu eres mío*”.

Todos en el internado sabíamos que aquel día nada iba a ocurrir, que ninguno de esos asistentes sociales, a los que se le pagaba por nuestro bien superior, haría algo en favor nuestro, pues a esas alturas ya casi toda la Cuarta Región estaba influenciada por la hermana mayor de la congregación.

Así, llegó el instante en que fueron a visitar al enfermo.

Obviamente me inventaron un resfriado y supuestas fiebres que jamás padecía. La visitadora se me acerca e inconscientemente la abrazo.

95

En ese abrazo le quería transmitir todo el maltrato de años, toda la angustia de mi estadía, y la de todos mis compañeros. Pero la asistente no comprendió en lo absoluto, miró mis manos enfierradas, las acarició y parafraseó un “*pobrecito*”; luego se levantó y siguió su rutina de inspección y se retiró del recinto.

Lo que me sucedió después no sé si llamarlo tortura o castigo.

Me sacaron de un tirón de la cama, interrumpiendo mi reposo. Con pijama y todo me metieron bajo la ducha. La cuidadora -de la que quiero reservar su nombre- me metió en la ducha con agua helada y comenzó a golpearme con su mano mojada. No recuerdo el total de los golpes, solo sé que fueron bastantes, tantos que terminaron por enrojecerme los glúteos y adormecerlos del dolor. No sé si fueron peor los golpes o el dolor posterior porque cuando trataba de dormir, mis manos enfierradas impedían que me desplazara de lugar en la cama para acomodar mi cuerpo y así disminuir el dolor. Finalmente logró vencerme la noche y así pasaron el día siguiente y muchos otros más. Y cumplí el plazo fatal, me iban a liberar las manos, todo volvería a ser como antes.

Cuando me quitaron los fierros de mis dedos me di cuenta de lo que habían hecho conmigo. Mis dedos habían quedado chuecos, y quizás jamás volvería a tocar un instrumento en mi vida. El dolor fue de tal manera que incluso ahora, en épocas heladas, los dedos me duelen, por lo que en invierno obligadamente debo usar guantes.

A un mes después de haberme ya recuperado e intentar retomar mi vida de niño, las cosas no mejorarían mucho y quizás nunca estuvieron bien.

En este periodo nos cambiaron de casa de cuidados y dejamos la sede Niños de Dios para trasladarnos, solo los hombres, a una casa llamada Calvario. Tengo la sensación que el nombre nos venía como anillo al dedo, ya que era realmente un Calvario. Habían momentos en los que hubiera sido mejor haber pasado hambre junto a mis padres desconocidos, que pagar la comida dejándonos pegar, a veces hasta por asuntos del ánimo de los adultos. Pero era lo que nos había tocado.

Como dije, para nosotros las cosas iban de mal en peor. Al cambiarnos de casa, nos fuimos a cargo de una pareja joven: María Castillo y su pareja Rubén Lillo.

96

Rubén Lillo era un hombre alto, fornido, moreno, de manos fuertes y cuerpo atlético; pero de un carácter de los mil demonios, el que dejaba asomar cuando golpeaba cual saco de entrenamiento a la cuidadora María, quien más encima, esperaba un hijo de este agresor.

Su condición física, se debía a que él era o había sido boxeador.

Para nosotros era un boxeador frustrado, ya que nunca logró título alguno. Su condición física era envidiable, pero su forma de pensar denotaba un cerebro famélico. Nada que hacer ante lo que se nos venía, solo prepararnos y empezar a pensar como equipo, el mismo que actuó y meditó cuando sacamos a la monja Soledad o a la monja Dina para siempre de nuestras vidas. En algún momento algo se nos ocurriría, más temprano que tarde, de eso podíamos estar seguros.

Rubén Lillo nos hacía levantar a las 5 de la mañana, según él,

*“Al que madruga Dios le ayuda”*. Nosotros entrábamos a las ocho de la mañana a clases, pero con él, desde las cinco y media hasta las siete era solo ejercicio; de allí a las duchas y de las duchas a correr para llegar a la hora a clases. Nunca supe de cualquiera de nosotros

que hubiese llegado tarde, pero tampoco seco, ya que la transpiración hacía su trabajo.

Los fines de semana su actitud era más magnánima, ya que a las siete treinta de la mañana nos sacaba de la cama, y pobre de aquel que demoraba, o se orinaba en ella, porque sus sábanas eran colgadas en la ventana y nos hacía beber agua, mucha agua, y si salía una sola gota de orina nos daba una patada en el trasero. Pero no una patada cualquiera, ni siquiera porque éramos niños medía su fuerza, muy por el contrario, la patada era con una fuerza descomunal, que nos llegaba a levantar del piso. Muchos de nosotros terminábamos con dolor por días; incluso Andrés terminó con una escoliosis lumbar que afectó su coxis, la que ahora de adulto se le nota y se volvió riesgosa.

A mí también me tocó en más de una ocasión. Lo peor era que, si con esa patada llorábamos, allí pasábamos a la segunda etapa del castigo que consistía en golpearnos entre nosotros. Siempre éramos de a dos los castigados. Nos ponía prendas de vestir en las manos, dobladas de tal forma, que simulaba guantes de box, para afirmarla a la muñeca nos apretaba con cinta de embalaje y unas medias pantis de mujer para que la prenda no se saliera. El que lloraba debía pelear con el que no lo había hecho; mientras algunos terminaban con lesiones en el *pómulo*, 97

o heridas en las cejas o labios, el reía a carcajadas, hasta el día de hoy recuerdo esos instantes que duraban horas. Era tal su fanatismo por el boxeo que nos hacía soportar hasta 12 round, los que el contaba de cinco minutos cada uno y vaya que se lo tomaba en serio.

Muchos quedábamos exhaustos, pero no podíamos descansar porque teníamos prohibido tomar siesta, pasase lo que pasase.

Fue en uno de estos castigos en que uno de mis compañeros me golpeó tan fuerte que me quebró la nariz y caí desmayado. Como siempre, el castigo fue tres veces mayor, ya que me encerraron en el sótano, pues la versión de mi quebradura fue: *“trató de fugarse*

*del hogar y al saltar la muralla cayó al suelo*". Solo hoy cuento la verdad de estos hechos y quizás hasta intentarán desmentirlos, pero muchos de los compañeros que hoy están vivos, están dispuestos a abogar por esta verdad y desenmascarar que lo que nació como una "obra" se volvió una casa de castigos.

Aún recuerdo otro episodio en el que, al menos para mi edad, el dolor que sentí fue diez veces más que el de la nariz o los dedos. En cierta oportunidad en que Rubén Lillo estaba discutiendo con María Castillo, la razón era que se había quedado sin una rodaja de queso.

Estábamos en la mesa y él comenzó a lanzar los platos al suelo. La cuidadora María estaba preparando el desayuno para nosotros y tenía una vasija plástica, de las grandes, con la leche que tomábamos cada mañana de un tiempo a esa parte.

La discusión fue subiendo de tono, cuando María le dijo: "¡Deja darle la leche los niños y te voy comprar algo!", a lo que él arremetió diciendo que él era primero; que cómo lo dejaba de lado por unos huachos mugrosos, tomándola del cabello, propinándole dos golpes con su puño cerrado. María gritaba, suplicándole que por favor la soltara y él la agarraba más fuerte del brazo. El vapor salía de la vasija llena y yo estaba allí esperando que por favor terminaran, ella me dijo que fuera al dormitorio y él con su mano empuñada en son de amenaza la contradecía: "¡anda y te pego a voh también!". Así se la llevaban hasta que ella le recrimino gritándole: "¡déjalo!". Rubén, entrando en una enajenación monstruosa va a golpearla y su otra mano empuja la vasija sin siquiera medir consecuencias, sabiendo que yo estaba debajo.

Toda la leche hirviendo cayó sobre mi cuerpo, empapando mi pecho  
98

y yo con un pijama que parecía tela de cebolla. La leche se adhirió a mi piel cual calcomanía y el dolor del momento era un dolor que no podría describir con palabras. Llegó a tanto que terminé desmayado.

Al despertar, mi cuerpo estaba vendado en una cama del hospital San Pablo de Coquimbo. Creí que alguien tendría compasión por mí, más lo único que les preocupaba era que cómo habían ocurrido los hechos. Yo estaba recién despertando, había asistentes del Sename; también estaban la hermana superiora y directores; asistentes sociales y la tía Carmen a la que todos trataban de apartar. Ella lloraba como si yo fuera parte suya, yo los miraba a todos, pero mis lágrimas caían al ver el rostro de desesperación de la cuidadora Carmen. ¿Por qué la tía Carmen lloraba por mí?, era la única pregunta que yo me hacía, que de seguro de haberla hecho en voz alta, nadie me habría respondido. El hecho es que ella ya no estaba en el internado para protegerme como lo hizo por mucho tiempo, pues había sido despedida, por razones que yo estaba dispuesto a averiguar.

Así transcurrió mi día en el hospital, estaba recién despertando y nadie me preguntaba cómo me encontraba, ¿qué extraño no? Hasta que un médico les advirtió que debía descansar y así desalojaron la sala.

Al día siguiente, al despertar lo primero que veo es a la cuidadora María Castillo y a Rubén Lillo. Mis piernas comenzaron temblar, les preocupaba qué era lo que yo recordaba. Ella se notaba muy nerviosa y él preocupado. Los motivos eran claros, pero mi mente de niño no daba para ser Conan el investigador privado, al menos no en ese momento.

Debo reconocer que disfrutaba mi estadía en el hospital, pues el hecho de ser huérfano me daba cierto estatus ante las enfermeras. Me mimaban, me cuidaban; me llevaban ropas, dulces y yo me sentía un príncipe. Algunas hasta me daban besos en la frente o me acariciaban el cabello. Era hermosa la sensación de recibir afecto, hermosa. Pedía a Dios cada noche que por favor jamás me sacase de ese lugar.

Eso es lo que pensaba mientras este hombre abusador me hablaba.

Me prometió el cielo y la tierra, me prometió cambiar, no hacernos pelear más y no levantarnos más de madrugada si yo decía que me había caído por querer tomar leche. Obviamente ya se imaginarán qué fue lo que conté. Pensarán que diría la verdad. Ni soñarlo. Si lo hubiera hecho nadie me habría creído. Hice lo que ellos me pidieron, lo malo fue, que 99

mi historia fue corroborada por él y no dijo precisamente que yo quería tomar leche, lo que él dijo fue que me ocurrió por querer robar leche mientras ellos habían ido a buscar pan.

Cuando la directora me preguntó si era verdad que me levanté temprano para sacar leche, dije que sí. Obviamente, tal como lo escribí, ella preguntó y cambió robar por sacar y eso le dio la razón al cuidador y maltratador. Gracias a eso me había ganado un castigo apenas me dieran el alta.

Una vez llegado del hospital, al día siguiente me levantó a las 5

de la mañana, fuimos a un peladero que había en lo alto del calvario y desde las 6 de la mañana hasta las 12 del día me hizo trotar alrededor suyo, y se detuvo porque mi cuerpo se rindió. No sé cuantas vueltas di, pero durante dos días no pude caminar, cada articulación me dolía.

Al tercer día del castigo ya podía moverme, lento pero lo hacía, y me mandó con un cepillo a limpiar el piso de la casona. Yo ya estaba encorajinado y se me ocurre decirle que lo iba a acusar e iba a contar la verdad. Esto encendió su ira, llamó a todos mis compañeros y les mandó a que me hicieran un callejón oscuro. ¿En qué consistía este juego? Se ponían en dos filas y yo debía pasar por el medio y cada uno debía darme un golpe como mejor le pareciera, él advertía a los demás que si el golpe que me dieran era suave, él les pegaría a ellos, así terminó ese día y jamás lo volví a amenazar.

Hace un tiempo atrás, ya de adulto, se me ocurrió visitarlo en su domicilio y recordarle en son de humor lo que él nos hacía. Se

defendió diciendo: “Eran Uds. muy malos, había que corregirlos, pero era todo en onda de compartir”.

Sin embargo, lo que no le comenté fue que esas agresiones me dejaron secuelas que aún mantengo. Cada vez que algo se cae al piso o se quiebra, intuitivamente mis manos se van a la cabeza como un reflejo que aún no logro desarraigar de mi inconsciente, es como si actuara por inercia, el querer protegerme. He participado en reuniones de amigos y para justificar este comportamiento innato, profiero alguna frase para que la acción suene a humorada y nadie note las marcas internas que esta vida me provocó, digo: “ya poh, no me vayas a golpear, disculpa”. Y

todos lanzan una sonrisa, algunas más exageradas que otras.

100

Solo quien está cerca y conoce mi historia, comprende este comportamiento de protección. Es como si fueran a golpearme o retarme por dicho acto inconsciente causado, o imagino que causé un gran daño a quien le quiebro un vaso o copa, hasta el sonido de los globos me asusta.

Esto cambió mi carácter, quizás por esta razón siempre anduve a la defensiva de todo y todos. Cualquiera crítica, por muy positiva que esta fuera, la tomaba como una confrontación. Me ha costado mucho apaciguar mis olas, más aún, si jamás tomé terapia alguna para intentar limpiar o perdonar. Las ganas de querer cambiar para mejor fueron más fuertes, esto es solo parte de mi historia y la de algunos compañeros. Al menos los castigos que se pueden describir.

Muchos de mis compañeros de internado jamás han podido reconciliarse con su pasado, yo a través de estas páginas lo quiero intentar.

Sé que al verme hoy no imaginan cómo fui. A través de un proceso que me ha costado, hoy puedo decir que soy flexible, porque quien

está a la defensiva busca el ataque. Quien está al ataque busca la defensa.

Quien está flexible se adapta. Quien está rígido se quiebra. Como se quebraron algunos que perecieron en busca de una oportunidad en el otro camino de la ley; otros en la droga; algunas compañeras en la prostitución... y así, la lista es larga y sigue, todo gracias a un sistema que del cuidado nació descuidado.

## V.2 Una vida en familia

Tengo una rabia contenida por años en contra de este sistema que aparece cada vez más en la prensa dando consejos sobre cuidados a los niños; o argumentando algún descuido de los padres para arrebatárselos.

Luctuosamente, la sociedad ignora que nada bueno podría salir de aquella intervención, pues en el mismo sistema están los responsables directos de que existan ex internos jóvenes delinquiendo. Quienes son ingresados a *Centros de Internación Provisoria*, prácticamente ingresan a una institución que es el bachillerato del lumpenaje; y la cárcel solo sería la titulación del mismo. En estos centros solo empeoran el comportamiento de los niños, ello a causa de una intervención parcial 101

o derechamente ausente. Muchos piensan que estando sentados en un escritorio ya tienen la verdad absoluta acerca de cómo mejorar y cambiar el destino de un joven o niño en riesgo social, pero en el sistema tiene pocas posibilidades de desarrollarse social, educacional y emocionalmente. Además esos funcionarios son conscientes de las agresiones. Es como si estuvieran de brazos cruzados frente a un determinado internado mirando al oriente y de espaldas a un proceso carente de profesionalismo y entrega real.

Tengo la convicción y la necesidad imperiosa que esta historia, que es la historia de muchos ex institucionalizados, que converge en una sola, sea conocida, y no por atacar a un sistema ambivalente, nefasto y superficial, sino para que las instituciones realmente busquen soluciones concretas, que no se basen en el castigo o en el abandono social. Que no sigan en la idiosincrasia de hacer como que todo está bien cuando de infancia se trata, siendo que la realidad, a través de la experiencia aliándose con el tiempo, muestra lo contrario.

Las directivas -que están a la cabeza de instituciones subvencionadas por el Estado, denominadas Casas Colaboradoras del Sename, más conocidas por la sigla OCAS- están acostumbradas a los eufemismos, y se justifican solo con demagogia al perorar, cual arenga de combate, sobre avances inexistentes, avances que solo existen en sus descerebradas cabezas inertes y apáticas para conectarse con el dolor ajeno. Con esto no quiero restarle mérito a algunas OCAS que vale la pena destacar, OCAS cuyo único interés es la dignidad, la tranquilidad y la estabilidad del niño, en todos los sentidos.

Tal como dije hace poco, el proteger al agresor significó para mí un castigo y para él un triunfo que me dejó a la merced de sus maltratos. Sin embargo mi mente no podía olvidar el rostro acongojado de la tía Carmen, aquella cocinera que junto a su hijo eran mis ángeles protectores. Francisco, su hijo mayor, era también un interno y me defendía cual Lancelot protegía a los Caballeros de la Mesa Redonda; nadie podía tocarme o burlarse de mí estando él cerca, porque él los hacía arrepentirse, era muy bueno para los puñetazos. Por un tiempo me sentí seguro y bajo resguardo, hasta me aproveché de dicha situación, desdichadamente Francisco se ganó muchos castigos por culpa mía.

Ignoraba porqué cada hermana del hogar o cuidadora me alejaban tanto de él y de su madre, la tía Carmen; era como si estuviera cometiendo algún pecado, como si yo no debiera tener protección.

O sea, no contentas con mi estado de orfandad, también debía estar expuesto a que en cualquier momento algo pudiese ocurrirme, ya que por el hecho de haber tenido protector en algún momento me gané la tirria de muchos, que con alegría me habrían querido dar de golpes.

La tía Carmen era una mujer esforzada, humillada; no solo por algunas cuidadoras, sino que también por monjas, aquellas que vestían hábito solo por aparentar o esperar algo en beneficio, porque de merecerlo estaban bastante lejos.

Se contó por el correo de la brujas, que la abrupta salida de la tía Carmen se debió a que el ebrio de su marido la encontró y apareció por el internado a eso de las tres de la madrugada borracho con un puñal en sus manos y, como siempre, acompañando su vocabulario con palabras soeces y trato vejatorio. Una de las monjas se paró frente a él, intentando defender a la tía Carmen, pero fue inútil, pues este ser humano, la zamarreó y la lanzó lejos, fracturándole la clavícula. Posteriormente, extiende su brazo en son de ataque hiriendo el antebrazo de Carmen.

En esos tiempos, no existía tecnología que pudiera permitir el llamado a Carabineros, el teléfono más cercano se encontraba a 15 minutos caminando, y nadie abriría si alguien se hubiese atrevido a golpear la puerta pidiendo ayuda.

En aquel entonces este tipo de escándalos era aberrante. Ser una mujer golpeada era ser discriminada inmediatamente por una sociedad poco altruista en donde solo importaba quien tenía más. Peor aún, si la mujer golpeada provenía de una casa que el vecindario consideraba, era un lugar donde vivían futuros delincuentes.

Así, la tía Carmen volvió a reescribir su historia de continuos maltratos, los que con su cuerpo diminuto apenas podía evitar y en su rostro quedaban vestigios de los golpes que él le propinaba.

Aquella noche, Marcos Maluenda rompió con piedras varios vidrios de la Casa Hogar. Uno de esos proyectiles impactó en el rostro de Carmen, quien tuvo que ser derivada a un centro asistencial hasta donde llegó Marcos Maluenda, mas ella logró huir. Lo penoso es que esta huida no duraría mucho tiempo.

103

Este fue uno de los capítulos más negros de la vida de Carmen, aunque son estos episodios de violencia los que marcaron su vida y la de su entorno. Historia de la que fui testigo, en la que una mujer soportó en silencio un calvario que nadie, al verla el día de hoy, se

imagina que pudo haber pasado. Esa mujer de sonrisa ligera, humilde, amistosa, logró volverse tan valiente habiendo pasado por tantos infiernos, que encuentro difícil exista un demonio que la pueda doblegar.

Si alguien me lo hubiese contado, jamás lo hubiera creído. Pero puedo dar gracias al todopoderoso por haberme hecho testigo del esfuerzo, de la grandeza, del sufrimiento de alguien; que de ser mi ángel protector se volvió mi ejemplo de vida.

Pasaron varios meses y la tía Carmen logró ganarle una de las batallas a la Directora del Internado: la autorización para sacarme los fines de semana. Debo reconocer que a pesar de la precariedad de su hogar, ella se esmeraba por darme lo mejor y yo disfrutaba cada instante, cada minuto compartiendo con sus hijos e hijas. Ella tenía 6

hijos, de los cuales yo conocía a casi todos. Eran personas geniales que hoy, ya todos profesionales, se desviven por brindarle apoyo a su madre.

Inelia, la mayor, es una mujer aguerrida y luchadora, educadora de párvulos y hoy es directora de un jardín infantil, tiene dos hijos grandes y un marido excelente, de nombre Rubén y quien la apoya hasta el día de hoy. Con é el destino me tenía trazada una hermosa historia.

Beatriz, que está casada con un uniformado con quien tiene tres hijos, a los que adoro.

Francisco, es capataz en una empresa exportadora y tiene una hija maravillosa.

Enrique, a quien ya conocen a través de mis palabras, es en la actualidad un trabajador minero, tiene una linda casa y es amante del deporte y la música.

Ida, que está casada con un capitán mercante, vive actualmente en la ciudad de Talcahuano. Tiene dos hijos y está a meses de ser abuela.

104

Finalmente Alejandro, que es parte íntegra de este libro y que seguramente aparecerá capítulos más adelante, ya que ha sido algo difícil hablar de él por lo mucho que lo conozco y lo complicado es saber por dónde empezar a describirlo. Pero puedo adelantar que en la actualidad reside en la capital y administra uno de los medios radiales más grandes del país y está a meses de ser padre de su primera hija.

Cada uno de ellos fue parte importante en la vida de quien relata la historia, cada uno de ellos aportó en la formación de mi personalidad, cada uno de ellos hizo posible que yo supiera a qué mundo pertenecía, y es en agradecimiento a esa entrega incondicional que me nació la necesidad, con la autorización de ellos, de escribir parte de sus historias.

...

Transcurrían los días y llegó por fin el tan anhelado fin de semana, y me autorizan a salir con la tía Carmen. Su hogar, una pieza pequeña que no alcanzaba a ser de tres por tres. Tenía unos muebles de madera claveteada por un algún principiante. Uno de esos muebles, en el que guardaban la poca loza que tenían, cubierto por un mantel plástico con figuras de cumpleaños ya desteñidas y carcomido en una punta por el fuego, hacía también de mesa. Hallar un tazón con oreja de donde sujetarlo para beber era una odisea, había también una cocinilla a parafina de un solo fogón, ese era todo su patrimonio. Las murallas de adobe estaban cubiertas en su mayoría por hojas de diario amarillento que decían que el tiempo había desteñado sus colores, y se notaban ya borrosas fotos de mujeres sin ropa, típicas de un periódico local; bolsas de pan colgadas en un clavo en la muralla; una sartén completamente tiznada por el fuego; piso de tierra mojado para evitar levantar polvo, y con ese olor a

cloro mezclado con parafina que la tía Carmen echaba para matar la pulgas que inevitablemente debía haber en el lugar, prueba de ello eran las sábanas que parecían blancas con lunares, centenares de ellos. Un cajón de madera de uva hacía las veces de silla y un trozo de tabla con clavos más un tarro de pintura oxidado eran la base de la precaria mesa de estudio creada por Enrique, el menor de sus hijos, en donde él elevaba su mente para dibujar.

Una cama de fierro de una plaza y media, toda desencajada, era la cama en donde dormíamos los 6 cuando yo la visitaba o ella me sacaba del internado. Una vela era nuestra compañía, con una palmatoria llena de cerote seco. Cuando las velas se acababan y la tía Carmen no tenía 105

dinero para comprar un paquete nuevo, Ida, Enrique y yo, salíamos a la calle, íbamos a la gruta de la virgen y después de una oración pidiendo perdón por lo que haríamos, le sustraíamos todas las velas enteras y se las llevábamos, para que ella tuviera luz durante toda la semana.

Suena a pobreza extrema, pero para mí era riqueza, ya que jamás había tenido nada y allí tenía aquellas humildes cosas, que esta familia deseaba compartir conmigo desinteresadamente. Era emocionante gastar horas con Enrique jugando. Mirábamos por las noches el cielo, ya que solo la mitad de la vivienda tenía techo, la otra mitad estaba completamente descubierta, no recuerdo haber sentido frío, pero sí haber visto las estrellas que con Enrique contábamos y cantábamos.

Como leí en algún momento, si miro desde mi punto de vista, para muchos su cielo llegaba hasta el techo, pero como nosotros no lo teníamos, teníamos un cielo infinito. Aún recuerdo la canción que entonábamos al unísono, moviendo nuestras cabezas de un lado a otro, *A cantar a una niña yo le enseñaba,*

*Y un beso en cada nota ella me daba.*

*Y aprendió tanto y aprendió tanto,*

*Que de todo sabia menos el canto.*

*El nombre de las estrellas saber quería, Y un beso en cada nombre  
yo le pedía.*

*Qué noche aquella, qué noche aquella,*

*En que inventé mil nombres a cada estrella.*

*Se terminó la noche, llegó la aurora,*

*Se fueron las estrellas, quedó ella sola.*

*Y me decía y me decía,*

*Lástima que no haya estrellas, también de día.*

Así pasaban nuestras noches, las noches limpias, esas eran las que añorábamos. Conocíamos cada estrella que cubría nuestro cielo, lo malo se venía cuando el cielo lloraba a cántaros. En cierta oportunidad, un fin de semana, fue casi una lluvia torrencial, el agua formó un verdadero río pequeño en este pedacito de dormitorio, nosotros tres estábamos en la cama. La tía Carmen abrazándonos a ambos, a Enrique y a mí, mientras las sandalias flotaban en el agua que estaba subiendo por las patas de la cama; ya llevaba casi la mitad cubierta por el agua, hasta que en un acto de heroísmo, me levanté, y con el agua hasta las rodillas saqué unos sacos que tapaban la entrada y el agua pudo escurrir 106

hacia el patio. Esos sacos cubrían la entrada, ya que la mamá de Marcos Maluenda estaba acostumbrada a acumular perros, y estos se metían a la pieza de Carmen cuando ella no estaba, buscando algo que comer, y siempre salían con algún botín. Al no contar ella con muebles para guardar los alimentos de forma segura, todo quedaba encima y era fácil para estos coludos sustraer mercancía comestible.

Cuando Carmen necesitaba conservar algo, llenaba con agua un traste de aluminio y echaba adentro lo que había que conservar, luego lo cubría con papel aluminio que sustraía donde trabajaba, lo envolvía y así podía mantener la comida por uno o dos días, como si fuese un refrigerador artesanal sin que esta se avinagrara. O si no, a veces, conservaba alimentos en unas cajas de plumavit de esas en las que se venden helados, que se conseguía en una pesquera llamada San José de Coquimbo.

Así era la vida nuestra, entre moscas y perros con ojeras y pulgas; algunos con notorio deterioro por la sarna, orejas completamente peladas, desdentados; otros con la piel pegada al esqueleto. La anciana los recogía y alimentaba, uno que otro lograba salvarse.

A veces pienso que vivían mejor en la calle, alimentándose de las sobras, que con ella que poco o nada podía darles, ni siquiera un techo donde cobijarlos, menos un trato digno, ya que cuando su hijo Marcos llegaba ebrio, eran brutalmente pateados. Quizás por este motivo, que crecí viendo sufrir animalitos, es que hoy, que puedo hacer más por ellos, me dedico en tiempo y dinero en su recuperación o asisto a rescates, amándolos de forma incondicional.

Como conté recién, cuando la tía Carmen me sacaba los fines de semana, dormíamos los 6 en su cama de una plaza y media y por las mañanas, sentíamos uno que otro peso más sobre nuestros cuerpos, pues uno o dos perros estaban echados durmiendo plácidamente.

Estábamos tan acostumbrados a ellos, que ni siquiera hacíamos el intento por bajarlos pues, en algún momento nos sentimos como ellos, maltratados y sin dueño alguno, rechazados por nuestra condición económica o nuestro color de piel, quizás ellos lograban tener más suerte que nosotros, pero para mí, ellos y yo éramos un mismo ser, y así, con sarna y todo, los abrazaba y pegaba a mi pecho, hasta los besaba.

Ellos podían entrar a nuestro dormitorio, si a eso se le podía llamar dormitorio, ya que solo una cortina vieja llena de agujeros cumplía la función de puerta y era lo que nos separaba del exterior.

Esta cortina fue la que reemplazó la sábana con mancha de orina, ya que para Marcos Maluenda era insalubre, como si algo en ese entorno no lo fuera, en fin.

En eso estábamos un día de lluvia, ya habíamos logrado sacar el agua de nuestro proyecto de dormitorio y nos aprestábamos a dormir, no recuerdo exactamente la fecha solo que era fin de semana, por lo que yo había salido con la tía con permiso. Llovía torrencialmente cuando sentimos un ruido aterrador y gritos de pelea. Yo no entendía que ocurría, eran las cuatro de la madrugada así que mis capacidades eran prácticamente nulas para darle algún sentido y comprensión a los hechos, de pronto todo comenzó a clarificarse.

Marcos Maluenda, que había llegado borracho y vociferando insultos de grueso calibre, golpea con sus pies la cama despertándonos.

La tía Carmen asustada le dice que estaba con los niños, durmiendo y este hace caso omiso de ello y la toma del cabello sacándola de debajo de las frazadas. Carmen, que estaba vestida solo con un pijama similar a una enagua, se afirma a la pared y Marcos la golpea reiteradas veces en presencia nuestra. Nosotros llorábamos y en eso Carmen le rasguña el rostro, Marcos cae tendido a la cama y en vez de responder, cae en un sueño profundo. Carmen se viste apresuradamente y sale arrancando con nosotros, no me explico cómo alguien nos llevó, recuerdo un colectivo, pero ella no tenía dinero por lo que esa parte de lo ocurrido no logro saber cómo fue o qué le dijo al chofer, pues a la tía Carmen, a quien aún visito, no le gusta recordar esta escena, al menos estas partes de su vida. En cosa de minutos llegamos al internado en donde me dejó y ella se perdió en la oscuridad con Enrique.

Debo también agregar que mientras ella arrancaba con nosotros, la madre de Marcos Maluenda le gritaba cosas como: *“¡ya te vas a maraquear, cobra plata por tus guachos al menos!”*.

Carmen, llorando y asustada, una vez que me deja en el internado se fue a una terminal de micros. Allí, junto a su hijo menor Enrique, comienza a revisar micro por micro hasta encontrar una semi abierta, y es por esa puerta trasera que logra ingresar y acomodaron sus huesos 108

en un asiento trasero, cubiertos solo con lo que llevaban puesto. Ella acurrucó a Enrique en su regazo y juntos durmieron abrazados.

Al día siguiente, ambos fueron despertados por el chofer quien se estremeció con la imagen y les ofreció desayuno. Según relata Carmen, era la primera vez que su hijo Enrique probaba un tazón de leche caliente y un sándwich de jamón.

Carmen le comenta su historia al desconocido. Este amable chofer, del cual jamás se supo nada más, solo le aconsejó que lo dejara; pero no comprendía que el miedo a que Marcos la pudiera encontrar en cualquier lugar, fuera tan fuerte que impidiera que ella tomara la decisión que podría cambiar su vida para siempre.

Los psicólogos que lean esta parte de la historia podrían decir que ella sufría un síndrome denominado el “Síndrome de Estocolmo”, que es la reacción por la que una víctima de un secuestro, o retenida en contra de su voluntad, desarrolla una relación de complicidad y empatía con quien la ha secuestrado.

Yo me niego a aceptar esto como una verdad, ya que Carmen no tiene empatía, solo reticencia hacia este hombre y nada bueno puede comentar de él, solo los peores años de su vida.

Los hijos de Carmen estaban todos repartidos en casas de familiares, familiares entre comillas, porque a ella no la aceptaban por ser pobre. A sus hijas Inelia y Beatriz las aceptaban, pero terminaban siendo las empleadas del hogar. Ida había sido

arrebatada de los brazos de Carmen y vivía con la mamá de Marcos Maluenda, a quien hasta el día de hoy ella llama mamá, pues conoce un lado equivocado de la historia, y por el amor que esta mujer engendró en su ser se le hace imposible reconocer o aceptar la verdad de cómo llegó a sus brazos.

La historia real es que cuando Carmen dio a luz a Ida, estaba tan bajo su peso, que se tuvo que quedar hospitalizada tres semanas.

Durante ese tiempo, la lactante era cuidada por la mamá de Marcos y cuando Carmen quiso recuperarla, fue insultada y golpeada por Marcos, advirtiéndole que esa sería hija de la mamá de él. Cuando Carmen fue al Juzgado, la magistrado de ese entonces le dijo: “¡Ud. señora! ¡No tiene cómo vivir, ¿y va a criar a una niña?! ¡Salga de mi vista!”.

109

Cuando Carmen le explicó de los golpes, la magistrado le respondió que no le veía absolutamente ninguna marca y la hizo salir del tribunal.

Todo ocurrió en los tiempos en que los magistrados eran personas simplemente intocables, gracias esa impunidad e inhumanidad es que Carmen perdió la custodia de su niña.

Es difícil imaginar que esto ocurrió, pero antes de juzgar me gustaría que se pusieran en los zapatos de una mujer que vive bajo el maltrato constante, golpes, insultos y vejámenes; teniendo poca fuerza y la propia familia le cierra la puerta. Cuando la falta de dinero para comprar una falda le hacía imposible andar bien vestida -a pesar que ella siempre anduvo limpia- nadie quería contratarla y quienes lo hacían abusaban de su carácter afable, la hacían trabajar 3 o 4 meses sin pagarle un solo peso.

Entonces, ¿cómo sobrevives?, ¿adónde recurrir, si la misma justicia no te defiende?

Esa era la realidad de Carmen.

Todos sus hijos iban a visitarla los fines de semana, dormían con ella, pero el día Domingo debían emprender el rumbo hacia las casas donde eran cuidados.

Francisco iba al mismo internado que yo, Inelia de joven trabajaba cama adentro y Beatriz era cuidada por una tía llamada Adriana que resultó ser un engendro de persona. Enrique era el único que se mantenía con ella, e Ida que ya conté con quien vivía y el porqué.

Alejandro había desaparecido misteriosamente al nacer, al menos esa era la historia que yo conocía, y por eso entendía el cariño que la tía Carmen me tenía, pues este hijo debía tener casi mi edad.

La cosa es que cada uno de sus hijos tiene una historia por separado, pero la de Beatriz fue de tortura y golpizas. A pesar de que Carmen le pagaba a su hermana toda la asignación familiar que le daba el gobierno por sus hijos, esta pariente maltrataba, física, psicológica y económicamente a su propia sobrina.

110

Recuerdo que un día la vi camino al colegio y la abracé, ella con miedo me devuelve el abrazo y no me di cuenta que su tía Adriana estaba observándola, más cuando regresé a clases ella le dijo que yo era un futuro delincuente y que el dinero que gastaba en ella era para alejarla de todos los rotos como yo, y la golpeó con un palo de escobillón y, ojo, que el dinero que gastaba, como ya dije, era lo que cobraba para cuidarla. En otra ocasión esta malvada mujer, con instintos asesinos, salió un fin de semana y no le dejó comida, a una niña que en esa época no superaba los 13 años. Beatriz comenzó alimentarse con pan y jugos en polvo, hasta el día domingo, día en que esta amargada regresó y se percató de la situación. En vez de aceptar su culpa, la tomó del cabello, la llevó a la cocina, abrió un pan y lo empolvó con veneno de ratón; la obligó a cachetadas a comérselo. Afortunadamente al parecer estaba vencido y no surtió mayores efectos en Beatriz, aunque tuvo un cólico y dolores que le

duraron días, pero no fue una intoxicación severa, de lo contrario ella ya estaría fallecida y quizás qué excusas habría dado esta verdadera bestia llamada Adriana.

Como se ve, Carmen no tenía muchas opciones y no tenía a quien recurrir, por lo que muchas de las decisiones que tomó fueron a conciencia de que a su lado cada hijo habría perecido de hambre o de golpes, por lo que lo que ella vivió, y salvó a cada uno de ellos.

## V.3 El mundo del Derecho

Mientras avanzábamos los últimos kilómetros, pasando por el Hospital San Pablo de Coquimbo, de pronto me veo enfrentado con el cementerio Católico, que se encontraba al lado izquierdo. Fue imposible mantener la concentración pues recordé el discurso que di en el sepelio de una persona que quizás no merecía un ínfimo esfuerzo en palabras, que a la larga quedaron en la memoria de los presentes, que en total eran 9, contando a una mascota que había él rescatado quizás en un momento en el que se le ablandó el corazón, no lo sé; de hecho ni siquiera sé por qué hablé, a pesar de que nadie quería que lo hiciera. De todos, solo dos lloraban: su perro y su madre.

Recuerdo un amigo con el que trabajé durante casi 10 años, y quien me mostró el mundo del Derecho, su nombre, Rolando Vio González, con quien aún mantenemos una gran amistad. Cierta día, en 111

una visita a casa de sus padres donde él estaba residiendo producto de una situación familiar, Rolando toma un libro y, mientras buscaba la página que quería mostrarme, me va contando que su madre, la Señora Nora, maestra jubilada, había reencontrado a su padre, el abuelo de Rolando, quien había abandonado a su familia por años. Al morir este señor, seis meses después del reencuentro, a la madre de Rolando le tocó leer un discurso en el funeral de su padre. La autora del libro era una maestra escritora y poeta, muy amiga de la familia ya que ella también era nacido y criada en el pueblito de *Mata Redonda* y comentó el discurso, citándolo textualmente en su libro. Lo leí y en vez de palabras de odio o quejas por el abandono, encontré resiliencia y paz conmovedora, que me sirvieron de aliciente para cambiar la rabia y la ira por compasión; pero no por perdón, que creo es lo que mi corazón anhela.

El discurso fue el siguiente:

“Es una pena que hoy, a tu sepelio, hayan asistido solo 9 personas en las que me cuento, decías ser un hombre de muchos amigos, entre ellos personalidades de la política local y personeros del mundo artístico.

“Sin embargo, hoy con sorpresa nos damos cuenta, que quizás tú los considerabas tus amigos, pero ellos no a ti”.

Conclusión, en lugares como este es donde se ven los frutos de lo que uno siembra. Quizás tus semillas no fueron las mejores, y quienes solo disfrutaron tu lado humano, es la generación de tus hijos; hijos a los cuales tu rudeza, locura, maldad y tozudez les negaron tu protección, tus cuidados y tu compañía, pero tú, tú te negaste, y al negarte, te perdiste la oportunidad de ver sus triunfos, sus alegrías, de ser parte de sus penas y temores, te perdiste la dicha de ser llamado papá, la dicha de ser llamado abuelo. Sin embargo ellos, tuvieron la fortaleza, la fuerza para sobreponerse, y conocieron la felicidad de pronunciar la palabra papá, pero a quien se ganó ese cetro. Hoy yaces aquí sin recibir una lágrima de dolor ajeno por tu partida, solo la tranquilidad de quienes quedan, de que por fin, vivirán en paz”.

Con el tiempo entendería que yo debía estar allí, el destino confabuló para ello. Parte de ese discurso lo grabé en mí, y quedó como 112

algo imperecedero que cada vez que decida volver a esta ciudad, allí estará gatillando, empujándome a ese precipicio en donde algunos recuerdos son solo vestigios de un pasado que hasta el día de hoy pretendo apartar de mí.

Según conversaciones de familiares más cercanos del difunto, terminó como su propia boca había vaticinado que terminaría Carmen.

Hago referencia a esta historia porque llegó a ser parte de mi propia historia.

En cierta ocasión, Marcos Maluenda, el ser que yacía en la tumba, en uno de sus arranques de locura le había gritado a Carmen Álvarez que sin él, ella quedaría, si no ciega, tuerta. Al día siguiente, la tía Carmen me llevó a su humilde hogar para compartir con sus hijos, porque ese fin de semana estarían nuevamente todos. No tengo claro, cómo o por qué sucedió, pero de pronto Marcos comenzó a gritar tomándola del cabello, gritándole que él no quería comer fideos. Tomando la pequeña olla con el alimento lo lanzó al suelo, continuando después con frases como “si yo no almuerzo nadie lo hará”. Pero su carácter cambió como cambia el clima y decide agarrar fuertemente el brazo de Carmen, apretándola y obligándola a recoger los fideos del suelo para que nos alimentara.

Obviamente Carmen no accedió y Marcos Maluenda, con cizaña, la arroja al suelo dañando sus piernas. Su hija Beatriz y yo nos hincamos para poder ayudarla, tiritando ambos de miedo, cuando Marcos tuvo la ocurrencia de tomar a Beatriz del cabello insultándola, y esto encendió la cólera de Carmen que lanzándose cual águila a su presa va directo a los ojos de Marcos, dañando su globo ocular derecho con uno de sus dedos. Él comenzó a gritar desesperado, llevándose las manos al rostro, moviéndose de un lado a otro. Carmen, con el dedo ensangrentado, intenta huir, más los gritos alertaron al vecindario, quienes de una u otra forma lograron llamar una ambulancia, que demora casi 30 minutos en llegar. Por el tiempo transcurrido, el daño causado y la sangre perdida, Marcos perdió parte de la visión de su ojo derecho, tal como su boca lo dijo, quedó literalmente tuerto.

Las marcas en el rostro de Carmen hicieron casi imposible que él levantara cargos; pero Carmen, por ignorancia de la ley, no lo denunció; si lo hubiera hecho, quizás, muchas de las cosas venideras pudieron haberse evitado.

113

Así transcurrió ese fin de semana, entre gritos, insultos y golpes.

Todos ansiábamos la hora en que Marcos saliera a trabajar. Al ser un amante de la bohemia, era difícil que trabajase con horario fijo, es decir, que ingresase a las 8 de la mañana y saliera a las 6 de la tarde.

Todo lo contrario, su estilo era ingresar a las 8 de la tarde y salir en la madrugada, salvo en épocas de redada, que llegaba ebrio a eso de las 5

de la mañana, maltratando y golpeando a Enrique y a la tía Carmen por alguna razón que todos desconocían, a mí solo me insultaba, pero jamás un golpe, al menos que yo recuerde.

La pobreza en que vivíamos hacía imposible que conociéramos la televisión; pero sí sabíamos de una cajita mágica por la cual pasaban imágenes. Lamentablemente la situación nuestra era conocida por todo el vecindario de Lourdes de Coquimbo. También éramos humillados por eso. Uno de nuestros vecinos contaba con una de estas cajitas mágicas, con Enrique nos agazapábamos a su ventana, que tenía protecciones. El hijo de esta familia le daba volumen para que escucháramos y, a veces, hasta alcanzábamos a ver un capítulo completo del auto fantástico o del hombre increíble, pero no pasábamos de eso, ya que al parecer el padre del muchacho como que nos despreciaba por nuestra condición social y como sabía que estaríamos en la ventana, la cerraba. Pero nosotros éramos felices porque nuestros ojos se habían maravillado con la imagen del hombre transformándose en un gigante verde que derrotaba a los malos y soñábamos con algún día conducir un auto que hablaba.

Cierto día, Enrique me propuso buscar la forma de escribirle a Michael Niké, que era el conductor de *Kit* (nombre del auto fantástico), para que él con su estilo detectivesco y su gran automóvil nos fuera a rescatar, o al menos le diera una lección inolvidable a Marcos Maluenda, su padre, pero la idea quedó en eso, solo en un sueño.

En fines de semana como estos, cuando ya habíamos visto las series de televisión, la tía Carmen nos mandaba a reposar, creo que para que no fuéramos testigos de las golpizas que Maluenda le propinaba.

Nosotros obedientemente nos íbamos a echar a la cama, pero eran tantos los gritos y garabatos, que Enrique me enseñó un truco, se tapó los oídos y comenzó a mover la cabeza de un lado a otro, yo solo observaba cuando me percaté que, en cosa de minutos, Enrique había caído en una especie de narcosis profunda.

114

No me quedó más que replicar su idea, y créanme que funcionó.

Lo malo es que hasta el día de hoy, al dormir ya me es imposible quitarme el movimiento de cabeza de un costado a otro, a pesar que ya no tengo de qué escapar. A veces, somnoliento, me descubro moviendo la cabeza y vuelvo a dormir, pero intentado no volver a hacerlo más, pero es solo una fantasía creer que es un movimiento que yo pueda controlar. De hecho, a nuestros 38 años, tanto Enrique como yo lo tenemos.

Así pasó un fin de semana y el siguiente y el siguiente, yo ya sabía lo que me esperaba en casa de la tía Carmen, pero una parte de mi era feliz pues con Enrique, quien era un año menor que yo, intentábamos crear historias con lo que tuviéramos y pasarnos la tarde entera encerrados en nuestro mundo, en donde las malas palabras, los golpes no existían y nosotros éramos los buenos que apresábamos a los malos.

Las cosas marchaban normalmente, la tía Carmen ya había encontrado un trabajo donde por fin la valoraban de verdad y recibía un salario justo por su labor. Su Hija Beatriz intentaba sobrevivir en la cuna de lobos donde se encontraba bajo el yugo del maltrato por parte de su tía Drina, quien solo la miraba con la mirada angelical, pero era Belcebú vestido de oveja... hasta que un día sábado, en unos de esos fines de semana la cosa cambió de color a negro oscuro, y

todo porque Enrique había sacado 20 pesos para comprar dos helados, uno para él y otro para mí.

Marcos Maluenda, después de haber cumplido un mes hospitalizado -mes en que descubrimos lo que era vivir en paz y que de seguro ese dulce sabor a tranquilidad y silencio llamó la atención de la tía Carmen- tomó a Enrique del cabello y le propinó una fuerte bofetada. Al ver esto, Carmen toma una sartén y comienza a golpear fuertemente a Marcos Maluenda. Un golpe le dio en el ojo aún parchado y Marcos cae al suelo, pero consciente, ello porque no dejaba de vociferar maldiciones. Así y todo logra incorporarse y mira a Enrique, respira profundo y expelle un escupo a su rostro, diciendo: "Te maldigo". Le gritó que él no era su padre, que su madre había salido a prestar su cuerpo.

Carmen no aguantó este insulto, le pidió que se callara, advirtiéndole que con su hijo sería mejor que ni lo intentara. Algo intuyó Marcos en los ojos de Carmen que evitó seguir.

Pero no sin antes vaticinar un futuro para ella.

115

-Voh te vai a ir de aquí, pero sé que algún día vai a volver, y va a ser cuando yo este forrao en plata, voy tener un saco lleno de plata, y te voy tirar la moneas al cuerpo; vai a llegar arrastrándote, pidiéndome que vuelva contigo, podrida por dentro, voh y tus guachos.

Es por eso que comenté anteriormente la importancia que tienen las palabras. A veces los deseos para otros son realidades para quien las profiere.

La tía Carmen ya llevaba casi 4 meses trabajando y había ahorrado peso a peso de su salario, una cantidad suficiente para desaparecer del lugar.

Cierto día Marcos llegó tan ebrio que apenas se podía los pies.

Carmen, de alguna manera, agenció en su ser un valor irreconocible.

Sé levantó a las 7.30 de la mañana, tomó a Enrique en sus brazos; tomó apenas dos bolsos no más grandes que una mochila y su pequeña cocina a parafina. Sacó un colchón, que había fondeado de Marcos debajo de la cama, el que aún conservaba sus fundas plásticas. A las 7.45 se escuchó una bocina. Era un camión que al parecer la esperaba. Carmen echó las cosas atrás y partió.

Enrique no quiso irse en la cabina y se fue en la carrocería del camión, sintiendo el viento en su rostro. Su felicidad era tan grande que se le hacía difícil contenerla. Enrique lloraba de alegría, alzaba sus manos al cielo gritando una y otra vez

-¡Somos libres mamá, somos libres! ¡Amooooo la libertad, graciaaaaasssss señor por escucharme!

Cabe señalar que Enrique solo tenía 7 años. ¿Se imaginan lo que es para un niño de esa edad, sentirse libre? Creo que no.

Enrique se secaba las lágrimas cuando en eso el camión detiene su marcha. Enrique, creyendo que Marcos los había atrapado, comienza a tiritar y rasguñarse las manos del nerviosismo y quizás de pensar en la tunda que recibiría por apoyar a su mamá; tanto así, que toma un cuchillo de los que Carmen había echado atrás y lo pone en su garganta, al mismo tiempo que mojaba los pantalones por el miedo que sentía.

116

Pensar e imaginarme a un niño de solo 7 años de edad en esa situación me perturba los pensamientos y me hace comprender, que tanto Carmen como Enrique, lo que sentían por Marcos era temor y no miedo; ya que el miedo es externo, se entiende solo como una reacción psicológica a una situación desconocida. Pero el temor, el temor es interno, algo intrínseco en el ser humano; es aquello que te

paraliza, que te impide reaccionar, y eso es lo que tenía Enrique en aquel momento.

A Enrique muchas cosas se le pasaban por la cabeza, cosas que solo hace muy poco confesó. Según su propia versión, temía que, esa vez si, en manos de Marcos Maluenda, tanto él como su madre dejarían de existir y conociendo la justicia, en su situación, solo pasarían a engrosar una lista, y a nadie le importaría. Esos pensamientos invadían su ser, concentrando su mirada en la puerta trasera del camión mientras acercaba el cuchillo a su garganta, cuando un grito ensordecedor lo detiene

- ¡Noooooooooooo, hijo nooooo, soy yo!

Era Carmen que quería hacerle compañía. Enrique lanza el cuchillo al suelo y se abalanza sobre su madre, en un abrazo encadenado.

Luego se separa unos milímetros para observar el rostro de ella, lo toma con sus manos y continuaba gritando mientras el camión volvía a encender su motor:

-¡Mamita, ya nadie más te golpeará. Gracias, gracias mama por rescatarme, si no lo hubieras hecho, en una semana más yo me habría matado”

Tal cual lo estás leyendo, esas fueron las palabras de un niño de tan solo 7 años, víctima de la maldad de un hombre que jamás debió ser padre. Carmen y su hijo se vuelven a abrazar fuertemente, llorando, por lo que significaba para ellos no ver más a Marcos Maluenda, al menos en ese momento lo creían así. Ese fin de semana la tía Carmen no me llevó a su hogar y a sus otros hijos también les pidió que no la visitaran, al parecer, esto lo tenía planeado con mucha antelación, solo esperaba la oportunidad.

Oportunidad que le dio la dicha de perderse en el camino con rumbo desconocido. Carmen, Enrique y sus hijos, desde ese día podrían recomenzar sus vidas de cero y, según la historia que me consta, así 117

fue. Ese fue el final junto a Marcos, viviendo una vida desgraciada y precaria; pero para Carmen fue el principio, de forjar para sí misma un futuro, en pos del bienestar de sus hijos.

Carmen y Enrique se volvieron inseparables desde ese día.

Aunque a decir verdad, jamás fueron dos. Porque siempre y hasta la fecha son uno solo.

118

## **VI. Reinvención**

Esos fueron los últimos episodios de maltrato que Carmen y su hijo Enrique recibieron, y hablo del maltrato físico. Pues aún quedaba mucho por recorrer. El maltrato económico y psicológico entró en la escena de sus vidas.

Lo que venía de ahí en adelante era la lucha constante por salir de la pobreza, levantarse como fuera y, así como cicatrizaban sus golpes, debía cicatrizar su alma.

Carmen y su hijo llegaron a una pequeña pieza fabricada completamente de adobe. Lo que ahora es un lujo, en aquella época era significado de ser pobre y esto era tener vigas al aire. El dormitorio al que llegaron Carmen y su hijo no superaba los 3 por 2 metros cuadrados. Pero para ellos era espacioso. Había una cama en el lugar, por lo que fue llegar y poner su colchón; las colchas eran frazadas tejidas completamente descoloridas, más bien parecían sacadas de esos cuentos antiguos. El modesto lugar tenía piso de tierra y una sola ventana, la que no tenía vidrio, solo unas composiciones de tablas claveteadas formaban una especie de mini puerta, que por dentro se cerraba con un madero cruzado. La puerta principal era de la misma forma, pero más grande: palos pegados unos a otros y tres tablas cruzadas que hacían de soporte para mantener las tablas horizontalmente unidas y claveteadas; su manilla era un trozo de fierro forjado que se abría al tirar desde afuera con un trozo de pita, de nylon para que no se cortara.

Se notaba la improvisación para separar los espacios comunes ya que la mencionada puerta estaba completamente descuadrada y si la movías, se encuadraba, pero al rato volvía a la posición normal, descuadrada.

Algunos trozos de la muralla estaban cubiertos con papel Grafito y otros con periódicos viejos amarillentos, que insinuaban el par de años que llevaban pegados en la muralla. Todo dejaba entrever un intento de forraje o papel decomural. El techo era de la histórica fonolita: piezas de cartón cubiertas con alquitrán que las hacía impermeables.

Debo comentar que *fonolita* es la marca de una pieza de construcción para el techo, usada por los pobladores de las antiguas casas *callampas*. Sobre todo eran muy comunes en *tomas*.

Se supone que en el Chile del siglo XXI las *fonolitas* fueron erradicadas en su totalidad, y reemplazadas por mejores materiales, ya que la masiva producción de techos de zinc y su consiguiente baja de precio permitió que la mayoría pudiese acceder a estos. Pero hoy en día, por el encarecimiento del material, las familias vulnerables usan fonolitas tal cual las usábamos nosotros. Lo triste es que corren un riesgo inminente de incendios, ya que este material es inflamable y es el causante de muchas muertes en el Chile actual.

A pesar de las precarias condiciones en las que se encontraba Carmen, ella estaba segura que de ese lugar saldría a otro mejor. Por lo menos el silencio y la paz ya eran parte de sus días y había que acostumbrarse a ello, cual drogadicto sin su dosis de droga. A veces el silencio desesperaba, debo recordar que Carmen no tenía ni televisión ni equipo de sonido para que, al menos, el tiempo en el oscuro silencio fuese más llevadero. Esto hacía que tampoco tuviera noticias de ningún tipo, salvo de las que se enteraba en su trabajo y que alcanzaba a ver mientras aseaba el hogar que la empleaba.

El patio de su nueva vivienda era inmenso, tenía muchos árboles frutales y dos inmensas higueras, la que en toda época tenía higos y brevas, cosa curiosa, ¿será que Dios nos proveía? Entrar a este huerto era acallar los ruidos externos. También había una cocina tipo ruca, en donde la dueña de la casa preparaba sus alimentos y tenía una tv blanco y negro, la que para nosotros fue novedad, nadie nos sacaba de frente de ella. El baño uff, el baño era sencillo, una letrina, igual que en la pocilga de Lourdes, pero éste al menos estaba mejor construido y 122

quedaba al fondo del patio, bajo las higueras; por lo que en las noches solo nos acompañaba la luz de las estrellas, al menos cuando había estrellas.

Así, Carmen y Enrique se fueron acomodando a lo que Dios les había entregado, y no había mejores opciones. Ahora la cosa era cómo vivir.

Por un par de semanas, ella continuó acostándose temprano, así alcanzaba aprovechar hasta el último rayo de luz. Como una suerte de bendición un farol callejero daba justo con su ventana, por lo que Carmen disfrutaba la lectura apoyándose en la ventana para que este foco, que daba una luz amarilla fuerte, le iluminara sus páginas.

A pesar de que la luz era tenue e ingresaba por el diminuto espacio, era más de lo que Carmen había tenido por las noches durante casi 10 años, tiempo en que vivió bajo el yugo de los golpes. Carmen también aprovechaba la tranquilidad para hablar con Enrique sobre sueños futuros, y otras cosas de la vida, tenía la promesa de que algún día lo sacaría de allí.

Todos los hermanos ponían de su cosecha para apoyar el renacimiento y la reinención de Carmen. Inelia aportó con un mueble de madera, el que había sido fabricado por quien era su pololo en aquella época, Rubén Rivera, y que hoy es el padre de sus dos hijos y su esposo por ya 20 años. Inelia, con su locura adolescente, le ponía nombre a todo aquello que le obsequiaban, y a este mueble lo bautizó como el muertito, era de color amarillo.

Desde ese entonces y por muchos años venideros, el muertito cumpliría la función de cachivache de cocina.

Beatriz, aportó con sábanas nuevas y un par de ollas, eran los primeros bienes materiales que Carmen cuidaría cual tesoro de pirata.

Francisco, cual ingeniero eléctrico y con tan solo 14 años, trabajó como ayudante en una ferretería y en vez de dinero pidió que le pagaran con cables eléctricos, una cuerda y un par de enchufes. El dueño del local, asombrado, accedió. De hecho, esta parte de la historia parece sacada de esas películas navideñas, en donde ocurren hechos indescriptibles y que para el actuar humano, se hacen difíciles de creer.

El cuerpo de Francisco era tan diminuto, que el dueño de la ferretería creía que unos trozos de cables y una cuerda, más una que 123

otra herramienta de corte, machos y hembras de interruptores, podrían quebrarlo al caminar. Francisco era tan delgado que lo apodábamos *Calavera*. El dueño de la ferretería, de nombre Jorge y del que nunca supe su apellido, lo acompañó en su camioneta. Al llegar, Francisco se baja corriendo, emocionado ya no podía más de la de la euforia y gritaba

-¡Mamá, mamá, mamá! ¡Ya tendremos luz, mira lo que compré!,

¡Trabajé para esto. Mira, mira, son muchos cables, podremos conectarnos y ya no usarás velas!

Carmen lo abrazó, derramando una que otra lágrima, cuando en eso, se escucha "*permiso*". Era don Jorge, quien visiblemente emocionado por la escena y disculpándose le dice a Carmen que es la más linda demostración de amor que había visto de un hijo hacia su madre.

Luego de eso, se arremangó la camisa y comenzó a hacer la instalación eléctrica. Cuando todo ya estaba listo, se da cuenta que no habían llevado lo esencial. Mira a Francisco y le dice

- ¡No compraste la ampolleta!

Francisco le responde con rostro apenado

-Me faltaron 5 pesos, por eso no pude traerla.

La respuesta carcomió el alma de Don Jorge y, a pesar de haber ya cerrado la ferretería, se va y regresa una hora después con ampolleta y otras cosas de uso diario, más unas bolsas con mercadería, ya que había notado las necesidades que Carmen y su trabajador Francisco tenían.

Así entró un actor más a la vida de esta familia. Sin embargo, lo que realmente había llamado la atención de Don Jorge era que Francisco, a pesar de su estado de necesidad, solo cinco pesos, no hurtó lo que necesitaba.

Desde ese día Carmen jamás volvería a necesitar luz de una vela, las cosas en su vida estaban tomando un rumbo inesperado, mejor del que ella habría soñado. Para todos sus hijos era una alegría inmensa tener luz, gracias a eso cuando yo los visitaba los fines de semana nuestros juegos duraban hasta tarde.

Sin duda fue un cambio inconmensurable.

124

Dentro de la miseria, había alegría y esperanzas, esto era parte de la felicidad que lograba disfrazar nuestra angustia y nos obligaba a crear formas de alimentarnos, por lo que de una u otra forma no pasaríamos hambre. Carmen ideó una nueva forma de comprar en aquellos años, hablo de tiempos en los que todo era dificultad, más aun tratándose del gobierno de facto que tenía el país, los años 80.

En el barrio había un pequeño almacén que quedaba justo al lado de la casa. Cabe señalar que en esos años el sueldo mínimo era solo de \$11.335 y, como la legislación laboral no era tan exigente como lo es hoy para los empleadores, a veces Carmen recibía solo entre \$

8.000 y \$ 9.000 porque según decían sus empleadores, debían pagar las prestaciones médicas. Prestaciones que jamás fueron canceladas. A pesar de eso Carmen se las ingeniaba para costear su vida con ese poco dinero; lo que era realmente una maratónica labor.

Como la vida y las cosas nunca son en vano, Carmen encontró en la dueña del almacén, de nombre Luzmila, y en su hija Rosa, a dos aliadas. Ellas, por su interés de obtener recursos, y Carmen, de alimentarse, vieron una buena opción de negocios, que a la larga les ayudó a reinvertir y hermopear su almacén. El asunto, es que ellas vendían productos enteros y envasados, pero sus precios -más aún con la escasez- eran exorbitantes, y con la propuesta de Carmen vieron una minita de oro. Comenzaron a vender todo por unidad, esto fue un alivio para Carmen que, cuando estábamos todos en la casa, compraba de a poco. Como en total éramos 7, Carmen compraba 7 bolsitas de té, 1/4 kilo de azúcar y 1/4 litro de aceite, lo que le vendían en una bolsita amarrada y todo a granel. Así lográbamos subsistir. Lo más importante de esto es que comenzó a comprar harina tostada y cuando notábamos que no tendríamos almuerzo, recurríamos a ella, hacíamos una mezcla con agua caliente, dos o tres cucharadas de azúcar y la revolvíamos; logrando una especie de masa espesa que nos dejaba completamente satisfechos. En la zona coquimbana a esta mezcolanza la llaman *cocho*, y va variando su nombre dependiendo de la ciudad, en Santiago le llaman *ulpo*.

El pan siempre era pan frío, de ese que queda del día anterior, pues no siempre teníamos dinero para comprar este producto fresco.

A veces lo cuidábamos tanto que se endurecía antes de ser consumido y cuando ello ocurría, le echábamos aceite al sartén,

partíamos el 125

pan al medio y echábamos cada tapa en el aceite hirviendo. Con el pan completamente frito, le untábamos sal y lo engullíamos. A veces, nuestras sopas más comunes eran sopas de pan.

Echábamos a hervir agua en una cocina de la dueña de la casa, le echábamos aceite y sal, algo de cilantro y lo revolvíamos; una vez hervido, le echábamos pan y lo mezclábamos, así eran nuestros almuerzos la mayoría de la veces.

Cuando ya notábamos que no tendríamos ni siquiera alcance a la sopita de pan, nos encaramábamos en la higuera, arrancábamos las brevas más maduras y las revolvíamos haciendo una especie de torta, la que llenaba en parte nuestras hambrientas tripas. Después de eso sacábamos manzanas o alguna fruta madura y la dividíamos, el fruto cumplía la vez de postre. Así pasábamos nuestros fines de semana, en los que a pesar de todo, conocimos la tranquilidad.

De ropas, bueno, ese era otro tema. Muchos de mis compañeros de curso, al menos los que veía los fines de semana, se burlaban de nosotros, ya que también usábamos el uniforme escolar como vestimenta. Por la escasez de dinero no conocíamos otro par de zapatos o ropa de otros colores. Es más, un pantalón que me regalaron se había descosido producto del tiempo y en el internado, las encargadas de ropería, no hallaron mejor manera de solucionar el problema que poniéndole un parche de color rojo en el trasero. De allí nació mi apodo

“el Remi”. Me comparaban con una historia animada infantil, en donde se relataban las vivencias de un joven tan pobre como yo, que huye de un orfanato con la finalidad de encontrar a sus padres, encuentra a su madre que padece de una neumonía. Bastante cruel por decir lo menos. Nos obligaban a ver esos dibujos animados. A mí, emprender la misma aventura que Remi me provocaba temor. La diferencia que había entre Remi y yo era que al menos Remi tenía a sus fieles animales y yo, no tenía nada; de hecho, recuerdo que mi primera mascota fue un pollito al que traté durante días con sumo cuidado. A tanto llegó mi amor por él, que al tercer día de

haberlo encontrado quise dormir con él, al despertar fue desesperante no encontrarlo, me sentí solo y comencé a llorar, recorriendo toda la casa, esperando hallarlo. En eso estaba cuando Enrique se lanza reír ignorando mi dolor y nos ponemos a pelear. La tía Carmen nos separa, y yo le explico que él se estaba burlando de mi, y él le dice: “¡Mentira, me reía de esto!”. Acerca su mano a mi espalda y saca al pollito que estaba como un tatuaje pegado en mi omoplato izquierdo. Yo no podía creerlo, a pesar del dolor la historia

126

tomó otro rumbo cuando llegó Don Jorge con algo en sus manos, fue como una especie de titilaciones de estrellas. Traía una radio para nosotros, escucharíamos música por fin, el sonido de la casa ya no serían solo nuestras voces. La tía Carmen, lavaría la ropa escuchando música también.

Esa es otra parte de la historia. La forma que tenía la tía Carmen de lavar la ropa era todo un ritual en el que ayudábamos todos.

Francisco y Enrique, se subían a los árboles a sacar ramas viejas, las que encendíamos. Ella ponía un fondo que se conseguía y allí hervía la ropa. A pesar de ser poca ropa, este proceso duraba todo el día y nosotros felices alrededor del fuego gritando y jugando; a veces hasta nos disfrazábamos, como pudiéramos, de indios. Si nos veían, ni cerca estábamos de parecer indios, pero para nuestra imaginación lo éramos; o nos creíamos caníbales y movíamos la olla como si estuviéramos cocinando algún cristiano.

Esto es lo que nos animaba. Sabíamos que algún día las cosas, si o si, tenían que cambiar, y que esta vida mediocre y desdichada, la que durante años nos había dado la espalda, aunque fuera a regañadientes una sonrisa nos tenía que mostrar.

Carmen estaba resurgiendo. Lo primero que hizo fue cortarse el cabello, como una especie de despedida del pasado; olvidando que a veces este suele regresar, con más fuerzas que antes.

La sencilla casa, que se ubicaba en Arturo Godoy 1002, quedaba a los pies de donde, en Coquimbo, hoy se encuentra instalada una cruz gigante, llamada *Cruz del Tercer Milenio*, en homenaje al ego de un ex alcalde de esa ciudad. De hecho, muchos años antes de que esta obra gruesa se instalara, con Enrique solíamos subir a ese cerro a contar vehículos o simplemente mirar el sol ponerse, desde allí, se podía apreciar toda la ciudad de Coquimbo, una maravilla visual. En otras ocasiones íbamos solo a tirar piedras hacia abajo matando conejos. De haber sabido el dolor que provocaba a sus dueños, jamás lo habría hecho.

Pero, ¿que podría saber yo de eso? Si no tenía guía, no tenía quien me educara; ni padre que me protegiera, ni madre que me mimara. Todo lo aprendido hasta ese entonces, era producto de la sobrevivencia. O era mi vida, o la vida del que seguía después de mí, una lucha constante.

Pero Dios no podía ser tan arrogante conmigo y al menos había puesto 127

en mi camino a esta mujer, una cocinera, que se dedicó a cuidarme y me trató como uno de los suyos y, como dicen, *“en la pobreza y en la enfermedad, se conoce a la familia”*.

Carmen decía que, si tenía mucho, me daba mucho; si tenía poco, me daba poco. Pero siempre me daba. Esa frase nunca más se me olvidó.

Después supe que ella la tomó de un librito que le entregaron, que pertenecía a un jesuita Llamado Alberto Hurtado.

¿Qué obligación tendría conmigo? Ninguna en ese momento y aun así, me trataba como a uno de sus hijos. Se quitaba el pan de la boca para dármele, perdió su trabajo por cuidarme. Mi respuesta fue mi lealtad y mi amor incondicional. Gracias a su lucha, Carmen descubrió que la mayoría de las veces no necesitaba un nuevo camino, sino que una forma distinta de caminar.

## VI.1 Pobreza

Así fueron pasando las semanas. Carmen y Enrique se acostumbraban a su nueva vida, dentro de una pobreza obligada y asumida, pero con orgullo de los pocos enceres que en este instante tenían, que era más de lo que habían dejado.

Los fines de semana eran de los más esperados por mí, pues aunque el nuevo domicilio de Carmen estuviera atestado de gente, entre los hijos de ella y yo, y el espacio se hiciera pequeño, en cada rinconcito se olía esperanza y ahínco en la pelea en pos de nuestros sueños. Que algún día nos llevarían a caminar de la mano.

# Los Hogares de Coquimbo

Que quede claro que este libro no se trata del Hogar Niños de Dios, ni de todas sus hermanas. Todo lo relatado son mis vivencias y hechos de los que fui testigo; por lo que debo decir que sí había hermanas buenas, y aunque eran minoría, ellas s í nos protegían, tal como lo relaté anteriormente.

Si bien existían varios internados en la zona, tengo entendido, por comentarios de quienes conocían el sistema de internación infantil,  
128

nosotros éramos los únicos huérfanos y teníamos ciertos beneficios, en relación a los otros que poco y nada participaban en actividades. Era claro que esto se debía a su precariedad económica, precariedad que era responsabilidad única y exclusiva del Sename y por eso los otros internados no contaban con recursos para salir a pasear, ni mucho menos con el entusiasmo de los cuidadores para hacerlo.

Yo veía las discusiones que tenía la superiora de la congregación con ellos cuando querían enviarnos a otras ciudades. Me constan las exigencias absurdas que le ponía el Sename a la madre superiora por la miseria de plata que le transferían para subvencionar el hogar. Si no hubiera sido porque ella era buscavida y hacia proyectos para poder tenernos lo mejor posible, estoy seguro de que hubiésemos estado en más miseria, como otros hogares.

Esto lo reitero, porque una de las normas era que los niños tenían que irse a otros lugares. ¿Cuántas veces vi llorar y pelear a la madre con ellos por este motivo? Los niños eran separados de sus familias, enviándolos a otras ciudades, lo que hacía imposible que los familiares los visitasen. Así podían cumplir con una de las 4 mentiras usadas como triquiñuelas -por parte de uno que otro

funcionario coludido con la institución ya mencionada- para que después, debido a la “ausencia de los padres”, se argumentara “la vulnerabilidad parental de los niños”

y estos quedaban expuestos a una adopción.

Esta artimaña se la aplicaban a madres que normalmente vivían fuera de la zona, en otras regiones para ser exacto; por lo que solo podían visitar a sus hijos una vez al mes por lo difícil que era en esos tiempos viajar. Al llegar al internado, pedían ver a sus hijos y allí comenzaba el asunto:

En la primera visita, se les decía, y aún se les dice, “el niño está enfermo”; a la segunda visita, el niño estaba castigado; a la tercera visita, tenía prohibido judicialmente ver a su hijo; y a la cuarta visita, el niño salió con los demás niños de paseo. Después de eso, ingresaban en sus actas que el niño no había sido visitado por la madre o pariente alguno en su línea directa de consanguinidad, durante un periodo prologando de tiempo y solicitaban a los antiguos tribunales de familia que se declare la susceptibilidad y vulnerabilidad parental; la que extrañamente salía declarada en un plazo no superior a 30

129

días, cumpliendo así uno de los requisitos fundamentales del sistema de adopciones para que el menor estuviese con disponibilidad a la adopción. Esto lo vi durante los más de 10 años que estuve internado en sus casas de menores, así funcionaba esta institución, que para mí y para muchos no es más que un exterminador de infancia, y anulador de sueños. Institución que prácticamente era dueña de nosotros y quizás por ello hacían y deshacían, con nuestra existencia.

La Escuela Hogar, estaba ubicada en la entrada de Coquimbo, cruzando el Puente La Garza hacia el centro. Era una especie de colegio en donde los niños que provenían de ciudades periféricas, se internaban. Llegaban los lunes y los viernes en la tarde se iban a

sus hogares, todos los internos de allí, tenían casa y familia. Después venía el Hogar Niño y Patria, Este hogar era para niños en riesgo social y tenía cierta semejanza con el que yo estaba, ya que también existía uno que otro huérfano. Era administrado netamente por la institución uniformada, en parte también con aportes del Estado, más uno que otro privado.

Después, tenemos el Cema Chile, fundado por quien era en ese entonces la primera dama de gobierno, la esposa del dictador, Augusto Pinochet Ugarte, su nombre: Lucía Hiriart de Pinochet. Creo que formaba parte del proyecto Cema Chile, una fundación nacida para ayuda social. A este internado solo podían ingresar mujeres, las que en su mayoría eran adolescentes. Tengo recuerdos de quejas de algunas de sus internas, en las que decían que el trato también era bastante denigrante y hasta vejatorio; a un par de ellas, el mismo gobierno les había arrebatado sus padres, quienes terminaron siendo, hasta el día de hoy, detenidos desaparecidos.

Está también el hogar de niñas Laura Vicuña: Un internado ubicado en la zona alta de la ciudad de Los Vilos, que es solo de niñas, la mayoría sin hogar o de padres pobres y drogadictos. Este internado es dirigido por una monjita de corazón puro y luchadora como ninguna que yo haya conocido hasta el día de hoy, para ella, todo son sus niñas.

No tengo conocimiento de maldad, golpes o hambre en ese lugar. En un viaje que realicé junto a mi mujer hace muy poco tiempo, tuvimos un desperfecto mecánico en el auto y pasamos una noche alojados en dicho internado. Las internas estaban de vacaciones, ya que era febrero, y las que se encontraban allí siempre estaban muy bien arregladas. La 130

historia de la actual directora es la siguiente: ella formaba parte de la congregación que fundó el internado donde yo había sido ingresado desde mi nacimiento. En cierta ocasión, las fundadoras del internado Laura Vicuña, solicitaron refuerzo solidario a la congregación del hogar Niños de Dios. Necesitaban a una de sus religiosas para que pudiera cumplir la labor de directora por un

periodo determinado mientras ellas preparaban a una religiosa alemana, que llegaría en unos seis meses a tomar el cargo. La escogida fue Isabel Marín, una monjita de carácter suave, pero estricta en sus reglas, meticulosa. Era una excelente administradora, con poco hacia mucho; coordinada, ordenada, honrada, algo difícil de creer. Los 6 meses se transformaron en un año y el año se volvió 2 años.

En ese lapsus de tiempo ella logró grandes cosas, entre ellos que una de las internas postulara a la universidad, cubriendo la institución misma los gastos, cosa que en la congregación donde yo estaba era utópico, ya que cumplías la edad y a la calle con lo puesto. Si después se sabía de ti era porque te comedías a visitarles, y si no lo hacías, mmm, bueno, es fácil olvidar.

El asunto es que al haber transcurrido tanto tiempo, la ausencia de la hermana Isabel era más que notoria y ya había provocado molestia, así que desde la congregación decidieron recuperarla, y cuando le pidieron que volviera su primera interrogante fue: ¿Y la niñas que tengo estudiando? La respuesta fue inmediata: ¡Es cosa de ellas!

Ella rechazó tajantemente regresar. No permitiría que a una niña, a la que le habían llenado el alma y corazón de esperanzas, le cortaran sus esfuerzos para salir del látigo de la droga y el abandono y quedara nuevamente a merced de las huestes de la nada.

En la actualidad, quien llegó como un reemplazo, tiene al 100%

de sus alumnas estudiando y logrando un futuro, que a sus ojos es posible. Eso, comparado con nosotros, ya es mucho, pues ni el 80% ha logrado superarse y barrer de cierta forma la vida a medias que a todos nos tocó: la pobreza, el abandono, la violencia, drogadicción, los abusos sexuales. Algunos son alcohólicos, otros están privados de libertad y otros enloquecieron en su afán de encontrar algún tipo de libertad que los hiciera autónomos. Espero que, al menos en su

locura, se hayan liberado del arma del recuerdo. Muy pocos somos los que estamos viviendo decentemente.

131

También existía la casa de colocaciones, que se ubicaba cerca de la playa de Guayacán. Esta institución era algo extraña, solo ingresé a sus aulas un par de veces. Los niños decían que iban solo a almorzar, pero no se quedaban allí para siempre, como nosotros.

Finalmente se encontraba el Cereco, que significa: Centro de Rehabilitación Conductual. Estaba destinado a albergar delincuentes juveniles y uno que otro rebelde del gobierno. Existía el proyecto de transformar sus dependencias en un internado, para ello se creó la Corporación Gabriela Mistral que quería formar el Centro de Menores la Pampilla de Coquimbo con la idea clara de formar niños para bien.

Creían en la reinserción social, pero tenían que aprender y tenían mucho por hacer para llegar a eso, ya que en este tiempo sus residentes eran de un calibre 44, si lo comparamos con un arma en delincuencia.

Acusados de violaciones varias, micro tráfico, homicidio, golpizas, robo a mano armada, robo con sorpresa, violación de morada, entre otros delitos. Finalmente estaba el internado donde me encontraba yo, Niños de Dios, creado como un COD, Centro de Orientación y Diagnostico. Solo comprender el significado de la sigla es realmente uno de los mejores chistes ya que, por lo hasta aquí relatado, se habrán dado cuenta de que de diagnóstico y orientación estábamos bastante alejados.

### ***Patito al agua, la monja torturadora***

No tengo un recuerdo claro, pero creo que fue en la época de la casa nueva de la tía Carmen, cuando todos los internos nos dirigimos al centro de la ciudad portuaria a un evento al que fuimos

invitados como institución. Sí recuerdo que fuimos en grupo a la Plaza de Armas de Coquimbo.

Una vez finalizado el espectáculo, la monja que nos llevó se fue a conversar y chararear quizás de qué cosas. Todos los internos, entre niños y niñas, nos subimos al escenario, una plataforma en forma de concha o de ostra que estaba rodeada de una pequeña pileta de agua y, sobre ésta, una pileta acuática que por las noches lanzaba aguas danzarinas. Había un hermoso jardín de flores protegido con rejas, por qué a nosotros nos dejaban pasar, lo desconozco. Tengo ahora la impresión que era porque éramos huérfanos, y eso era sabido por todo Coquimbo y alrededores.

132

La monja que en esta ocasión nos había sacado a pasear, no era de la congregación, sino más bien una invitada, ya que las hermanas de la congregación estaban en su periodo de retiro mensual. Esta monja sí que era una bellaca y pertenecía a una congregación llamada Misioneras de la Transfiguración del Señor. La diferencia de esta monja es que su velo era blanco y su hábito estaba más cercano a parecerse a una cotona escolar de color plomo claro, no sé si estas monjas querían a Cristo o querían el dinero que a través de él podían obtener. Venían de la Quinta Región, no me queda claro si de Los Andes o San Felipe, pero de esos lados.

Las veces que tuvieron contacto con nosotros llegaban como con ansias de golpear carne nueva. Su deleite era el látigo. De hecho recuerdo claramente las expresiones de sus rostros, mojándose los labios y mordiendo sus lenguas con cada golpe que nos daban.

Aquel día en que estábamos jugando, esta monja estaba chachareando con una carmelita de la Santa Marta, un colegio que también está en Coquimbo y del cual dicen que es uno de los mejores, pero viniendo de una religiosa. Lo dudo.

El juego que teníamos siempre que íbamos a la plaza, se llamaba: Patito al Agua y consistía en empujarnos hacia abajo gritando

*“¡Patitooooo al aguaa!”* . Uno debía saber caer, ya que lo que menos teníamos, era la capacidad de medir fuerzas cuando empujábamos a un compañero por la espalda.

En un descuido mío, el empujado soy yo. La fuerza del empujón fue tan brusca que no me dio tiempo ni de respirar, por lo que el costalazo fue gravísimo. Con la caída, mi rodilla se dobló hacia atrás.

Al intentar pararme fue imposible sujetar el pie. Mi pie, no lo podía mover, el dolor era insoportable, pues se me había fracturado.

Mi grito fue intenso, la monja Melina que supuestamente debía cuidarnos se reía a carcajadas, mientras yo solo me desgarraba del dolor, que era insoportable. El “Chalorry”, apodo de Gabriel Barahona por su parecido con el actor “Chuck Norris”, me afirma con su hombro y me sirve de apoyo para que yo pueda movilizarme. Es difícil caminar con una pierna quebrada, el dolor es indescriptible. Todos los presentes notaron la situación, pero como siempre, nadie hizo nada, es más, se voltearon para seguir con sus charlas.

133

La negrita Ramírez, una negrita delgada de nobles sentimientos, se pone al otro costado por lo que un solo pie me servía de apoyo y el otro sin que tocara el suelo; más encima la monja no quiso que nos fuéramos en el furgón, por lo que tuvimos que subir en zig-zag, hacia la parte alta y emprender el camino, de al menos unos 6 kilómetros. Era una hora fija caminando. Cada vez que recorro la zona coquimbana, en especial ese recorrido, recuerdo esta escena y la crueldad de esta monja del demonio. Esa tarde el viaje se me hizo una eternidad. Del dolor me desmayé y desperté del puro dolor al día siguiente.

Este episodio se lee irreal, pero así fue. En vez de ser derivado a un centro asistencial, me dejaron en cama por ese fin de semana ya que, según la monja, el dolor era una forma de expiar mis pecados.

Me hizo levantar, golpeándome el empeine con una regla, después salió diciendo: ¡Sé cómo vas a dejar de dar lástima!

En un par de minutos regresó con un alicate que traía un clavo de 4 pulgadas, enrojecido Me obligó a tenderme en la cama y con el rostro desfigurado, como si estuviese poseída, me gritó: *¡Ahora sabrás lo que es dolor!*

Puso el clavo ardiendo en la parte superior de mi muslo. El dolor fue espantoso, grité, lloré y la golpeé, por el movimiento involuntario que se da en situaciones como esas. Después de eso, se fue.

El dolor me duró días. La cicatriz me la dejó de por vida. Aún la veo y acaricio recordando aquel traumático momento. Pero lo sorprendente no termina allí, todo lo contrario. Una vez en pie, esta mujer de hábito, dulce, mirada de cristal, pero de un infierno en el alma, me mandó al colegio.

El Piraña (Johnny), iba conmigo, apoyándome en su hombro y mi pierna en el aire. No salía a recreo, mis profesores ni siquiera me preguntan nada al respecto. La única que lo hizo, y le rogué que por favor no lo comentara o sería castigado, fue mi profesora de nombre Marta, de quien tengo los más bellos recuerdos de mi vida. Ella no era profesora, ya que ese es un título que da la Universidad, ella era maestra, porque ese título lo entregan los alumnos.

Nada cambió, pero yo al menos me desahugué.

134

Del miedo, no conté el tipo de castigo a los que éramos sometidos.

Ahora pienso que quizás habría sido bueno haberlo hecho, muchas cosas pudiesen haber cambiado o quizás empeorado. Ya es imposible saberlo.

Así pasé casi 10 días sin poder caminar de forma normal, apoyado en compañeros o murallas, pidiendo a gritos ayuda. Sin embargo, el

dolor ya lo había hecho parte de mí y evitaba hacer movimientos para sentirlo. Hasta que la negrita Ramírez no aguantó más y en contra de toda norma y orden, toma un par de tablas y unas vendas y me hace una especie de entablillado, con el que me tuvo durante 45 días.

La negrita Ramírez era una enfermera innata, ignoro de donde aprendió estas técnicas, pero su improvisado trabajo enfermeril, me salvó la pierna. Actualmente producto de ese accidente mal cuidado, en épocas invernales mi rodilla y los tobillos me duelen, de tal forma que es como si me metieran agujas. Después de 45 días la negrita me quitó el entablillado y comenzó una rutina diaria de masajes, la inflamación ya no era tan notoria, fue así como comencé a caminar nuevamente.

De la monja supe años después.

Era la fundadora de una congregación que recibía muchas donaciones y, en vez de usarla en sus internos, se hizo con un patrimonio de bienes raíces y otros bienes, como vehículos. Esta monja sometía constantemente a la expiación a sus internos. Hablando francamente, los sometía al castigo brutal, así como éramos sometidos nosotros continuamente.

Esto finalmente le significó que un obispo la defenestrara.

Después, dos de sus religiosas tuvieron hijos, pero tengo entendido que ya no eran religiosas. Más de esa congregación no supe y no me interesa saber, pues la forma de conocerlas no fue gratificante.

Lo triste de todo esto es que la tía Carmen no tenía cómo saber lo que ocurría. De hecho, de un tiempo a esta parte, hemos ido hablando, pero pausadamente; de a poco ella se ha ido enterando de ciertos detalles lúgubres de nuestra historia y aún le cuesta creer. A veces hasta se culpa, pero que no había opciones, realmente no las había. Es más, en esa época, en que yo no podía caminar, me escondían de ella, negándome durante todo ese tiempo. Supuestamente, yo andaba en una 135

operación o control médico en la ciudad de Santiago.

Lamentablemente mi carácter y el miedo que estaba arraigado en mí, no me permitían gritarle la verdad. Muchas veces fui testigo cuando la tía Carmen llegaba a la reja a preguntar por mí, sin embargo, cada vez que me asomaba a la ventana, una auxiliar abría la puerta y me ordenaba acostarme, con una que otra chuleta, que comprenderán, ni siquiera se justificaba.

Así era mi vida y había ocasiones que a sabiendas que nos golpearían, nos arriesgábamos y hacíamos maldades, porque ya era costumbre. De hecho más nos asustábamos cuando nada ocurría en más de 5 días.

Uno de los castigos más vergonzantes que recibí, más que los golpes o ese tipo de cosas, ocurrió cuando cierto día (esto fue mucho tiempo después de lo ya relatado) estábamos en una vereda pequeña del patio y una de nuestras compañeras comenzó a revisarme la cabeza, y yo hacía lo mismo. El asunto es que me sacaba liendres y piojos, los que pululaban en mi cuero cabelludo, era cosa de tomar un lápiz pasta y abrir suavemente mi cabello y voilá, uno que otro piojo saltaría. No me avergüenza decirlo, tampoco sé si era normal en todo niño, pero para nosotros pasar con las manos en la cabeza y terminar atrapando uno que otro *guata de goma*, como les decíamos nosotros a los piojos, era natural.

El asunto es que ya no eran uno o dos piojos lo que teníamos en realidad, era una verdadera pediculosis. Tanto era, que cuando nos duchábamos nos secábamos el cabello y quedaban pegados a la toalla.

Alguien pensó que esta situación era inaceptable y no sé cómo, ni de dónde, sacaron delantales blancos, tan blancos como la nieve, lo que parece curioso porque nosotros no teníamos cotonas, pero las auxiliares tenían delantales. Como una suerte de olla común nos llaman a todos, nos formaron y nos hacían pasar de a uno en uno a un dormitorio lleno de auxiliares. Unas nos quitaban la ropa; otras nos cortaban, cual machete en una selva, el cabello; otra, nos

bañaba; otra nos secaba; y la última, con una brocha nos bañaba con una leche blanca de un olor fétido, al menos para nosotros. De allí, recién pasábamos por la última auxiliar, la que nos ponía en la cabeza una bolsa de las que llaman camisetas y con un elástico de billetes la afirmaba. El líquido anti piojos y sarna se llamaba Lindano.

Meses después supimos por los comentarios de un voluntario que tenía parcela e iba los fines de semana al hogar, que él esparcía  
136

este producto en sus plantas. A él se le ocurrió la brillante idea de aplicarlo en nosotros. Hay que reconocer que al menos fue efectivo, aunque como a cinco compañeros, entre ellos Alberto, David, Gabriel, y Andrés, les provocó una severa y grave intoxicación. Cuando llegaron los supervisores del Sename, obviamente culparon a la comida. Era como si, lo que usaron en nosotros, hubiese estado prohibido. A mí me preguntaron y como todo niño, lo primero que digo es, ¡Huélame!

Mostrando la cabeza y feliz porque ya no tenía piojos, nombrando inocentemente el Lindano. Sé que se formularon observaciones, pero nuevamente todo quedó en nada.

Lo peor fue que nos aplicaron este producto un día lunes, por lo que los tres días siguiente tuvimos que asistir a clases con bolsas en la cabeza y sin siquiera poder ducharnos. Ningún alumno se quería acercar a nosotros, realmente, éramos raros. El olor era tan fuerte, que me tiraron al final del aula.

La historia del lindano me recuerda también cuando en pleno invierno y, producto de que querían que cuidáramos nuestros zapatos, nos enviaron a clases con chulupas de goma y calcetines de mujer con vuelitos. Nuevamente fuimos la burla de todos, nadie pensaba que si íbamos así, era porque éramos pobres. Más encima, en plena época de lluvias a varios nos provocó hongos, de esos que te destrozan los pies.

Nos duraron un año, ya que no teníamos acceso a la salud y mostrar este tipo de heridas significaba explicar por qué nos habían salido, y eso abriría una investigación. No sé por qué les asustaba, si a la larga cada investigación quedaba en nada o resultábamos siendo nosotros los culpables.

No entiendo el porqué, cada vez que esto ocurría, yo no podía ver a la tía Carmen, estoy seguro que ella no se habría burlado de mí.

## VI.2 Danilo

Ya habían pasado los días, por fin terminó el periodo de cuarentena por la pediculosis cuando llegó el fin de semana y algo divisaron mis ojos. Era una mujer adulta, de caminar pausado, cabello negro muy corto y siempre sonriente; traía una canasta con algo, no me interesaba qué, pues dado el tiempo transcurrido y los sucesos descritos, lo único que podía interesarme en ese instante, era verla. En 137

su otra mano venía un niño pequeño agarrado firmemente de ella, sin querer zafarse. Al distinguirlos, corrí a su encuentro extendiendo mis brazos para fundirnos en el más eterno apretón que hasta ese día yo haya podido dar.

La tía Carmen se veía diferente, transmitía tranquilidad y paz, estaba como reconstruyéndose, al menos eso me transmitía. Hablamos por largo rato, después me puse a corretear con Enrique, su hijo, el niño que venía aferrado a su mano; le mostré los nuevos columpios que nos habían instalado. Nos enojábamos y reconciliábamos cada 5 minutos o menos, típico de niños.

Yo estaba en estado de verdadera catarsis, muy similar a una mascota coluda cuando no ve a su amo en días, la alegría me salía por los poros. De pronto, escucho que alguien grita un nombre. Los tres, la Tía Carmen, Enrique y yo, dirigimos la mirada hacia la enfermera Aida, la que desde un rincón gritaba llamando a un tal Danilo.

- ¡Danilo, Danilo, Danilo!

Nos miramos sorprendidos. Primera vez que escuchábamos aquel nombre y yo no recordaba que entre nosotros hubiera un compañero llamado Danilo.

Luego de esa extraña situación, sale otra cuidadora en compañía de una pareja rubia, alta. Sus nombres eran Rolf Wolf Y Yamna Wirty y eran de Alemania Federal. Ella tenía la piel blanca como la nieve, ojos azul intenso, cabello rizado y rubio como el oro, sonrisa perfecta; ambos altos y muy bien vestidos, los tres me miraron y sonrieron.

Ellos siguieron en lo suyo. Nosotros embelesados, llevábamos meses sin vernos. Yo tenía la sensación de que debía comentarle los hechos recientes a la tía Carmen y las ganas de decirle que cuando ella iba a verme yo estaba encerrado en el dormitorio, pero, por un temor extremo a golpizas, no le podía gritar. Disfracé las ansias de sentirme libre hablando de la verdad con una alegría desmedida, que cumplió su propósito final: encubrir los castigos.

A medida que avanzaban las horas yo me iba desvaneciendo en la tristeza, ya que eso significaba que la tía Carmen debía volver a su nuevo 138

hogar. Y como siempre, la tónica de mi vida era que debía quedarme esperando por un alma caritativa que quisiera tenerme en su núcleo.

Los hechos me aclararían, con su golpe de realidad, que pasarían años o mejor dicho décadas, para quizás encontrar lo que añoraba: una familia.

La tía Carmen comentaba con ojos brillosos su cambio de casa y me la describía sencilla, pero yo la imaginaba todo un palacio, pues cualquier cosa siempre sería mejor de lo que había tenido; de Marcos, a él ni lo mencionó, o si lo hizo no recuerdo. Estábamos despidiéndonos cuando escucho el grito típico:

-¡A tomar onces!

Entonces, como si mis compañeros de internado hubieran estado camuflados, cual soldados preparados para un enfrentamiento,

empezaron a salir hasta por debajo del árbol, y nuevamente se escucha el grito:

- ¡Daniloooo!, ¡Daniloooooo!

Todos gritaban en respuesta:

-¡Tíaaaa, acá no vive ningún Danilo!

Y entre murmullo se alcanzaba a percibir un:

-¡Cállate mocososo!

La tía Carmen se levanta y emprende rumbo a su nuevo hogar, mis lágrimas se hicieron difíciles de contener; más fuerte era mi llanto a medida que su cuerpo se iba desvaneciendo ante mis ojos, producto de la distancia. Mis manos se agarraron a la reja y con gritos desgarradores grité:

-¡Tía, tíaaaa, tíaaaa!

Pero como ella no miraba, en la desesperación le grité

-¡Mamáaaaaaaaaa!

Ambos, tanto Enrique como la tía Carmen voltearon. Algo ocurrió a pesar de estar lejos. Fue como si hubiese percibido en mi yo interno el deseo de que ella lo fuera. Hasta que un golpe en la nuca quiebra aquel momento sublime, ese instante único, en el que yo me sentía querido, amado, respetado. Ese golpe me despertó con dolor, volviéndome cual máquina del tiempo a mi realidad, esa realidad desoladora y humillante; 139

el reconocimiento mismo de la orfandad física, mental, espiritual, y lo más importante, la familiar.

Era la monja Elena, de la que ya he hablado con anterioridad.

Esta monja tuvo muchas denuncias por su trato, no solo de mi parte, sino también de algunos auxiliares, le decíamos *Glotín*.

*Glotín* era un personaje de ficción de un dibujo animado japonés llamado *Galáctico* que aparecía en un programa de televisión llamado Pipiripao, animado por un recordado conductor, Roberto Nicolini. El espacio se llamaba *El Festival de los Robots*.

La monja Elena, como ya la describí, era gorda y muy agresiva, su rostro era redondo y sus mejillas completamente rojas como una manzana, a veces algunos le decían la número 5. Para que ella no notara su apodo, cuando alguien quería llamarla decía: "llama a la 5", mostrando los 5 dedos de la mano. Nosotros, los niños, sabíamos su significado, no así los adultos, que replicando lo de nosotros comenzaron a llamarla 5.

Algo me dice que de haber sabido por qué le decíamos la 5, quizás todos habríamos sido castigados: 5 era abreviación de sin cogote.

Como estaba contando, la Monja Elena me toma del cabello, me arrastra y me dice: "¡Desde hoy te llamas Danilo!".

Yo, sorprendido le gritaba que no, y más me golpeaba. Detiene su marcha de arrastre, me ordena el cabello y con una bipolaridad aguda, severa y crónica, comienza a hablarme dulcemente. Aquella actitud hizo que la mirara con extrañeza, no sé qué mueca debí haber hecho que los visitantes sonrieron con ternura por mi gesticulación; me acariciaron el cabello y siguieron hablando en su idioma con la directora. *Glotín* me da una palmada suave diciendo que me sentara a tomar la leche. Al ver la mesa, me percaté que estaba solo, y en la cocina, y le dije

-¡Tía, me voy al comedor!

*Glotín* me responde solo con una mirada amenazante, mirada que yo ya sabía que significaba. Decidí quedarme allí y en silencio, pidiendo a ese Dios que hasta entonces había estado completamente ausente, que por favor olvidara mi imprudencia.

Me tomé toda la leche, de esa que nunca había probado; tenía sabor a frutilla, *Glotín* me mira y me dice

-¡Ve a la lavandería, que tú y yo vamos a tener una larga conversación!

Silenciosamente y como todo un derrotado, me dirigí a la lavandería, esperé y esperé, hasta que oscureció. De pronto, desde las sombras tenebrosas, aparece el enorme bulto gigante frente mí, con rostro desfigurado cargado de ira y una rabia incomprensible.

La primera pregunta que me hace es por mi nombre. Y le respondo tal cual lo conocía y como había sido llamado desde que tenía uso de razón

-¡Ángel!

Su reacción fue un golpe que me volteó el rostro, con un rotundo “NO”, golpeado y fuerte.

-De nuevo, ¿Cuál es tu nombre?

-¡Ángel!

Nuevamente me llegaron bofetazos. Así estuvimos entre 30 a 40

minutos, ya no sentía mi rostro pues había recibido tantos cachetazos que olvidé el número. De hecho, para golpearme, este monstruo se mojaba las manos por lo que sentía el golpe mucho más fuerte. Lo peor de todo era que ni siquiera me decía cómo quería escuchar que le dijera, al parecer, y esto consta, disfrutaba dando golpizas. En eso me muestra un papel con un nombre escrito a mano y comienza a decirme:

-¡Así te llamarás desde hoy, Danilo! ¿Entendiste?

Con cada ¿entendiste? iba de regalo, sin concurso ni sorteos, otro golpe; los que ni siquiera tenían un patrón definido, podían ser cachetada o coscorrón, y no eran suaves.

No tenía idea por qué pretendía que yo cambiara mi nombre a esas alturas, pero necesitaba salir pronto de la tortuosa situación. En eso, la monja se descuida y trato de arrancarme, pero me atrapa y me arrincona. Entre sus manos tenía una varilla de membrillo, las que ya 141

conocía gracias a que la monja -a la que le pisé el dedo- nos golpeaba con ellas.

Me hace levantar la polera desteñida y desgredada que usaba y me acomoda de espaldas diciendo

-¡Con esto jamás te olvidarás de tu nombre!

Me da golpes en la espalda y en el lado costal; golpes que quedaron marcados en mi cuerpo esquelético de aquel entonces, gritando en cada golpe

-¡Tu nombre es y será Danilo!

Durante más de cuatro días me duró el dolor y, como siempre, yo debía callar. De hablar nada les pasaría a los agresores. De hecho, es cosa de darse cuenta que incluso en los tiempos actuales, en pleno siglo 21, aún se esconden cosas de los internados; hechos que las madres de los internos ignoran. Ejemplo de ello son noticias recientes sobre personal del Sename involucrado en una red pornografía infantil.

Incluso, una interna, compañera nuestra en esos tiempos y que fue trasladada a Santiago, fue abusada por un director del mismo servicio, en sus oficinas. Por ende, el abrir mi boca, solo sería yo el castigado severamente por, supuestamente, “mentir”.

Esto que escribo me recuerda escenas de una novela antigua llamada Raíces, del escritor norteamericano Alex Haley. La novela cuenta la historia de siete generaciones de la familia de Halley, desde el momento en que sus antepasados musulmanes de la etnia Mandinga fueron capturados en África y llevados como esclavos a Estados Unidos. Los hacendados blancos golpeaban hasta matar a sus esclavos de raza negra, para que repitieran el nuevo nombre que ellos le habían dado. Yo me identificaba con uno de ellos, llamado Kunta Kinte, por mi cuerpo marcado como ganado por los golpes; marcas que hasta el día de hoy al mirarme en un espejo puedo ver notoriamente. Ese es el motivo principal que ahora, cada vez que escucho el nombre Danilo, mi cuerpo, cual gato dispuesto a pelear, se engrifa, y me hace reaccionar con odio ante cualquier ser humano que lleve aquel nombre.

Lo más extraño de todo, es que tiempo después fui bautizado con ese nombre de pila, de hecho en mi fe de bautismo aparezco como Ángel Danilo.

142

No sé si ese método estaba aprobado por el resto de las monjitas, yo al menos lo dudo, y quiero creer, aún a mis 38 años, que ninguna se enteró del procedimiento usado para que yo asumiera esta nueva identidad. Es más, ni siquiera me explicaron el porqué, quizás si algo me hubiesen comentado yo feliz hubiese adquirido mi nuevo apelativo.

Una que otra fotografía queda de aquel imborrable momento de mi bautizo, al que llegué con un traje completo de lana café, no sé si la enfermera Aida o la tía Carmen lo habían tejido para mí. Lo más doloroso es que la tía Carmen observó desde afuera la ceremonia, las mismas monjas le habían prohibido el ingreso, pero aun así ella me divisó a la distancia al salir de la iglesia, cosa que me pude percatar ya que yo también la divisé. Su mirada lacerante y triste, con una que otra lágrima en su mejilla, me dejó con una pregunta que de seguro no tendría respuesta. Si bien era un niño, de no más de 8 años en aquel entonces, o quizás menos ya ni recuerdo bien,

entendía lo que mis ojos veían. Son demasiados sucesos, en diferentes épocas, las que he tenido que ordenar según las voy recordando cuando escribo. A lo mejor por ello este relato parece que viajara constantemente, cambiando el presente con el pasado y viceversa.

La propia vida y condiciones de la misma, no solo a mí me había hecho madurar, sino a todos. Por eso soy el tipo de personas que entiende el valor de una mirada, y por eso jamás necesitaré una larga explicación. Esa misma razón hizo que algo en mi tradujera la mirada de la tía Carmen como un lamento interno y deseos de abrazarme, pero con el corazón y las manos atadas de no poder hacerlo.

Hoy, en etapa de adulto, trato de recuperar aquella mentalidad infantil que debió haber embarcado sueños y deseos; mas, en ese entonces mi vida dependía de mi capacidad para defenderme, por lo que es mejor decir que en aquella época nuestra única misión era sobrevivir. Dudaba si llegaría a madurar o crecer.

En muchas ocasiones, después de ser golpeado planeaba ideas de un futuro. Maquinaba cientos de planes. Que cuando adulto volvería y las castigaría con el mismo látigo con el que ellas nos castigaban.

Muchas veces las imaginé sangrando, de rodillas suplicando perdón, mas eran solo ideas que jamás se concretaron.

143

### ***La fuga***

La hora del rezo era el momento en quedábamos más descuidados y desprotegidos, ya que en muchas ocasiones las auxiliares usaban este momento para holgazanear; tanto así, que si algo nos ocurría, al menos durante una hora no tendríamos atención oportuna. Aquel día, como de costumbre, las auxiliares desaparecieron de la faz de la tierra y las hermanas se fueron a preparar el rezo de la semana. Entonces, un grupo de internas que estaban cansadas del maltrato,

aprovecharon dicha hora, saltaron la reja principal y huyeron del internado. Mariana, Olavia, Alicia, y no recuerdo a las otras dos, corrieron hasta donde pudieron, no sé cómo ni quien las delató, pero volvieron en un furgón policial.

Al preguntar la policía por las auxiliares, dijimos que nos encontrábamos solos. Los uniformados esperaron por un mínimo de dos horas, hasta que se asomó una monjita y detrás de esta la madre superiora. Fue ella quien recibió a las internas, con amor inconmensurable las abrazó, las acarició suavemente y hasta le brotaron unas que otras lágrimas. Nosotros estábamos asustados, era la primera vez que veíamos un acto de amor semejante. Eran contadas las veces en las que éramos receptores de tanta armonía. Mientras observábamos atónitos la escena, comenzamos a acercarnos a los carabineros y ellos nos saludaban, hasta nos dejaban tocar sus esposas y decían que eran para atrapar delincuentes, gente mala, y que esperaban que nosotros fuéramos gente buena. En eso comenzó una absurda conversación entre los uniformados y la hermana superiora, ellos dijeron que no levantarían un reporte y que era una bendición conocer su obra; ella les sonrió, les besó las manos y ellos partieron.

Apenas desapareció el móvil en la esquina, la monja que estaba como directora en ese instante, tomó a dos de las fugadas fuertemente del cabello, arrastrándolas hacia el comedor; las otras tres fueron llevadas a golpes.

Detrás de las murallas de aquel comedor se forjó una de las palizas más fuertes de la que nosotros hayamos sido testigos. Las golpearon con las sillas; las arrastraban del pelo de un lado a otro; las golpeaban con los pies, dándole fuertes patadas en el estómago. La monja y otras dos auxiliares que estaban completamente fuera de sí, eran verdaderas 144

energúmenas atacando a un par de niñas que no superaban los 13 años de edad. Entre garabatos varios e insultos resonaban

-¡Guachas, hijas de perra! ¡Sus madres fueron putas! ¡Por eso están acá!

Entre gritos varios, la directora suplente pide que le lleven un palo para terminar la lección de una vez por todas, aludiendo que así con suerte querrán caminar. La monja Elena va corriendo, sin perder tiempo, como si tuviera dinamitado su trasero, toma un madero grueso con uno que otro clavo sobresalido, y en eso se cruza con una de las hermanas buenas que venía llegando. Al escuchar el escándalo de proporciones y ver a la *Glotín* corriendo con el madero de unos 75

centímetros y de unos 2 por 2 de grosor, la monja corre detrás para ver de qué se trataba y entender la urgencia de *Glotín*. Casi se desmaya del espanto por lo que sucedía, y como una heroína de esas que uno recuerda de por vida, se para frente a *Glotín*, gritándole

*-¡Si las vas a golpear, golpéame a mi primero! ¿Acaso quieres que la superiora te saque de la congregación?*

Mariana tenía el rostro completamente ensangrentado. Uno de sus ojos hinchado por los golpes, su cabello parecía haber recibido un golpe eléctrico y se encontraba en posición fetal, llorando y escupiendo sangre. *Glotín* callada, como si le hubieran cortado la lengua, mira fijamente a esta monjita, diciéndole que se quite de en medio; que esas bestias tenían que recibir su castigo, tenían que ser curadas del pecado, pues en las viñas del Señor las uvas podridas no pueden dar vino para una consagración divina. Termina de vociferar acerca de la biblia y la monjita buena toma el madero con fuerza, ambas forcejearon, pero la prudencia, la mirada fuerte y segura de la defensora, gana esa batalla.

Ella tira el palo al suelo y se dirige a recoger del piso a Marianita, todo frente a nuestra mirada atónita.

La directora suplente, sorprendida por el atrevimiento de esta monjita, se retira ofuscada. Nosotros ya nos íbamos a retirar, pero

por un descuido nuestro, la directora, las auxiliares y *Glotín*, lograron percatarse de estos observadores; por lo que nos mandaron a buscar y, a pesar de asegurarles que nada habíamos visto, nos llegó un fuerte castigo, un latigazo denominado *el golpe del silencio*, como si fuese un pacto aceptado por nosotros y allí terminó ese día.

145

Hace unos meses, en las festividades patrias de mi país, Chile, me dirigí a la ciudad de La Serena y me reencontré con Mariana, una de las agredidas. Fue sorprendente como relató cada detalle de aquella azotaina. A pesar de ello, según su propia versión de los hechos, no guarda rencor alguno en contra de las maltratadoras. La hermana que la salvó le dijo que en ese instante ella tenía a la congregación entera en sus manos; aconsejándole que no fuera como nosotros, que mostrara sus heridas. Pero el miedo era tanto, que Mariana jamás habló de esto hasta hace poco. Todos recordamos que por este suceso, ella y las otras cuatro integrantes del grupo faltaron a clases por más de 6 días.

Mariana, que fue el cerebro de la fuga, fue encerrada por los 6 días y solo le llevaban almuerzo, pero en una porción menor que la acostumbrada, por la tardes le llevaban un pan con un vaso de agua. Solo así dejaría de ser una impía a los ojos del Señor.

Sin embargo, hay algo no menos importante que olvidé detallar y que retrata tácitamente lo ya mencionado sobre el descuido y desprotección en la que quedábamos.

Ese mismo día, antes de terminar la jornada y después de la prominente zurra que nos dieron por ser testigos de la crueldad hacia nuestras compañeras, intentamos olvidar lo presenciado encaramándonos en el árbol de nísperos, mas ninguno de los más chicos pudimos, pero sí el mayor del grupo de nombre Román.

Este era un muchacho de unos 14 años, algo grueso de contextura, cabello crespo afro, de nariz gruesa amorrugada, piel morena, ojos negros, voz ronca; muy, pero muy belicoso, aparte de atrevido.

Tenía un cuerpo fornido, sin dejar de lado su estatura, que para su edad era como si hubiese comido toda su vida un acelerante, por lo que muchas de las auxiliares temían retarlo o intentar golpearlo.

Algunos niños menores gozábamos de su protección, hasta que ese día algo inesperado sucedió, Román se encaramó al níspero como un mono selvático, cuando una rama se quiebra al no resistir su peso y cae como plomo al cemento, golpeando fuertemente su cabeza en el pavimento del pasillo. Las funcionarias tardaron casi una hora y media en levantarlo del piso, fuimos nosotros los encargados de mantenerlo despierto por todo ese lapsus de tiempo. Lo llevaron en furgón al hospital San Pablo de Coquimbo y pasó más de un mes conectado a 146

respirador artificial. Fueron meses de recuperación, su diagnóstico no fue favorable, quedó con secuelas severas, daño neuronal irreparable.

En conversaciones recientes supe que su daño neurológico se podría haber evitado si Román hubiese sido atendido a tiempo, pero como era el hábito de las cuidadoras auxiliares o celadoras, *corrían el zorro* (3) y desaparecían horas, dejándonos completamente a nuestras usanzas. En circunstancias como aquellas ocurrieron los más grandes accidentes de los que tengo memoria y nunca nadie pagó o fue despedido por ello; todo lo contrario, los castigados éramos nosotros porque la gran idea del Sename, cuando lográbamos denunciar estos abusos, era enfrentarnos con las cuidadoras. Jamás se tomaron el tiempo de interrogarnos a solas, siempre sonreían como si visitaban a sus amigos. Lo más despreciable es que ese cúmulo de ineptos que trabajaba para el Sename, avisaba al internado y sindicaban con nombres y apellidos a quienes habían sido los denunciantes.

¿Entonces, por qué íbamos a creer en ellos?

A los dos años de haber ocurrido el accidente y a pesar de que el daño que tenía era evidente, Román fue entregado a su familia materna por orden del Sename. Apenas caminaba, hablaba como

bebé, sus movimientos eran aletargados, sus pies se arrastraban por el suelo, poco o nada quedaba de su conciencia, solo balbuceaba locuras tras locuras, como encerrado en un mundo paralelo al nuestro. Ver el estado en que quedó erizaba nuestros vellos y nos ponía la piel de gallina, ya que cualquiera de nosotros podría ser la próxima víctima del descuido e impunidad.

Lo último que supe de mi compañero y protector fue que en el año 2011, sin que aún exista explicación de cómo, en su estado, llegó hasta aquél lugar. Con solo 33 años, Román tomó unos cartuchos de dinamita, los acomodó en su cinto y los encendió. Estalló en pedazos, trozos de él se encontraron esparcidos por todo el lugar. Se dice que su familia había puesto una denuncia por presunta desgracia, tres días después hallaron sus restos.

3 Se dice que en las zonas rocosas o desérticas, los que no querían llevar las cabras a pastar salían a espantar los zorros de la zona, por lo que recorrían todo el entorno demorando horas. De ahí nace el dicho correr el zorro, que es comúnmente utilizado en la zona norte, para dar a entender que la persona de la que se habla anda perdiendo el tiempo para evitar realizar su trabajo.

147

Más detalles de cómo ocurrieron los hechos específicamente, no tengo, solo lo que nos informaron. No se sabe si estaba jugando o realmente padecía una depresión endógena. Años de rehabilitación lo habían llevado a mejorarse en un 75%, suficiente movilidad para actuar, al menos lo que muchos, incluyéndome, pensamos. Se cuenta que tardaron casi 6 meses para identificarlo, ello porque sus piezas dentales estaban esparcidas por todo el lugar.

Esta noticia fue un golpe duro para todos nosotros, al menos para los que lo conocimos, siempre alegre, sonriente, jovial, aún no logramos encontrar una razón para lo sucedido. Román pasó a engrosar la lista de compañeros que en el transcurso de mi vida han ido partiendo a la presencia de Dios. El mismo Dios que nos entregó

en los brazos de quienes nos hablaban de él, pero practicaban a medias sus doctrinas.

Ese Dios que para mí estaba ciego y sordo, ¿por qué debería creer que a mí me salvaría?

Siempre he pensado que en este planeta existen más de 10.000

Dioses diferentes. ¿Qué me hace creer a mí, que el mío sería el verdadero?

Quisiera tener mayores argumentos para ratificar toda esta historia, pero solo cuento con versiones encontradas, sin siquiera encontrar donde nace la versión oficial. La cuento tal y como la viví y me fue relatada, rescatando lo esencial.

Muchos me dicen, “Él te preparó para tu futuro”. Pero si el futuro me lo he forjado yo, sin temor a equivocarme o caerme. Un futuro que fue hecho a pesar de Sename. Y acá estoy, contando esta historia, que es mi historia. ¿En qué parte de lo leído se ve a Dios? No lo sé. Pero aprendí que existe y las razones que haya tenido para vivir lo que viví, Él las sabrá. Mientras, yo seguiré buscándolas y espero encontrarlas.

Por ahora, debo confesar que solo la fe me trajo hasta acá. Sí, esa fe que es la certeza de lo que se espera, con la convicción de que no se ve, pero que tácitamente existe.

## VI.3 Suplicando a las estrellas

Así se comenzó a cimentar uno de los capítulos más difíciles de escribir, rodeado de malas decisiones, de esas tomadas por personas 148

encargadas de proteger y, según la ley, formarnos para la futura sociabilización social.

Mi cabeza estaba con una mariposa de gasa, debido a un golpe que me di con uno de los columpios que usábamos para pasar la tarde.

Fue un periodo engorroso, pasaba más tiempo en el hospital que en el internado, ello porque era tan travieso que me rompía la cabeza a los 15

minutos de que me sacaran los puntos. Tanto así, que cada vez que me corto el cabello muy corto, bajo la medida de un dedo, es fácil percibir cicatrices esparcidas por todo el cráneo. Por decirlo burlonamente, parezco una alcancía con huesos. Aunque debo reconocer que uno de esos rasgados de cabeza se debió a un empujón por no querer levantarme, y otros dos o tres son por haberme golpeado con un palo de la cama.

Era un fin de semana, recuerdo claramente un día sábado pues todos los internos estábamos invitados a una fiesta que nos ofrecería la Universidad Católica del Norte. Si bien la fiesta comenzaba a las dos de la tarde, a nosotros nos levantaban a las ocho de la mañana; no sé si se justificaba, pero todos estábamos vestidos a las 10 de la mañana y hasta las 14:00 horas era una espera eterna.

El asunto es que aquel día todos estaban saliendo de las duchas y yo aún estaba acostado, como queriendo aprovechar hasta el último instante de sueño, cuando siento que alguien levanta el colchón y yo, sin tener ningún mecanismo de sujeción, caigo al piso

rompiendo mi cabeza. En vez de escuchar un grito de susto por lo ocurrido, solo escucho una recriminación del tipo, “¡Por desobediente! ¡Y ahora debería pegarte!”.

Así llegué nuevamente al hospital San Pablo, visita que me costó 7 puntos en el costado izquierdo de la cabeza.

El tiempo avanzaba velozmente, como si estuviéramos a la velocidad de un rayo. Mi esperanza era el fin de semana. Suplicaba a los cielos y a las estrellas, cuando lograba verlas, que por favor llegaran pronto el sábado y domingo, los dos días que eran importantes cuando llegaba la tía Carmen a verme. Pero lamentablemente, mis cuidadoras ya tenían otros planes para mí, planes que habían preparado con antelación.

149

Ese fin de semana, a eso de las 5 de la tarde nos llevaron a visitar el Arzobispado de La Serena, lugar al que asistiríamos en más de una ocasión y en donde fui testigo de la más deplorable abominación en contra de unos de mis compañeros.

Acá me detendré unos minutos.

Ahora, al ser adulto, agradezco no haber tenido una apariencia llamativa cuando niño, sino todo lo contrario. No tenía ojos claros, ni dentadura perfecta; tenía una cicatriz que había hecho parte de mí y mi mejor aliada. Mientras que del resto de mis compañeros era, la mayoría, de ojos claros, tez blanca. Quizás por ese motivo..., o quizás fue su belleza infantil que se convirtió en su desgracia y maldición.

En uno de los paseos que ya eran rutina, unos 6 niños, incluyéndome, nos encontrábamos en el Arzobispado. Por alguna extraña razón el trato hacia mí, por parte de los obispos y sacerdotes, era más que displicente. Quizás por ello, me logro explicar, tenía la libertad para recorrer hasta el último rincón de la casa pastoral como si fuera mía y fue en uno de estos recorridos

que escucho quejidos fuertes, era una mezcla aguda, como si uno proviniera de un niño y otro de goce de un adulto.

Estábamos tan acostumbrados a hablar del más allá que me embargaba la intriga y curiosidad por descubrir de dónde provenían esos sonidos. Era tal mi interés que, de descubrirlo, tendría algo que contarle a mis compañeros; esto significaba popularidad, respeto por parte de ellos, y no por poco tiempo.

Caminé y caminé por el pasillo hacia el fondo, en el segundo piso; mientras más avanzaba hacia el dormitorio principal, más agudas y fuertes oía las voces. La luz tenue se hacía más y más grande a medida que mis pies avanzaban a ella. Por un instante imaginé que así debería ser estar en el mundo de los muertos, hasta creo que pensé que aquello podría ser un purgatorio, un pasillo oscuro y una luz al fondo.

Este momento era mi oportunidad, por lo que comencé a orar, para que Dios tomara mi alma, como si fuese un halo de suspiro y me llevase a su presencia, disfrutando de aquel camino de las maravillas que ofrece el mundo del más allá , definido por muchos, como la paz eterna.

150

El palpito del corazón me daba la clara señal que estaba caminando hacia algo desconocido, eso hasta aumentaba mi presión arterial.

Por primera vez en mi vida vería con mis propios ojos un alma en pena, tendría algo que contar a mis nietos e hijos.

Estaba emocionado, mi aliento era frío. Ya estaba a uno o dos pasos del lugar de donde provenían los sonidos, cuando noto que la luz no era un ente, sino que eran rayos sobrantes y traviesos que salían de una ampolleta desde la habitación más grande del lugar: eran las habitaciones de Monseñor Francisco José Cox, la puerta estaba entreabierta...

No alcancé a cruzar cuando vi notoriamente una imagen que me provocó la confusión más grande de mi vida, sentí una mezcla de odio, rencor, repulsión, asco y curiosidad. No comprendía bien lo que estaba viendo, no sabía si hablar o huir, mi cuerpo temblaba y mis piernas se estaban convirtiendo en una hilacha de lana. Era tanta la mezcla de sentimientos que tenía que, en un cambio de segundos a milisegundos, mi cuerpo fue acechado por el miedo y el temor y sin poder contenerme sencillamente reaccionó y terminé orinando mis pantalones.

Mi compañero, de quien reservare su nombre, estaba de rodillas a un costado de una cama gigante, mientras que el señor Obispo, de apellido Cox, estaba detrás, completamente desnudo, abusando de él como si fuera un muñeco de trapo, así como a su vez, lo acariciaba grotescamente. Me es difícil describir detalladamente la escena, toda vez que la recuerdo y aún me tiemblan las manos, fue chocante. Recién ahora comprendo que aquello era una violación, era un vejamen a un niño, a mi compañero.

Podía notar su llanto apagado, y de haber llorado a viva voz, por la distancia que había entre este dormitorio y el lugar donde se encontraban todos, era seguro que nadie lo habría escuchado. Algo en mí me dice que muchos trabajadores que en aquel entonces cumplían funciones allí, estaban en conocimiento de estos abusos. Solo ahora hablo de esta situación de la que fui testigo; solo ahora, a esta edad en que entendí.

Debo decir que estas visitas fueron varias veces, y cada vez el Obispo Cox desaparecía por largas horas con uno que otro compañero; 151

lo que deja a la imaginación qué ocurría entre esas cuatro paredes que hasta el día de hoy encierran llantos, dolor y humillación; esas murallas adornadas por crucifijos y fotografías de Jesucristo enclavado en una cruz con la frase “e morto per noi” (“ha muerto por nosotros”), más un cuadro enmarcado en oro con la imagen de Juan Pablo II llamando a la paz, “la pace nel mondo” (“la paz en el mundo”).

Aquello sí era un sacrilegio, no respetaba ni los próceres de su iglesia. En este señor no existía ningún tipo de voto cumplido: ni el de pobreza, ni el de obediencia, mucho menos el de celibato, ya que no solo abusaba de niños, también de mujeres adultas.

Una vez retornado al internado, mi compañero saca una rica torta de chocolate repartiéndola entre todos, más ni él ni yo quisimos. No sé si él me vio, pero el famosillo Cox sí lo hizo. Prueba de ello es que desde aquel día se me prohibió ir a ese lugar, solo recién ahora entiendo el motivo. Después de esas visitas siempre alguno de mis compañeros llegaba con una torta de chocolate; yo comprendí que esta era la baja forma de pagar un inescrupuloso acto a través del silencio. Desde ese entonces detesto dicho producto de nombre chocolate.

Años más tarde, desde el 2005 en adelante, se destapó el escándalo sexual que dejó en entredicho la honorabilidad de este personaje que por años abusó de niños y niñas, un pedófilo con todas sus letras.

Cox fue exiliado a una ciudad de Alemania, mucho antes de que se diera a conocer la información, obviamente no por mí, sino por terceros que tuvieron el valor suficiente para denunciar públicamente lo ocurrido, y eso avala lo relatado por mí. Fui testigo presencial de un abuso, por lo que las presunciones acerca de lo que ocurría en sus desapariciones extrañas con compañeros, jamás fueron erradas y las evidencias actuales hablan por sí solas.

Se preguntarán, ¿por qué no hablé antes?

¿Quién le creería a un huérfano?, ¿las monjas que rendían pleitesía a este señor?, ¿las mismas que me habían llenado de golpes cuando estaba bajo su cuidado?

Mmm... ¿Ahora entienden que guardar silencio era la única opción que yo tenía? Y no crean que no he recibido mi castigo. Guardar

152

silencio ha sido uno de los peores karmas con los que he cargado en mi vida. Sufro con solo imaginar que, quizás por ese motivo, mi compañero jamás pudo rehacer su vida; que producto de esos actos lascivos jamás logró enamorarse ni definir a qué mundo pertenecía, provocándole esto severas enfermedades como anorexia, bulimia, depresión, que lo empujaron a reiterados intentos de suicidio y lo tuvieron al borde de la muerte.

Años más tarde, lo reencontraría en pleno centro de Santiago. No lo reconocí, pero él a mí sí, por la cicatriz que mencioné anteriormente.

Fue realmente impactante verlo, su nombre actual era Yasna, tal como una canción de un músico norteamericano que nació en el Bronx, de padres portorriqueños, llamado Willie Colón. La canción se llama *El Gran Varón* y su letra se ajusta tal cual a la situación de Yasna. Si pueden escucharla, háganlo y entenderán a qué me refiero; incluso el desenlace de la canción es el mismo de mi compañero. Aquí dejo parte de la letra: *En la sala de un hospital a las 9 y 43 nació Simón es el verano del 56 el orgullo de Don Andrés por ser varón fue criado como los demás*

*con mano dura con severidad nunca opinó cuando crezcas vas a estudiar la misma vaina que tu papá, óyelo bien tendrás que ser un gran varón.*

*Al extranjero se fue Simón*

*Lejos de casa se le olvido aquel sermón Cambió la forma de caminar usaba falda lápiz labial Y un carterón*

*Cuenta la gente que un día el papá*

*Fue a visitarlo sin avisar, vaya que error, Una mujer le habló al pasar*

*Le dijo hola que tal papá como te va*

*¿No me conoces? yo soy Simón,*

*Simón tu hijo, el gran varón. [...]*

*En la sala de un hospital*

*De una extraña enfermedad murió Simón*

*Es el verano del 86*

*Al enfermo de la cama 10 nadie lloró. [...]*

*Hay que tener compasión basta ya de moraleja El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.*

153

En el funeral de Yasna solo habíamos 4 personas: 2 amigos de la peluquería en la que se desempeñaba, su pareja y yo. Entre estos asistentes se encontraba un hombre de apellido Estuardo, quien en la primera década del 2000 se convirtió en una especie de salvavidas para mí, arrendándome una de sus habitaciones. Juan Carlos Estuardo falleció en el año 2012 a causa de un edema pulmonar, también era gay y una gran persona, él estaba al tanto de estos abusos y otros cometidos en los tiempos en que relato esta historia. Desde acá solo me queda decirle, descansa en paz amigo.

Cuando recuerdo situaciones como esta es cuando más agradezco que me hayan tratado como el feo del grupo; que en estas bestias carnívoras de corazón discriminatorio haya primado su ideología.

Gracias al rechazo que les provocaba mi rostro, por la cicatriz, es que no soy yo el que ha tenido que reinventarse una y otra vez.

Hay una historia que refleja claramente lo que digo, es una leyenda de Krishna, el Dios hindú encarnado, quien dijo al niño de las limonadas, lo siguiente: “¡El cambio más difícil es el de uno mismo, incluso más difícil que querer cambiar el mundo!”.

Esta frase es asertiva. Muchos de mis compañeros, jamás pudieron cambiar y hoy son el fiel reflejo del maltrato y del abandono de ese

sistema llamado Sename.

Si bien Krishna apareció en India, ahora ha venido a los países occidentales a través del movimiento de Conciencia de Krishna. De todas maneras Krishna, Alá y Jehová son la misma persona, porque son nombres que se refieren a ellos como la Suprema Personalidad de Dios, sencillamente la zona geográfica demarcó su apelativo de identificación, pero son el mismo.

### ***El Rey y el Bufón: Krishna***

Cuenta la leyenda que había un rey, muy aburrido, que jamás había salido de su palacio donde un bufón pasaba todo el día cantando y sonriendo. El bufón vivía en las afueras del palacio y para poder llegar al castillo, diariamente cruzaba un largo trecho de bosque y se perdía entre los árboles, lo más llamativo era que se marchaba tal como llegaba cantando.

154

En una oportunidad, el rey lo interroga, diciéndole que, ¿cómo él, que tenía tan poco por qué vivir, era tan feliz; y él, como rey, teniendo todo, no podía ni siquiera sonreír?

Entonces el rey ideó un plan y le dijo, “¡Está bien bufón, mañana tú y yo nos adentraremos en el bosque. Exijo ver cuál es el motivo de tu felicidad!”. El bufón asustado, le dijo que no, que cómo al rey se le ocurría salir de su gran palacio.

El rey, con la tozudez que tenía, insistió en acompañarlo solicitando guardias. Así, juntos se adentraron en el bosque, rodeados de una inmensa vegetación. El bufón feliz, saltando y cantando, iba comandando el paseo, con un machete cortaba y cortaba la maleza y ramas que se le cruzaban, abriendo así un paso para sus huéspedes. En eso el rey refunfuñando le quita el machete y en un intento de replicar lo que hacía el bufón, pasó a cercenarse un dedo. El rey gritaba del dolor, al tiempo que pide que encierren en las mazmorras al bufón, en son de castigo por su osadía de haberle

permitido usar el machete, sabiendo que no sabía maniobrarlo. Los soldados, cumpliendo la orden del rey, van y dejan al soberano con un solo centinela. El rey, en vez de suspender su travesía, decide continuarla, avanza y, en cosa de segundos, es rodeado por caníbales que los llevan a su aldea. Allí los esperaba una tinaja de greda de gran tamaño, encima de un inmenso fogón. El primero en ser llevado a la tinaja fue el centinela. Cuando comienzan a levantar al rey, el jefe de la tribu para quien era el tributo, se percató que al rey le faltaba un dedo y manda a decapitar a quienes le habían llevado ese obsequio defectuoso. Para estos nativos el cuerpo debía ser perfecto, ya que era una ofrenda al Dios y un cuerpo incompleto era una ofensa que se castigaba con la vida.

Por esa razón, el rey quedó en libertad. Aún estupefacto por lo sucedido, llegó caminando al palacio y manda traer de las mazmorras al bufón. Al verlo, lo abraza fuertemente contra su pecho, agradeciéndole porque, gracias a que cortó su dedo, no fue digerido por los estómagos caníbales. El bufón, con lágrimas en sus ojos lo mira y le dice: “¡Gracias a Ud. mi rey, por haberme encarcelado, ya que si yo lo hubiese acompañado, ellos me habrían comido!”.

Esta historia ilustra que yo me salvé por ser negro defectuoso y, más encima, feo a los ojos de esta raza aria de la iglesia. En esto me 155

comparo con el rey, mi cicatriz en el rostro era el dedo faltante; los caníbales eran estos lobos de sotana que comían el alma de niños con sus perversiones. Estoy seguro que de haber sido un niño como lo eran mis compañeros, algo habría pasado y estos seres asquerosos habrían marcado mi vida. Así como marcaron la vida de muchos.

Pero el famosillo Monseñor Cox es solo la punta del iceberg en la macabra historia de abusos y pedofilia. No sé cómo, ni por qué, nadie de la justicia civil y penal se pregunta, ¿cómo es que este cura llegaba a los niños?, ¿quién lo proveía y se los facilitaba?

Debo asumir que los malos de esta historia no eran los únicos que conocí. También había sacerdotes que fueron culpados por, supuestamente, tener comportamientos desviados. Hay uno de ellos del que ni siquiera me da para sospechar y tengo que mencionar, que no solo nunca lo vi en actitudes extrañas o lascivas con niñas, sino todo lo contrario. Es a este sacerdote, a quien toda una comunidad, tanto seminaristas como niñas víctimas de abusos, deben agradecer porque él se atrevió a romper su voto de obediencia, dejando en evidencia las conductas impropias de quien en ese entonces era la máxima autoridad de la iglesia católica en la Cuarta Región.

El nombre de nuestro defensor era padre Manuel Hervia Olave.

No hace muchos años que este sacerdote diocesano vendría a confirmar lo ya descrito por mí acerca del famoso Monseñor Cox. Este sacerdote confesaría, años más tarde, que él mismo vio al pederasta Cox abusando sexualmente de un seminarista. El mismo sacerdote lo comentó para todo el país en un entrevista dada a un periódico de la zona.

Recuerdo que en uno de los viajes realizados a la Región Metropolitana, yo llegaba a una casa de acogida donde las residentes eran solo mujeres, desde unos 10 hasta unos 18 años. El nombre de este internado no lo recuerdo, pero tenía directa relación con la casa de acogida San Francisco de Regis. En cada viaje a Santiago nos alojábamos allí, la directora era una gran mujer que amaba de manera laica a Dios y merecía ser tratada con amor, delicadeza y respeto, pues bajo su dirección jamás se golpeó o maltrató de ninguna forma a ninguna interna, su nombre es Mariel, una mujer de cabello crespo, tez blanca, ojos color café, de voz muy suave y trato delicado.

156

Este internado quedaba en la comuna de Quinta Normal y recuerdo que, cada vez que veníamos, íbamos a una gruta de una virgen,

donde sale agua de las rocas. A la gruta la llamaban La Gruta de Lourdes.

En una de esas ocasiones se juntaron dos internados de niñas y, en esta reunión, conocí al sacerdote mencionado, que estaba a cargo de uno de los internados, aunque yo ya lo ubicaba desde la Cuarta Región, dado que él había sido sacerdote en el sector llamado Las Compañías, al lado sur de la ciudad de La Serena.

Las conductas en que vi al sacerdote, nada pueden decir respecto a las acusaciones que le han hecho. Puedo jurar que solo había palmadas, que nada tienen que ver con actitudes sexuales, muy por el contrario; doy fe de que eran gestos paternales, abrazos y esas cosas de cariño. En el año 2011 este sacerdote fue denunciado por abuso sexual en contra de 5 menores de edad del internado que él dirigía. Ojalá mis palabras sirvan para hacerle justicia al padre Hervia. Ese mismo año, 2011, se le cayó todo el castillo de naipes al ente persecutor, castillo levantado a base de mentiras que armaron en pos de una venganza en contra del padre Hervia ya que él desenmascaró públicamente a José Cox (4).

Lo más indignante es que el poder judicial se prestó a una causa que carecía de antecedentes suficientes; una causa que contaba solo con pruebas circunstanciales, que no daban para formarse la convicción, más allá de toda duda razonable, de que se estaba ante un delito flagrante. Pero lo patético no termina allí, porque para que esta causa fuera una causa de peso, entró en escena el Servicio Nacional de Menores, que al ver una situación mediática quiso obtener su minuto de fama. ¿Por qué nunca antes hicieron nada, teniendo las herramientas?

Hoy constato con estupor que el Sename no solo es una entidad que tiene firmeza, pero de papel, sino que jamás le ha importado realmente el bien superior del niño, como vociferan públicamente.

Por lo que pienso que debería ser disuelto y crearse un organismo que verdaderamente proteja los derechos de todos los niños y no los lesione,

ni vulnere constantemente, con políticas que nada logran. O sencillamente intervenirlo.

4 La Segunda on Line, 12 de febrero 2017: *Sacerdote Hervia relata su dura historia tras acusación por abusos... justicia ya no seguirá el caso.*

157

Fue esta institución la que se preocupó de conseguir pruebas incongruentes, y solo para fastidiar. Estoy seguro de que jamás tendrán la dignidad de reconocer que lo hicieron para acceder a una petición especial de un poderoso de apellido Errázuriz. Al padre Hervia jamás se le comprobó nada, solo se demostró la verdad de la afirmación: “todo cae por su propio peso”. Y así cayeron las mentiras.

Es triste ser parte de abusos constantes y reiterados, no imagino el daño psicológico con el que mis compañeros y otras víctimas debieron haber quedado.

Éramos unos 80, sino más, por eso recordarlos a todos es casi imposible. Hasta ahora solo 10 o 15 somos los que estamos en buenas condiciones; del resto, algunos están recluidos, pagando condenas sociales y otros son drogadictos. Historias que irán apareciendo poco a poco.

Gracias a la minoría, entre ellos yo, es que aprendí que la reinvencción, es posible solo cuando vacías el alma, para volverla llenar, enterrando tu pasado, sin olvidar de dónde vienes. Nosotros descubrimos que a pesar de que las estrellas no cambian nunca y siempre compartamos el mismo cielo, el mundo será distinto porque nosotros ya lo somos.

158

**VII. Destapando Mentiras** Después del funeral de Yasna pude advertir el daño que le habían hecho. Sencillamente le habían

fastidiado la vida y fue fácil percibir que todos, internos y ex internos, entre los que me incluyo, estábamos en una especie de igualdad de condiciones con él. Éramos la prueba viviente del desarraigo total y de un programa de protección que nada hizo por rescatarlo, a sus 15 años, mientras era abusado. Muy por el contrario, fue marginado y prácticamente desterrado solo por intentar decir la verdad. Más nadie, ni dentro del internado, ni fuera, le creyó.

Las actuales instituciones que están a cargo de la intervención en las familias en riesgo social, de combatir el flagelo de la drogadicción infantil, el embarazo precoz, la pobreza, poco y nada hacen. Sin embargo, es el Estado el responsable directo de estas miserias. Pero, en una especie de amnesia conveniente, solo parafrasean ideas populistas endulzando el oído de quien les escucha. No dan descanso alguno a sus lenguas, de donde solo sale demagogia, de la pura; pero la verdad salta a la vista, al menos para quien vivió en ese círculo durante años, para quien sabe cómo reconocer a uno de los suyos, es decir para mí.

Los cargos directivos corresponden únicamente a compadrazgos políticos, su actual directora general es una ex fiscal. ¿Qué podría hacer? ¿Implementar normas más severas? Sería tragicómico, si ya ingresar a las dependencias del Sename es un castigo, ¿que más pueden castigarte? Y tienen el descaro de decir públicamente que le hacen 161

seguimiento a los menores una vez egresados. Me consta que ello es un embuste de los más colosales, por decir lo menos.

### ***El Cumpleaños de Carmen***

Recuerdo que sonaba “Penélope” en la versión de Diego Caccia, más conocido como Diego Torres -un cantautor argentino que ha incursionado en una que otra película- cuando con mi mujer estábamos en la tarea de distraer la atención de la tía Carmen, Me sentía en las nubes siendo parte de esta confabulación preparada por todos sus hijos para la celebración de su cumpleaños número 60. Habíamos ido a un circo de patinaje sobre hielo, pero ella no

quería entrar, solo quería volver a su casa. Nadie, ni siquiera yo, tendría la desfachatez de obligarla a ver un espectáculo que para ella era tedioso y aburrido; pero algo teníamos que inventar para demorar su llegada a la casa. Para ello contábamos con el apoyo de su nieta, a quien adora y que, cómicamente se ha mimetizado con ella en su forma de actuar y caminar. Su nombre es Javiera, una hermosa adolescente de ojos verdes, cabello castaño claro, piel blanca, de voz suave y comportamiento alegre, pero de carácter fuerte, y que además está decir, mis ojos adoran verla crecer.

Es tanta la compatibilidad que tenemos, que nos reímos y molestamos mutuamente y es la que más me extraña y comparte conmigo en mis visitas a casa de la tía Carmen. Tenemos una unión especial desde una vez que estuvo conectada a un respirador artificial.

Volviendo con el “patinaje en el hielo”, terminado el espectáculo la tía Carmen estaba ya hastiada de tanta tardanza. Era pleno invierno y en la ciudad portuaria de Coquimbo hacía un frío que calaba los huesos. Emprendimos el regreso rogando que todo saliera viento en popa. Llegamos a casa de una de las hijas de la tía Carmen, Inelia, la mayor. Nos estacionamos y avanzamos lentamente. Yo caminé delante para ir demorando el paso, la tía Carmen ya se estaba ofuscando por mi lentitud; Yo ya me preocupaba por ver la casa a oscuras, cuando en eso alguien abre la puerta y al ingresar la tía Carmen se encienden las luces. La vista era preciosa, todo decorado con telas de seda y tul, una torta gigante que decía “Feliz 60 años”. La tía Carmen no pudo contener el llanto de emoción, a su alrededor estaban todos, absolutamente todos sus hijos, uno a uno fueron abrazándola, hasta yo me emocioné por tan bella sorpresa. Cuando la abrazo -y con ese silencio en mi interior y el temor a no querer parecer débil- callo una vez más, no le digo lo

agradecido que estoy por ser parte de esto que estaba viviendo. Pero estoy seguro de que por mis lágrimas ella ya lo sabía, porque con sus dos manos toca mi rostro y besa mi frente, con ese amor de

madre que tanto yo necesitaba y necesité, y que solo ella sabía hacerme sentir.

Mientras el jolgorio era grande yo salí al patio y saqué un cigarro.

Comencé a fumar, pero con una quietud que nunca había sentido, suave y lento. En eso miro las estrellas y desde el recuerdo de cuando contaba estrellas por las noches con Enrique, hasta el funeral de Yasna, me preguntaba:

¿Qué hubiera pasado si en algún momento de mi vida me hubiese alejado del mundo y me hubiese encerrado en mi interior? ¿Me habrían traicionado mis acciones? ¿Sería lo que ahora soy? La respuesta a esa interrogante, es sencillamente más trivial que la pregunta, porque nadie puede vivir de supuestos, pensar en lo que pudo o no suceder es quemar la mecha de todo aquello que queda por vivir.

Yo había cambiado con los años, y el Sename seguía siendo lo mismo. Pasarán años y tal vez siglos y seguirán con la podredumbre de hoy, pues existen y existirán siempre los pequeños Borgias, aquellos que frenan el progreso, aquellos que dañan la democracia; esos, cuyas acciones son el futuro desastre del mañana.

Digo esto con mucha responsabilidad y conocimiento de causa.

Un tiempo antes de este evento familiar, me alojé en un convento franciscano. Venía recién llegando a la ciudad de Santiago con solo \$

50.000 pesos en mis bolsillos, los que había ganado vendiendo unos productos de catálogo de una reconocida empresa.

Había batallado contra la discriminación durante mucho tiempo, y cada vez el oleaje era más y más fuerte. Tenía que vivir en un lugar donde nadie me conociera. Escogí Puerto Montt pues había conocido a una muchacha de la ciudad de Puerto Varas, hija de un capitán de la marina. Nos habíamos relacionado solo por una página

de chat y nos dimos los Messenger como se le llamaba a las conversaciones en vivo en aquellos años. Hablábamos seguido por teléfono, al menos yo la llamaba porque ella nunca lo hacía, buscaba las fórmulas y los teléfonos para hablar a diario con ella, así no se apagaba la chispa.

163

Estuvimos casi dos años hablando, hasta que decidí emprender el viaje. A tres días de partir, ella desapareció; no contestaba el celular, ni se conectaba a la web; pero mi decisión estaba tomada. Me subí al bus aquella tarde e hice una parada en la Región Metropolitana. Algo recordaba de las veces que vine a control médico y sabía que acá había un hogar de ancianos que tenían las hermanas que me habían criado.

Las primeras tres noches dormí en el Metro, en la estación Cal y Canto, donde fui víctima de un robo, solo quedé con lo puesto.

Como dicen, “preguntando se llega a Roma”, encontré la casa de acogida que se encontraba en calle Coronel López de Alcázar, en la comuna de Independencia, donde hoy hay un edificio de departamentos, ya que el terremoto del 27 de febrero del año 2011 dejó inhabitable la casa.

Tuvieron que pasar casi dos años para que viajara a Puerto Montt en busca de aquella mujer de nombre Danitza, y la encontré. Ella esperaba un bebé; había tenido una relación fugaz, como un arranque de carrete y quedó encinta. En mi alocado afán por la búsqueda incesante de mi felicidad, decidí darle mi apellido al bebé. En un principio ella había aceptado, luego, un día antes del parto, se arrepintió y no la volví a ver en mi vida, pues desapareció como el viento.

Cuento esto porque, por cosas de Dios, mi destino final fue la ciudad de Santiago, y mi segunda casa un convento de Santiago cercano a los dogmas franciscanos. Todo fue producto de una casualidad. Ya no podía seguir viviendo con los abuelitos cuando la hermana

Mabel, una hermana que también me crió, escribió una carta para los franciscanos recomendando a un joven que le había solicitado apoyo, un estudiante de pedagogía llamado José Suarez. Me enviaron a entregar la misiva al hermano superior de aquel entonces, llamado Benet, era su apodo creo.

Al entregarle su carta me dijo,

-¡Ajá, es Ud.! ¡Venga, le voy a mostrar su habitación!

Lo primero que hice fue abrir los ojos y cerrar mi boca, respondiendo con un humilde, vamos.

La habitación, un cuarto oscuro con una ventana y un crucifijo, quedaba en el piso inferior, o mejor dicho en la casa antigua. Al menos 164

allí no tendría que levantarme a las 5 de la mañana porque a un anciano le estaba dando un infarto, o estaba cagado hasta el pescuezo. Suena cruel pero se hace pesado hacerlo durante todo un año.

Así que, sin pensarlo tanto, cambié mis cosas a mi nuevo hogar.

Lo problemático fue cuando llegó el verdadero alumno. Me llamaron, me explicaron la situación. Yo asumí, no sin antes dar el siguiente discurso:

-¡No hay problema, yo entiendo, voy por mis cosas!

Voy avanzando hacia la puerta, cuando escucho la pregunta que cambiaría todo:

-¿Tienes a dónde ir?

Solo atiné a decir:

-¡Sí, al Metro, en la última escalera hay un sacado del techo y queda protegida. No hay problema, gracias por su hospitalidad!

Me contestaron al unísono, que cómo se me ocurría, que mejor me quedara con ellos.

Fue así, como llegué a vivir al convento más antiguo de Chile.

De hecho, este convento es una copia fiel de otro que fue edificado por un sacerdote llamado Andrés García Acosta, conocido en la actualidad como Fray Andresito, con ayuda de cientos de parroquianos y la clase adinerada. Fray Andresito fue un franciscano proveniente de las Canarias, a quien se le está postulando por años para ser canonizado.

Desde su muerte -que aún está en conflicto si fue en 1853 o 1854- su sangre jamás se ha coagulado y se mantiene en un frasco guardado bajo 7 llaves, y lo más impresionante es que no la han intervenido de ninguna forma.

El caso es que en este convento existía un sacerdote conocido, que cada domingo aparecía en la eucaristía de un canal de televisión católico, o algo así. Era un sacerdote de muy mal carácter y muy, pero muy mala persona; por él yo me hubiera ido a dormir al Metro. Nada le importaba, es más, fue este sacerdote quien propuso que nosotros no comiéramos en el convento.

165

Yo me preparaba mi jugo en polvo de cualquier marca y un pan con cecina, de la más barata. Para darle un toque de alegría al asunto, cuando la compraba, solicitaba que por favor me la dieran para visita y lo más transparente posible, así me alcanzaba para dos o tres láminas, las que tenía que saber distribuir. Luego me sentaba en el pasillo, en aquel hermoso bosque interior del convento, en compañía de *Manchas*, una perrita gigante que nos cuidaba. El cura pasaba con su bandeja llena de manjares, mirando con una sonrisa irónica, es por sacerdotes como él que se asesina la fe.

Al cura *Carroña*, así le decían, no le agradaba nuestra presencia.

A pesar de que los franciscanos habían decidido abrir sus puertas al público, este cura de mala fama, odiaba al público. Sin embargo, sus discursos llegaban al corazón mismo del ser más indiferente al dolor humano, pero en la realidad, en la que yo lo conocía, era un protestante a los dogmas de Dios, y lo digo como ex pre seminarista que fui en su momento.

El cura Carroña también es profesor destacado, yo me pregunto,

¿cómo enseñará? ¿Qué doctrinas enseñará, si su vocación por el amor al prójimo es inferior a su vocación por el amor al dinero? De todo hay en las viñas del Señor.

En este convento también se escondían cosas, que a los oídos de los visitantes serían una verdadera heterodoxia. Si bien eran chismes de pasillo, eran iguales en todas sus versiones, cualquiera que fuera, hasta los mismos jóvenes de la *Jufra* (5) lo sabían.

En este convento residían muchos sacerdotes franciscanos, que por no estar autorizado, no puedo nombrar; salvo los fallecidos como el padre Alejandro, un párroco que padecía tetraplejia y era cuidado por un asistente y que, a pesar del daño cerebral que tenía, era un hombre que llevaba a Dios en todo lo que hacía. Hay otros sacerdotes con los que no tuve ni siquiera un intercambio de palabras, a pesar de haber vivido en su misma casa por más de un año.

Extrañamente venían mensualmente muchas personas a las oficinas del convento, en su mayoría madres de vestimentas humildes 5 Jufra, es una fraternidad formada en su mayoría por adolescentes que en su etapa de despertar espiritual, deciden ingresar para seguir un amor y probar su vocación dentro del mundo franciscano, jufra es significado “juventudes franciscanas”.

166

y salían de allí con mercadería de todo tipo. Hasta allí todo normal, pero había una que llamó mi atención, una mujer relativamente

joven y muy bien vestida, que no salía con bolsas como el resto, pero aparecía mensualmente a una misma hora, como si conociera los horarios sagrados de los sacerdotes. Al comenzar a indagar, me comentaron que esta mujer había tenido un hijo de un sacerdote que residía en el piso superior del convento, supuestamente se encontraba enclaustrado por orden papal. Esa fue la primera versión, pero al ahondar fueron apareciendo más detalles y resultó ser que la persona que venía por su cheque mensual era madre de una niña que había sido abusada. Esta versión no me consta, pero la comento porque no fue una, sino que fueron más de 5 personas, que coincidieron en lo mismo, y no fueron personas cualquiera, fue gente que llevaba más de 20 años trabajando en el lugar y “cuando el río suena, es porque piedras trae”.

Después de todo lo que yo he vivido dentro de la Iglesia, nadie me puede decir, “¡al menos podrías dudar!”. Aquí no hay espacio a las dudas, la Iglesia, la Congregación era la que pagaba la manutención de los hijos, y digo hijos porque al parecer eran dos. Aunque me es imposible corroborar esta versión, también fui testigo de la administración de ofrendas, aquellas monedas que las personas dejan en una alcancía exterior. Se trataba de bolsas y más bolsas llenas de monedas, las que se separaban según su denominación. Todos ellos pagaban estudios superiores, me pregunto, ¿dónde queda el voto de pobreza? Es por razones como estas que dejé de creer en la pobreza franciscana. Allí nunca la vi y era un convento franciscano. Debo decir que en ninguna rama de la orden franciscana vi pobreza, pero si se fijan en sus *cíngulos* (6), los tres nudos: obediencia, pobreza y castidad, creo están lejos de practicarlas.

A las reuniones generales llegaban los Franciscanos Observantes, los Franciscanos Conventuales y los Franciscanos Capuchinos, y los más numerosos eran los Capuchinos, con más de 10.000 miembros.

Incluso en estas congregaciones existen divisiones, basadas en que cada uno interpreta la forma de vivir de su fundador, San Francisco

de Asís, quien formó esta orden entre el año 1200 y 1209 D.C.

6 Cíngulo se le llama al cordel que usan los franciscanos atado a su cinto, conocido también como el cordón de San Francisco, quien lo portaba para sujetar su sayal, que tomó como hábito. Hay algunas órdenes franciscanas usan 5 nudos, en esa ocasión los cinco nudos significan los estigmas de Jesucristo, estos van variando según su orden franciscana.

167

Durante mucho tiempo existió el lazo que me mantuvo unido a quienes me criaron, por lo que al no tener claro mis ideales decidí ingresar como postulante al sacerdocio. Al ser recomendado por la fundadora de la gran congregación que me crió, no tuve mayores inconvenientes en comenzar a prepararme para lo que yo creía mi futuro. Fui dejado bajo la tutela del encargado de la vocación, padre Gerardo, visitando cada 15 días el Seminario Santo Cura Ars, nombrado así en honor a Juan María Vianney, un presbítero que fue proclamado patrono de los sacerdotes católicos.

Este seminario quedaba en el sector de San Carlos, camino a Huachalalume en la ciudad de Coquimbo, lugar más conocido como Tierras Blancas. Allí ellos te preparan, no solo en lo emocional, sino también, muy importante para ellos, en lo intelectual. Es por esta razón que conozco las relaciones y diferencias que hay al interior de la Iglesia y sus distintas ramas, las que son muchas.

En esa búsqueda de mí mismo deambulé por cuanto Iglesia y religión conociese. Me acerqué a la iglesia mormona, que creen en un profeta llamado John Smith, en la cual es importante tu cooperación para mantener a sus *elders* en misión. Asistía a la casa de hospedaje de estos misioneros que llegaban del extranjero como voluntarios en la mantención del lugar. Todo marchaba bien, yo tenía un trabajo no muy bien remunerado, aseaba pisos y bandejas en una empresa conservera de mariscos, conocidas como pesqueras; todo ello por las noches después de mi jornada escolar. Habré tenido entre 17 o 18 años, lo recuerdo porque estaba recién

egresado de las dependencias del Sename, pero me faltaba la sentencia de la Jueza de Familia.

Salía del liceo a eso de las 19:45 y entraba a trabajar a las 22:00

horas, hasta las 05.00 de la madrugada. Llegaba a casa solo a dormir, ya que ingresaba a clases a las 08:30 de la mañana. Así duré al menos uno o dos años, sin descanso. En aquellos tiempos me pagaban no más de \$15.000 a \$ 20.000 semanales, lo que me servía para mis gastos y ayudar en el hogar donde vivía, que era la casa de la tía Carmen.

Cuando la iglesia mormona se enteró de mi trabajo, me exigieron, a través de una misiva, que tenía que donar o quedaba excluido de ciertas reuniones y programas de ayuda. No le tomé importancia y comencé a cumplir lo ordenado, hasta que la tía Carmen cayó en  
168

desgracia económica nuevamente, por lo que decidí pedir ayuda al obispo. Sorpresa fue su respuesta, le había solicitado apenas \$30.000

pesos para pagar gastos básicos, se los devolvería en 2 semanas. Su respuesta fue tajante, llevaba apenas 5 meses donando y pagando mi diezmo, por lo que mis aportes eran bajos y no tenía fondo de ayuda.

Acepté humildemente su respuesta y seguí adelante pensando que había sido un mal día del obispo; conseguí el dinero con unos amigos y logré cancelar nuestra deuda. Lo extraño era que quien dirige una iglesia supuestamente humilde y sencilla, refiérase al obispo, tenía como bien preciado un lujoso vehículo Mercedes Benz.

Mi segunda historia con mormones ocurre cuando se había hecho un concurso de obras de teatro, en la sede central de Coquimbo.

Nuestra agrupación ganó el premio, por lo que salimos felices. Íbamos en grupo, con nuestros monitores, así que salimos

impetuosamente como jóvenes felices del gran triunfo, en eso cruzamos la calle por un paso cebra y antes de terminar yo me detuve en medio de esta, abriendo mis brazos gritando:

-¡Ohhhh, me quiero puro matarme!

Muertos de la risa, avanzamos media cuadra y un vehículo que venía lejísimo aceleró, frenando a mi lado; era un taxi y sus pasajeros eran todos, incluyendo el chofer, carabineros. Después ocurrió lo imaginable: me detuvieron y al preguntarme con quién andaba, hago referencia a mis amigos y mis monitores, explicando por qué andaba tan feliz. La reacción de mis acompañantes fue huir dejándome completamente solo en esta situación; y cuando digo todos, quiero decir que incluso los misioneros y monitores. No me quedó otra que afrontar los hechos, a esas alturas ya sabía defenderme perfectamente bien, no le temía a nada.

Dos horas y media estuve privado de libertad. Al salir no tenía cómo regresar a casa, por lo que no me quedó otra opción que volver a la iglesia mormona. Al llegar, todo parecía un error de cálculo o de dirección, al menos eso imaginé. La música era ensordecedora y el escándalo ni decir: los misioneros, esos jóvenes que en su mayoría huyen del servicio militar, habían llevado mujeres que aparentemente eran prostitutas. Al ingresar pude ver a varias mujeres con los pechos descubiertos. Este escándalo dejó mucho de qué hablar en la zona, fue 169

tanto, que duró al menos un par de años en el inconsciente colectivo de la zona.

Llamé al obispo y me alejé del lugar. Desde allí jamás volví a pisar un templo de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Después de ello, no sé cómo llegué a una iglesia de testigos de Jehová, de donde salí prácticamente traumatizado ya que su ideal es prepararte solo para el fin del mundo. Llegué a tener pesadillas con el Dragón de las 7 Cabezas y 10 Cuernos; me memoricé el

Génesis, las Profecías de Mateo capítulo 24, el Apocalipsis completo y la Destrucción del Mundo. Despertaba a gritos, asustado y sudoroso.

Posteriormente, por cosas de la vida, me vi envuelto en las bondades de una Iglesia Evangélica, fui llamado canuto, frase que en realidad nace del mal pronunciamiento chileno del apellido de “Juan Canut De Bont”, al pronunciarlo rápidamente suena como “canutón”, quien fue el primer hombre en difundir su fe protestante, creando así, tiempo más tarde, su Iglesia Evangélica.

En esta iglesia encontré, desde un comienzo, apoyo incondicional, hasta que en cierta ocasión, durante el culto el Pastor había alardeado de su gran corazón por la ayuda que había dado a una de las hermanas, que había caído en desgracia, alojándola en el calor de su hogar. Esto lo hizo mientras tomaba la mano de su mujer, a quien le decían la hermana Mela, y la presentaba como la nueva cabeza de su rebaño.

El pastor se pavoneaba de su amor fiel e incondicional hacia su mujer. Una tarde la hermana Mela y sus hijos salieron a evangelizar fuera de la cuarta región, quedando el pastor solo en casa, acompañado únicamente por la pobre y desdichada hermana que él había decidido apoyar.

Los muchachos del sector donde yo vivía salían a la calle todas las tardes, hasta largas horas de la noche. Allí hablábamos de todo un poco, desde ridiculeces hasta cosas cuerdas, pasábamos de una discusión a reírnos de nosotros mismos. Nos juntábamos en una de las esquinas donde quedaba la casa del Pastor. Fue allí donde, en un momento de silencio sentimos quejidos que venían desde una ampliación pre fabricada; al observar pudimos ver al Pastor, quien estaba claramente absorbiendo el alma desnuda de su hermana caída, la que al parecer 170

gozaba como si fuese penitencia. Decidí no volver a esa Iglesia en la que, quien profesaba el amor al prójimo, lo tenía entendido a su manera y además, no era muy honrado con los dineros.

Es en este periodo donde tuve una que otra historia picaresca.

Entre ellas, destaco una o dos. En cierta ocasión, mientras estaba en preparaciones de pre seminarista, me tocó llevar camisas a la lavandería, por curiosidad tomé una y me la probé; en eso, justo venia un sacerdote y para evitar que me viera, me puse el chaleco encima, era la víspera de Fiestas Patrias.

El caso, es que llegó mi hora de volver a casa y como estaba cerca de las fondas de Huachalalume, me dirigí a hacia allá caminando, un trayecto que no dura más de 20 a 30 minutos a ritmo pausado. Al llegar me saqué el chaleco, olvidando que llevaba puesta la camisa clerical con alzacuello, e ingresé a una ramada con la intención única de tomar sombra y descansar. En eso se me acerca el dueño de la fonda y me dice : *¡Padrecito, vino a bendecirnos! ¡Gracias a mi Señor sé que nos irá bien!*

*¡Sírvanle lo que pida!*

No dudé en sacar provecho aquella vez, y como si hubiese estado contratado, bebí como nunca, quedé en tal estado que no puedo aún saber cómo llegué a mi casa, ni si le di o no la dirección de donde vivía al fondero. Pero de que amanecí en mi casa y en mi cama, amanecí. La tía Carmen nada me comentó de lo ocurrido, ni del cómo llegué. Lo peor es que ese día tenía que estar temprano en el convento, por lo que disimuladamente llevé la camisa clerical, la escondí entre la ropa sucia y salí airoso del asunto. Lamentablemente el encargado de lavado la encontró vomitada y dio aviso al hermano superior. Debo confesar que el estar en este convento en parte era como estar en casa -refiriéndome al internado de monjas-, porque los seminaristas y sacerdotes se descueraban unos a otros. Cualquiera pensaría que un convento es sinónimo de buen vivir entre ellos. De excelentes relaciones interpersonales; pero, créanme, aquello es una verdadera utopía, más si eras heterosexual, los que eran discriminados.

En cierta ocasión me acerqué a uno de ellos que estaba llorando. Su confesión fue dramática, había ingresado para evitar ser

castigado por sus familiares, prácticamente había sido exiliado del lazo sanguíneo, hijo de un padre severo y machista. Yo no supe qué decirle, ya que no sabía cómo reaccionar ante este tipo de personas y confesión, aún era 171

inmaduro para ese entonces. Las mismas monjas me habían enseñado que este tipo de gente eran personas pecadoras. Hoy sé que aquello era un pensamiento retrógrado y que son personas normales, que tuvieron la valentía de escoger su sexualidad, aquella que los hace felices y punto.

En otra ocasión, en el mismo convento de seminaristas, tuve la prueba de fe. Era el tiempo de la Cuaresma de Fraternidad, por lo que me llevé aquella cajita con el rostro de Jesucristo a casa. La llevé sin intención alguna, pero olvidé por completo aquello. A los cinco días de haberla dejado en el living la recordé y al tomarla me di cuenta que estaba llena, así que feliz, la tomé para dirigirme al convento, pero en el camino, no sé qué pasó, mi pensamiento cambió, saqué todo el dinero de la alcancía y me lo gasté patinando en una academia de patinaje al aire libre que se había instalado en el espejo de agua, en La Serena.

Pasé la mejor tarde de mi vida. Al día siguiente llevé la cajita completamente vacía; con lágrimas en los ojos le lloré al padre Fernando, comentándole que éramos pobres. Él, sin pensarlo se metió las manos al bolsillo y me regaló diez mil pesos. Quedé paralizado con su gesto, tanto así, que durante toda la tarde mi conciencia me castigó por haber mentido, mas en la noche el cargo de conciencia había desaparecido.

Jamás le dije la verdad, por vergüenza, pero ese dinero sirvió para pagar la cuenta de luz de la tía Carmen, que ya llevaba atrasada dos meses.

Como ven, “no hay mal que por bien no venga”. En la Iglesia no solo aprendí a ser frío y a defenderme; tristemente también aprendí a mentir, pues dentro de la preparación teológica y teórica también

está el conocimiento psicológico, ese de analizar una verdad y fijarte en detalles como gesticulación, movimiento corporal etc.

Enseñanzas que me hacen lograr siempre mis objetivos, sin detenerme, y que me tienen donde estoy el día de hoy, sencillamente por no querer terminar como Yasna o muchos otros. Quiero y quise un futuro diferente.

Acá comento lo que viví, pero no se trata de desenmascarar a personas o instituciones, se trata de hablar de la verdad, de una realidad de la que fui partícipe como actor en primera persona y testigo visual 172

de aquellos que muestran compasión, pero que de verdad es solo una compasión simbólica, porque detrás de cámaras nadie sabe cómo realmente son, nadie sabe, si su amor es real o ficción.

Yo, en aquella época, solo conocí el amor que se transmite a través de telenovelas, pero del real... sería como haber actuado en una verdadera película de ciencia ficción.

## VII.1 Olavia

Así fue pasando el tiempo, los días se volvieron semanas, las semanas meses y los meses años; las aguas del caudal de mi vida, en algún momento, debían tomar su curso, pero no era esta la instancia. Cuando hablo del abandono de las instituciones y de la propia congregación, hablo del abandono total, aunque no para todos.

Eso de que se preocupaban por nosotros una vez egresados, es un real sofisma. Siempre he sospechado que las declaraciones realizadas acerca de su obra en cuanto a que hacen seguimientos constantes, tienen el propósito de encubrir la realidad a través de la mentira, validando así sus falacias.

Por el hecho de ser negro y no muy agraciado físicamente, me tocó el lado amargo de la moneda, ese que lleva por nombre soledad.

No así a un grupo determinado de compañeros que tenían apariencia favorable. Es sabido que Cristian Yáñez y Olavia fueron escogidos, después de su egreso, como preferidos; entre ellos también está Antonio Veliz. Antonio tuvo la precaución de estudiar y devolver con trabajo todo lo que se le había entregado. En cambio, a Olavia y Cristian algo les había causado una especie de corto circuito mental y quizás por ello decidieron una forma no muy recordable de retribuir la preferencia.

A Cristian y Olavia se les dio la posibilidad de estudio, a pesar de que ambos tenían padres. Se los trajeron vivir a la ciudad de Santiago, ambos maduraron y recibieron lo mejor. En algún momento Cristián conoció a un personaje de no muy buena fama, un personaje que comparo con un cocodrilo que lentamente lo consumió, mental, espiritual y físicamente. Tanto así, que comenzó a caer en un vicio, empezó a beber, a llegar de madrugada en estado de ebriedad, armó un 173

par de escándalos y arrastró en su vida loca a Olavia. Pasó un tiempo en esas actividades y como castigo le redujeron la mesada. Ambos comenzaron a robar, hasta que en una oportunidad, no sé cómo, ni realmente si fue a la Catedral de Santiago u otra iglesia, ambos ingresaron en plena noche, desordenaron todo. A la mañana siguiente, el cura que debía presidir la eucaristía se percató que se habían robado absolutamente todo de la sacristía: los cálices tallados en oro y plata, purificadores de seda, crucifijos de oro y todo tipo de utensilio que se guardaba en una piececita que para la iglesia católica es sagrada. El robo fue avaluado en más de 10 millones de pesos, ya que también se llevaron joyas donadas, todo por el bendito vicio. Tengo entendido que en aquellos años este hecho fue cubierto por la prensa de la época, y en algún lugar lo leí. Pero más que por la prensa, esta historia sale a relucir en cada conversación con las hermanas, que con dolor la recuerdan al ir apareciendo nombres de nuestros compañeros.

Ambos fueron regresados a la Serena. Cristián fue apresado gracias al testimonio de Olavia, quien lo culpó de todo y Cristián pasó una temporada privado libertad.

Hay una historia que jamás ha sido desmentida y Olavia la cuenta como una gracia. En una oportunidad mientras Olavia esperaba el quinto de sus hijos, su pareja de aquel entonces, un pescador de mal vivir, llegó en estado de ebriedad. Olavia estaba cocinando cuando el sujeto la tomó del cabello e intentó ultrajarla, en su estado de 6 meses de embarazo. Olavia se resistió y éste comenzó a golpearla, pero Olavia, a pesar de haber recibido educación y haberse preocupado de tener un círculo social que le dio roce y clase, en ese instante sacó a relucir algo de su infancia y personalidad poblacional y, en un descuido del agresor, toma un cuchillo y se defiende propinándole un par de cortes en el abdomen. Posteriormente, no conforme con haberlo ya neutralizado, toma un palo y comenzó a golpearlo, de tal forma que cuando la detuvieron el sujeto había perdido uno de sus ojos, sus hombros y costillas estaban completamente quebradas y la sangre no paraba de brotar

de su boca. El hombre lloraba diciendo que por favor lo salvaran y que no quería morir.

Carabineros quedó impactado con la escena, la versión de Olavia que alegaba legítima defensa, nadie la creyó. Las monjas le brindaron completa asistencia judicial, pero esta no fue efectiva porque, según la 174

ley, en esta causa no se acreditaba legítima defensa, a pesar de haber habido denuncias de violencia, marcas corporales, peritajes en su favor, testigos que corroboraron su versión. Para la ley o mejor dicho para el sentenciador, no fue suficiente. Este es un resumen de lo que dice la sentencia:

Que no existía proporcionalidad en la fuerza. Que el pasado de Olavia ya era un detonante de su personalidad sociópata y que, según su perfil psicológico, se encontraba ante una posible psicopatía descontrolada, dado que en sus inicios fue carente de afecto y protección parental.

Que sin perjuicio de su pasado, nada justifica la tentativa de quitar una vida, y que existiendo en el país instituciones que velan por la seguridad de la mujer, para esta victimaria no fue suficiente el respeto de las normas vigentes y actuó con desprecio y total repudio por la vida humana, no existiendo evidencia de que se tratase de un acto legítimo de defensa, ya que para este sentenciador las pruebas no son suficientes para acreditar que estaba en peligro de muerte, toda vez que tenía opción y hubo tiempo suficiente para haber huido del lugar y evitar así el enfrentamiento.

Hoy que entiendo más el Derecho y puedo interpretarlo, digo con seguridad que este juicio fue todo un tongo. Prevaleció más el pasado y la vida de Olavia. Además no había padres que exigieran justicia, no había prensa, no había nada socialmente hablando que actuara en su favor. Este proceso fue sencillamente una lesión a todos los derechos fundamentales constitucionalmente protegidos; fue sencillamente un delito de lesa humanidad cometido por quienes juraron aplicar una justicia imparcial. No hubo respaldo alguno que

abogara, protegiera y velara por un justo proceso. Como siempre, para aquel que no tiene los estudios, ni los recursos económicos, la ley, en su justicia es implacable.

Es como si en nuestro país fuese delito robar, pero solo para el pobre.

En el momento de llevarla detenida un funcionario le dijo a Olavia,

“¡Mire m’ija, acá la justicia, la verdad y el poder son derechos solo para quienes gobiernan el país!”.

Al final, según la sentencia, al momento de ser detenida Olavia había comentado que desde ese día en adelante el sujeto jamás volvería a tocar a una mujer. Ella lo comentó porque el agresor recibió tantos

cortes en sus muñecas, que quedaron inutilizables, hasta el día de hoy. De hecho, el golpeador de mujeres hoy pide limosna en la feria de abastos, frente al parque Coll de La Serena, ya que la golpiza recibida lo dejó de por vida imposibilitado de usar ambas manos.

El Magistrado leyó la declaración de Olavia a viva voz, como agravante probatoria de su culpabilidad, y por esto ella pasó 3 años privada de libertad por homicidio frustrado. Nadie pensó que estaba embarazada, que el tipo quería ultrajarla. ¿Qué justicia es la que tenemos?, o mejor dicho, ¡Esta es la clase de magistrados poco idóneos y amantes del poder detrás de su buró!

Ya había cumplido 18 años de edad y tenía mi primer empleo, al que entré como auxiliar de servicios y terminé siendo ayudante de cocina. La empresa se llamaba Alfin S.A., encargada de la alimentación a nivel macro, sobre todo para empresas mineras. Había recibido mi primer salario y era la festividad de término de año, conocido comúnmente como fiesta de Año Nuevo. Decidí perder mi virginidad por lo que fui a una discoteca donde tenía un amigo, en un sector llamado La Cantera. La discoteca se llamaba *El*

*Cielo*, su dueño era Orel Alí, con quien hasta el día de hoy me une una gran amistad y comparto una pasión por la radiodifusión.

Fui a esta discoteca, pero me aburrí, por lo que tomé un taxi a la salida y dirigí mi rumbo al centro de la ciudad coquimbana, mi idea hasta ese momento era desordenarme en algún carrete donde hubiera uno que otro conocido, pero no encontré nada de lo que quería y comencé a caminar por las calles prohibidas. Eran calles de boites y casas de remolienda. En algún momento mi mente, que había bloqueado en lo más profundo del casillero negro llamado subconsciente los lazos que me unían con aquel lugar, comenzó a extraer, cual pulpa de fruta, uno a uno los recuerdos fugaces, estilo cortometraje o sueño de películas.

Recordé que en algún momento lejano había cumplido labores de guía de hombres ebrios, de esos que apenas caminan, trabajo sobre el que más adelante ahondaré.

Caminé hasta encontrar el local más llamativo y al abrir la puerta del lugar escogido, focalicé mi mirada en el escenario redondo donde había una mujer despampanante que hacía una performance, con un baile suave, erótico y muy seductor, lo que encendió una que otra parte 176

de mi cuerpo, todo temeroso de lo desconocido. Con la interrogante a flor de labios sobre lo que me encontraría, me senté en una mesa redonda, adornada por un par de velas, todo bajo una luz tenue, razón por la cual me era difícil identificar a la dama de carácter afable, voz suave y sonrisa perfecta que dijo llamarse Juma y que se había instalado en forma sorpresiva en mi mesa. Ella me toqueteaba por completo, riendo por lo que tocaba entre mis piernas, mientras mis ojos estaban atrapados, cual bebe en una mamadera a la hora de su leche, en el Show. Por primera vez tenía la oportunidad de ser *público preferente* y ver el espectáculo en detalle, ya que cuando guiaba a ebrios jamás me dejaban ingresar debido a mi corta edad, pues tenía entre 9 y 10 años, no recuerdo con exactitud.

Una vez terminada la función comencé una conversación subida de tono con mi acompañante, bebimos uno que otro trago y decidimos pasar la noche juntos. Ella guió mis pasos hacia una habitación que expelía un olor embriagante y que se hacía más excitante a medida que avanzábamos. Suavemente caminábamos y nos besábamos en cada rincón del pasillo, todo mientras mis manos la recorrían rincón por rincón, en eso cruzamos la puerta de la habitación que habíamos alquilado, enciendo la luz y al verla, toda la excitación se esfumó. Mis ojos no podían creer lo que contemplaban. Si bien estaba desnuda, mi mirada no bajaba de su rostro; una y otra vez me preguntaba si era esto una especie de cámara escondida, o una desagradable broma del destino.

Pero no, ninguna de esas opciones era la real. Estaba frente aquella chica que había pagado una condena; aquella mujer que en más de una ocasión me defendió, que fue víctima de golpizas como lo fui yo; aquella persona que en ese segundo no sabía cómo tratar, si por el apodo de Olavia Batea o amiga, era una mezcla de sensaciones extrañas.

Estaba frente a Olavia, quien por mucho tiempo se dedicó a practicar el comercio sexual. Era la lógica de esos tiempos ser estigmatizado por una sociedad poco criteriosa. Después de tener que defenderse y pagar una injusta condena que manchó de por vida sus antecedentes, nadie en toda la Región le dio trabajo.

Muchas veces caemos en la egolatría por la arrogancia de creernos mejor que aquel que está frente a nosotros, o porque trabaja en algo que encontramos inferior, o sencillamente por vestir de determinada

177

manera, y a mí me ha ocurrido. Pero recordando mi pasado he ido aprendiendo que nunca debo olvidar de dónde vengo. Nadie sabe qué es lo que a una persona la lleva a ejercer cierto tipo de trabajos, quizás si supiéramos arrancaríamos de nosotros mismos.

Al reconocemos, nos abrazamos. Olavia, avergonzada lloraba pidiéndome perdón... a mí. Yo le decía, ¿por qué a mí?, si te estás

sacrificando por tus hijos... Mas el discurso de caballero se me terminó, mi lengua se trabó, y nos volvimos a abrazar llorando como niños hasta que la luz del día nos advirtió que cada uno debía tomar su rumbo.

Desde aquel día, jamás volví a pisar un club nocturno o recorrer las calles de Coquimbo solo.

En el mismo periodo en que ocurrió lo del robo en Santiago, yo había solicitado apoyo para poder estudiar, o aunque fuese un trabajo y así terminar mi educación. El cierre de puertas en mi cara fue tan fuerte que jamás volví a pisar ninguna institución que fuese creada por el gobierno de turno, o el Sename...

Así transcurría mi vida, entre negativas y sobrevivencia; luchando contra viento y marea por querer cambiar mi estrella, pero cuando en las entrevistas de trabajo, que fueron varias, preguntaban mi procedencia, la respuesta típica fue: "después te llamamos". Esto era una constante en mis oídos. Aun así, tengo la sensación que la mano del destino sencillamente no la doblé, sino que la fracturé, y en pedazos.

Pero no fue solo en mi caso, también existe uno que es el peor de todos.

# Alexandra

Alexandra Rodríguez fue una compañera de esos tiempos con la que hace poco me junté en uno de los tantos viajes a la ciudad de Coquimbo y me contó su dramática historia. Tal como yo lo sospechaba, en ocasiones no era solo el personal del Sename el que abusaba de sus conocimientos, capacidades y, sobre todo, de su poder, había auxiliares que también hicieron su trabajo con algunos de nosotros.

Alexandra ya había egresado, pero siempre siguió en contacto con algunas funcionarias del internado, con una en especial, Agustina, 178

quien usó sus habilidades y conocimientos para endulzarle el alma y hacerle creer que la cuidaría de por vida. Por alguna extraña razón, de esas que solo se pueden explicar revisando los pensamientos, la auxiliar Agustina la apoyaba. Pero por instinto algo le advertía a Alexandra que no se entregara en su totalidad a esta señora. Sin embargo, hizo caso omiso a la advertencia de su palpitar y aunque intentaba responderse sobre esa incertidumbre que la auxiliar Agustina le provocaba, siguió adelante, aduciendo que era una mal agradecida por pensar así de alguien que la estaba ayudando a salir adelante.

Alexandra, a sus 17 años estaba pasando un momento económico de aquellos que es difícil salir. Se sentía completamente sola, con un padre ausente, una madre que los dejó abandonados por ir tras de un hombre más joven y que jamás los ha dejado ser felices y los tortura psicológicamente cada vez que puede, dado que no ha desaparecido de sus vidas y en ocasiones, cuando más escasea el dinero, más los busca y en esos momentos suele mostrar su lado humano. Los hijos la apoyan y nuevamente vuelve al ataque. Alexandra tiene en total 5

hermanos, más todos están distantes unos de otros, y todos ellos fueron compañeros de internado de quien relata esta historia.

El asunto es que Alexandra, a esa edad, quedó embarazada, un embarazo difícil. Sobre todo que, una vez que naciera la bebe, más difícil sería la situación para mantenerla puesto que ella ni siquiera tenía donde vivir. Fue una etapa de locura, en donde la confusión y el rechazo social se hicieron más presentes que nunca. Al llegar el momento del nacimiento de su hija apenas tuvo pañales, porque los milagros en la alimentación y vestimenta fueron inexistentes para ella.

La auxiliar Agustina convenció a Alexandra de que se fuera a vivir a su casa. En vista de que no podía vivir en la calle con su hija, aceptó. Cuando la niña cumplió 2 años, Alexandra encontró un oficio donde poder desarrollarse, pero necesitaba estar tiempo completo.

La auxiliar Agustina la llevó a una notaría y le hizo firmar una hoja, en ese momento la auxiliar estaba demasiado apurada. Alexandra, en virtud de todo lo que había hecho por ella, no dio paso a dudas y firmó de buena fe. Lo más curioso y que a la fecha Alexandra aún recuerda, es que Agustina la convenció de que aquel lugar era un Tribunal de Familia. Convencida, Alexandra partió al norte a trabajar y enviaba dinero para la manutención de su hija, acción que sagradamente repetía cada final de mes, durante más de un año, sin dejar de llamar ni enviar dinero.

179

A su regreso, ya con todo lo que había juntado, Alexandra, decidida a recuperar a su hija, se encontró de topetón con una desagradable sorpresa: el dinero que había enviado para la niña, la auxiliar lo usó para pagar un abogado y hacer valer la escritura que la había hecho firmar a ciegas.

Alexandra, con el apuro de su viaje y pensando que estaba dejando a su bebe en buenas manos y que se la cuidarían, había caído en una trampa, pues lo que realmente le hicieron firmar fue el cuidado

personal y definitivo de su hija, todo a través de un engaño vil, vergonzoso y bajo. Y a pesar de estar consciente del engaño, la auxiliar ni siquiera tuvo la valentía de decirle de frente lo que había hecho, sino que se lo mandó a decir con otra ex interna, Le mandó a decir que por favor no visitara más a la niña, que ella ya no era la mamá y que se alejara de ella y de su casa, que ya tenía lo que quería y se olvidara incluso de su nombre.

Al mismo tiempo, la auxiliar le dijo a la niña que su madre la había abandonado, que era drogadicta y una mujer de la calle, hechos que aún cree. Y a la fecha ya tiene 20 años. Lo que ella sabe es que fue adoptada y odia a su madre por dichos de una mujer de baja calaña. Por su parte, Alexandra, hasta el día de hoy, llora por su hija, sin rencor en contra de la auxiliar. Si bien tiene más hijos, nadie podrá ocupar el vacío que su primera hija le dejó. La auxiliar sigue trabajando para las monjas y vocifera cada vez que puede sobre la niña. Haciendo memoria, recuerdo vivamente el instante en que la vi y con rostro sonriente me comentó que Alexandra le había regalado a su hija. Siempre quedé con esa duda, algo en su historia no me cuadró y hoy constato la mentira, ya que me dijo que Alexandra la había ido a dejar al Hogar y jamás regreso por ella y al hablar con Alexandra, ella me comentó como realmente ocurrió todo, versión que me fue corroborada cuando confronté a la auxiliar con la verdad. Esa fue la última vez que le dirigí la palabra a aquella mujer ladrona de hijos, la misma mujer que despotricó en mi contra defendiendo la institución por una entrevista dada por mí a la revista Qué Pasa, titulada: Yo Sobreviví al Sename.

Alexandra ha intentado hablar con su hija, pero ahora es la niña la que, creyendo que fue abandonada, ni siquiera la saluda.

Hoy Alexandra es una micro empresaria felizmente casada, con una casa con vista al mar, una familia numerosa y con esa felicidad a  
180

medias, por culpa de la mochila que espero alguna vez bajará de sus espaldas. Lamentablemente el dolor de haber perdido a su hija, de haber sido engañada, seguirá latente hasta que la niña tenga la

capacidad de reconciliar su alma y saber la verdad. Verdad que en un momento, con el permiso de la madre, pero la madre real, estoy dispuesto a decirle, aunque sea en el funeral de la auxiliar que tanto daño ha causado.

O quizás le haga llegar estas, mis memorias, que en este episodio comentan lo sucedido realmente y saque ella sus propias conclusiones.

A veces pienso que a muchas auxiliares, incluyendo a una que otra monja, el dolor causado y las cicatrices permanentes provocadas por el castigo, no les fueron suficientes y que en su esencia aman ensañarse dañándonos, incluso ahora.

Lo digo por la misma razón que mencione unos párrafos más arriba. Gracias a la entrevista dada a dicha revista, han intentado de todo para desmentir la historia, instando a personas que ni siquiera estuvieron en la institución en la misma época que yo, a enlodar mi nombre. Una de las monjas, de esas que dicen amar al prójimo, se ha empeñado en unir gente para que me ataquen a través de las redes sociales, hasta que la confronté con sus propias palabras.

Existe, en varios compañeros, un daño permanente, muy similar al que sufrió Román. En una oportunidad, llegó un menor al que bautizamos con el apodo de Yaqui Chan. Traía consigo a tres hermanos más, una mujer y dos hombres, el menor padecía un leve retraso y estaba constantemente gritando.

Para poder calmar a Gabriel, nombre del hermano menor de Yaqui Chan, una de las auxiliares lo amarró a la cuna y con fuerza le movía la cabeza hacia adelante y hacia atrás, golpeando la nuca en el madero de la cuna fuertemente; esto lo hacía sonriendo y mostrando a las otras lo cómico que le parecía la reacción del niño, ya que después del quinto golpe el pequeño por inercia seguía el vaivén de lo que para ella era un juego. El daño fue tan severo y permanente que al crecer quedó con secuelas graves. No hablaba y sus movimientos eran desordenados como si estuviese en eterno estado de adicción. Antes de que aparecieran las denuncias de

maltrato en los internados, ya eran pan de cada día, al menos para nosotros.

181

En una oportunidad que Gabriel caminaba de noche por una concurrida, avenida de la Covico, sector de clase media acomodada de la región de Coquimbo, fue arrastrado por casi 20 metros por un conductor ebrio. El accidente le quemó parte del cráneo y tuvieron que taparle la herida con metal para evitar infecciones. Agonizó tres semanas, hasta dejar de existir. El conductor era funcionario municipal y no respetó un paso peatonal debidamente señalado; los testigos declararon que el muchacho iba lento y que el conductor lo acosó con la bocina para apurarlo, e incluso bajó su ventana para insultarlo. Pero cuando Gabriel iba a la altura del motor del furgón, el sujeto aceleró a fondo llevándolo consigo.

Y adivinen... así fue, tal cual están pensando. Una vez más nadie reclamó, ni abogó por él. La muerte de Gabriel quedó impune y sigue así a la fecha. El sujeto fue dejado en libertad. Como causa basal dijeron que él no sabía que la persona tenía retardo y era sordo, además argumentaron que nadie había interpuesto una querrela.

Al parecer, también ignoraban cómo es que Gabriel, junto con sus hermanos, quedó abandonado. La historia de los expedientes cuenta que sus padres los llevaron a una playa llamada Changa, que antiguamente era la playa de los pobres y hoy se vende como un gran balneario de la zona con el nombre de Bahía Camarón. Sus padres les dijeron que esperaran allí hasta que ellos regresasen, la típica historia de todos nosotros. Debieron transcurrir cuatro días para que los encontraran desmayados, sin agua ni comida. Sus padres jamás volvieron, hasta el día de hoy se desconoce su paradero.

Mi conciencia me castiga al redactar esto, ya que cuando supe de la muerte, o mejor dicho, del homicidio intencional de Gabriel, me fue imposible viajar a su funeral. Supe tres días después de sepultado

que como nadie lo reclamó, el cuerpo fue dejado en una fosa común.

Debo advertir que muchos de mis compañeros que ya no están entre nosotros terminaron de la misma forma, por falta de recursos.

Algunos derechamente fueron lanzados a la Huesera Municipal.

¿Aún creen que el Estado y Sename hacen seguimiento? La verdad, jamás he vuelto a ser entrevistado. Ni el Sename, ni ninguna entidad del gobierno se hicieron presente, ni siguieron un proceso en contra del conductor.

182

Ya han pasado años y, lamentablemente, para la justicia este delito ya prescribió. No es posible, ni lo será, obtener una sentencia condenatoria. El chofer sigue conduciendo y quizás matando a tontas y a locas. Allí está, esta justicia prometedora que solo viola, y atenta contra todas las garantías constitucionales que el ciudadano libre, por el solo hecho de nacer en esta tierra, tiene y posee como algo inalienable al ser.

Sé que seguirán hablando de los cambios sociales; seguirán vociferando a viva voz de su esfuerzo por acabar con la pobreza, siendo conscientes de que para ello primero deben comenzar con la alfabetización, pero no lo harán, porque un gobierno mediocre le teme al pueblo letrado.

Seguirán mintiéndole al país y cientos de niños continuarán intentando salir adelante, tratando de cruzar las barreras que impone la sociedad. Seguirán diciendo que todo está bien y otros, ciegos, seguirán creyéndoles. Dirán que toman medidas para mejorar los Centros de Internación. Me pregunto, ¿de qué manera? Mientras tanto, seguirán existiendo estos internados administrados por personas indolentes; las violaciones en su interior se seguirán cometiendo, sin detenerse, dejando a niños dañados psicológicamente, a los que ya se les nota su odio a la sociedad.

## VII.2 La *horrorocidad*

Esa era la realidad de nuestra vida en el internado, un internado que, por encima de todo, era cristiano y devoto, al menos en la creencia, porque en el actuar, la devoción y cristiandad eran nada más que una proclividad en sepia.

A través de mi historia han sido participes de la crueldad y la *horrorocidad* vividas, pero de seguro, si se cruzaron en la calle con una religiosa algunos pensaron, ¡Qué hermosa labor deben realizar! Aquel pensamiento es loable dentro de lo que uno como persona desconoce y no todos están en la obligación de ahondar en la personalidad del prójimo. Quizás si aquello estuviese permitido, muchas atrocidades, de las que fui testigo por diablos con sotana, y pérfidias con hábitos, pudieron haberse evitado.

Debo reconocer que en aquella cuna de lobos rebosados por la maldad existieron también ángeles que cumplieron función de 183

guardianas; aquellas seres de luz que se esmeraron por sacar lo mejor de nosotros, formarnos dentro de lo que se podía, con las pocas, o mejor dicho, la nada de herramientas que el sistema de internación les brindaba, ese sistema llamado Sename al que nada le importábamos.

Estos ángeles iluminados eran conscientes del negocio existente en aquella época y que nadie se atrevía a denunciar. Incluso, en este siglo XXI temen siquiera recordar. A este grupo minoritario de personas lo denomino “ángeles”, porque dentro de tanta oscuridad en la que vivíamos alguna luz tenía que verse. Para esa infancia, que era como estar en un abismo en caída libre, infinita y agónica, ellas eran como una especie de autopista segura, que aunque fueran solo instantes, nos hacían sentir queridos y seguros.

Hay que aclarar que este gobierno y todos los gobiernos anteriores llegados en la época de democracia, están al tanto de las irregularidades, y hasta el día de hoy guardan un cobarde silencio protegiendo a quien sabe quién, o quien sabe qué.

Tengo la convicción, por el patrón dominante, que no solo el internado *Niños de Dios* se dedicaba a las adopciones de niños, también lo hacía la fundación Cema Chile. Esta institución fue creada en el año 1954, y su abreviatura significa Centro de Madres, ya que estaba orientada a la superación de la mujer. Adquirió notoriedad en el gobierno militar, cuando fue dirigida por la esposa del entonces dictador, Lucia Hiriart, y es en ese periodo donde se concentra lo oscuro de lo que fui testigo, en esos años cuando solo recibía niñas.

En una oportunidad, un sujeto melenudo, barba prominente, ojos claros y de una inteligencia envidiable, llegó como voluntario para cuidarnos y, cuando las monjas se iban a su retiro, él nos contaba historias macabras de violaciones a los Derechos Humanos en que incurría el Gobierno. Su nombre es Héctor.

Entre el tío Héctor y yo hubo tal fiato, que él me protegía y yo feliz sentía que tenía un padre, sentimiento que duró solo unos tres meses, ya que, por alguna extraña razón, un día se levantó a las cuatro de la madrugada, tomó un bolso y salió de la casa con rumbo desconocido para no volver más.

Al mes siguiente llegó otro tío a cuidarnos, y este me seguía los pasos, incluso me entregaba cartas escritas por unas personas a las que 184

yo les había llamado la atención. Se trataba de los alemanes; los mismos a los que tiempo atrás una de las auxiliares les enseñaba la casa. Nunca me habían llegado cartas, era extraño porque ellos se encontraban viviendo entre nosotros, pero a mí me gustaba el juego. Las cartas iban dirigidas a mí, pero con el nombre Danilo.

El asunto es que este señor me interrogaba acerca de todo lo que me había comentado el tío Héctor. Yo respondía solo con evasivas, era casi una tortura. El sujeto se aburría de no conseguir nada conmigo y se fue para jamás volver. Este prominente señor, que tenía peinado a lo lengua de vaca, resultó ser un policía de investigaciones y buscaba al tío Héctor por ser contrario al gobierno

de *Perrochet*. Esto lo supe por escuchas de conversaciones de los adultos.

Resulta que al tío Héctor le habían matado a su mujer y desaparecido a sus padres, por lo que su vida se volvió la vida de prófugo eterno. Al policía le habían encargado encontrarlo y se dice que había pertenecido a un comando llamado DINA (Departamento de Inteligencia Nacional), institución gubernamental que había creado el dictador para combatir a los opositores a su régimen.

Con los años supe que el tío Héctor era hermano de una de las novicias, con la que huyó precisamente, debiendo renunciar ella a la congregación, pues se había ocultado allí para no correr la misma suerte que sus familiares. Ambos actualmente viven en las afueras de Italia. Si tan errado no estoy, se autoexiliaron en Trentino, provincia Di Trento, frente al hermoso lago Di Garda.

Es por esta razón que afirmo, que las instituciones de orden y paz, tanto uniformadas como civiles, estaban al tanto de los negocios de algunos internados, incluyendo el Sename, que está directamente involucrado. De lo contrario, ¿cómo se explica que un detective, sin ningún vínculo con el internado haya sido quien me entregase cartas?

A menos que le hubiesen mentido también a él, cosa que dudo.

Al tiempo de estos hechos comenzó también a llegar un estudiante universitario que se volvería un gran súper héroe para nosotros, dado que muchos auxiliares que llegaban a cuidarnos nos maltrataban de forma física o psicológica. De una u otra forma así se validaban en su actuar como personas, algo tenían que hacer para sentirse hombres.

185

A este auxiliar lo bautizamos como el tío Lobo. Nos fabricaba desde camas hasta muñecos de trapo, también nos duchaba. Su voz era suave, sus manos gruesas y velludas, muy alto, una barba de oso,

cabellera motuda, apenas se le veían los ojos y la sonrisa, y eso le valió el apodo de Lobo.

Recuerdo que una vez llegó una interna trasladada desde el Cema Chile, habrá tenido no más de ocho años. Nosotros nos duchábamos todos juntos. ¿Será porque en esos tiempos nuestra mentalidad era completamente sana? No existía la maldad, esa que te causa el pensamiento turbio o morboso, no conocíamos de pudor alguno. Niñas y niños usábamos las mismas duchas y a veces tres o cuatro a la vez.

Ocurrió que el tío Lobo quedó impresionado al ver unas marcas de correas en la espalda de la niña nueva, estaban cicatrizadas como si hubiesen sido de látigos, eran profundas. Más tarde le preguntó por las marcas y ella respondió con un sencillo, “Fue por ayudar a una compañera a limpiar el comedor, cuando había sido castigada”.

Como verán, no solo estaba el padre Johanon involucrado en adopciones fraudulentas, las que se efectuaban en conjunto con personal de Sename que realizaba la tramitación legal.

Hubo un caso más que llamativo. Resulta que cierto día llegaron unas mellizas al internado, a una de ellas la llamaré Mabel, así no inter-fiero en su vida actual. La Mabel, como le decíamos, había sido abandonada en un hospital y tenía un problema a las piernas, era minusválida y solo se movía con unos fierros puestos en ellas. A nosotros nos llamaba la atención y la ayudábamos en todo. Ambas gemelas solo permanecieron 7 meses entre nosotros. Un día apareció una camioneta gigante, bajaron de ella un militar y un cura, acompañados por un matrimonio inglés. Se acercaron a las gemelas y las abrazaron; ellas nos miraban como preguntándose, ¿y esto?, y subieron sin llorar al monstruo de ruedas, solo nos movieron las manos en señal de despedida. Nosotros ya no nos extrañábamos por lo ocurrido, pues sabíamos por vivencia anterior que se las habían llevado. Hasta el día de hoy, poco o nada se sabe de ellas, solo rumores, que se encuentran viviendo en Sídney.

No tengo nada en contra de dar buena vida a los niños, más aún si estos son huérfanos como lo fui yo, pero sí estoy en contra de mentirle a una familia; como lo hicieron con muchas cuando no sabían explicar por qué sus hijos no se encontraban.

186

Al menos en esta ocasión, sé que no pudo haber existido mejor decisión para ellas, o hasta el día de hoy se encontrarían en una incertidumbre de vida; o quizás no, pero nada saco con la presunción.

Lo hecho, hecho está.

En otra oportunidad fuimos invadidos por un grupo de tres o cuatro parejas extranjeras, todas alegres y risueñas. Nos daban golosinas y caricias en el cabello, eso era lo más divino, una sensacional ternura que rara vez recibíamos, ya que solo conocíamos de palizas, palmazos, chuletas, varillas, tablazos y gritos con insultos varios.

Por eso los rodeábamos como niños hambrientos, que de hecho lo estábamos también. El caso es que una pareja escogió a un panzón, de cabello castaño claro, piel blanca, ojos color miel y que bailaba como todo un artista al compás de la música, su apodo era Kevin.

El resto de los matrimonios se fue con las manos vacías.

Lo triste es que el Kevin se entusiasmó. Se le realizaron los exámenes de rigor, acción recurrente cada vez que un niño se iba.

Los exámenes duraban como 5 días, apartaban al niño de la población de internos y lo dejaban en la enfermería, no fuera a ser cosa que se contagiara de algo, justo antes de irse.

El caso es que se fue feliz, Kevin había encontrado familia. Pero su partida fue con un gran elástico, a los 4 meses lo devolvieron, como

si hubiese sido una mascota o juguete defectuoso. La razón: habían ocultado una terrible enfermedad.

Kevin había sido rescatado de los brazos de una madre vagabunda, que pedía en las calles del puerto de Coquimbo. Dormía con él en botes abandonados y paraderos, pero ojalá fuera solo eso. La mujer, tenía, al parecer, un desequilibrio más que emocional, pues con el dinero recolectado de sus limosnas, ella compraba vino y un litro de leche; una vez con esos productos en sus manos, los mezclaba en una mamadera y se la daba como alimento al niño. Esto lo repitió durante tres años, por lo que a los 6 años de edad el bebé ya padecía de una especie de cirrosis. Kevin llegó con una guata gigante, que sobresalía como si fuese una especie de tumor; fue ingresado de urgencia a la enfermería, y derivado al hospital San Pablo de Coquimbo. Los médicos quedaron, como se dice, completamente curados de espanto, Kevin tenía en su estómago una crianza de Lombrices; estos gusanos prácticamente 187

estaban devorando todo en su interior, y eso, sumado a una cirrosis, empeoró su estado. Fue una larga recuperación. Su condición se debió a que su único alimento, después de la leche, eran comidas podridas y esas cosas, comidas que su madre recuperaba de la basura. Su tratamiento duró al menos un año, su cirrosis fue controlada hasta su egreso. Quien rescató a Kevin fue el tío Lobo, y acá quiero aclarar un detalle, el Sename, sabiendo de la condición de Kevin, jamás aportó con un solo céntimo a su tratamiento. Aún recuerdo las palabras del inspector del Sename cuando hablaba con una de las hermanas buenas:

“Sabe hermana, intente, intente curarlo. Si muere, al menos lo intentó, yo nada puedo hacer.”.

Años más tarde, el tío Lobo falleció arrollado por un camión que no respetó un Disco Pare. Al momento de ser atropellado, el tío Lobo había concretado su sueño, pues se había titulado solo cinco días atrás, de biólogo marino y estaba feliz por el nacimiento su hijo, que solo tenía tres días de vida. De hecho, se dice que murió cuando iba

a buscar a su esposa, que ese día había recibido el alta médica después del parto.

Por más que leo, una y otra vez, todo lo relatado hasta el momento, me cuesta creer que las grandes personas que tanto bien hicieron en el camino de mi vida, hayan perecido. Es como una especie de crónica de una muerte anunciada, o maldición. Cada persona de buen corazón que se acercó al internado a cuidarnos y protegernos, tuvo un final trágico.

Y quienes solo se dedicaban a torturar y golpearnos, aún están con vida y al vernos, nos abrazan y saludan, como si todo hubiese sido un sueño o imaginación nuestra.

Hoy tengo entendido que Kevin estaciona vehículos en el centro de la ciudad de Coquimbo y su cuerpo asimiló el licor como algo natural, como una inyección de insulina para el diabético. Lamentablemente, ya no existe tratamiento que logre separarlo de este vicio que hace de él un esperpento alcohólico.

Con Kevin este futuro se veía venir. Por única vez las hermanas, al menos las maltratadoras, nada tuvieron que ver, toda vez que en su sangre ya venía el licor corriendo, como si fuese parte de sus células.

Lo que es a mí, comenzó a acercarse cada vez más la pareja de alemanes cuyas cartas extravié, aunque me parecían graciosas. Era  
188

tanto el amor que recibía de parte de ellos, que dejé que me llamasen Danilo. Aunque a veces, se me olvidaba y cuando me gritaban por Danilo solía no voltear mi cabeza. Parte de mi odiaba aquel nombre, por recordar la golpiza que significó; pero a la otra parte le estaba gustando llamarse así porque recibía ropas nuevas, juguetes y atención, lo que se mantuvo por casi seis meses. Me cuidaron y protegieron; me sacaban a pasear a la playa, al parque; me compraban helados y cuanto cosa a mí se me ocurriese. Por primera vez yo era el protegido y preferido y el más popular del

internado. Me sentía en una nube voladora, no quería bajarme, les preguntaba si se quedarían conmigo mientras los abrazaba; ellos me decían que sí, que siempre estarían a mi lado. Me regalaron un cuento en alemán y me enseñaron a interpretarlo, aprendí juegos en su idioma y hasta cantaba cumpleaños feliz en alemán.

Para las golpeadoras, yo me había vuelto intocable, así que por ese período abusé de dicha condición. Me metía a sus despensas, sacaba jugos para mis compañeros. Me metía a la cocina cuando estaban tomando onces, les hurtaba el pan o los aderezos, hasta mermelada, luego me sentaba en el patio con el Piraña, David, Andrés, Francisco y otros más, a comer del botín. Aunque miraran con enfado, como con ganas de prenderme fuego, yo no tenía que tener ni una sola marca más, o ellas pagarían un alto precio.

Así que, cada vez que podía las desafiaba y corría a esconderme.

Aunque hubo una que intentó golpearme y ella sí que era abusiva con nosotros, la auxiliar Rashel. Pero solo alcanzó a levantar su mano, cuando una monjita de carácter suave y protectora, que estaba en desacuerdo con los tratos hacia nosotros le gritó

-¡Tía, tóquelo y se atiene a las consecuencias!

La Rashel bajó la mano diciendo:

-Ya verás, ya vamos a estar solos.

Yo le saqué la lengua y por primera vez pude pegarle una patada en las canillas, a lo que levantó el pie y al cojear chocó su cabeza con una cama. Como conclusión, siete puntos con una mariposa de tela, se veía divina, jajajajajaja. Al momento del golpe más gritaba y la hermana, entre preocupación y risas, la socorrió. Desde ese día, cada vez que me miraba, me amenazaba con golpes, yo reía sujetándome la panza.

Hasta que llegó un momento más que complicado para mí. De un día para otro me avisan que los tíos alemanes vendrían a buscarme para ir a un cumpleaños. Yo estaba feliz, primera vez que iría a un cumpleaños, y por 24 horas. Preguntaba, ¿A qué hora era?, y ellas me decían, a medio día, y me calmaban.

Esa noche no dormí pensando en cómo sería bailar con una persona en libertad. Imaginaba cómo me comportaría en una fiesta donde sería un completo extraño, pero estaba dispuesto a ser feliz aquel día.

Al día siguiente, me levantaron a las 8 de la mañana. Me peluquearon, me pusieron ropas nuevas que según ellas eran mías, pero a decir verdad jamás las había visto; unas zapatillas hermosas, tan blandas que daba gusto caminar y correr, hasta me echaron gomina.

De pronto me dicen: “¡Ahora sí, pareces *gentleman!*”. Sin entender, me puse a reír y movía mis cejas arriba y hacia abajo en son de gracia, lo que provocaba risas entre las adultas que estaban conmigo. Después de eso, un desayuno extraño: fruta picada, jugo natural, cereal y leche de chocolate. Lo recuerdo claramente porque jamás habíamos desayunado de esa forma. De hecho, nuestro desayuno era un jarro plástico de leche de mal sabor y sin azúcar; una mitad de pan, el que a veces su único acompañamiento eran las migas, a eso sumemos que no era fresco, y nada más. Por ende, me dieron un desayuno de príncipe, muy difícil que lo pudiese olvidar.

Una vez terminada mi ceremonia de desayunar, me fui a los columpios. Los tíos llegaron como media hora antes, yo estaba extasiado de alegría y tenía una gran curiosidad por lo que se me venía, era una fiesta.

Ellos pasaron directo a las oficinas, fueron atendidos por la asistente social, demoraron como una hora. Yo ya me estaba desesperando, quería ir a ese cumpleaños, cuando en eso llega la auxiliar Rashel con una maleta y una mochila, recuerdo un dibujo animado llamado

He-man, que estaba estampado en su exterior. Rashel me comenta que todo eso era para que yo lo pasase bien en el cumpleaños.

Los tíos se desocupan con la asistente social y comienzan a caminar hacia mí cuando, como en un acto casual, miro a mi izquierda y veo a la tía Carmen quien al verme lanza una lagrimita. Corrí a su encuentro, 190

la abracé fuerte contra mí. Cumpleaños, ropa nueva y todo lo demás se me olvidaron, no quería separarme de ella.

Ella ingresó de mi mano y me acompañó a los columpios, comenzamos a columpiarnos despacio, ella se sentó en el columpio de al lado y yo le conté lo feliz que estaba, mostrándole la maleta y la mochila. La tía Rashel estaba con una cara de nervios por lo que ocurría, yo sin comprender un ápice y con toda la inocencia de un niño, seguía feliz por estar con la tía Carmen. La tía Carmen cuidadosamente toma mi cara y me dice: "Te amo."

Primera vez que mis oídos, escuchaban aquella frase, que aunque no sabía qué significaba, pero sí que algo importante era, pues mi corazón comenzó a latir a mil por horas. Tanto los alemanes, como la asistente, se miraban con caras de interrogación. La tía Carmen, con lágrimas en su rostro, se acercó a ellos, les tomó la mano. No puedo decir qué hablaron, pero de pronto volvieron todos hacia mí, se pararon frente mío y la asistente se agachó suavemente, moviendo la cabeza en señal de negación, como diciendo "esto no está nada bien". Toma mi mano, que en ese entonces era pequeña, mirándome tiernamente me dice: "Ángel, ¿quieres ir al cumple, o quieres quedarte con la tía?"

Mi respuesta fue inmediata, me quedaría con la tía por todo el día.

No sé por qué opte por aquella respuesta, pero hoy con certeza puedo decir que fue la mejor decisión de mi vida, incluso, sin saber las consecuencias que conllevaría posteriormente. Consecuencias, que más que castigo o vendetta, se volvieron mi oportunidad.

Sin embargo, como carta bajo la manga, se acercó una monjita, como para enfriar la situación, que realmente no se qué tan complicada era, y les dijo que no se preocuparan porque estaba disponible la opción ya conversada y no tenían que hacer papeleo, pues de todas formas, los formularios ya estaban aprobados y firmados en caso de...

En eso, la auxiliar Rashel fue en busca de otro compañero, al que llamare Toni. El salió muy elegantemente vestido, lo tomaron de la mano y se lo llevaron.

191

Ese fue el último día que vimos a Toni entre nosotros. Su cumpleaños fue tan largo, que terminó en la Alemania Federal, según tengo entendido. Nadie de mis compañeros actuales y ex compañeros de internado ha vuelto a saber de él.

Después que la pareja cruzó el umbral de la libertad con Toni, la tía Carmen me abrazó llorando, besándome la cabeza y dándome gracias. Con mis manos diminutas y con nada de madurez para entender lo que pasaba, le sequé las lágrimas y pasamos un gran día juntos.

Esta etapa de mi vida, la quiero comparar con el cuento de una mujer y su mascota, una culebra.

Una mujer tenía como mascota una culebra a la que amaba mucho.

Con el tiempo la culebra creció 2 metros con 13 centímetros, hasta que un día la culebra dejó de comer. Después de varias semanas de tratar de alimentarla sin resultados, la mujer la llevó al veterinario, explicándole angustiosamente la situación. El veterinario le dice

-Quiero preguntarle algo, ¿la culebra duerme con usted o ha estado muy pegada a usted y se estira cada vez que está acostada?

La mujer sorprendida por lo asertivo del médico veterinario, le responde con alegría, pensando que ya tenía solución a su dilema

-¡Siiiiiiiiiii! Por eso me entristece no poder ayudarla a sentirse mejor!

El veterinario le responde:

-Señora, su culebra no está enferma, se está preparando para comerla, de hecho en las noches cuando se estira y se apega a Ud. es sencillamente para saber qué tan larga debe estar, y no ha comido para tener espacio suficiente y así poder digerirla mejor.

Esto me hace pensar que, no porque se tenga personas preocupándose de uno eso significa que nos quieren ayudar de verdad.

A mí solo me endulzaron para darme en brazos de quienes podrían ser mis padres hasta el día de hoy. Al final de cuentas, no sé por qué me enfada tanto, si después de todo hasta Judas dio un beso a Jesús antes de la traición, y hasta nuestra sombra nos abandona en la oscuridad.

192

Al irse la tía Carmen, aparece por mi espalda la Auxiliar Rashel, quien me tomó con fuerza, me arrastró a los dormitorios, para luego encerrarme en el baño, donde me desvistió y me golpeó hasta que a mis nalgas le salieran llagas. Nadie hizo nada, por más que escuchaban mis gritos de dolor. De la ropa nueva, bueno, como una cenicienta volví a los trapos viejos mal olientes y a los castigos desmedidos. Sin yo saber qué había ocurrido, gracias a ese día también a la tía Carmen le prohibieron la entrada al internado para verme, por al menos 8 meses.

Sin duda, todo indica que había sido escogido para tener familia, ser dado en adopción, pero algo en mis papeles lo impedía. De haber ido a ese cumpleaños es seguro que hasta mi idioma hubiese

olvidado, y todo lo vivido hasta hoy no existiría, así como tampoco mi historia.

Estoy seguro, que mucho de esto será negado, pero es cosa de pedir los libros de internos y buscar en ellos. Al parecer, el negocio era niños en conserva y la adquisición de bienes. Prueba de ello es Cema Chile, que con pocos meses, ya contaba con grandes propiedades de valores muy elevados, y allí los castigos eran mucho más crueles.

Se decía, ya en esos tiempos, que la directora, a través de esta institución que alguna vez tuvo nobleza en su finalidad, cubría sus negocios sucios y a su vez se dice que allí ocultaban hijas de detenidos desaparecidos, las hacía pasar por huérfanas y les inventaban otra historia de vida.

Nosotros no siempre seríamos niños. Creceríamos, algunos con más respaldo que otros, tanto en lo económico, como en lo emocional.

Y ellos siguen siendo los mismos, por lo que ahora, en esta realidad en la que nos encontramos, sin temor ni miedos, puedo enfrentarlos, incluso siendo más fuerte de lo que ellos fueron en su momento.

Este libro es prueba de ello.

Hay que tener en cuenta también que las acusaciones al Sename existieron, que se realizaron denuncias; pero esta entidad hizo oídos sordos. Ellos siempre han sabido de los abusos en las casas de menores, así como también puedo asegurar que estaban en conocimiento de las adopciones irregulares, pero necesitan imponerse como la institución que vela por los derechos del niño, por lo que si no hicieron nada antes, tampoco lo harán ahora.

193

Hoy no estoy destapando una historia oculta, ya que parte de esta historia está respaldada por la propia prensa, pero en diferentes

partes, hoy por primera vez, sabrán que esta todo unido.

### **VII.3 El otro lado de la moneda**

Hace poco leía acerca de una condena que logró el Servicio Nacional de Menores por una crueldad, como fue el homicidio calificado de un bebé por parte de sus progenitores. Me pregunto, ¿por casualidad, habrá despertado este organismo? o ¿es solo parafernalia mediática? Y

digo esto porque, gracias a la prensa televisiva, ellos le hacen creer a la sociedad que sí actúan en pos de defender los derechos y la vida de los infantes.

Como sea, nunca sabré por qué en nuestros tiempos, a pesar de todas las denuncias que hubo por el trato hacia nosotros, nunca intervinieron el internado.

¿Será que esperaban el perecimiento, producto de golpes?

Quizás sí, quizás no. Quizás solo les faltaron cojones, o para decirlo suavemente, estaban las personas equivocadas en el puesto idóneo. Solo así se entiende que, tanto las instituciones militares como las congregaciones católicas, pudiesen actuar impunemente.

Recuerdo que ya egresado, un contacto muy cercano logró conseguirme un empleo a medio tiempo como “volante” en una bomba de bencina, en Avenida 4 Esquinas, de La Serena. Esto significaba que yo debía operar las máquinas cuando la bomba estuviera copada de vehículos para impedir que el conductor bajara de su automóvil.

Era verano y me encontraba vestido con una cotona blanca reluciente; me paseaba de isla en isla, cuando en eso, me toman del brazo. Era una mujer rellenita, cabello ondulado corto de color castaño oscuro, piel blanca, ojos claros y voz muy de pitanza. Me llama por mi nombre, lo que me sorprendió, ¿cómo sabía ella de mí?, demás está decir que jamás la había visto. Ella percibió mi

reticencia y rápidamente se identificó como periodista de un periódico local que creo aún existe, de nombre el “Diario El Día”. Me comenta que quería hacer un reportaje acerca del internado “Niños de Dios”, que supuestamente ya cumplía 194

casi 20 años de funcionamiento, era la misma edad que yo tenía en aquel entonces.

En dicho momento, tal como lo comenté en capítulos anteriores, me encontraba en pleno proceso de pre seminarista, por lo que me sentía en deuda con las religiosas y sobre todo con Dios y, no sé por qué, oculté gran parte de lo sucedido; solo di a entender que ese internado cambió mi vida, pero no especificué la forma; di unas escuetas gracias y expliqué que había salido de un paraíso para llegar a una cueva de murciélagos.

Sin embargo, omití que incluso en las cuevas entra aire y luz.

Siempre me he arrepentido de haber dado aquella entrevista que solo favoreció a una corporación, que si bien nos ayudó a crecer físicamente, poco y nada hizo por el crecimiento espiritual, intelectual, pero más aún, el emocional. Aún me cuesta expresar lo que siento, sea este sentir pena, rabia, angustia o llanto, pues sencillamente el Sename se encarga de vaciar tu alma anulando tu esencia. Hasta eso te arrebatan, el sentimiento, que muchas veces es necesario, es como que te secan los lagrimales cuando te tratan como un simple stock, tal como lo dijo la ministra en una ocasión, me pregunto entonces, ¿ mis compañeros fallecidos, para ella sean mermas?

Aún, cada vez que se me cae algo, un utensilio, ya sea plato, vaso, taza, me refiero a cosas que suenan o se quiebran, antes de que el objeto toque el suelo mis brazos están levantados, protegiéndome como si me fuesen a golpear, reflejo innato que aún mi cuerpo no logra erradicar de mí. Esas actitudes, esos traumas o trancas, son las que forman parte de mi conducta diaria. De hecho, la agresividad también es un detonante constante. Cuando tengo la sensación que alguien me subestima, por mi estatura, o por mi color de piel o

cicatriz, antes que esa persona se me enfrente o haya terminado de hablar, ya mis manos están empuñadas y preparadas para el combate.

Así ha pasado mi vida hasta el presente, negándome a psicólogos y psiquiatras, siendo a veces incluso objeto de burlas por esos reflejos que aún no sé cómo controlar. Así se expresa mi mente, pero no mi cuerpo, el que a través de sus marcas, cuenta mi pasado.

195

A veces imagino qué sería de mí en este instante, de haber aceptado asistir a ese cumpleaños. ¿Sería un pedante?, ¿tendría una situación económica acomodada? Quizás sería un visitante frecuente a Chile, como si fuera a ir a dar una vuelta a la esquina, tantas veces como quisiese. O quizás sería uno más del listado de niños que más que adoptados como hijos, se volvieron esclavos de familias adineradas. En fin, eso ya es imposible averiguarlo.

Hice la afirmación anterior, porque conocí, de boca de uno de ellos el otro lado de la moneda, la única ex interna que contó la verdad de su adopción, su nombre: Antonia Viera.

Antonia Viera fue adoptada para viajar fuera de Chile, creo que fue a Italia con una familia muy acomodada, podría decirse unos Errázuriz o Fantuzzi, italianos. Sin embargo, pese a haber estado en el seno de una familia de grandes influencias políticas y económicas, regresó a Chile años más tarde. Un día domingo nos encontramos en una feria en la localidad de Tierras Blancas en Coquimbo, cruzamos un frío saludo y continuamos nuestros caminos. Pero un grito detuvo mi ligero andar, “¡Ángel!”. Miré hacia quien me llamaba y era Antonia que al parecer deseaba desahogarse. Comenzó pidiendo disculpas por voltear el rostro al verme, me explicó que no quería saber nada de su pasado. Cuando le pregunté el motivo quedé sorprendido con la respuesta y desde ese entonces comenzó a vagar en mi cabeza la idea de dar a conocer al mundo la realidad de los internados.

Me contó que cuando llegó a Italia estaba feliz de haber llegado a una casa gigante y se entusiasmó con conocer grandes países y recorrer el mundo, sería una más de una familia adinerada y sus penurias y pellejerías se habrían acabado. Adiós a la sopa de aceite con pan, a la taza de té sin azúcar por no tener dinero para comprarlos, a las golpizas y discriminaciones por andar 6 días seguidos con la misma falda. Su maleta más que ropas nuevas, iba cargada de ilusiones, esperanzas, felicidad de por fin tener una nueva vida.

En su historia queda más que demostrado que las cosas no siempre son lo que parecen, y para reflejarlo mejor, me acordé de un mensaje que leí y que calzaba justo con mi historia.

Había dos ángeles encarnados en seres de carne y hueso y se les había otorgado uno que otro Don para poder sobrevivir. Uno era el 196

aprendiz, quien, acompañado de su ángel maestro, comienza a vivir en la mortalidad. Ambos llegaron en calidad de indigentes, como Jesucristo que nació en un pesebre siendo hijo de Dios. La historia cuenta que ambos, en sus peripecias para poder comer algo, debían pedir limosna.

Resultó que ingresaron a una gran mansión, de jardines frondosos con todo tipo de plantas, grandes fuentes de agua adornaban este hermoso jardín botánico. El ama de llaves se aprestaba a echarlos por la apariencia, cuando sorpresivamente se cruza el dueño, quien con voz aguda y ese hablar extraño que a muchos adinerados identifica, decide dejarlos pasar.

La gigantesca casona contaba con casi 13 habitaciones, más de 5

baños grandes y hermosas salas de estar. Condujeron a los mendigos al sótano. Aquel día era de ágape en la gran mansión, por lo que a la hora de la cena les llevaron platos llenos de sobras de carne y comida, las que aún eran comestibles. Los ángeles las engulleron hambrientos.

El pequeño aprendiz asombrado por el buen corazón de la familia, arremetía cada vez que podía con frases como: “¡Maestro, que grandes personas son! ¡Qué corazón más nobles tienen!”.

El maestro, en tono pausado y frase fáctica le respondía: “¡Las cosas no son lo que parecen!”. Esto enfurecía al pequeño aprendiz, quien sin entender el significado se alimentaba cual perro abandonado en su primera comida del día.

Así pasaron la noche, a la mañana siguiente cuando se aprestaban a hacer abandono del lugar el pequeño aprendiz ve un agujero en la muralla, abriendo sus enormes ojos le dice al maestro: “Mira maestro, la muralla está rota, ¡Debes hacer algo! ¡Ellos han sido muy buenos con nosotros!”.

El maestro nuevamente, cual anciano educando, decía: “¡Las cosas no son lo que parecen!”. Extiende su mano hacia el muro y con un gesto mágico completa el pedazo que le faltaba. Luego sale del lugar sin hacer el más mínimo ruido.

Al día siguiente, exhaustos de tanto caminar, ya en las afueras de la ciudad llegan a un humilde hogar que tenía un gran huerto. No 197

alcanzaron a dar un par de pasos cuando aparece un perro moviéndoles la cola y saltando de felicidad, en eso, una pareja se les acerca y los invita a pasar.

Aquella noche, esta pareja de humilde vivir se quita el pan de la boca para dárselo a sus visitantes. Luego, a la hora de dormir, los dueños de casa deciden dormir en el establo con su pequeño hijo recién nacido, cediéndoles a ellos sus aposentos. Al asomarse los primeros rayos de luz el pequeño aprendiz escucha un llanto desolador, la mujer estaba arrodillada frente al cuerpo inerte de una vaca, llorando desconsolada.

El animal era su único sustento y el bien máspreciado que poseían, ya que gracias a ella podían tener algo de dinero y levantar la olla diariamente.

La escena no solo conmovió al aprendiz, sino que también lo enfureció. Invasado por la ira despierta a su guía, increpándolo por lo que a él le parecía un aberrante acto de injusticia

-¿Qué enseñanza me estás dando maestro? Ayer, en esa gran mansión nos dieron de todo, pero sobras; también nos alojaron en su sótano, teniendo habitaciones vacías y tú, sin pensarlo, les arreglas la muralla. Y a esta familia, ¡mírala! Esta familia que se esmeró en atendernos, nos cedieron sus camas, sus comidas, y tú dejas que le maten su vaca! ¿Cómo sobrevivirán?

El maestro solo tocaba su hombro haciendo movimientos leves de cabeza de un lado a otro, haciendo muecas con sus comisuras labiales.

“¡Las cosas no son lo que parecen!”.

Esta respuesta y aseveración no tenían sentido para el aprendiz, por lo que más se enfadaba y grita con fuerza y tono agudo

-¡Ya basta con eso de que las cosas no son lo que parecen! ¡Exijo que me explique ahora qué ocurre! ¿Por qué le quita lo más preciado a ellos?

El Maestro, con rostro reflexivo y tono suave dice:

-¡Ayer llegamos a esa gran casa donde todo sobraba. Nos alojaron en su sótano, pudiendo alojarnos en una habitación. Si yo lo hubiera dicho, serían más arrogantes, creyendo que con un pan compran el

cielo. El único Dios y verdadero, para esa familia es el dinero, razón por la cual no les reparé la muralla, solo escondí el oro a sus ojos y conocimiento.

-¡Luego llegamos a esta familia, la que nos entregó todo, no teniendo. Sin embargo, anoche pasó la muerte con orden de llevarse a la esposa del agricultor, en su lugar le ofrecí la vaca.

La moraleja de esta historia es sencilla, las cosas no siempre son lo uno cree. A veces hay que investigar y ahondar en lo profundo de lo sucedido. Los actos nunca serán perfectos, pero las intenciones siempre lo serán. Para explicarlo mejor, en el ámbito penal se estudia primero la intención, al momento de dictar condena. Ello es para saber el grado de la pena que merece un individuo.

Por eso me llamó la atención y quise contar esta fábula, de la que desconozco sus orígenes. Lo sucedido con Antonia encaja claramente con lo narrado. Todos creíamos que su vida era felicidad y lujos, pero cuando ella me comentó su realidad, que yo ni imaginaba, aprendí a abrir más mis sentidos e intentar descubrir el porqué, antes de opinar.

A los tres días de haber llegado Antonia Vera a esa casa, le pasaron un regalo con una gran cinta rosada, en el que venía un delantal. Tal cual lo leen, un delantal de esos que usan las trabajadoras de casa particular, con una toca para la cabeza, la que estaba fabricada a crochet que simulaban flores. Esto significó que desde el día siguiente, Antonia, sería la empleada privada de la hija de la familia, por lo que jamás debería cansarse, de hecho le prohibieron decir no. Tanto así, que en una oportunidad jugando en la piscina, la niña engreída, la hizo meterse al agua con chaleco y ropa, a pesar del calor sofocante. Le gritaba a Antonia que ella era su regalo de cumpleaños, por lo tanto tenía que obedecer, y si ella le decía “métete con ropa”, tenía que hacerlo. Antonia se negó, pero de nada sirvió, pues esta malcriada salió de la piscina y la arrojó al agua. Antonia no sabía nadar, por lo que su desesperación fue gigante, los gritos se escucharon en cada rincón de la casa. Un mozo la rescató, acto que fue observado por la niña símbolo de la maldad, que se estaba sujetando el abdomen de tanto reír a carcajadas de la situación.

Antonia fue sacada en estado de shock, con agua en sus pulmones y, a pesar de ello, solo la dejaron descansar 3 horas, pues una de

frases que más le repetían mientras le ordenaban hacer cosas, era que tenía que pagar su pasaje y estadía. En otra ocasión, la misma diabla la forzó a ponerse un traje de baño, para luego obligarla a zambullirse en el agua solo porque deseaba conocer el color del cuerpo cuando esta gélido. Aquel día nevaba como nunca.

Fue una hermana del dueño de casa, quien percatándose de los malos tratos, decidió sacarla a escondidas del lugar, enviándola de regreso Chile.

Así creo que muchos debieron haber padecido antes de llegar a ser hombres dueños de sí mismos, pero no puedo aseverarlo, ni tampoco dar crédito a lo narrado por Antonia, pero al ser su historia y salida de su propia boca, decidí comentarla. Y esto me recuerda lo dicho por un carabinero de alto rango, en una de las comisarías de Santiago, y no fue hace mucho tiempo, solo uno o dos años atrás: “Yo saco a unas guachas del Hogar para que me planchen las camisas los fines de semana, ¡te ahorras la empleada!”.

Mientras, la espera por crecer transcurre de la mano con el tiempo, alguien convierte a niños en objetos de propiedad de otros. Sin embargo, en relación a esas adopciones irregulares, Antonia es la única persona que me ha contado cómo fue su experiencia.

Es triste saber que jamás ha habido revisión alguna de las irregularidades, nadie ha abogado por ellos. Por esta razón, a través de este libro, intentaré ser parte de su voz, esa voz silenciada por la vergüenza o el rencor.

Por esas cosas de la vida y de Dios, tal como lo comenté anteriormente, el no tener el aspecto ario, ayudó a zafarme de las intenciones de terceros de enviarme fuera de mi tierra. Aunque reconozco que la inocencia me hizo ver las consecuencias como desastrosas. Sin embargo, lo que se me venía iba a ser lo que realmente me enseñaría a sobrevivir, a pelear por mi sobrevivencia junto a otros compañeros, a asociarme con el sistema, a mentir, a engañar y otras cosas más que darían miedo solo comentarlas acá.

Ocurre que aquel día en que tomé lo que para mí fue una simple elección, para ellos fue la decisión que trazó mi destino. No alcanzaron 200

a pasar ni seis meses cuando me informan que debía dejar esa casa hogar. Eso me puso feliz, pues quizás me iría a casa de alguien, por fin había encontrado una familia para mí.

Aquel inocente pensar me mantuvo feliz por las siguientes dos semanas. Sin embargo yo estaba equivocado, pues me iban trasladar a un centro de protección simple, al menos así lo llamaban.

Un día nos preparamos para esperar a unas visitas que supuestamente serían unos tíos que me vendrían a visitar. Me mantuvieron todo el día esperándolos, yo imaginaba yéndome con ellos de la mano; los imaginaba morenos, y después los cambiaba por rubios, gordos, flacos, era un desfile de personas en mi cabeza loca.

Tendría ropas a mi gusto, y comida, mucha comida.

Cuando se dieron las 9:30 de la noche, una de la monjas que se encontraban en el lugar, que era relativamente nueva, nos llamó a todos.

Con el rostro desfigurado nos grita preguntando si alguno de nosotros le había robado su sueldo, nuevamente la lengua mía salió a reclamar:

“¿Pero qué sueldo tía? ¡Si Ud. es monja y vive de la caridad!”. En eso siento un varillazo que destrozó mi comisura izquierda. Me toma del cabello, agregándole a su enfado que sería yo el primero en hablar.

Me baja los pantalones y me da exactamente siete varillazos entre mis piernas; grité de dolor y ella me hacía callar con una cachetada. Y me dejó caer agua fría de un balde que mantenía en su habitación. Solo del miedo al ver su cara sosegué mi llanto.

Luego de sucedido los varillazos, me cambié de ropa. Todo mi cuerpo tiritaba, mis pies casi se doblaban del dolor, pero tenía que mantenerlos en tierra, la ilusión de que llegaran tíos extranjeros a buscarme fue mi aliciente. ¡Qué día, qué recuerdos! Tanto así que cierro mis ojos y viene a mí como una escena calcada, que revivo una y otra vez. Sin embargo, ese fue el día en que cambió mi historia para siempre; y esa sería la última golpiza que recibí en ese internado.

No transcurrió mucho tiempo, cuando nuevamente nos llaman.

Esta vez nos esperaban en el comedor principal. Allí había una mesa servida, como nunca había visto antes: copas, servilletas de falda, platos hermosamente adornados, bebidas, jugos de todos los sabores.

Nos pidieron que, por favor, nos sentáramos. A mí me ubicaron en 201

la cabecera de la mesa y a Francisco, el hijo de la tía Carmen, a mi costado. Oramos por los alimentos y comenzamos a servirnos. Los tíos y los golpes pasaron a un quinto plano, nadie más habló de ellos, hasta que terminamos de cenar, cuando se levanta una monjita, que dentro de la congregación fue una de las que más nos protegió con cariño y dedicación, su apellido Castillo. Alicia Castillo. Se levanta y da un discurso, diciendo:

-Esta cena es especial. Un día hace ya 8 años, llegó un niño que no sabíamos si podríamos con él.

Así siguió hablando, pero cuando dice:

-Su cicatriz en el rostro no fue impedimento para que él fuese feliz.

Solo entonces me di cuenta de que hablaban de mí, pero me preguntaba, “¿de qué felicidad hablan?”.

El discurso culminó con la frase que rompió mi corazón en mil pedazos

-¡Hoy celebramos la despedida de dos de mis hijos! Ángel y Francisco.

Ese fue el instante más lacerante, que terminó por arruinarme el día. Desde el momento en que pronunció mi nombre, las lágrimas no pudieron ser contenidas. Fue en ese instante en el que, más que alegrarme porque me celebraran, la expresión de mi alma afloró con un llanto que habría llenado cualquier laguna en sequía. Lloraba, no porque dejaría de verlos, sino que lloraba porque sentía que estaban pisoteando mis ilusiones de encontrar familia. Mi desahogo se apaciguó cuando me abracé a Francisco, pues ambos nos íbamos del internado.

Independientemente de los golpes, esos a los que yo me había acostumbrado como se acostumbra un ave que nace enjaulada a su jaula, volviéndola su hogar, sin saber si es para su bien o para su mal.

Ese era mi estado, una completa sumisión, en donde la palabra libertad no solo era desconocida, sino que era prácticamente un insulto.

Así terminó mi día, entre lágrimas y abrazos.

202

Al día siguiente nos subieron a un furgón y nos trasladaron a ese lugar, ese lugar lúgubre, lleno de rejas y candados grandes. Yo parecía una hormiga ante tamaña estructura.

Aquel día estaba ingresando al lugar que se encargaría de interrumpir toda la inocencia que me identificaba. Aquel día comenzaría mi camino de aprendizaje, mi mente se obligaría a madurar para comprender el significado de sobrevivir. Estábamos ingresando a un Centro Correccional de Menores.

¿Qué delito habíamos cometido?

Con el tiempo descubrimos que esta fue la consecuencia al hecho de no haberme ido a ese cumpleaños... Yo solo tenía siete años y nos habían trasladado a una correccional donde había adictos, ladrones y violadores. Así es, como lo lee, yo con siete años y Francisco con catorce, estábamos siendo castigados por mi culpa, por no haberme decidido a ir con los alemanes.

Al director del Sename de aquella época se le preguntó: ¿qué lugar encontraba, que era ideal para nosotros? Entonces, la magistrado de infantiles, haciendo eco de su recomendación, nos envió a ese lugar, existiendo otras casas hogar que cumplían la categoría de protección simple. Queda claro que esto fue una vendetta, para castigar a la tía Carmen por haberme distraído de lo que por años ellos habían preparado como futuro para mí, y como si fuésemos un pan de Supermercado, me unieron a Francisco.

Esto lo supimos porque una vez en el Centro de la ciudad puerto, la tía Carmen encaró a una de las asistentes sociales de nombre Gladys, por qué nos habían enviado a ese lugar, la respuesta fue escueta

-¡Yo obedecí órdenes! Parece que la jueza se equivocó. No, no, la verdad es que fue el director de Sename quien decidió a donde enviarlos. Más no sé, permiso debo irme!

Y se perdió junto con toda esperanza de saber la verdad. A pesar de ello, la tía Carmen hizo todo cuanto estuvo a su alcance. Fue a las oficinas del Servicio Nacional de Menores de aquel entonces, la citaron por más de 10 veces y en todas llegó una hora antes. La hacían esperar, 203

eran de esas esperas en las que cualquier persona se hubiese dado por vencida, pero si había algo que esa gente del Sename desconocía, eran la paciencia y perseverancia de la tía Carmen. Su fuerza fue más grande, y esperaba, ganaba por cansancio. Hasta que alguien un día le dijo

-Mire mamita, yo sé, que Ud. está asustada, pero nada pudimos hacer. Las cosas son como son, nosotros somos mandados. Acá llegó la orden desde el mismo internado; la trajeron firmada por el Juez.

La tía Carmen llorando susurró:

-¿Solo porque mi niño no se quiso ir con esa familia? ¡Algún día la gente sabrá todo lo que han hecho!

La mujer, que era secretaria del lugar, respondió con firmeza:

-Mire mamá, desconozco la razón, pero debió haber sido algo grave para que lo castigaran así. No cualquier niño se va a un Cereco. ¡Y su niño tiene siete años!, ¡lo que le espera!

Esa fue la ocasión en que la Tía Carmen, por fin después de 6

meses logró obtener información acerca de nuestro paradero, ya que el daño y venganza en realidad eran en contra de ella, dándole donde más le doliera, nosotros. Y aun así no la vencieron, ella llegó a donde estábamos, a como dio lugar, después de haber recorrido largas distancias para buscarnos de internado en internado.

No sé si aún existan esos Centros, llamados en la década de los 80 y 90 Cereco, que significa Centro de Rehabilitación Conductual, en palabras disfrazadas obviamente, porque en la realidad eran cárceles de menores.

La tía Carmen, cabizbaja y melancólica sale llorando y ese mismo día decidió que lucharía con todas sus fuerzas, siendo siempre una madre presente para Francisco e intentando ser esa madre que yo necesitaba y que hasta el día de hoy agradezco.

Lo paradójico de todo es que el castigo impuesto fue lo único que salvó nuestro futuro, cambiando mi destino para siempre, ya que

después de haber aprendido a sobrevivir, comencé a vivir realmente.

204

Un par de años después fui como visitante a la casa central del convento de la congregación. Me atendió la hermana Dora, aquella que me dio en son despedida, sin saberlo, mi última golpiza. Mientras almorzábamos, ya se me había borrado aquel momento cuando ella saca a la palestra la historia, con una sonrisa burlona, dice:

-Pensar que antes de irse del hogar, yo les aforré bien fuerte porque se me había perdido mi plata. Lo chistoso, hermanas, es que después la encontré, ¡se me había caído debajo la cama!

Esa parte, que la había encontrado, solo la supe en aquel momento. No niego que en ese instante fragüé en mi mente, hasta con imágenes, muchas formas de castigo. La imaginé atada de manos con su espalda descubierta y yo marcándola a fierro caliente, y sonreía en silencio; después me vi subiendo a la mesa, bajando mis pantalones y orinando en sus platos para posteriormente mostrarle mis piernas, y que vieran que las marcas aún existían, marcas que mi mente había eliminado, pero no mi cuerpo. Luego la vi sobre mi regazo, con el hábito arriba, sus calzones abajo y con una tabla yo la golpeaba sin descansar, y nuevamente reía. Pero ella interrumpe mi trabajo imaginario, diciendo

-¿Cierto que da risa?

Le respondí con un entusiasta sí, pues mis pensamientos ya la habían castigado lo suficiente.

Siempre hay personas, ajenas a mi historia, que me dicen,

“perdona”. Me explican que ellos también sufrieron, que las monjas y cuidadoras eran mujeres jóvenes, no sabían de cuidados, ni nada. A esa afirmación siempre he respondido que yo perdoné hace

mucho tiempo, pero como dicen, nadie puede obligarme a olvidar. Nunca he asistido a una terapia para ello, aunque este libro se ha vuelto el tratamiento perfecto, toda vez que gran parte de él ha sido pensado y escrito con rabia, tristeza y llanto por los que han partido y por lo que significó vivir lo vivido.

Ahora diría lo mismo que se encontró escrito en las murallas del campo de concentración conocido como Auschwitz:

<<SI EXISTE DIOS...TENDRÁ QUÉ ROGAR MI PERDÓN>> 205

Muchos otros me han hablado incluso del *karma*. Ante eso solo escucho, pero sigo sin cambiar mis ideas de no creer en ello. Pues sería injusto nacer ya pagando por terceros ajenos a ti.

Algunos más avezados se atreven, incluso, a intentar con-vencerme de dejar este proyecto atrás, argumentando que solo herirá susceptibilidades y a mucha gente. A ellos les contesto que jamás abandonaré la verdad, porque quienes me debieron haber enseñado con palabras el amor, me aclararon con actos que la palabra amor y actos de amor, son solo metáforas del hombre.

206

## **VIII. El Despertar**

*Tú eres lo que es el profundo deseo que te impulsa a triunfar.*

*Así como es tu deseo, es tu voluntad.*

*Así como es tu voluntad, serán tus acciones.*

*Así como sean tus acciones, será tu destino.*

*Brihádaranyaka - upanisad*

Quise comenzar con este sencillo texto filosófico que se me quedó en la memoria. Antes que todo, debo aclarar que el Brihádaranyaka Upanisad es conocido por su contenido filosófico y que se conoce

como Upanisad a cada uno de los más de 200 libros considerados sagrados por los hinduistas y están escritos en *Sánscrito*, entre los siglos VII y VIII a. C.

Yo era muy inmaduro en aquel entonces, cuando abrí aquellas páginas del libro que llegó a mis manos sin saber cómo, y lo primero que encontré fue esta frase que caló en mi vida. Estaba en un recomienzo, pensaba nombrarlo renacimiento pero no podría, pues aún dudaba si lograría acostumbrarme, o si con Francisco saldríamos vivos algún día de ese lugar que se parecía a la gran Babilonia en los tiempos de Nabucodonosor; eso en su construcción exterior, porque al interior era más cercana a una copia fiel de Alcatraz, cárcel que conocía a través de cintas norteamericanas, llena de rejas e inmensos candados.

209

Las dependencias interiores estaban sumidas en la más absoluta oscuridad, con luces titilantes que parecían más un manicomio del terror, como en cintas de horror que había visto. Hasta imaginé en un segundo que estaba caminando por el purgatorio, y sentía culpa de haber mentado tantas veces a las monjas; pero luego despertaba y volvía a pensar sobre el pensamiento mismo, que no recordaba haber muerto.

Esa era la sensación que provocaban en mí los dormitorios. Así, con la misma descripción cual calcomanía, era mi nuevo hogar donde pasaría la segunda parte de mi niñez.

En la década de los 80 y 90, se separaba a los menores internados, de acuerdo a su edad, dividiendo su vida en dos procesos. El primero era llamado COD, que significaba *Centro de Orientación y Diagnóstico*.

Esta etapa, se supone que debería durar hasta por lo menos los 15 años de edad, después se pasaba a una segunda etapa llamada P.S, que significaba Protección Simple. Sin duda, la primera parte

era la más importante. En ella se desarrollaba la sociabilización, la comunicación no verbal, el aprendizaje -tanto escolar como personal- que influirían en el desarrollo futuro del menor y de otras características que intervienen en el crecimiento de un niño y que de forma positiva o negativa deben desarrollarse.

Recuerdo perfectamente el día de la semana en que llegamos, fue un día miércoles, bajamos del furgón con un morral en el que cargábamos las pocas vestimentas que teníamos, no alcanzaba a ser más grande que una bolsa de basura de 50 por 80. Entré temeroso, mucha gente se juntó a nuestro alrededor, sus miradas como flechas se clavaban en estos dos menores de apariencia pobre. Era angustiante oler sus perfumes, ver sus dedos llenos de alhajas, era tétrico. De pronto, se abre una puerta gigante en el fondo y aparece una mujer alta con estampa de dama, de voz suave, ojos intensamente azules, cabello rubio, elegantemente vestida. Mi primera impresión fue preguntarme:

“¿Que hace una dama así, en un lugar como este?”.

No me cuadraba, pero allí estaba ella, tratándonos suavemente, tomando nuestro mentón y hablando pausado, sin dejar de acariciarnos el cabello.

-¡No se asusten, no mordemos. Una vez que conozcan el corazón de este centro desaparecerá de sus ojos el exterior.

210

Su nombre era Mónica Valdés.

La primera noche fuimos trasladados directamente a la enfermería, allí pasamos 3 días, teníamos que ser revisados por especialistas de la salud antes de formar parte de la población general de niños.

Cabe señalar que cuando nosotros ingresamos quedaban aún internos que se encontraban en cumplimiento de una o más

condenas, pues el lugar pasó por muchas etapas antes de ser lo que intentaba ser en ese entonces.

Existían muchas historias con respecto a esta casa que hoy es residencia para niños con deficiencia leve moderada. La propiedad pertenecía, y creo aún pertenece, a la Corporación Gabriela Mistral de Coquimbo.

La primera versión es que en dicho lugar se emplazaba un cementerio indio, y quizás por eso en las noches ocurría más de un hecho paranormal. Después se dijo que había sido un recinto psiquiátrico donde se experimentaba con los enfermos y que luego pasó a ser un *Cereco* donde llegaron todo tipo de delincuentes menores, con faltas o simples delitos. Como en esa época no existía un recinto idóneo, los enviaban al “Centro de Menores de la Pampilla de Coquimbo”, conocido así por los habitantes de la IV región, mezclando a inocentes con culpables.

Me consta que el lugar ya estaba colapsado y faltaba poco para que comenzáramos a hacinarnos. Cuando yo ingresé, había drogadictos, traficantes, ladrones, abusadores sexuales... Y es acá donde quiero detenerme en uno en especial, de nombre Basto, un joven que padecía deficiencia leve moderada. Con ya 17 años de edad golpeaba constantemente a su madre, al límite de dejarla inconsciente, y solo se detenía cuando notaba los primeros manchones de sangre en el rostro de la malograda mujer. Posteriormente, mientras ella se encontraba aturdida en el piso, comenzaba a quebrar todo lo que había en su casa, loza, vasos, vidrios, ampollitas, televisor, radio; sacaba las camas y les prendía fuego. A tanto llegó, que un día intentó prender fuego a la casa con su madre en el interior. La mujer fue rescatada por sus vecinos, despertando días después en una cama del hospital San Pablo de Coquimbo. Tres días duró la cordura de la mujer, que ya estaba realmente cansada, años soportando golpizas de su hijo enfermo. Ni la autoridad podía hacer algo, ya que no había razón para privarlo de su libertad; 211

más aún si su deficiencia era moderada, pues eso significaba que, según la norma legal que aún sigue vigente, su estado de discernimiento era de un 65%, por lo que nunca sería declarado interdicto.

En estos años no existía reforma procesal y las veces que la policía uniformada acudió, solo verificaba que pertenecía a una institución que supuestamente lo mantenía con tratamiento o compensando.

Lamentablemente a Basto le correspondía salir a su casa cada 15 días, por lo que en ese fin de semana todo el esfuerzo de los 15 días anteriores, de haberlo medicado oportunamente, desaparecía, ya que él no seguía el tratamiento y el único adulto responsable era su madre, la que vivía atemorizada de enfrentarlo, y allí quedaba todo.

Como expliqué recientemente, al tercer día de haber despertado la madre, ya sumida en una fuerte depresión, se acerca a una de las ventanas en el 4 piso, que era donde se hallaba, se encarama en ella, para repetir solo, "Dios ayúdame", soltándose y lanzándose al vacío. No sé si fue favorable, toda vez que por alguna razón Dios perdonó su vida y la señora Alicia, como la llamaré porque su nombre no lo recuerdo exactamente, solo quedó con fracturas de mediana gravedad, pero para ella lamentablemente viva. Esto extendería su estadía en el Hospital más de lo esperado. Al menos allí tenía tranquilidad y estaría libre de golpes y maltratos, tanto físicos como psicológicos.

El Servicio Nacional de Menores, jamás ejerció su labor como realmente debió haberlo hecho, más aún si su fin principal era protegernos, incluso de nosotros mismos.

La historia pasada de Basto estuvo marcada por maltratos, golpizas y violaciones por parte de su progenitor; abusos sexuales reiterados, y si Basto se negaba, el abusador recurría a la fuerza bruta, propinándole golpizas tan fuertes que lo dejaron con daño neuronal severo e irreversible, dañando así sus facultades mentales.

Desconozco qué ocurrió con Basto y su madre. Solo supe, después,

que los intentos de suicidio de parte de ella fueron recurrentes, pero más antecedentes no tengo, pues jamás se volvió a saber de ellos, ni siquiera la misma institución Sename que debió haber efectuado un seguimiento.

Con compañeros como este, era con quienes yo me rodearía de ahí en adelante. Afortunadamente la institución estaba separada 212

por secciones: COD Masculino, COD Femenino, Protección Simple, Deficitario Masculino, y Deficitario Femenino. Esto se organizó cuando comenzaron las tramitaciones para cambiar por completo la institución y a su vez ayudó a cambiar, en parte, la opinión de la ciudadanía referente a este centro penitenciario. La Cárcel estaba transformando sus métodos para pasar a ser un internado donde solo se cuidaría a niños en riesgo social.

Esta fue una de las mejores iniciativas que podían existir en aquel entonces. Fue en esta etapa de transición cuando nosotros ingresamos, de hecho, en este periodo se abrió un colegio interno llamado *Manuel Magallanes Moure*. El nombre fue escogido por su directora, una gran docente de quien rescato su real vocación por la educación. Ella era de contextura gruesa, cabello crespo, peinado a lo Sophia Loren, voz aguda y de gran carácter. Su entusiasmo especial era rescatar a aquellos en los que veía que había posibilidades, pues salvar a los más de 200 sí que hubiese sido una tarea difícil. Gracias a Dios dentro de esos escogidos encajé yo.

Lo paradójico de todo esto es que el nombre que escogió la directora para el colegio, no fue por el vínculo que tuvo el periodista Magallanes Moure con la poetisa Gabriela Mistral, sino que fue porque a ella le gustaba el poder de su pluma crítica cuando trabajó como periodista para el periódico El Mercurio. Sin embargo, lo que la profesora ignoraba, aunque cueste creerlo, es que Manuel Magallanes Moure, en el año 1914, fue jurado del concurso llamado Juegos Florales de Chile, en donde nuestra poetisa, ganadora del Nobel, Lucila Godoy Alcayaga, obtuvo su primer premio con su poema Sonetos de la Muerte y aún no adquiría el pseudónimo de Gabriela Mistral.

La Corporación, por su parte, llevaba el nombre de la poetisa, toda vez que el fundador de la misma, según tengo entendido, proviene de Monte Grande, tierra de Lucila Godoy Alcayaga. Fue esto lo que lo motivó bautizar la Corporación con el nombre de Gabriela Mistral.

Reafirmo fielmente que las coincidencias no existen.

Quiero recordar también, a un sencillo profesor que fue un apoyo inmenso en mi paso por esta institución. Su nombre es Luis Portilla, quien a pesar de su apariencia de ser persona dura y de carácter fuerte, 213

tenía más nobleza que cualquier persona que yo haya conocido en ese periodo. Si no lográbamos entender, podíamos estar toda la tarde en el aula, hasta que el último de nosotros comprendiera la materia. Usaba dinero de su bolsillo para sacarnos en clases de historia, llevarnos al museo, o los parques etc. Inventaba panoramas y materias solo para que supiéramos lo maravilloso que era caminar libre, sin ser observado ni gritado por tu número, él conocía el apellido de cada uno de nosotros.

En cierta ocasión estábamos en el sector de Waterpolo, de la Avenida de Coquimbo, lugar denominado así porque allí se realizaban los campeonatos de este deporte, y yo tenía ganas de caminar al mirador y ver los peces, él me tomó del brazo y me dijo: "Mira a tu espalda, nadie te sigue, haz de este momento tu mejor momento y camina a donde quieras."

No lo dudé y me quedé observando el mar por casi tres horas, fue sencillamente la mejor tarde que pudiese recordar. Lo que para muchas personas era rutinario, para mí era un regalo de la divinidad. Mirar el mar y pájaros volando a mí alrededor, sin un tutor y sin un guardia.

No se imaginan, después de haber estado viendo solo barrotes, cuán importante era para nosotros respirar el aire exterior.

En este colegio, que estaba al interior del recinto, yo cursaría mi 5to. año básico. Nos levantaban a las 6 de la mañana, quedábamos listos a las 7 y subíamos la escalera a las 8 para formarnos y entrar a clases.

¿Chistoso verdad?, pero había que controlar a un total de 265 niños, si es que no más, y tener a todos puntuales. Era tarea titánica, razón por la cual comprendo que nos levantaran tan temprano; de hecho, a pesar de la hora y lo cercano que estaba, a no más de 2 minutos caminando, incluso a las 8:15 llegaban alumnos atrasados, y era solo cruzar la cancha de tierra.

En este internado muchas cosas cambiarían para mí, una de ellas, la más importante y que predomina hasta el día de hoy, mi carácter, pues de una u otra forma el entorno me obligaría innatamente a aprender a defenderme. Aprendí disciplina, como era una cárcel existía el conteo de todos al menos tres veces al día. Tres veces por semana nos llamaban a formación en el ala principal, en donde nos identificábamos con el número, y se hablaban los asuntos importantes de la semana. Jamás 214

nos debíamos identificar por el nombre, a menos que ellos lo pidieran.

Y si no te encontrabas a la hora, pobre de ti, pues no existía en todo el internado, al menos en ese momento, un lugar lo suficientemente seguro donde esconderte, por lo que tuve que acostumbrarme a estar puntualmente, tanto al conteo como a la formación, así como también a que ya no me llamaría Ángel, sino que sería llamado de ahora en adelante 691, y el nombre de Francisco sería 690. También me debía acostumbrar a perder el miedo, a robar para sobrevivir y más aún, a utilizar la inteligencia, ya que todo adentro se solucionaba a golpes, hasta que descubrí que pensar me llevaría a posicionarme por encima de muchos que llevaban más tiempo que yo en ese centro penitenciario.

De una u otra forma lograría ganarme el respeto, pero para ello pasaría un periodo largo, entre castigos, peleas, violaciones, heridas

corporales y mentiras para evitar ser castigado.

En ese desarrollo de mis capacidades fue muy importante aprender a utilizar mis ideas en favor de mí mismo, con tal de lograr mis objetivos, los que sin duda me llevarían a la cúspide de lo intocable, tanto por cuidadores como compañeros, una especie de Vito Corleone entre ellos.

Como dijo Nerón, el emperador que incendió Roma, “Prefiero que me teman, mientras me respeten”.

Aquel lema me salvaría de muchas malas prácticas que ocurrían con otros compañeros. Sin embargo, y pese a todo lo relatado, debo darle un mérito mayor a mi paso por esta institución, pues fue en este lugar donde aprendería mis mejores enseñanzas. Así como tristemente también se adueñó de mi la desconfianza, la que incluso en estos tiempos, aún mantengo, quizás por eso tengo amigos de los que diría, cuento con la palma de mi mano.

Ya eran entradas las 9 de la noche de mi primer día en la enfermería, cuando comienzo a escuchar ruidos, como si alguien tuviese cavando una fosa en las afueras de mi ventana, imaginé un paleador. Para salir de la curiosidad, subo una silla a la cama y me encaramo por la ventana que estaba cubierta de barrotes -esto era para que no nos fugáramos a través de ellas, ya que si no hubiese habido barrotes, el tamaño de la misma daba para que un niño pasara por ellas-, mi rostro buscaba intensamente al causante de mi curiosidad, por lo 215

que intentaba mirar de dónde provenían los ruidos. Movía la cabeza de un lado otro, observaba y observaba; pero era difícil tener una visión precisa. De pronto alguien me habla, era un muchacho de contextura delgada, cabello negro azabache, peinado a la gomina, una especie de paletó azul marino, como de esos de lana gruesa, una camisa blanca abotonada hasta el cuello, tez blanca, ojos almendrados; su aspecto era muy diferente a los otros niños que había logrado divisar en mi caminar tembloroso desde las oficinas a la enfermería. Como que este muchacho tenía educación, se

presentó como Rodrigo Moraga y entablamos una breve conversación.

-Hola nuevo, ¿te abandonaron?

-No, para nada, tengo papá y mamá y me visitaran siempre.

-Nuevo, acá no necesitas mentir, todos dicen apenas llegan que tienen papá y mamá y todos también saben que es mentira. Pero no importa, oye nuevo, cualquier cosa me ubicas, yo te puedo ayudar, ahora tengo que irme.

Este muchacho, que no superaba los 9 años de edad, se convertiría con el tiempo en mi guía y mentor, pues para su edad era mucho más maduro que cualquiera que yo haya conocido. Conocía el lugar como la palma de su mano, y debo reconocer que mucho de lo logrado posteriormente se lo debo a sus consejos.

Después de esa corta presentación, salió corriendo del lugar hasta doblar por el pabellón siguiente. En eso, una luz de linterna borró rápidamente la imagen y un rostro delgado con cara de enojo me alumbró, pues no alcance a bajar, y me saluda diciéndome que una vez que saliera de la enfermería me las iba a ver con él, que me acostara porque no podía estar en la ventana. Lo conocí después por el apodo de Cacano, ello por un lunar de color negro que tenía en su mejilla derecha, el que a su vez tenía mucho bello lo que lo volvía repulsivo a la vista y sin embargo, por esas cosas de la conciencia era muy difícil no fijar la mirada en el.

Ya estaba en este lugar en donde de seguro echaría raíces, pues la venganza en contra de la tía Carmen alcanzó a mi humilde humanidad.

Nada mas podía hacer, esa noche recé el Padre Nuestro más de 50

veces, creyendo que Dios haría bajar un ángel del cielo y me llevaría en sus alas, así como llevó a Marcelino en una hermosa película llamada así. Pero no, contra todo deseo mío el día comenzaba asomarse y no tenía otra opción que aceptar que mi presente se venía contra viento y marea.

Lo que estaba por venir era una lucha más que constante por vivir. Tal como en la cárcel de adultos, acá tenía que mantenerme vivo a diario, más aún si no sabía cuánto tiempo estaría en aquel lugar.

Pensar en familia pasó a ser un sueño olvidado de mis esperanzas. Acá, sin duda que me tocará enfrentar el real flagelo que tenía nombre y apellido: Sename.

Yo tenía conciencia de que esta institución solo era importante para los documentos y Tribunales de Familia en asuntos de adopciones, porque en cuanto a preocupación real, para nosotros era como ver dibujos animados, en especial los autos locos, ya que ellos compiten por llegar primero, pues así actuaban, desde sus directores hacia abajo.

Nadie controlaba las contrataciones de personal, por lo que fui testigo de personal que abusaba de las internas descaradamente y ve tú a reclamar, porque acá sí existían elementos contundentes para golpear.

Además de ello, tenía la experiencia de Griselda, mi ex compañera del Hogar Niños de Dios, quien llegó con una inocencia contagiosa que le duró muy poco tiempo, pues a los meses de haber llegado, un compañero mayor la desvistió y la poseyó, por no decir violó. Este compañero se encargaría de contarle a otro lo fácil que fue, y así el otro también hizo lo mismo. El caso es que al poco tiempo de ello, Griselda era abusada por casi 3 o 4 compañeros el mismo día, y todos los días, durante semanas, una y otra y otra vez. A tanto llegó el abuso, que después era Griselda quien por las noches se pasaba a la cama de los hombres para que la tocaran. Hoy, con dolor en el alma me entero, a través de una misionera, que Griselda cayó en el ambiente de la drogadicción y es una más del “stock” o

“merma” del Sename, como dijo la ex Ministra Javiera Blanco sin tener conciencia del infierno que realmente se vive adentro. Griselda vaga pidiendo una moneda para calmar su vicio. Yo recuerdo haber denunciado esta situación, no una, sino muchas veces.

No conocía el término “violación”, solo lo llamaba la cochinada, y en vez de centrarse en la acusación, me interrogaron por más de 3 horas, de pie, sin comida, y solo querían que les explicara “qué era la cochinada”, y después, un golpe para callar. ¿Cómo iba hablar después?

217

Desde ese entonces dejé que las cosas pasaran, y no solo a ella, sino a otras más de las que fui testigo visual. Decidí cerrar mi boca para evitar ser castigado.

Normalmente en aquella época siempre acudíamos a las auxiliares externas. Quizás lo mejor hubiese sido haber llegado directamente con las monjitas buenas. Ese es un cargo de conciencia que me embarga hasta el día de hoy, quizás de haberlo pensado en aquel momento muchas cosas pudiesen haber sido distintas, y hasta esta historia tendría matices de felicidad, pero las monjas estaban pendientes de pelear contra el Sename para poder darnos protección, protección de esa que ni en la ley existía, incluso en estos tiempos tampoco existe, esa es la gran deuda que tiene el Estado de Chile, con la infancia.

El Sename se preocupó de otras cosas que para ellos eran prioridad y en esas prioridades un cúmulo de huérfanos no encajaba. Es más, estoy seguro que estando bajo su tutela ellos quisieron quebrantar mis sueños, me hirieron de tal forma que parecía que sangraría, a tal punto que llegué a pensar que jamás me levantaría. Ataron mis ilusiones a la viga de la desesperación, callaron mi voz, pero yo aprendí a gritar en el silencio. Se apoderaron de mi fe, pero olvidaron que también tengo alma y espíritu, entre ellos nació la anhelada esperanza que jamás lograron arrebatarme, y como un tatuaje vivo, no desapareció de mí.

Fue mi fuerza la que alimentó mis ganas de cumplir las metas para ser sencillamente feliz. Ese era el aliciente que me ayudaba cuando estaba por caer. Las ansias de ser libre fueron mi tabla de flote en aquel mar de llantos que me empujaba a sus profundidades, cual ancla enferrada atada a mis emociones compuestas por cadenas de amarguras fundidas en el oscuro corazón, que llevo como un tatuaje vivo a causa de un insensato y ruin actor llamado pasado. Les dieron mi cuidado, pero ellos me descuidaron. Prometieron protegerme y me desampararon. Mintieron al prometer que mi vida sería llena de dichas y rodeada de amor. Hoy, con fervor, quiero pedirles que por favor me devuelvan los segundos de mis risas, para unirlos y crear mis propios recuerdos a los que llamaré, la anhelada felicidad.

Y aunque tenía la obligada decisión de resignarme, pues era un hijo del rigor en un infierno llamado Sename, aun así se mantuvieron arraigadas en mí ser esas ansias, a las que llamaré LIBERTAD.

218



## Epílogo

En estas páginas represento las voces de miles de niños que claman por ayuda, misericordia y contención.

Esta mirada profunda e impactante da cuenta de la realidad, que muchas personas desconocen, que se vive hoy en los hogares de niños

“en situación irregular”.

Somos muy pocos los que hemos podido salir adelante con la frente en alto y son muchos los que terminan en la delincuencia, o peor.

El dolor que lleva cada uno de estos niños no se borra jamás y merecen la ayuda solidaria y humana de la sociedad, con acciones, con amor, con empatía y justicia. Las palabras se las lleva el viento al igual que las promesas incumplidas.

Con mi alma inmaculada, como cuando tenía tres añitos e ingresé por primera vez a un hogar del Sename, termino esta primera parte de una historia, en la cual todo lo relatado es una realidad que espero cale profundamente en la persona que lea este libro y se logre, así, mi objetivo de hacer consciencia acerca de cómo se vive en la oscuridad sin tener ninguna esperanza de luz. Al menos es lo que sentí encerrado, mirando cómo la indiferencia, la competencia, el consumismo y la individualidad, son incapaces de entregar, aunque sea un minuto de la vida a estos niños abandonados.

Con amor desinteresado

Para terminar quiero destacar que la intención de este libro es mostrarle a una sociedad adormecida, la realidad de miles de niños y niñas que viven bajo la tutela del Estado. Tienen la opción de no

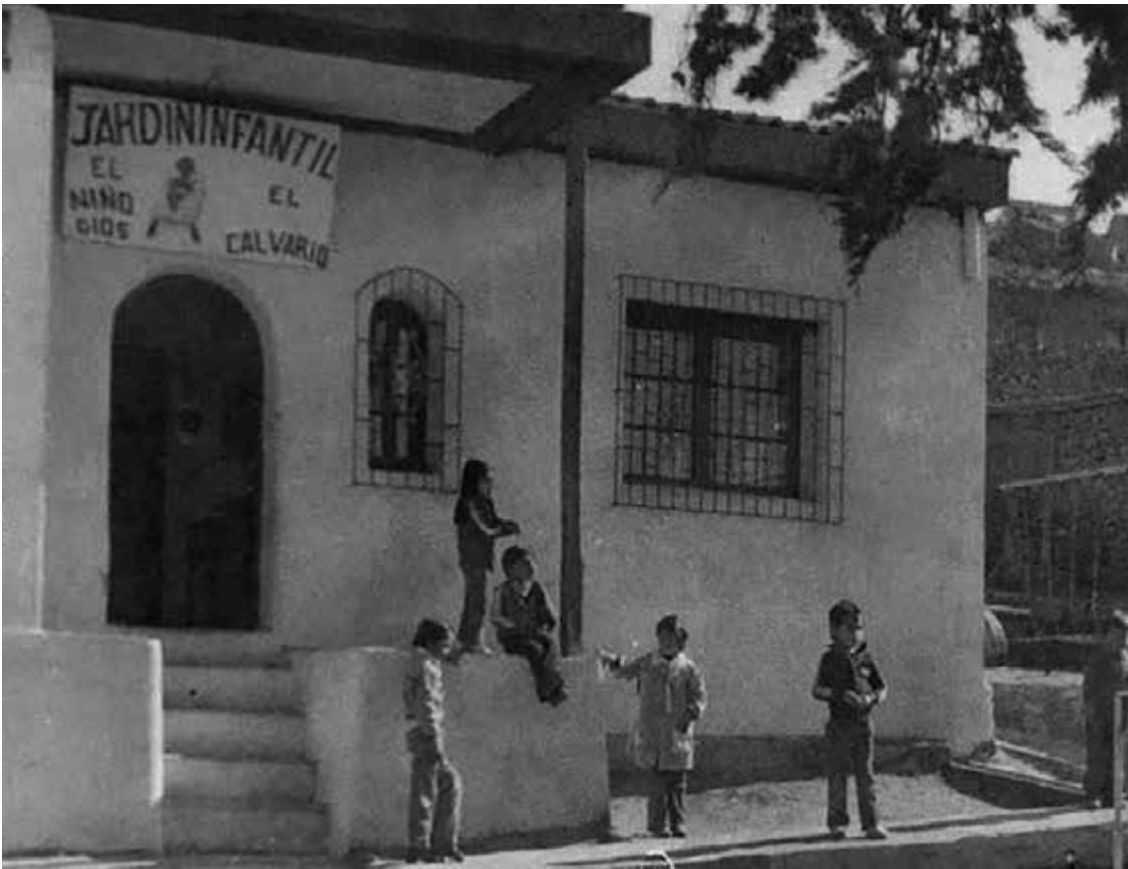
creer, porque no pido que lo hagan, pero sí la obligación, al menos, de meditar y dudar. Mientras ustedes duermen, otro niño o niña está siendo torturado, violado, y hasta asesinado.

Cuando la justicia no es capaz de llegar a tiempo para juzgar a una institución que debería ser garante de los derechos, nace el castigo.

Esa es la motivación esencial por la que decidí contar esta historia, mi historia. Que sea la sociedad civil quien tome ahora la última palabra, yo tendré paz cuando el castigo social, esperanzado en el judicial, cumpla su parte.

222





223

## Indice

Agradecimientos y Dedicatoria

5

Palabras

preliminares

9

Prólogo

11

I.

El

rechazo

17

I.1 Guachos y solos

23

I.2 Solo el tiempo y el destino lo dirán

27

I.3 El niño no es suyo

31

II.

Nadie

45

II.1 Alimentando el desasociego

49

II.2

Querubines

53

III Descubriendo espíritus

61

III.1

La

lavandería

65

IV. Inocencia en la maldad

73

IV.1 Hazañas con mis compañeros

77

IV.2 Lucía de Pinochet

82

V. ¿Principio o final?

89

V.1 ¡Toca, toca, toca!

91

V.2 Una vida en familia

101

V.3 El mundo del Derecho

111

VI.

Reinvención

121

VI.1

Pobreza

128

VI.2

Danilo

137

VI.3 Suplicando a las estrellas

148

VII. Destapando mentiras

161

VII.1

Olavia

173

VII.2

La

horrorocidad

183

VII.3 El otro lado de la moneda

194

VIII.

EI

Despertar

209

Epílogo

221

225